

Rafael García  
Rosquellas

# *Kristina y los Profetas*





Rafael García Rosquellas  
(Euros Anti)

***Kristina***  
***y los Profetas***

# Kristina y los Profetas

## Novela

Ilustración de portada: "Sucre" óleo del autor

Transcripción del original: Sarah García de Betancourt

Diseño y diagramación: Rosario Betancourt

Segunda edición, enero de 2020

*Cualquier parecido o semejanza con dioses, santos o personas, con actos, hechos o acaeceres, o tiempos, o lugares o libros, o nombres, verbos y adverbios, es pura y casual coincidencia.*



# Índice

Parte Primera “La Cita” .....	7
Parte Segunda “Kristina” .....	25
Parte Tercera “La Torre Azul” .....	38
Parte Cuarta “La Torre Aurea” .....	59
Parte Quinta “La Torre Encarnada” .....	75
Parte Sexta “La Torre Parda” .....	98
Parte Séptima “La Torre Gris” .....	117
Parte Octava “La Torre Aurirroja” .....	142
Parte Novena “La Torre Verde” .....	164
Parte Décima “La Torre Blanca” .....	182
Parte Undécima “La Torre Violada” .....	200
Parte Duodécima “La Torre Negra” .....	224

***Parte Primera***  
***“La Cita”***



I

-¡La gran puta! Decía Jaime Landa, ensimismado y fatigado después de un viaje a pie, de unos diez kilómetros en busca del Alto Pilkomayu desde la aldea de Kilakila, a donde lo llevó un destartado camión que transportaba cantos de piedra calcárea para los hornos de cal de la ciudad vecina.

...¡La gran puta! ¿Por qué tendrá que ser todo tan complicado y difícil en este país de mierda?... La más insignificante gestión administrativa exigía una serie de papeles y formularios numerados, el 929, el 811, el 1426, el... etc. Pero, además, cada formulario debía ser entregado por un funcionario diferente teóricamente presente en sendas ventanillas de despacho de sendas oficinas especiales. Y le había ocurrido que a cada una de estas ventanillas tuvo que trasladarse una media docena de veces porque... el empleado requerido había pedido licencia, porque estaba atendiendo otra cosa más urgente; porque le dolía la cabeza; por que había salido un momento a refrescarse con unas cervezas... ¡La gran puta!...

¡Y todo porque se le había exigido la inscripción de su nombre en un padrón de profesionales! Por supuesto, el tercero o cuarto padrones con cada uno de los cuales había perdido no menos de 15 días. Y es que las Cortes de Justicia y la Prefectura del Distrito y la Alcaldía del municipio y las oficinas de la Renta Pública habían descubierto, cada despacho independientemente, un bonito filón de billetes de ingreso barato para engrosar sus presupuestos y dar así, cabida a nuevos paniaguados.

Cuando Jaime hubo, por fin, reunido y pagado sus últimos papeles, el último funcionario, como los anteriores, no estaba dispuesto a alistarlos sin el pago previo de una jugosa propina con el nombre de "derechos de inscripción", derechos que, por supuesto, fueron cobrados en una salida especial a los corredores del edificio.

-Todo esta lógicamente paralizado, se decía Jaime, por una gigantesca burocracia parasitaria que se esfuerza por justificar su presencia en las planillas del presupuesto público. ¡Me cago en mi alma! ¡Aquí no se puede vivir!...

Y con el alma, no cagada, pero sí muy ensombrecida, Jaime Landa se tiró cuan largo era en un pequeño banco de fina arena junto al que corrían las aguas café con leche de un arroyo hostil y pedregoso que en épocas de lluvias solía hincharse amenazadoramente cubriendo una playa de por lo menos trescientos metros de ancho.

II

Serían como las 3 de la mañana, y había luna, y, como a pesar del campo abierto en la ancha playa el aire era tibio, Jaime se fue adormeciendo hasta quedar completamente dormido; y avanzaban las primeras luces del alba cuando entreabrió los ojos despertado quizás por un chapoteo indiscreto y muy próximo que lo obligó a echar atrás la cabeza para indagar por el origen del ruido. Pero, al hacerlo, quedose perplejo, pues a no más de cinco metros y, en medio arroyo, tomaba un baño risueñamente y como si él no existiese, una joven muchacha totalmente desnuda, pero, a juzgar por su figura, bastante pequeña, quizá un metro sesenta –pensó Jaime–.

Se sentó, intuyendo una tácita invitación al amor, y contempló a la joven largamente. Era extraordinariamente bella; más bien, desusadamente bella, pues él nunca había tropezado con una jovencuela de tan armoniosa figura.

-Señorita, buenos días.

Silencio.

-¡Buen día, señorita!

Silencio.

La muchacha parecía no oír o no entender el saludo.

-¿No se asustará usted si me acerco?...

Nada. Silencio. La joven se revolcaba en el agua fresca y lodosa, sin importarle un poroto la presencia de Jaime.

Jaime se acercó hasta casi tocarla. Era desconcertante el caso, pues ella seguía en el mismo lugar con sus juegos y volteos. Su cuerpo, sedoso y sonrosado, se mostraba ágil y elástico. Tenía los ojos singularmente extraños, pues aunque velados por grandes y finas pestañas oscuras, dejaban entrever un par de iris de suave color violeta. Usaba el pelo corto en una breve melena color de vino tinto.

Por fin miró de frente a Jaime Landa y, como advirtiera el estupor y la indecisión de éste, o... Quién sabe por qué, después de todo, soltó una alegre y argentina carcajada como diciendo: ¡Qué facha la que te gastas, animalote! Luego, moviendo un dedo graciosamente lo llamó a su lado.

Jaime no se hizo repetir la invitación. Se desnudó velozmente y se metió al agua sin decir palabra para ser recibido con un alborozado chapoteo que pronto se convirtió en juego mutuo hacia el desenlace que era de esperar. Los erectos senos de la muchacha acabaron por enloquecer a Jaime que cayó sobre ella y la

poseyó sin ninguna literatura. El acto generatriz fue gozado intensamente por ambos y repetido después de breve intervalo hasta la completa liquidación física de Jaime.

-¿No te parece que debiéramos presentarnos?... ¿Quién eres?... ¿Cómo es que estás tan sola en este paraje?...

-Espera.

Fue la primera palabra que musitó la muchacha para luego cruzar a la otra orilla del áspero arroyo, donde había dejado sus ropas, por lo demás muy leves: un par de sandalias, unos pantaloncillos a medio muslo y una chaqueta de paño blanco que lucía en los hombros a manera de charreteras militares, dos verdes óvalos de verde cristal rutilante. Algo más: de junto a sus ropas tomó un bastoncillo de unos cuarenta centímetros de largo que se aseguró a una muñeca con un cordón de ojal.

-Ven –añadió- vayamos caminando hacia el cañón.

Jaime se había repuesto ya compartiendo con la moza lo que le había quedado en el morral; unos panecillos, una pequeña lata de carne molida y un par de frescas mandarinas. Así pues, obedeció y ambos se dirigieron cogidos de la mano hacia el profundo desfiladero donde se arremolinaban las aguas del Alto Pilkomayu rumbo al sudeste.

-Puedes llamarme sencillamente Kris, le dijo ella, pero te será difícil creerme si te doy otras informaciones relacionadas con los míos, pues yo no pertenezco a tu mundo.

-¿Cómo?

-Sí, no pertenezco a tu mundo. Yo vivo en el subsuelo profundo, y, si has podido verme y poseerme, tómalo como una milagrosa casualidad.

-Pero...

-Mira, te voy a llevar a las puertas de mi casa, prohibida, hace milenios, a tus congéneres.

Al oeste del Alto Pilkomayu y entre los dos desfiladeros, Saire y Talula, se levanta una altísima y vertiginosa serranía de areniscas rosadas por dentro pero recubiertas de líquenes oscuros y pobrísima vegetación. Esta serranía forma un inmenso talud natural que se corta bruscamente a la altura del desfiladero de Talula en cuya margen derecha el gran talud desaparece tendiéndose casi horizontalmente para formar las estructuras de Punkurani, una gigante masa de la misma composición rocosa, con hondas resquebrajaduras que el agua de las lluvias y los vientos aulladores habitan inmemorialmente sin testigos humanos.

Allí encuentran un seguro refugio solamente vizcachas y venados, y, de cuando en cuando, algún puma depredador.

Kris tomó la dirección de Punkurani por un sendero de asnos, que tomaba el rumbo de la montaña, unos cincuenta metros antes de que el arroyo se colara por entre los acantilados del ingreso al desfiladero de Talula.

### III

-Háblame de ti y de tu mundo, Jaime Landa. Subiremos despaciosamente.

-¿De mi mundo, Kris?...Tanto tendría que decirte y en tan sórdidos colores, que seguramente te entristecería. Yo soy lo que se llama en mi pueblo un artesano culto, o un técnico medio. Mi especialidad es la cerámica, y trabajo duro...

-¿Tienes familia?

-Sí, la tengo: una esposa y cinco hijos jóvenes.

-¿Y que te aflige?

-Todo y todos. La codicia de las gentes, la simulación, la hipocresía... vivo en una sociedad donde todo es artificio, artimaña, usurpación y falsía. Yo amo la sinceridad y la verdad y por ellas peleo infructuosamente desde que tengo uso de razón. Todos, grandes y chicos, ricos y pobres, poderosos y desposeídos son un ejército de pendejos al acecho de la presa común. El éxito, en fin, pertenece, no a los mejores en el sentido de la eficacia constructiva y el bien común, sino al oportunista más vivaz o al más ladino.

-Veo que sufres decepción y frustración profundas; pero esto es algo que podrás evitar.

-¿Definitivamente?

-Sí. Definitivamente, si de tu tiempo personal se trata.

-¿Por qué?

-Sencillamente porque eres miembro, sin conciencia clara de ello, de una sociedad que, desde el punto de vista de los míos, se halla aún en plena barbarie. Y, al hablarte así, te hablo de tus semejantes en este planeta. Ese estado de barbarie es mucho más destacado en tu sociedad formada, en su totalidad, por indígenas, semiprimitivos empeñados en simular una cultura desarrollada cuyos valores comparten emocionalmente pero que usan a modo de máscara o traje de etiqueta circunstancial a fin de no parecer disminuidos.

Y, dialogando así, Kris y Jaime habían llegado, casi sin darse cuenta del camino andado en fila india, hasta una de las ásperas torrenteras de Punkurani cerrada estrechamente por altos farallones, torrentera que se abría en un impresionante portalón sobre el desfiladero de Talula.

-¿Apuesto a que no sabes, Jaime Landa, por qué tus antepasados de hace unos seiscientos años llamaron “Punkurani” a esta región?...

-No tengo ni idea.

-Pues, mira: Como el portalón natural de esta torrentera hay varios otros en las vecindades, obra lustral y paciente del agua en la poco tenaz roca arenisca. “Punkurani” quiere decir, exactamente, “lugar de los portalones”.

-Sabes mucho, hermosa Kris, y te agradezco por el dato que me das.

Por fin, Kris se detuvo frente a una angosta y poco profunda cueva cuyo blando suelo aparecía hollado.

-Te invito a descansar en este agujero, Jaime, pues aquí me dejarás.

-¿Es posible?... Si no veo alma viviente por los alrededores. Ni siquiera estamos ya en el sendero campesino que sigue hacia Kolavi...

-No te preocupes por mí. Entremos.

Y entraron en la pequeña cueva que no tendría más de cuatro metros de profundidad por otros tantos de ancho. El ascenso había encendido las mejillas de Kris que se veía adorable en su pequeña figura prieta y ágil, alumbrada por ese par de enormes ojos ligeramente oblicuos cuya mirada de luz violeta conturbaba extrañamente.

Allí se recostaron y se acariciaron largamente.

## IV

-Bien, Jaime Landa, antes de que te marches te diré algo de mí misma y de los míos. No necesito adivinar que estás ansioso de saber algo más. Ya te dije que yo vivo en el subsuelo profundo, y es así, aunque te sorprenda.

-¿Te dedicas acaso a trabajos de minería por estas montañas?...

-Nada de eso. La gente de mi familia, mi familia planetaria, no pertenece originariamente a este tu mundo. Nosotros –te diré así a pesar del tiempo transcurrido-, esto es, mis antepasados, como mis semejantes coetáneos, nacimos y vivimos en Molne...

-¿Molne?...

-Sí, Molne es un planeta un par de veces mayor que la Tierra. Su vida depende de la estrella Antor que cuenta con diecisiete esferas satélites de entre las que sólo cuatro albergan a seres vivos autónomos. Mis semejantes habitan preferentemente en Molne cuyas condiciones químicas y físicas son notablemente parecidas a las de la Tierra.

-¿A cuál de los cuerpos estelares de nuestra astronomía llamáis “Molne” vosotros?

-No lo sé exactamente, pero los primeros expedicionarios que descendieron aquí en la Tierra tardaron un tiempo tal que los tuyos apreciarían en 4.325 años-luz.

-¿Cómo?...¡No es posible!

-Sí. No te sorprenda. Yo, y los míos somos gente considerablemente más antigua que el hombre terrícola. Les llevamos a ustedes una ventaja, en el tiempo y la experiencia; por tanto en la investigación y el desarrollo tecnológico, una ventaja que puedes calcular en 500.000 años.

- ¡¡¡No!!!

-Te baste saber esto: hemos sobrepasado, en la astronáutica, hace muchísimo tiempo, la barrera de la luz hasta el punto de poder reducir mil años-luz a uno sólo. Y no me preguntes cómo, pues ni yo, ni los míos exiliados en la Tierra hace 22.116 años, podríamos darte una explicación satisfactoria.

-¿Veintidós mil años, dices?... Pero si la cultura primigenia de la historia humana, en la Tierra, apenas cuenta con unos seis mil años documentados!

-Así es, en efecto. Mis gentes han sido testigos y, en prudente medida, rectores de la historia humana terrícola desde entonces: hacen 22.116 años, 8 meses y cinco días exactamente. Los primeros colonizadores molnianos lo fueron por azar. Después de haber viajado algo más de cuatro años por los espacios siderales en cumplimiento de una misión exploratoria, un meteorito gigante descompuso irreparablemente las cinco máquinas volantes que habían ya entrado en los dominios de la estrella que los tuyos llaman “Sol”, y no tuvieron más remedio que descender en la Tierra, poblada, entonces, por un gran número de pequeñas comunidades de hombres desnudos y cazadores, cobijándose en cuevas naturales como ésta y altas chozas de palos.

-Pero, Kris, lo que me cuentas es un puro sueño. Tú eres una muchacha totalmente humana por donde se mire, y me resisto a creerte...¿O es que bromeas conmigo?

-Todo cuanto te he dicho es íntegramente cierto, y te convencerás de ello en próxima oportunidad. Nosotros controlamos, mediante métodos que no alcanzarías a comprender, las reacciones psíquicas y emocionales de los tuyos, y podemos inducir en vosotros las decisiones y actitudes que nos interesan, de acuerdo al esquema de acción que decidimos periódicamente tanto para los míos como para los tuyos. Y voy a ofrecerte una prueba inmediatesta y palpable...

-¿Cuál?

-Tu presencia junto a mí, en este lugar.

-Pero eso es una pura casualidad.

No tanto. Respóndeme a esta pregunta: Tú, que no has venido por estos lugares ni has tenido necesidad de venir hace como dieciocho años ¿cómo es que ahora estas aquí?...

-Pues...Tuve el deseo de venir y... eso es todo. Lo sentí como una necesidad.

-¿Y no has razonado y calculado tus motivaciones?¿No has dejado personas que atender y cosas urgentes que hacer en tu pueblo?

-Bueno... sí. Pero mi antojo de venir pudo más que todo. Y vine.

-Me basta. Quiero que sepas que tu irrazonable antojo de venir... por venir... porque si, fue resolución de los míos, con mi personal aquiescencia, y con semanas, por lo menos de anticipación a tu antojo. Hasta el día y la hora de tu reposar en arroyo de abajo quedó anteladamente programado.

-¿Quieres decir que me esperabas?

-No sólo que te esperaba, sino que te conocía con precisión, íntimamente. Eras ya mi compañero y mi marido un mes antes de venir.

-¡OH!... ¿Y, ahora, qué?...

-Nada, por hoy. Vamos a separarnos unos días. Hoy es miércoles ¿No es así?

-Sí.

-Bueno, pues, vas a seguir tu camino hasta la casa de campo a que esperabas llegar hoy y... ¿Que te parece si te espero el próximo domingo?

-¿Dónde? ¿A qué hora?...

-En el mismo arroyo y al atardecer. ¿Hecho?

-En el mismo arroyo al atardecer. ¡Hecho!

## V

Jaime Landa se miró largamente en los obsesionantes ojos de Kris, la besó en la frente y partió en busca del sendero de asnos que descendía hacia el arroyo.

¿Será posible tanta maravilla? Se decía; o yo no he despertado aún de mi sueño del río... O Kris..., pero no, Kris ya es algo semirreal. ¿Acaso podría vivir, como se muestra, fresca y risueña, llena de vida, bella, en ese cubículo de cuatro metros?...No... Además, en aquello de mis razones para venir, haciendo un viaje desusado y hartó incómodo... ¿Para qué?... ¿Por qué?... Voy a visitar mi antigua y casi derrumbada casa de campo porque... Si, ya caigo, ansiaba unos días de completa soledad... He ahí mis razones, aunque no sean razones muy convincentes para el común de los mortales. Es que yo adoro el paisaje, el abigarrado e imponente espectáculo de la montaña, el hondo desfiladero, el picacho amenazador, la charla inagotable del agua en las piedras, las aves, los insectos, la ancha voz del viento...¿Todo esto lo sabría Kris antes de conocerme?...Quizás...¡Cuatro largos días, hasta el domingo próximo!...

Y se le hicieron realmente largos a Jaime Landa, que llegó hartó cansado y ya obscureciendo al otro extremo del desfiladero de Saire, muy cerca de la miserable aldea de Tacopampa, donde confluía una quebrada pedregosa por donde solían deambular grupos de muchachos, hijos de mineros, en el afán de lavar ripio y arenas que pudieran contener rastros de estaño de los desmontes de Kolavi.

En aquel punto poseía Jaime Landa una vieja casa colonial y un par de hectáreas de huertos bajo el cuidado de una familia campesina. Económicamente no valía nada, mas para Jaime representaba la querida imagen de un retiro posible donde en alguna eventualidad era deseable estar de huida, en soledad, y hundirse en sus meditaciones, lejos de la sucia batalla por los centavos del día, lejos de toda esa punta de carajos que con el nombre de amigos y conocidos le devoraban las entrañas, o, cuando menos, habían pasado adelante, victoriosos sobre él, pisándole la barriga, dueños del mundo y de la buena fortuna. ¡Desgraciados hijos de puta!...

A su llegada a Poroqa lo recibió el perro cabrero de Salustia, la anciana campesina indígena, todo alborotado y no muy afectuoso que digamos, lo que no sorprendió a Jaime, puesto que el perro era nuevo para él después de tan larga ausencia; o, mejor, Jaime Landa era un extraño, tanto que la ya vieja campesina tardó mucho en reconocer en aquel hombre maduro al inquieto muchacho que hacía dieciocho años salía de la adolescencia perito en la captura de vizcachas cuando no de gallinas del corral ajeno.

Nicola y Salustia le prepararon como pudieron una cama de cueros de oveja provista de un par de pesadas mantas de lana de llama, mientras Jaime pasaba revista a la media docena de cosas que había dejado allí en su adolescencia: un par de hondas, una escopeta en su funda de cuero, una lámpara, un paquete de esperma de ballena y unos trozos de cuarzo pretendidamente auríferos. ¡Ah! Y una colección de revistas eróticas cuyas excitantes figuras femeninas habían sido pasto cruel de los ratones... ¡Como si ellos pudieran apreciar lo que es una linda hembra! Pero las habían devorado por el vientre, por el pubis, por las piernas, por los senos... ¡De cuantas solitarias masturbaciones, en alguna grieta del desfiladero, habrían sido callados estímulos aquellas mil mujeres de ensueño!...

Pero ninguna de ellas valía un poroto ante la esplendorosa Kris que, en su reducida estampa, habría enloquecido de admiración a un Fidias, o a un Praxíteles... Si Kris era... Bueno, si todo lo que Jaime había oído de labios de Kris era real, Kris era poco menos que una diosa; y aún sin el “poco menos”. Hija de una remota estrella, hija de Antor ¿No era capaz de dominar el tiempo y el espacio? ¿No gobernaba invisible, según se lo dijo, en las conciencias de los hombres?...

Tan pronto como pudo, después de servirse una quemante sopa de subido color rojo y un trozo de pan moreno, Jaime Landa se desnudó y se metió en la cama, quedó profundamente dormido, y debió dormir no menos de quince horas seguidas, pues, cuando al cabo despertó, el sol ya estaba alto sobre el picacho de Aqalea.

## VI

Jueves, Jaime Landa se levantó de un brinco; estiró los brazos en un gran bostezo; los hizo girar rápidamente para entrar en reacción; se echó de nuevo en la cama ensayando rápidas flexiones de piernas, y salió, luego, hasta el borde exterior del abandonado huerto, en busca de las aguas frescas del Pilkomayu donde se lavó de cualquier modo.

A su retorno lo esperaba Salustia con una chúa de papas y huevos cocidos que comió con entusiasmo. Después de eso y un iriri de chicha agria, tomó su escopeta, se metió al bolsillo media docena de cartuchos y emprendió camino arriba, hacia la ceja de Juruma, en busca de unas vizcachas que aliviaran a Nicola del penoso sacrificio de algún cabrito de su corta manada.

Juruma era el nombre de una antigua hacienda agrícola de alta puna y tierras de secano semidesérticas que terminaban abruptamente, hacia el este,

entre los desfiladeros de Saire y Talula formando un reborde erizado de toda una fantasmagoría de pedruscos y rocas, angostos pasos y cuevas que los vientos altiplánicos habían tallado maravillosamente para encanto o pavor de algún caminante perdido, si alguna vez alguno anduvo por allá. Desde aquel reborde, a 3.700 metros, la montaña descendía resueltamente unos mil doscientos hasta el lecho del Pilkomayu, y desde aquel reborde se precipitaban en tiempo de lluvias, y en un concierto atronador, no menos de ocho o diez cataratas de agua pulverizada por la velocidad, siguiendo el curso de imponentes torrenteras que se veían como largos canales grises de lustrosa pizarra.

Cuando Jaime llegó a la ceja era ya medio día, momento sin duda desfavorable para la caza de la vizcacha, lindo roedor pariente de la liebre y el conejo que acostumbra retozar sobre sus rocas con los primeros rayos del sol y servirse la austera cena de unos yerbajos con los últimos. Pero Jaime tuvo suerte. La vizcacha es un animalito inquieto y curioso y, si habita un lugar casi nunca visitado por agresivos cazadores humanos, suele salir a investigar lo que pasa cuando alguien produce un ruido desusado. Y salió, en efecto, una pareja a pocos metros del pedrusco en que Jaime había tomado asiento y manipulaba su escopeta; de modo que no le fue nada difícil hacerse de las dos piezas simultáneamente y volver con ellas, triunfante y provisto de carne para un par de días. Tuvo, por cierto, el cuidado de romperles la punta de la cola y arrancar, con ella, las vainas de almizcle que, de no hacerlo, habrían inutilizado el fruto de la jornada.

## VII

Después de un almuerzo de maíz, habas y leche en Poroqa y una breve siesta de diez minutos, Jaime se puso a hojear antiguos retazos de periódicos que habían servido de envoltura a toda clase de paquetes de víveres y utensilios traídos de la ciudad a lomo de indio. Las noticias políticas dominaban su literatura. “El coronel Eduardo Herrera ha sido nombrado prefecto de la provincia”. “El señor general Vitaliano Cáceres es embajador en Argentina”, “Se sabe que el coronel retirado Luis Lancaster complota por adueñarse del mando”. “Su excelencia el presidente de la república general Cañete ha decretado estado de sitio”. “Ha sido clausurado el parlamento después de la asonada de ayer”, etc. etc.

Ese desfile interminable de semiblancos y mestizos coroneles y generales cubiertos de medallas, bandas de seda y entorchados ensombreció el ánimo de Jaime Landa las últimas horas de aquel jueves empujándolo a pintarse un cuadro verdaderamente sombrío de su propio país.

-Esto ya no es mi patria, se decía. ¡Ni es la patria de nadie! ¡Pobre tierra de cojudos!...¿De cojudos?... ¡No! ¡De castrados! Un cojudo tendrá pesadas las pelotas, pero las puede tener bien puestas; y este país, donde por puro y desgraciado azar me cupo venir al mundo, está lleno de oportunistas neutros y despelotados... Sí, eso es: ¡neutros y despelotados!...Todo es ficción y simulación. Gente minúscula y aviesa. Dice la minoría dominante que “construimos una democracia representativa”...¡Falso de toda falsedad! Este mi país natal ni siquiera es un Estado nacional con el sentido moderno de tal expresión. No es otra cosa, ni ha sido en todo tiempo, sino la hacienda personal de un grupo de generales, cuyo turno, en el mando supremo, es discutido y resuelto en algún conciliábulo secreto de grandes empresarios foráneos, o, alguna vez, de fanáticos de la otra banda en ultramar manejados, a su vez, por otro estrecho círculo de gordos tiburones ávidos de poder. Esto es, más bien, una militocracia oligárquica. Y no ha sido otra cosa en todo tiempo. La población civil ha hecho siempre, y sigue, y seguirá haciendo el pongueaje de los tiempos coloniales, pero esta vez en la única hacienda, ¡En la hacienda de “Su Excelencia el Señor General”! ...¿Quién fundó este pretendido Estado? Un general extranjero ¿Quién le sucedió en el mando? Un mariscal extranjero. Y, luego de ellos dos, un desfile de fantoches militares criollos llevados al poder, no con el voto popular de las democracias sino a tiros y sablazos. Pero... ¿Y qué? ¿Acaso este ejército derrotado en todas sus batallas con el enemigo extranjero, este “glorioso ejército” de la última guerra que en cualquier país civilizado habría vuelto a sus cuarteles con el rabo entre las piernas... Acaso este “glorioso ejército” no salió de la derrota derechamente a la captura del poder?... Y... ¡Claro que sí! Pero no el ejército propiamente dicho, sino la pandilla de sus generales ¡Grandísimos pendejos todos ellos!... Y, coreándolos, vitoreándolos, alzándolos por el culo sobre sus cabezas, se apretujarán en su contorno, en tropel multitudinario, los áulicos, los histriones, los chupamedias de la militocracia, los nuevos pongos de cada nuevo golpe militar de Estado, los aceitosos parásitos de una burocracia en explosión demográfica siempre creciente y cada día menos operante, pero más paralizante y pesada... ¿Quién da el dinero, a la postre? ¡El minero y el campesino! ¿Quién les paga la pitanza? ¡El minero y el campesino!...¿Quién compra su hedionda lealtad al nuevo “líder máximo del obrerismo y el campesinado”? ¡El obrero y el campesino! Y, por supuesto, una incipiente burguesía empresarial que trata de abrirse camino a codazo limpio en esta selva de haraganes y pedigüños.

Ya de noche, el recuerdo de Kris y su extraordinaria aventura aventó los nubarrones que habían descendido como alas de buitres sobre el derrotado espíritu de Jaime.

## VIII

Y amaneció el viernes. –Pasado mañana, se dijo Jaime, pasado mañana veré de nuevo a Kris y me jugaré con ella la mejor carta de mi diaria pelea con el destino. Sea lo que sea, estoy enamorado, y lo arriesgaré todo... absolutamente todo. Este viernes me va a parecer muy largo, amada Kris.

No fue sin embargo así. Cuando, bastante tarde, Jaime se hubo vestido, tomó el camino de la quebrada de Taqopampa, en busca de esta aldea, donde alguna vez, como veinte años atrás, había conocido al párroco y alojándose en una capilla. Recordaba el desagrado del cura cuando al pronunciar éste, a la hora del ángelus, la consabida frase “Ave María Purísima”, mientras la campana del templo convocaba a los campesinos para los últimos rezos del día, él se quedó mudo, no precisamente por descreído, sino porque desconocía este ritual privativo de los círculos religiosos. El cura, impaciente, le dictó la respuesta esperada: “Sin pecado concebida”...

-Sin pecado concebida, repitió Jaime en un eco dubitante.

Pero eso fue hace veinte años, y el párroco ahora, que seguía siendo el mismo de entonces, era un cura panzón y cincuentón definitivamente unido a la aldea no sólo por razón de su ministerio, sino porque tenía allí no menos de cinco amantes y una docena de hijos; y, puesto que la población no contaba con más de doscientos habitantes, todos se sentían emparentados con el ensotonado semental de la iglesia, cuñado para unos, yerno para otros, suegro, tío, primo, sobrino para los demás.

El cura era, no obstante, simpático. Y Jaime lo justificaba abiertamente: - ¿Acaso no tiene derecho al culeo, como todos nosotros? Decía a los aldeanos en la mesa de naipes a la que el propio cura puntualmente concurría.

-¡No carajo! Le respondía otro de los presentes, galán desplazado en homenaje al venerable derecho de pernada, que tire con una, discretamente... bueno! Pero que haga presa en todas... ¡No lo aguanto!...

El cura sonreía, halagado por el comentario. ¡Chupá, pelotudo! Y no hagas cuestión de esto. Si ellas me buscan, será porque estoy mejor armado que vos.

¡Basta! Decía un tercero. Sólo faltaría que veamos un campeonato pajarero, y, en este caso, viejo, cuando tú pidas un platillo para exhibir tu moco de pavo, el señor párroco va a pedir una charola.

-¿Cómo es eso?

-Claro que sí. ¿Dónde va a apoyar el señor párroco sus exuberantes protuberancias? ¿No lo ves hasta un poco jorobado por el peso?

Una carcajada general daba fin al comentario y la aldea y su gente seguía viviendo sus habituales y pesados días entre copiosas libaciones casi diarias, inauguradas con una misa y clausuradas con un rosario colectivo de acción de gracias.

## IX

La llegada de Jaime Landa a Taqopampa fue recibida como un gran acontecimiento social.

-¿Qué vientos te han traído después de tantos años?

-¡Qué bueno que hayas venido!

-¿Qué has hecho estos veinte años? ¿Por qué no has escrito a nadie?

-¿Qué haces? ¿De qué te ocupas?

-¿No has vendido tu finquita?

-¿Cómo están tus padres, tu mujer, tus chicos?

-¿Qué anda haciendo la Juanita?... ¿Te acuerdas de la recia imilla que amansaste?

Etc., etc.

No tardó en organizarse la fiesta que las circunstancias del caso reclamaban. Allí estaban presentes todos los amigos de marras: el Ch'uspa, el Moqeto, el Palito, el Juanón y, por supuesto, don Bonifacio el cura, y las mujeres, ya pasaditas de maduras, mujeres cuyos nombres natalicios había sido substituidos por sobrenombres picantes y preferentemente alusivos a alguna deficiencia o insuficiencia o actitud personal sobresaliente. Allí estaban la que, para Jaime, se llamaba Clotilde, ahora "la Charansiki", es decir, la Culo Mojado, porque alguna vez se meó de risa en el más orgulloso sofá de la sala de fiestas; la morenilla y sabrosa Beatriz de otro tiempo, ahora "la Negra"; la robusta Juliana de marras, pero ahora "la Ñuñu-Orqo", esto es, la Cerro de las Tetas. Estaba también la de otros tiempos tan codiciada Rosita que a Jaime le costó reconocer en "Doña Perejil", su nuevo título social formulado así en razón de que la importante Rosita de marras era definitivamente infaltable en cualesquiera almuerzos oficiales, tal como las hojitas del aromático perejil picado en cualesquiera sopas... En fin ¡Humor aldeano!... Y entre ellas estaba asimismo la tiesita Matilde de otro tiempo

mejor, aquella moza que, habiéndose casado y tenido cuatro niños, solía deambular por la única calle de la aldea en medio de cuatro pibes a quienes había formado en la misma tiesura física. Por supuesto, Matilde ya no era Matilde. Ahora era conocida por todos por “La Misa Cantada”.

Jaime resolvió aceptar, sin resistencia, cualquier número de libaciones. Había que ahogar en mucho alcohol la espera de su gran cita con el misterio.

En una sala de piso enladrillado y paredes encaladas y cubiertas literalmente de imágenes de santos, fotografías de familiares y amigos, y recortes de diarios ilustrados con escenas de la primera guerra mundial y coristas del año 15 en largos calzones adornados con cintas, allí se convocó a la reunión de bienvenida a la que no tardaron en llegar algunas mozas celosamente acompañadas de sus gruesas madres que habrían de hacer la vista gorda cuando la situación lo aconsejase.

Y desfilaron los primeros tragos: furiosos piscos endulzados con un chorrito de jugo de durazno enlatado.

- ¡Salud, don Jaime! Que sea en buena hora.

- ¡Salud!

- ¡Salud!

- ¡Por tu mujer!

- ¡Por tus viejos!

- ¡Por aquellos nuestros buenos tiempos!

- ¡Por...

- ¡Para usted, mi tata!

- ¡Para usted, doña Na!

- ¡Para vos, mamay!

Y luego la chicha curada. Cuatro redondos cántaros para unos veinte concurrentes.

Y el bailecito y la cueca criollos:

“Nitaj zambachu,

“Nitaj negrachu

“Palomitayqa...

Los pañuelos al viento jugaban en las manos a los giros de la danza...

-¡Ahora! ¡Ahora!

-¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Fuerza!

-¡Me voy por ella!

-¡Me voy por él!

Y a su ritmo se consumían y se consumieron los cuatro cántaros, sin más intervalo. Menos bulliciosa fue la hora de comer del rojo plato de pollo cocinado en abundante ají y locotos, arroz y papas, plato que debía hacer, a los remisos, sedientos, y a los sedientos más sedientos.

La mitad de los concurrentes cayeron a tierra hacia la media noche. A Jaime se lo llevó el cura. Más bien dicho: se llevaron uno al otro, pues, solo, ninguno habría podido tenerse en pie.

De ese modo, cuando el sábado abrió Jaime los pesados ojos, con una horrible jaqueca que no habría de curar ninguna píldora, era ya medio día. El tata lo hizo llamar a esa hora para asistir a un almuerzo especial servido por dos robustas campesinas, favoritas del señor párroco, sin duda, en los compromisos del hacer erótico.

Pero, acabado el almuerzo, y después de repartir abrazos entre los viejos amigos, y besos a las jamonas alcahuetas confidentes que esperaban otra clase de obsequios, y pellizcos en las prietas nalgas de más de una mozueta, Jaime Landa inició el viaje de retorno, contento por la entusiasta recepción, pero ansioso de aseo, soledad y descanso en austeridad. Volvía a insinuarse entre las disipadas nubes de alcohol, ambiguamente, la desconcertante y exquisita imagen de Kris que Jaime quería acariciar devotamente y sin testigos.

Este sábado Jaime Landa, en su lecho de cueros de Poroqa, despertó tres o cuatro veces, a distintas horas, para sorber una tacita de café y encender un cigarrillo hilando conjeturas y fabricando ensueños hasta la madrugada del domingo, su día de la verdad.

Dos horas de agua y sol en las piedras del río; una buena sopa espesa de trigo molido; unos salados trozos de vizcacha no muy estimulantes que digamos; un vaso de vino con treinta años de espera en algún anaquel entoldado por las arañas, y... ¡A dormir hasta la hora del viaje río abajo!

Hacia las 13 de aquel domingo partía, por fin Jaime Landa, con rumbo al desfiladero de Talula, siguiendo el curso del Pilkomayu. Había de caminar unos catorce kilómetros, y esto significaba algo menos de cuatro horas. Kris le había dicho que lo esperaba al caer la tarde, y Jaime calculaba que esto significaría

promedialmente las 18. Eran como tres kilómetros en el desfiladero de Saire y unos once de plaza abierta hasta los farrallones de Punkurani.

***Parte Segunda***  
***“Kristina”***

I

Eran las 4 y 30 de la tarde cuando Jaime llegó a la entrada del desfiladero de Talula. El lugar seguía tan silencioso como siempre, y sólo unas pobrísimas chozas de piedra sobrepuesta sin argamasa y techos de paja ennegrecida daban testimonio de que allí, sobre una especie de terraza natural vecina al río, hacían su presencia eventualmente los indígenas del lugar. Pero, ahora, sólo el murmullo de las turbias aguas del arroyo musitaba su monótono mensaje de vida cósmica en la quietud general.

Había algo de brisa que habría bastado a Jaime para refrescarse, pero él había sudado copiosamente en la buena caminata río abajo, desde Poroqa, y, como no había aún señales de la dulce aparición tan esperada, decidió meterse al agua y lavarse concienzudamente.

Media hora más tarde la brisa se había convertido en un fuerte viento que, encerrado en los desfiladeros del río, se rebelaba levantando una oscura cortina de trescientos metros de arena fina, de modo que apenas si se veía a pocos pasos adelante.

Jaime se metió en una grieta excavada por el río y allí se estuvo acurrucado por espacio de cuando menos una hora que le parecieron cuatro, atento a cualquier rumor o movimiento que rasgase la niebla de arena.

Por fin, cuando el sol se acostaba, entre cobijas de gris cobalto orladas de rojo sangre, violeta y naranja detrás de la escabrosa ceja de Juruna, Jaime oyó claramente y no lejos la voz de Kris llamándole.

-¡Jaime! ¡Jaime Landa! ¡Estoy en el sendero de la cueva! ¡Déjate ver!

-¡Kris! Gritó Jaime.

Y los dos corrieron a encontrarse al pie del sendero, donde se confundieron en un solo cuerpo que el turbión de arena difuminaba en un contorno único pero ambiguo y a instantes invisible.

Sosegada, por fin, el ansia de la espera en ese hambriento y apasionado abrazo. Kris propuso tomar el camino de la cueva del miércoles en Punkurani; mas, cuando llegaron a la madriguera, Jaime halló un nuevo motivo de sorpresa: aparecía abierta por el fondo, y era, sin duda, la misma de antes.

-¿Cómo es esto, Kris? ¿No estuvimos aquí mismo la pasada vez?

-Sin duda.

-Pero... no había este agujero del fondo...

-Sí, no estaba abierto, pero como ahora te esperaba, lo abrí.

-No lo entiendo.

-Ven, y asómate por ese agujero.

Así lo hizo Jaime, y encontró que detrás del reducido cubil se abría otra gran resquebrajadura formando, a bastante profundidad, el lecho de una torrentera mayor que la de acceso. Del cubil o covacha partía, hacia el fondo de la torrentera, un sendero muy angosto, y el fondo mismo, a unos ochenta metros más abajo, se veía como una plancha reluciente y de escaso declive que tendría doce a quince metros de ancho por quizás unos doscientos de largo, desde la boca, sobre el desfiladero de Talula, en ligero ascenso hacia la zona de Tirina.

-¿Y este camino?...

-Por él debemos seguir, y a ello se debe el que te haya franqueado el paso interior de la cueva.

-Pero... ¿cómo lo hiciste?

-Lo verás. No es problema. Te invito a bajar por esta nueva senda. Toma tú la delantera.

-¿No tienes miedo de caer?

-¡Oh, no! He transitado por ella muchísimas veces.

Bajaron pues hasta el fondo de la grieta que, por todo lo que parecía, no había sido hollada nunca por pie humano, puesto que era inaccesible de otro modo que el preparado por Kris al abrir –según dijo- el muro interior de la covacha.

Ya en el fondo, Kris preparó a Jaime:

-Lo que a partir de este momento, vas a ver Jaime, te va a llenar de confusión y de asombro, de modo que alístate para el choque.

-Hace mucho que estoy preparado para cualquier sorpresa, amada Kris; por lo menos, desde el pasado miércoles y tu deliciosa aparición.

Al terminar el sendero y siguiendo el curso del lecho, perfectamente igual, de la nueva torrentera, hacia abajo, Kris detuvo a Jaime en un determinado punto para mostrarle que el alto farallón vertical de la derecha exhibía una superficie triangular bastante lisa y escasamente provista de líquenes, pequeños cactus y esas alborotadas borlas grises que, como arañas vegetales de ornamentación, abundaban por doquier adheridas a una pizca de tierra, o a un rastro de humedad.

Allí Kris alzó el bastoncillo que igual que antes llevaba consigo, pero que ahora emitía un rayo de luz por el extremo, apuntó hacia el farallón y, acto seguido el triángulo de aparente roca osciló, se abrió luego en una hendidura vertical que fue ensanchándose hacia abajo hasta dejar, en su reemplazo, una ancha abertura igualmente triangular por la que

Jaime pudo ver, atónito, el zaguán de una amplia caverna iluminada en cuyo suelo descansaba un extraño objeto alargado en forma de pez.

-¿¡Qué es esto, Kris!?

-Bueno, pues lo que tú llamarías un coche; pero se trata de un vehículo que se mueve y traslada a cualquier velocidad lo mismo en la tierra, que el agua o el aire. Los tuyos lo clasificarían quizás como un “ovni”, como un “objeto volante no identificado”, y te invito a bautizarlo como te guste.

-¡Qué maravilla! Encantado... Pues, mira, un vehículo de agua, tierra y aire, formaría con sus iniciales la palabra VATA... ¿Qué te parece?

-¡Perfecto! ¡Oh, anfibio volador! En este día y hora, y en nombre y por mandato de Jaime Landa, tu padrino aquí presente, yo te bautizo para que en adelante te llames ¡VATA!

El vata, era, en efecto, un vehículo de transporte sencillamente maravilloso. Muy liviano y sin soldaduras visibles, todo de materiales translúcidos en sus partes laterales y atrás como adelante, se ahusaba en la parte anterior. Lateralmente y a ambos lados mostraba un nacimiento de alas de cohete extensibles, y, atrás y arriba, una prominencia vertical que probablemente hacía las veces de cola-timón. La capota o techo del vehículo era una hoja metálica doble, como Jaime supo después. La sección superior, de forma helicoidal en los bordes, podía levantarse y girar a gran velocidad, alzando verticalmente la máquina, provista, además, en la parte posterior de las alas, de sendos retropropulsores nucleares que podían impulsar al vata horizontalmente y en cualquier ángulo de ataque, a voluntad del conductor en la mesa anterior de los controles.

-¿Cómo se aborda, Kris? No veo accesos o portezuelas.

-Aquí tienes el ingreso, contestó ella, y, colocándose detrás del coche, apuntó otra vez el bastoncillo de marras, seguramente provisto de algún mecanismo electrónico graduable, pues la curvada parte posterior se deslizó circularmente, dejando abierto el coche-pez, el incomparable VATA que haría las delicias de cualquier tiburón de la industria de transportes y le obsequiaría por cierto un diluvio de dólares.

-¿Quiere decir que el vata no se abre sin tu varita mágica?

-Así es. Este bastoncillo es, en realidad, un instrumento muy delicado, provisto de células electrónicas en conexión con diferentes mecanismos de apertura y clausura que no funcionan sin su adecuado estímulo... Pero, pasa, Jaime, y toma asiento en los controles del vata, junto a mí.

II

A todo esto, había ya obscurecido bastante, pues el haz de luz de la caverna dibujaba un rotundo cono al exterior. Kris cerró la cortina de pizarras con el mismo mensaje del bastoncillo; entró en el coche, sentándose frente a la mesa de controles, junto a Jaime, se volvió con la varita; cerró, asimismo, la entrada translúcida, y puso en marcha el vehículo, para luego maniobrar en una vuelta de noventa grados con rumbo a lo desconocido.

Aquel zaguán subterráneo se prolongaba hacia dentro en una amplia galería de unos doce metros de ancho que se perdía a lo lejos en suave descenso. Allí parecía estarse en pleno día, pues toda la caverna se hallaba profusamente iluminada de luz blanca azulada. Era una real autopista en túnel que Jaime Landa contemplaba incrédulo y maravillado.

-Voy a llevarte a Kristina, Jaime... Kristina es la ciudad de mis mayores, y allí está mi hogar que es, virtualmente, toda la ciudad. En este preciso momento has cruzado las fronteras de tu mundo para entrar en el mío del que... no sé si saldrás.

-¿De quién dependerá eso?

-De ti mismo.

-¿Tiene el nombre de tu ciudad subterránea, Kristina, algún sentido en particular?

-Pues... sí. Cuando llegó la expedición fundadora éramos sólo 53 individuos que hay que reducir a 51, pues dos de ellos, un hombre y una mujer muy jóvenes, fueron expulsados a los valles exteriores que presiden los nevados del norte. Aquellos 51 molnianos pertenecíamos a muy contadas estirpes familiares, 14 exactamente, y allí, en Molne, cada estirpe familiar se distingue de las demás por las dos primeras letras del nombre familiar. Las letras o símbolos que presiden mi estirpe son K y R, y, puesto que fue Kreanto el jefe de la expedición y quien la condujo al emplazamiento de la nueva ciudad que acababa de fundarse a 3.500 metros bajo la superficie de esta emocionante altiplanicie andina, los miembros de la expedición pidieron a aquél, unánimemente, la nueva ciudad se llamase, en su honor, "Kristina".

-¿Entonces, tu...?

-Yo pertenezco a la vigésima quinta generación de Kreanto, pero... ya ves, Kristina no se llama así por mí, sino por el viejo abuelo de hace veintitrés milenios.

-¿"Vigésima quinta generación" has dicho? ¿Cómo puede ser eso?

-Más te vale no preguntármelo, querido, sin antes haberte desprejuiciado de un montón de fruslerías muy arraigadas en tu espíritu.

-Así sea querida. Pero ¿Puedo preguntarte a qué se debió la expulsión de aquella pareja de jóvenes en los días de Kreanto?

Es historia larga, Jaime, y te la contaré con detalle algún día. Por ahora te baste saber que en las primeras páginas del gran libro de magia que sirve de inspiración a los cristianos, la Biblia, se habla de aquellos desgraciados, Adán, el hijo del gran astronauta Admeiros y Eva, la que fue prometida del viejo Kreanto, como los fundadores de tu raza.

-Aún veo, Kris, un punto oscuro en todo esto.

-Habla.

-¿Por qué Kreanto condujo a sus hombres al subsuelo del planeta? ¿No pudo haber fundado Kristina en alguna hermosa pradera de la superficie, a la orilla del mar, o en las vecindades de algún río de abundante caza y pesca?

-Tu pregunta está justificada. Pero ocurre que los míos son bastante vulnerables a los miles de especies de microorganismos, que pululan en la atmósfera terrícola. Necesitamos, además, para sobrevivir, un clima estable que nunca sobrepase los 30 centígrados sobre cero, ni baje apreciablemente de los quince. Por último, nuestro organismo nos pide más oxígeno que el que vosotros requerís.

-Habéis pues creado vuestro propio ambiente a vuestro gusto y medida, pero y... ¿Esta gigantesca excavación?

-Ya la había en buena parte cuando descendimos hasta ella por una chimenea natural obturada habitualmente por las nieves eternas de la gran montaña del norte. Nuestro trabajo ha sido de ampliación, consolidación y vinculación con el exterior a distintos niveles.

### III

El vata rodaba suavemente, sin ruido y sin premura, por el curso del prodigioso túnel en cuyas paredes y bóvedas contemplaba Jaime, extasiado, brillantes franjas de todos los colores del iris, grandes bloques de jaspes, pórfidos, ónices, ágatas, mármoles y cuarzos, cuando no filones serpenteantes de depósitos metalíferos en blanco brillante, negro azulado, oro, violeta, rojo y sepia. Cada cierta distancia, quizás unos cinco kilómetros, la autopista se ensanchaba en una especie de plazoleta o parque circular que era un jardín de flores prolijamente cuidado. El pasto crecía abundante a esa profundidad, y había setos y, lo que más admiró a Jaime, bellas y altas encinas y abetos, y álamos, y preciosas palmeras, y flores exquisitas.

-¿Cuándo llegaremos a Kristina?

Desde Punkurani hay exactamente 346 kilómetros. Podría llevarte en menos de dos horas, pero deseo que disfrutes la vía y tardaremos cuatro o cinco.

-¡Fantástico!

Una de las plazuelas, seguramente la mayor, había aprovechado, sin rectificación ni pulido industrial, el espacio abierto de una inmensa gruta natural que era un alarde abrumador de formaciones calcáreas portentosas en columnillas de encajes y orfebrería, del suelo arriba y del cielo abajo, estalactitas y estalagmitas que un habilísimo juego de luces de colores indirectas había convertido en fiesta embriagadora del agua virgen y la roca.

Allí se detuvieron Jaime y Kris, y a pedido de él salieron para disfrutar el encanto incomparable del sitio, corriendo y saltando de una columnilla a otra y rodando repentinamente sobre la tierra húmeda para luego acariciarse felices. Aquello era un embrujo milagroso que apenas si un par de cavernas del planeta exterior reproducían pálidamente.

De nuevo en los controles del obediente vata, siguió la marcha hacia Kristina, la ignorada y misteriosa ciudad de los abismos. Pero, antes de partir, se produjo otro episodio intrigante para la curiosidad de Jaime: Kris habló con Kristina.

-Jaime, voy a anunciar nuestra próxima llegada, pues allí, en Kristina, hay un vivo y unánime deseo de conocerte.

-¿Es posible?

-Sin duda. Algo más: toda la ciudad ya sabe que he recibido tus genes en mis entrañas...

-¡Oh, no!

-Así tenía que ser querido. Nuestro abrazo del miércoles pasado ha significado para la ciudad, y para mí en particular, dos acontecimientos inminentes y únicos: mi primer hijo y mi próxima muerte.

-¡Protesto! Que me des un hijo... ¡Maravilloso! Pero ¿Por qué al precio de tu muerte?

-Si yo te dijese cuál es mi verdadera edad ¿No te espantarías?

-No lo creo. La cuenta, para mí, es la edad biológica. ¿Qué importan los años de calendario si se goza de salud; si se es ágil y fuerte; si se puede amar con el vigor y el arrobo de los veinte años?... ¿Si se es divinamente hermosa, como tú?

-Estás en lo cierto, pero agárrate al asiento para escucharme esto: el pasado miércoles, 8 de noviembre de 1972, he cumplido novecientos años.

-Kris: no me tomes el pelo. Si hubieras dicho “noventa”... ¡pase! Supongo que el dominio de la bioquímica y la genética, en una comunidad como la tuya, pueden prolongar la juventud hasta el siglo, pero... ¿Novecientos años?... ¡No, eso no!

-Pues eso, sí. Rotundamente. Y te lo voy a explicar. Ya te relaté algo de la fundación de Kristina, pero no habíamos hablado de problemas de poblamiento y genética, y quiero ahora

que sepas que Kristina y, en ella, los míos formamos una comunidad, estrechamente fraternal, que cuenta con cien mil habitantes, ni uno más, ni uno menos.

-Eso no es sorprendente, si los fundadores vienen multiplicándose desde hace la friolera de 22.116 años.

-Bien, pero nosotros hemos preparado los planes de nuestra ciudad, en todos los aspectos previsibles, apenas pasados unos mil quinientos años de la fundación, y ya entonces...

-O sea ¿Hace más de veinte mil años?...

-Sí, Ya entonces se había resuelto que tendríamos una ciudad de cien mil habitantes, y con esa población la tenemos hace ya algunos milenios.

-¿Cómo puede ser eso?

-Muy simple: un consejo superior de eugenesia, eutanasia y genética (CEUG), que preside el jefe máximo de la comunidad, regula natalidad y mortalidad con métodos adecuados que son ya instituciones de unánime acogida social. Por ejemplo: si el número de recién nacidos sobrepasa los cien mil habitantes en quinientos individuos, funciona lo que tu podrías llamar "la fórmula del padrino".

-¿En qué consiste?

-El CEUG sanciona y promulga anualmente la que nosotros conocemos como "ley del honor y misión cumplida" que ofrece una extensa nómina de ancianos, así como de insuficientes e incurables, nómina de la que los padres del recién nacido supernumerario eligen al padrino del niño. Este padrino tiene la altísima obligación moral y jurídica de ceder su campo vital al recién llegado.

-Pero ¿Cómo lo hace?

-Hay un gran festival de horas filiales que concluye con la libación de la muerte por parte de todos los padrinos. El CEUG les ha distribuído, con anterioridad, sendos frasquitos que contienen una composición tóxica mortal, pero embriagante y moderadamente alucinógena. Al ingerir el contenido del frasco, el noble padrino del recién nacido entra en un estado de placentera euforia seguido de un invencible sueño del que ya no despertará.

-¿No me dirás que la Ley de Honor te tiene incluida?...

-No, pero estaré en sus listas de aquí a muy pocos años.

-Pero ¿Por qué? Tú no eres una anciana.

-No lo soy, biológicamente, pero tú no conoces mis antecedentes familiares. Tu no sabes esto: Cuando se resolvió celebrar la fundación de Kristina, hace 22.115 años atrás, uno de los números sobresalientes del programa de festejos fue el acto de reconocimiento y gratitud públicos a los cinco astronautas más meritorios por sus dotes intelectuales y morales.

Ahora bien, el máximo premio que otorga nuestra comunidad a sus servidores ilustres consiste en la Medalla Vital del Novecientos.

-¿Qué es eso?

-Simbólicamente, es, en efecto, una linda medalla pectoral como cualquier otra, pero quien la lleva obliga a la comunidad a prolongar su existencia personal hasta un mínimo de novecientos años, con la recíproca obligación, por parte del agraciado, de no engendrar más de tres niños en sus novecientos años de vida.

-¿Tiene todo eso algo que ver contigo?

-Sin duda, y más aún en mi caso, puesto que el jefe de la expedición fundadora, Kreanto, obtuvo una gracia adicional sin precedentes: la facultad de heredarle la Medalla Vital del Novecientos al hijo que le naciera al cumplir esa edad, y al hijo de este último hasta la vigésima quinta generación.

-¡Tú eres la agraciada! ¡Tú posees la Medalla!...

-Así es. Yo la poseo.

-Pero, dime ¿Cómo opera la ciencia de los tuyos para prolongar así la vida tan enorme lapso de tiempo?

-Nuestros especialistas de la materia dominan su ciencia y conocen exactamente los procesos y reacciones celulares y la bioquímica nuclear, de modo que los míos, en general, se someten periódicamente a un tratamiento que estimula un proceso orgánico de involución detenido y repetido a voluntad.

-Ya veo. Yo soy, pues, a tu lado, como un peludo pibe de las cavernas terrícolas adorando a una diosa de juventud eterna.

-Bueno... si así lo quieres interpretar... Lo que importa es que nos amemos y que nuestro futuro hijo, esta vez hijo del Sol en Antor, corresponda a nuestras esperanzas.

Kris se había llevado, en este momento, la mano al pecho y extraído de él una especie de audífono delicado y flexible que acercó a la boca pero que en realidad llevaba siempre consigo en el nacimiento de los senos a modo de tulipán o campánula, gracioso ornamento de su tocado. Luego aplicó su mágica varita a los óvalos verdes de sus hombros, los que con un suave clic se abrieron a manera de valvas de molusco, surgiendo, de ambos, una especie de ondulantes antenas de insecto de unos treinta centímetros de altura. Y a continuación se produjo un diálogo telefónico que Jaime, por cierto, se limitó a escuchar sin entender palabra. Kris hablaba una lengua desconocida, pero parecía hacerlo con gran alegría, y la voz que le respondía en una de las hombreras, voz acompañada de un rumor de muchas otras voces, no parecía menos contenta.

-¿Qué pasa, Kris?

-Como te dije, estoy avisando a Zenobio, nuestro bien amado jefe de Kristina, y a sus colaboradores, que... te tengo cazado (perdóname la broma), que te llevo conmigo y que hemos dejado ya atrás la estación de las estalactitas. Toda la ciudad te espera.

-¡Emocionante! ¿Qué distancia nos queda por recorrer?

-Unos ochenta kilómetros.

Durante los cuarenta o cincuenta minutos que aún quedaban de viaje, Jaime y Kris hablaron muy poco. Ella había cerrado de nuevo sus esmeraldas hombreras y acomodado el audífono-flor en el tibio ángulo de sus senos, y Jaime se dedicaba a contemplar regocijado y mudo la suaves y suntuosas curvas de la autopista subterránea y, sobre todo, los redondos jardines del trayecto que eran todo un festival de plantas ornamentales en precioso recinto de humedad, temperatura y presión reguladas.

-Ahora que lo recuerdo, Kris –dijo Jaime en algún momento-, en los primeros versículos del Génesis, la parte inicial del libro que mencionaste como “el gran texto de la hechicería cristiana”, los patriarcas de que se habla, el propio Adán, y Set, y Enós, y Mahaleel, y Matusalén, vivieron algo más de novecientos años... ¿No es curiosa coincidencia?

-Quizás no, Jaime. Algún soplo de la verdad en torno a nuestra Medalla pudo haber llegado a oídos de los antiguos hebreos a través de los llamados “profetas” por vosotros... Quizás el tío Kristo habló también más de la cuenta...

-¿"El tío Kristo"?... Supongo que no se trata del fundador del cristianismo.

-Eso mismo, exactamente. Él era hijo de Kredíos, aquél simpático bisabuelo mío que fue incitado a sacrificarlo en cumplimiento de un programa de inducción psíquica colectiva entre los tuyos. Lo llamábamos familiarmente “Dios”, y era generoso hasta lo imposible.

-Sería pues Kristo un hermano de...

-De uno de mis abuelos. Sí.

-¿Y qué razones hubo en Kristina para la preparación de tal programa?

-Por aquel tiempo venía cobrando peligrosa hegemonía entre los tuyos una gigantesca empresa de bandidaje y sadismo con sede en la ciudad de Roma, y las cosas había llegado a tal punto que ni las fieras de la selva, leones, tigres, elefantes y panteras, se libraban de la destrucción y la muerte a la sombra de una oficial ideología de latrocinio y violencia. La mejor juventud era expresamente educada para ello en la técnica del bandidaje y la esclavización cuando no del genocidio sin disfraz alguno. Los rectores de Kristina resolvieron entonces, por simpatía hacia tu raza y gratitud al planeta que nos había acogido, inducir entre los tuyos un movimiento abrumador de signo contrario: el signo del amor. Y esto exigía un arquetipo estrechamente aleccionado bajo nuestra dirección, pero... también te hablarán otros, en su oportunidad, si yo no lo hago, de aquel extraordinario tío Kristo a quien tanto y con tanta admiración recordaba mi padre.

## IV

Ya en el próximo parquécillo se dejaron ver los más impacientes congéneres de Kris. Había tres o cuatro grupos de curiosos, casi todos jóvenes y algunos niños, que se habían adelantado hasta ese punto en varios vehículos semejantes al vata. Todos ostentaban linda y ágil figura.

Kris paró el coche unos minutos y saludó risueñamente a los molnianos que lo rodeaban con los ojos fijos en Jaime Landa, personaje de la hora. Un ¡Pro! ¡Pro! ¡Pro! Bullicioso y unánime. ¡Pro Jaime Landa, el terrícola valiente y amigo! Brotó de todos los labios; ¡Larga vida al amado de Kris!. Kris era, por cierto, la intérprete de Jaime en este coro de afectuosas voces.

Jaime los miraba con no menor curiosidad y alzaba repetidamente los brazos, dentro del coche, mostrando entrelazadas las manos como signo de cordial afinidad de sentimientos. Ya se sentía un miembro más de la familia molniana, aunque no entendiera directamente las saluciones de bienvenida y los vítores.

Así continuó la marcha, pero esta vez escoltados por otros seis vehículos vatas de línea y modelo ligeramente distintos, tres adelante y tres atrás. En algún momento tuvo Jaime la sensación de que habían atropellado unos transeuntes de pie en media carretera; pero no había sido así, pues cuando el coche delantero casi los envolvía, se alzaron en vuelo individual hasta unos tres o cuatro metros.

-Esto, Kris, es algo nuevo para mí...

-Ciertamente. Se trata de sencillos mecanismos alados que se fijan a la espalda y los hombros, le dijo ella. Poseen, como el vata, retropropulsores semejantes, y el alo de luz que les vez en torno a la cabeza muy por encima del casco es una minúscula bombilla eléctrica fijada en los extremos de la hélice capital como aviso de su presencia y protección de personas que se les acercasen cuando ella gira.

-Y... ¿Ese mecanismo les permitiría salir al exterior?

-Sin duda. Nos proporciona a todos un deleitoso deporte. Con esas alas podemos remontarnos hasta unos veinticuatro mil metros sobre los mares terrícolas y abordar, si ese es el caso, nuestras naves de la estratósfera.

-Debe ser maravilloso.

-A mí me encanta llevarlas... mejor dicho: hacerme llevar con ellas y flotar en el espacio libre, descendiendo unos minutos en el fúlgido casquete de los más altos nevados terrícolas; o en algún lugar deshabitado de las selvas de América o del Africa; o en algún islote del Pacífico... Ya lo verás por ti mismo.

-¿Me enseñarás cómo hacerlo?

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Claro que sí. Te enseñarán los más expertos, y estoy segura de que ganarás rápidamente el diploma de “Angel de la Luz” que nuestra asociación de voladores otorga en calidad de licencia a todos los que salen bien de las pruebas preparatorias. El único requisito delicado es el secreto con relación a los tuyos, los terrícolas.

-¿Por qué el secreto?

-Hemos tenido siempre el cuidado de evitar rozamientos y fricciones peligrosos con las gentes de la superficie, puesto que, en fin de cuentas, somos residentes sin permiso oficial, en planeta ajeno, y, si a esto agregas nuestro permanente temor al contagio de virus y bacterias que más de una vez nos han diezclado...

-Comprendo

Los tres “ángeles de la luz” acompañaron unos instantes a la comitiva desplazándose apenas un metro de altura sobre los vatas para luego adelantarse por impulso de su propia y mayor velocidad. En los últimos parquecillos que aún cruzaron los molnianos se presentaron por centenares con el mismo Pro! ¡Pro! De bienvenida, y vítores, y aplausos a granel.

-Hemos llegado, dijo de pronto Kris.

## V

En efecto, en aquel instante cruzaban en breve espacio del túnel en cuyos muros laterales se abrían ventanas y balcones repletos de curiosos, lugares desde los cuales les llovieron pétalos de rosas y claveles entre grandes aclamaciones; luego de lo cual la comitiva descendió a un segundo nivel, más bajo, que los condujo a la estación central de Kristina, exactamente debajo de un altísimo edificio heptagonal que, a modo de gigante columna de sustentación, se alzaba unos cien metros sobre el nivel de la ciudad, hasta tomar sólido contacto con la inmensa bóveda que le servía de cielo.

El edificio se alzaba en el centro geométrico de Kristina, la extraña y ahora bulliciosa ciudad prohibida de los molnianos que el terrícola apenas si sospechaba a través de fábulas místico-religiosas contenidas en antiguos papiros egipcios y griegos y romanos cuando hablaban de cosas como el averno, y Plutón, y Perséfone o Proserpina, y el barquero Caronte, y la laguna Estigia, y otras historias semejantes, alimento de soñadores y poetas.

Kristina –lo vio después Jaime Landa- era una ciudad perfectamente circular, con una superficie de veintidós millones de metros cuadrados y una espléndida avenida de circunvalación que corría a lo largo de dieciséis kilómetros. Su diámetro aproximado era de cinco mil quinientos metros, con una altura de cien entre bóveda y suelo en la gran plaza central que irradiaba una decena de anchas avenidas rectas, con rumbo a la de circunvalación, la que, a su vez, formaba la corona interior del círculo. Interior porque, ganando sus aceras hacia fuera, los molnianos habían edificado y montado una corona más, pero esta vez de

innumerables plantas industriales pequeñas, pero muy especializadas, para servicio de la ciudad. De la columna-torre central, edificio heptagonal de veintidós pisos, hacia la corona exterior, la bóveda descendía a modo de fanal o media esfera. Cada uno de los bloques e edificaciones, entre dos avenidas radiales, alzaba tres otras columnas-torres a modo de anchos muros de sustentación en segmentarios círculos concentricos, hasta la descomunal bóveda que distribuía la luz de Kristina, catorce horas del día terrícola, sobre hombres, animales y plantas. Había pues allí treinta y una columnas-torres donde funcionaban todos los servicios de administración e interés común. Las demás edificaciones, de arquitectura semejante y baja altura igual –unos quince metros-, eran suntuosas viviendas provistas de todas las comodidades imaginables.

La ciudad era evidentemente muy grande para tan escasa población, comentaba Jaime con mentalidad terrícola. Pero es que allí, y justamente por tratarse de una comunidad relativamente pequeña, no existía persona o familia alguna que no poseyese una casa tal que en la terrícola superficie habría sido tenida como regia mansión, o, al menos, como elegante y confortable vivienda de rico.

Cada una de las diez avenidas radiales desembocaba, a manera de embudo que se abre ampliamente, en un bello parque-museo limitado, al exterior, por la avenida de circunvalación. Había pues allí diez parques, en cono truncado, y cada uno de ellos especializado en determinado campo del saber con fines de divulgación y popularización, era un museo cautivador cuya sola vista y contemplación valía, para la formación y la información del molniano, tanto como una biblioteca de cientos de volúmenes.

Pero algo que encantó a Jaime Landa, cuando lo hizo, fue visitar las enormes azoteas que corrían por los techos de cada sector o huso diedro entre dos calles radiales, en una extensión de más de dos kilómetros y anchura creciente hacia las coronas de la ciudad, pues allí estaban, no sólo innumerables cultivos de huertas y cereales para enriquecimiento y placer de la cocina doméstica, sino también una serie de bellos espacios destinados al deporte. Los larguísimos parapetos, sobre las diez avenidas radiales, eran sitio abundantemente frecuentado por los molnianos que gustaban de contemplar el tráfico urbano, o asistir a recepciones y desfiles callejeros.

Las diez columnas-torres de la primera franja circular segmentaria, sobre la plaza de armas o plaza central, formaban la infraestructura de la Universidad molniana, cada edificación para una rama general del saber técnico y superior. Se las veía imponentes desde la torre heptagonal del centro, con su amplia terraza anterior en cono truncado sobre la plaza y un delicado revestimiento de color netamente distinto y de algún modo alusivo a su materia, desde la Casa Azul de las ciencias cosmogónicas, pasando por la Mansión Auriamarilla de la fanerosofía o ciencia de la materia llamada inerte, y la Casa Roja de las ciencias biológicas, etc., hasta la severa torre negra y brillante de la bleposofía o saber instrumental donde Jaime habría de hallar más tarde su más desconcertante sorpresa.

***Parte Tercera “La  
Torre Azul”***

I

Al atrio, en peristilo, de aquella fabulosa ciudad llegó, por fin, la aclamada pareja en que se fundían biológica y espiritualmente dos jirones del universo tan distantes como pudieran serlo, en la pequeña Tierra, El Egipto de Amenhotep III y la América de Nixon o Perón. En su gran peristilo, rodeado de altas y repletas vitrinas de exposición comercial donde se exhibían incontables y variadísimos objetos del vestido, el tocado y la confitería kristinarias, así como de los deportes y el arte y la cocina, se hallaban reunidos un centenar de personajes del liderazgo político-administrativo, hombres y mujeres jóvenes entre los que por cierto se destacaba la figura y el gesto imponente de Zenobio, en el turno de la jefatura suprema de la comunidad citadina.

Allí estaban Kristias que, junto a Kris, representaba la punta libre del hilo veinte milenario anudado a la Tierra en el lecho de Kreanto; Zenón, el humorista inagotable que decía esperar con impaciencia el suicidio nuclear de los terrícolas para servirse una sopa aderezada con las nalgas del último niño que consiguiera salvarse; Pila, la vivaz profesora de la Torre Verde que reaccionaba a cualquier chiste con algún comentario definitivamente catastrófico; y Nobio, el taciturno coleccionista de ojos de lechuza y la romántica Netela que no se resignaba a aceptar la irreversible realidad del exilio molniano y dialogaba en soledad con las estrellas hasta casi morir aterida, alguna vez, sobre el picacho más alto del gigante Aconcagua; y Parto, el poeta y músico más cotizado de la ciudad de cuyo poder creador se decía que era muy capaz de ejecutar una sonata en sus sandalias con las cuerdas que las anudaban; y Proco, el cauto Proco de quien se decía que, a fuer de cauto y desconfiado, había acabado por cobrarle un odio mortal a su sombra; y Azura la turbadora por quien se había estrellado y cocido en las Termas del Buho el bello atleta Anibio; y Clodilo, el campeón de las paradojas en los inaccesible dominios de la antimateria, etc.

Cuando Kris detuvo el coche y ella y Jaime salieron al patio de estacionamiento, se alzaron todas las manos con un ¡Pro! Unánime y ruidoso. Todos los presentes abrieron calle a fin de que la pareja se acercase hasta “el amado Zenobio”. Hubo, entonces, un silencio solemne, Jaime y Kris se acercaron cogidos de la mano, llegaron hasta el jefe, y este, apoyando ambas manos sobre los hombros de Jaime, lo besó... lo besó en la frente con esta sola voz que Kris tradujo: -¡Bienvenido!... ¡Bienvenido! Corearon todos luego y uno por uno saludaron tanto a Jaime como a Kris con el mismo beso ritual de la amistad, la consideración y el respeto.

El gran patio central del estacionamiento de Kristina se abría hacia la plaza de armas a través de cinco o seis salidas tanto de vehículos como de peatones, pero en el centro funcionaba un amplio ascensor que condujo a todos verticalmente hasta el segundo piso del heptágono rector de la ciudad. Allí nuestra pareja gozó de unos minutos de licencia para una ducha rápida y unos furtivos besos entre dos abluciones mientras afuera, en los jardines de la plaza, en las calzadas y en los edificios circundantes la multitud, compacta, esperaba la

aparición del terrícola huésped junto a su venerada Kris. Un gran balcón rodeaba todo el edificio a la altura del piso, y hacia él avanzaron los miembros de la comitiva, y Jaime y Kris, conducidos por Zenobio. Su presencia provocó, como era de esperar, un clamor formidable que fue rodando en ecos declinantes quién sabe a qué confines de la entraña teutónica.

Y habló Zenobio por los siete altavoces de las siete fachadas de la torre:

-Hijos y hermanos míos, Kristina heroica: Han transcurrido ochentinueve años desde la muerte del último vocero nuestro en las inquietas ciudades del mundo bárbaro de la superficie para que se haga presente entre nosotros el emisario de esta hora. Jaime Landa. Vosotros sois testigos de la exigente prolijidad con que hemos investigado y examinado las posibilidades, capacidades y vocaciones de millares de bárbaros en los centros poblados y en las rutas de tierra, mar y aire de los cinco continentes exteriores. Nuestras computadoras han elaborado todas las combinaciones de los imponderables previsibles y han señalado en este mancebo saludable, veraz, sincero y fuerte al elegido. Y aquí tenéis también, a mi siniestra, a nuestra embajadora del contacto entrañable que amó, ya en el currículo de Jaime y en su imagen eléctrica, al primado de corazón... ¡Pro! ¡Pro! ¡Pro! ¡Pro!... Clamó la voz del pueblo en la gigante ovación.

Y continuó Zenobio, esta vez dirigiéndose a nuestra pareja:

-Esplendorosa Kris, valiente Jaime: A partir de este minuto y con la ciudad toda, presente en este acto, os declaro unidos en matrimonio. Podéis juntar las tapas de la Nuez Futuraria. Que tu dedicación Jaime a la dura tarea de tu peregrinaje por los nobles recintos del saber superior que te contemplan en contorno de esta plaza de armas, y tu ternura, Kris, para iluminar a tu compañero y acunar y amamantar a tus hijos, hijos del ungido de la estrella Sol en la predilecta de Antor, abran los cauces de la nueva historia hacia un futuro mejor y más feliz tanto debajo de la tierra como sobre la tierra y en el espacio exterior...

-¡Pro! ¡Pro! ¡Pro!... Clamó el pueblo.

Toda la comitiva, y Jaime y Kris aplaudidos, dieron lentamente tres vueltas completas por los balcones del heptágono saludando y sonriendo a la muchedumbre.

-Dime, Kris, susurró Jaime al oído de ella, ¿Crees que debemos decir algo?...¿Lo verá bien el pueblo?...

Si lo deseas de corazón... sin duda. Unas palabras tuyas serán escuchadas con vivísimo interés.

-Lo haré, querida. Anúnciame.

-¡Amigos míos, con la venia del Conductor (gritó Kris) quiere hablaros mi esposo!

Se produjo un gran silencio obediente, y cuando Jaime Landa se disponía a hablar de su emoción y gratitud, su propósito se vio frustrado porque de pronto, la ciudad entera desapareció de la vista de todos, hundida en las sombras de un apagón absoluto y, acto

seguido, desde las diez Torres de la Universidad molniana salieron en disparada diez diluvios o cascadas de luces de colores en una ostentación de mil matices y mil formas brillantes con cuyos propios murmullos, trompetazos, silbidos y chasquidos, tañidos y tamborileos, en todos los tonos y semitonos de la escala de un invisible y gigantesco piano de las tinieblas; de esta manera, la Universidad asistía a la recepción, oficialmente, ejecutando una sinfonía inimaginable.

Y cuando, en un prolongado decrescendo, matices, formas y sonidos se apagaron, y en el ritmo en que hicieron fueron destacándose, cada vez más netas y brillantes y engrandecidas por las propias tinieblas, una serie de diez otras imágenes de luz sobre las respectivas diez terrazas de los enormes bloques amurados en suave arco. Por allí cobró forma la figura de un árbol espectral; por allí, la de una fuente de aguas cristalinas en generoso vertimiento; por allí, la de un inmenso búho emplumado de luces blancas, ocre y grises; por allí, la de una enorme boca encarnada y entreabierta, etc. Eran las diez comunidades académicas que destacaban gloriosamente, en festival de luces incomparables, su específica confesión intelectual a través del símbolo que las diferenciaba y definía.

## II

-Querido (dijo Kris a Jaime en un regocijado desperezo, bien avanzada la mañana del día siguiente), de hoy a cuatro días ha de celebrarse el ingreso de un buen número de postulantes a la Torre Azul que necesitas visitar con especial atención, pero, entretanto, tu tiempo no tiene programa establecido, de modo que puedes vagabundear a capricho por las calles y parques de Kristina a fin de ir familiarizándote con nuestro estilo de vida. Voy a dejarte ir solo esta vez.

Así pues, tan pronto como se sirvieron un desayuno frugal pero apetitoso, Jaime se vistió y salió a la avenida Soris, nombre, éste, de uno de los cuerpos estelares del círculo de Antor. Los otros nueve radios de Kristina habían también tomado nombres de otros tantos planetas antorianos de imborrable recuerdo en la ciudad prohibida.

Jaime tomó por la derecha, con rumbo a la avenida de circunvalación, pensando que ya había visto, siquiera en perspectiva general, la plaza de armas a donde, en todo caso, habría de volver repetidamente. La avenida Soris, como las demás, era una calle de doble tráfico, con unos veinte metros de ancho y algo así como dos mil de longitud desde el centro de partida a la penúltima corona. La dividía longitudinalmente, por el centro, un jardín de no más de dos metros perennemente verde y florido y avariciosamente conservado por grandes y chicos. Cada cierta distancia, quizás unos trescientos pasos, Jaime encontraba que el largo bloque inter-radial, entre la calle Soris y la Emunda, daba espacio a lindísimos pasajes cubiertos donde podían admirarse escaparates de toda índole y contenido para la gente del barrio y aledaños.

Cuando por fin llegó a la boca de embudo de la Soris, sobre la Corona de Circunvalación, descubrió Jaime que el embudo, que se abría desde los veinte metros iniciales hasta tomar unos quinientos sobre la corona, era el Museo de los Insectos, una gran explanada que lucía a los ojos como si un niño gigante y travieso hubiera soplado centenares de grandes pompas de jabón sobre el césped y los caprichosos guijarros y fuentes del lugar. Pero cada globo, perfectamente diáfano, encerraba una serie de insectos convivientes en un ingenioso arreglo de su ambiente. Allí había colecciones de arañas y miriápodos insospechables algunos; moscas y mosquitos de todas las latitudes terrícolas; coleópteros de mil especies, formas y colores; langostas y saltamontes, palitos patudos, espinas voladoras, hojitas verdes y hojitas otoñales provistas de trompas y antenas, y, por supuesto, abejas y hormigas que Jaime nunca hubiera imaginado se dieran sobre la tierra en tan curiosas variedades; y libélulas serenas, y cigarras... Pero, lo que sin duda arrebató el entusiasmo de Jaime, y era el arrobo de mucha gente, fueron las tres pompas de lepidópteros donde revoloteaban prodigiosas mariposas diurnas y nocturnas, montaÑeras y tropicales, desde la modesta y antipática polilla de los roperos, pasando por las oro y rosa fritilarias y las incomparables de ala en cola atigradas, acebradas y negras, hasta la gloriosa "victoria" azul de la selva amazónica.

Allí se estuvo todo un día, y habría repetido gustosísimo la visita si no hubiera escuchado, de labios de gentiles transeúntes sabedores de su presencia y familiarizados con su figura en pantallas televisoras, que había otros nueve jardines tanto o más visitados que el Patio de los Insectos. Así pues, siguió por la avenida de circunvalación y llegó al Patio de los Mamíferos, y luego al Patio de las Aves, al Patio de Saurios desaparecidos, al encantador Jardín Botánico en el embudo de la calle Arnoldo, etc. etc.

Sería de nunca acabar el lanzarse a una descripción, por somera que fuese, de cuanto vio Jaime Landa, embebido y regocijado, en su recorrido de tres días por los jardines-museos, y así, sólo diremos que, si bien el Patio de los Saurios no lo era de las grandes bestias terciarias en carne y hueso resucitadas o conservadas, era, si, de reproducciones aterradoras por lo vívidas y aparentemente reales. Imitados los saurios, prodigiosamente, en materiales blandos y duros, era cada uno ingeniosísimo robot en movimiento y voces de los grandes pantanos y selvas arcaicos. Jaime pudo examinar, después, en la Torre Encarnada, sus verdaderos esqueletos, conchas y cuernos fósiles prolijamente reconstruidos y conservados junto a un breve y llamativo historial de cada uno.

### III

En Kristina también amanecía al modo terrícola de los ritmos solares, pero, claro está, se trataba de un amanecer, como de un atardecer, de artificio eléctrico a través de un sistema de luces indirectas que la gran bóveda, invariablemente azul (pues con este color había sido especialmente recubierta), distribuía puntual y equilibradamente.

Por tanto, “amaneció” el cuarto día, como los anteriores, pero esta vez Jaime estaba avisado por Kris, como se recordará, de que debía y le interesaba hacerse presente en la plataforma anterior de la Torre Azul, uno de los diez imponentes recintos de la Universidad molniana.

Así lo hizo, en compañía de su amada y de Anila, grande amiga de ella que estuvo temprano al desayuno, muy interesada también en la ceremonia de ingreso de los postulantes al noviciado de la Torre Azul, pues dos hermanos suyos, Anselmo y Anola, se presentaban asimismo como aspirantes.

Cuando los tres llegaron a la gran plataforma o patio anterior de la Torre Azul había ya, cuando menos, un centenar de curiosos contemplando la esfera de rutilante oro macizo - cinco metros de diámetro- que descansaba en el centro de la plataforma. Corintio se adelantó a recibirlos. Él era uno de los más destacados profesores de la Casa, y deseaba ser el primero de agasajar a Jaime y guiarlo en su iniciación.

-¿Qué os parece si nos acercamos a aquel grupo de amigos que contemplan la Estrella? Dijo el profesor. Aún disponemos de algunos minutos.

La Estrella -continuo Jaime- es el emblema distintivo de nuestra torre-columna donde sólo se estudia las ciencias vinculadas con el conocimiento del cosmos: matemáticas, por supuesto, astronomía, astrología, historia de los cuerpos siderales, geología, vulcanología y paleontología, principalmente...

-¿Sólo ciencias puras?

-No. Aquí formamos también a nuestros astronautas en las técnicas del vuelo interplanetario y la cohería, la ingravidez, la aceleración, el vacío y, en el curso más avanzado, lo que hemos podido heredar y conservar de nuestros antepasados, en el reino de Antor, muy poco desgraciadamente, sobre la estructura, posibilidades y peligros del aprovechamiento de la antimateria.

-Pero... ¿Este suntuoso monumento al oro y la materia cósmica?

-Sí... Andarás, preguntándote a qué se deben los surcos y anfractuosidades de la esférica Estrella... Pues bien, la bola que contemplas es una reproducción, tan precisa como nos ha sido posible en reducción así de extrema, del planeta Molne, nuestra patria de origen. Ante ella ha desfilado infinidad de veces la ciudad para contemplar, con ambiciosa nostalgia, las colinas y valles, los mares y lagunas de Molne, en azul turquesa, y el emplazamiento de sus ciudades que podéis vosotros advertir en esos rubíes de todo tamaño engarzados por aquí y por allá, según la geografía...

-¿No será mejor la “molneografía”, profesor? Aventuró Jaime.

-Tienes razón, Jaime Landa, pero ya nos sentimos tan identificados con la Tierra...

-Comprendo perfectamente. Y, dígame, profesor ¿es la esfera íntegramente de oro macizo?

-No íntegramente, terció un colega de Corintio.

-Es el profesor Litarcio, y me honro en presentártelo, Jaime, intervino Kris.

-¿Decía usted, profesor? Continuó Jaime después de la usual puesta de manos y el beso frontal.

-Decía que la Estrella de la Torre Azul, si bien es de oro, no es sólo lo que se muestra al exterior, pues encierra una significación más entrañable aún que la de representar, en miniatura, la “molneografía” (usa tu feliz acotación, Jaime) de nuestra perdida patria sideral. El corazón o núcleo de la esfera es un hueco cerrado hace once mil doscientos años, o algo más...

-Once mil doscientos treinta y tres, Aclaró Corintio.

Si, la fecha de fundación de la Torre Azul como parte de la Universidad molniana, le otorga esa edad. En aquella oportunidad, y convenido el emblema de la Torre en función de sus afanes académicos, hubo un pedido, al que se sumó todo el pueblo, en sentido de que los tres kilos de tierra vegetal y el abejorro muerto que nuestros astronautas del viaje fallido hubieron traído consigo desde los dominios de Antor, se guardasen religiosamente en el seno de un ánfora incorruptible y eterna. Pues bien...

-Aquella tierra amada y aquel abejorro muerto es cuanto os queda de Molne, interrumpió Jaime.

-Así es.

Hubo un silencio respetuoso y prolongado entre todos los presentes, y a Jaime le pareció que los glaucos ojos de Litarcio se nublaban de lágrimas. Pero en aquel instante se escuchó la llamada de trompetas de una mozuela grácil y afanosa que, muy en su papel, desnuda, sola y de pié ante el altísimo portalón de la Torre Azul, empuñaba un largo tubo reluciente para anunciar que el acto de recepción al noviciado de la Casa iba a tener comienzo.

## IV

El alto edificio, todo revestido de lapislázuli, en dos o tres matices del azul, se mostraba imponente y majestuoso. En el centro y hacia el gran patio casi triangular, plataforma sin parapetos sobre la plaza de armas, se alzaba el elevado triángulo de la puerta principal de acceso exprofesamente cerrada para la ceremonia.

A unos veinte pasos del portalón formaron los postulantes, unos setenta muchachos y muchachas que formaron un semicírculo de cara a la Torre. El público concurrente y, con él,

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

Jaime y Kris y los profesores Litarcio y Corintio, se ubicaron detrás y a prudente distancia, junto a la memorable esfera. Y, cuando se apagaron los últimos sonos del clarín de la joven heraldo, del grupo de postulantes se destacó el que debía oficiar como representante de todos. Este, empuñando los dos enormes aldabones de oro del portalón, los alzó y dejó caer. Se escuchó un golpe sordo y ondulante que, al apagarse finalmente y luego de unos segundos de tensa expectación, debió dar el portero de la Casa, en este trance su rector, la señal de su intervención. Altavoces escondidos transmitieron, entonces, el inquietante diálogo ritual que habían de intercambiar la Torre y los postulantes a coro, diálogo contenido en el venerable Credo de la Torre Azul, así: -

-¿Quién eres?

-Un viajero.

-¿De dónde vienes?

-Del interior de una gotícula en las espumas de la ola.

-¿Qué buscas?

-El instante aéreo de la ola que se quiebra sobre el acantilado.

-¿Nada más?

-Nada más.

-¿Qué es, para ti, aquel instante?

.Todo el universo conocido y todo el sospechado, y todo el tiempo pensable sobre los rieles del espacio.

-¿Nada menos?

-Nada menos.

-¿De qué color ves, pues, las ciencias de lo cósmico?

-Del color de mi techo a la hora del cenit en un sediento día.

-Entra, pues, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

“Que halagado serás en esta Casa” se repetían mentalmente todos los presentes a tiempo que el gran portalón retiraba sus pesados batientes silenciosamente y los setenta jóvenes se precipitaban hacia adentro donde toda una colmena de otros estudiantes los recibían con ensordecedor bullicio.

## V

Cuando la calma se hubo restablecido tomó la palabra Corintio para invitar a nuestra pareja, y especialmente a Jaime.

-¿Qué os parece si entramos?

-Desde luego, contestaron a un tiempo Jaime y Kris, y, en compañía de Litarcio, siguieron al viejo profesor. La Torre Azul, como las otras nueve de la Universidad molniana, era un edificio de algo así como setenta metros de frente por casi cien de altura, hasta la gran bóveda común, y acaso veinticinco de espesor, con el aspecto de un alto muro ligeramente cóncavo hacia la plaza de armas. Contaba con veinticuatro pisos de distinta altura y asistían a sus aulas unos 350 estudiantes dirigidos e instruidos por una planta variable de profesores que en ningún caso eran menos de sesenta.

-En cosa de media hora (dijo Corintio mirando su hermoso zafiro-reloj, testimonio de su calidad de profesor titular allí) habrá una disertación especialmente preparada para el noviciado. El profesor Tailemo relatará al grupo asistente "la Hazaña de los 53".

-¿De qué se trata? Preguntó Jaime intrigado.

-Del viaje de Kreanto, rumbo a la estrella Koinos, aquel fallido viaje que nos trajo a tus dominios, Jaime, y nos ancló para siempre en este subsuelo.

-¿Os duele?

-Ya no, pero a lo largo de las primeras centurias, y luego hasta edificación satisfactoria de Kristina, aquello debió ser sin duda bastante duro.

-¿Qué enseña Tailemo?

-Es un perito en astronáutica. ¿Queréis seguirme?

El aula semicircular, donde se haría presente Tailemo, estaba repleta, pues, si bien los ochenta o noventa jóvenes novicios se hallaban presentes, ellos llenaron solamente los dos escaños más bajos. En los veintiocho escaños restantes se habían acomodado cerca de mil asistentes libres, visitantes y curiosos, y entre ellos se ubicaron Jaime y Kris, la que prestamente facilitó a su compañero unos minúsculos auriculares de transposición y traducción simultánea.

Al hacerse presente Taileno solo, la nutrida concurrencia se puso de pie en señal de respeto y saludo académico que el ilustre profesor respondió con una modesta sonrisa y un gesto de manos que equivalía a un "sentaos a vuestro placer".

Su exposición fue un relato alucinante que aquí reproduciremos en muy pálidos matices, así:

-En próxima oportunidad, amigos míos, seréis conducidos a la Torre Aurea, donde el insigne profesor Nemetos os dará algunas noticias en torno a lo muy poco que aún conservamos de la tecnología anterior dirigida al dominio de la antimateria. Y empiezo así esta exposición con el pensamiento de que vosotros podríais salir defraudados si estáis esperando, como me lo supongo, que, puesto que he de hablar de un viaje sideral tan imposible actualmente, no digo para el terrícola atrasado y bárbaro, sino para el molniano, mucho más viejo y maduro... puesto que he de hablar de tal viaje, tendré que hacerlo en términos de la más inaccesible física teórica... Pues bien, no hay tal: eludiré, en un discreto paréntesis, aquella especulación para referirme, con preferencia, a los hechos e incidentes del viaje, desde sus prolegómenos.

He aquí los hechos:

-Hacen veinte mil ciento diecisiete años nuestros mayores, en las ciudades de Molne, comenzaron a observar extrañas contracciones locales en el disco de Antor, contracciones que quizás los hubieran alarmado mucho si no hubiera sido que, coincidentemente, los diecisiete cuerpos planetarios de su campo gravitatorio padecieron días de horroroso enfriamiento seguido de catástrofes sin precedentes en los poblados vecinos a nuestras fuentes de agua; mares y lagunas que se congelaron súbitamente, despedazando muelles y dársenas en vastas zonas costeras. Las plataformas marinas se abrieron en cientos de lugares y las aguas, congeladas en gigantescos bloques, aplastaron, literalmente, miles de ciudades. Se calculó en no menos de 465 millones los muertos a lo largo de unos pocos meses.

-Nuestros rectores y líderes convocaron, entonces, a una asamblea extraordinaria a la que concurrieron no sólo, claro está, los dirigentes y sabios de Molne, sino también los de Máscar, Ata y Penor, planetas hijos de Antor como el nuestro y ya de mucho antes vinculados a nuestros intereses.

-Como resultado de aquella histórica asamblea se constituyó una comisión extraordinaria compuesta por lo más ilustre de las filas de hombres consagrados a las ciencias cosmológicas en los dichos cuatro planetas, y se instó a la comisión para que, en el término de cuando más quince días, evacuase un informe veraz y seguro sobre la situación, los desastres sufridos y las causas probables.

-La comisión trabajó intensamente, y de su seno salió un informe por demás alarmante, informe en el que el viejo Kreanto llevó la voz cantante, pues a su genial intuición se debió especialmente el esclarecimiento de los hechos y su causa probable.

-El informe, en pocas palabras, decía más o menos esto: "Las manchas oscuras y las contracciones de Antor no son, de todos modos, fenómenos inherentes a su propia materia y sus procesos internos. Esas alteraciones han sido inducidas desde muy lejos, y vuestra comisión –sentimos vivamente decirlo– ha hallado en sus registros las pulsaciones cósmicas las huellas de la presencia intermitente de radiaciones desconocidas. Ahora bien, se ha seguido el rumbo probable de las inestables y discontinuas huellas de dos bandas o brazos de energía espacial, en luz negra, bandas, inexistentes antes, que, partiendo de las manchas oscuras de

Antor, se pierden en el firmamento. Hemos medido, así mismo su intensidad y establecido aproximadamente su dirección con el cálculo de diecinueve ángulos estereo-estelares. En conclusión, vuestra comisión cree poder afirmar, con un margen de error no mayor del 0,0013 por ciento, que la fuente de tales irradiaciones se encuentra a 1.811 años-luz, 44 días, 3 horas, 26 minutos, 51 segundos y 224 milésimas de segundo, del núcleo de Antor. Tales números señalan a la estrella Koinos como la emisora de tan funestos avisos. Por lo demás, vuestra comisión no puede saber si se trata de intentos cordiales de intercomunicación estelar, o de ensayos científicos que simplemente ignoran nuestra presencia, o de francas agresiones. Sin embargo, nos inclinamos a creer en lo segundo, siempre, claro está, que tales fenómenos sean producto de seres inteligentes, y no puros procesos mecánicos de la materia cósmica en permanente ebullición”.

## VI

-Señores estudiantes (continuaba Tailemo):

-Comprenderéis hasta qué punto ese pavoroso informe había de incitar al pánico en los cuatro planetas antorianos...

-¿Qué hacer?...

-Por fortuna, nuestra vieja civilización había llegado a alcanzar un grado de saber científico y técnico tan formidable, que la astronáutica podía poner un buen grupo de hombres –así los llamamos en la Tierra- casi en cualquier punto del espacio cósmico que no excediese de ciento cuatro mil años-luz.

-Por tanto, se solicitó al instituto Atiano de la antimateria que colaborase con Molne, Wáscar y Penor para la inmediata formación y entrenamiento urgente de una misión de los más consagrados astronautas, misión que se encargaría de tomar contacto material y personal con los cuerpos estelares del círculo de Koinos y recoger allí toda información necesaria. Esta comisión recibió, además y por lo que pudiera ser, amplias atribuciones para negociar cualesquiera acuerdos razonables y de interés común con los eventuales seres que poblasen los dominios de la nefasta estrella.

-Dos días más tarde el Instituto Atiano de la antimateria daba cuenta de que se había conseguido formalizar la elección de los astronautas embajadores con cincuenta y dos navegantes probadamente eficaces; que el capitán de la expedición habría de ser el brillante Kreanto, y que el dicho Instituto de Ata pondría a disposición de la nave insignia a su más eminente profesor: Ino, el antimateriólogo más connotado de los cuatro planetas antorianos.

Recibido este parte, se notificó a Kreanto que la expedición debía partir en el término de ocho horas, a más tardar, considerando que Ata, Molne, Wáscar y Penor tendrían por delante, de cualquier modo y por mucho apuro que se tuviese, alrededor de 577 días de angustia, tiempo que Ino calculaba para la duración de sólo el viaje de ida.

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-¿Podemos preguntar, profesor, por los nombres de los expedicionarios?... No son muchos...

-Innecesario, mi joven amigo sus nombres están grabados en letras de oro en los muros del Heptágono, y eso desde muchos milenios.

Se oyó un murmullo general de rechifla para el turbado estudiante que sin duda conocía bien aquellos nombres, pero que los había preguntado pensando amistosamente en Jaime Landa cuya presencia le llamó la atención.

-Sin embargo, continuó Tailemo, afablemente, quiero moveros a recordar, en obsequio a nuestro terrícola huésped presente en lo más alto del gallinero, a dos de aquellos astronautas que, por razones que harto conocéis todos, nunca estuvieron con nosotros en Kristina, pero que tuvieron su parte, si bien desgraciada, en la memorable expedición: Toradán, el encargado del control y fijación de los parámetros del viaje, y la bellísima Lieva a cuyo cuidado se dejó el manejo de los dispositivos de oxigenación.

-Y continuó, señores:

-La expedición partió en cinco naves prolijamente preparadas para tan largo y delicado viaje: Kreanto en la primera, provista del nigerómetro de la expedición, Moro en la segunda, con la computadora del silentiómetro, Tailiana en la tercera, equipada con los controles del quietómetro, Aminta en la cuarta, con los suprasensibles pedales del gelatiómetro, e Ino en la última, llevando consigo el más decisivo y complicado mecanismo, última palabra de la tecnología en los dominios de la antimateriología: el absentómetro de Clodio. Diez astronautas más en las cuatro primeras naves, y ocho bajo el mando de Ino.

-Ino era, por cierto, el hombre clave de la expedición, pues de él dependían las decisiones finales, ya que Kreanto, aunque primer capitán, no podía hacer otra cosa que ejecutar lo resuelto por Ino, Kreanto, recordaréis algunos, se condolía siempre de que el Instituto de Ata hubiera contribuido con solamente Ino, y no cuando menos con cinco psicofísicos especialistas, uno para cada plato volante.

-A las 31 horas, 7 minutos, 2 segundos y 328 milésimas de segundo de la partida, Kreanto, en el vértice del ángulo de ataque que formaban las cinco naves, informaba a las de atrás:

-X/N guión de absoluto. Informe X/S.

-X/S guión de absoluto, contestó la segunda nave.

-Informe X/Q, transmitió Kreanto.

-X/Q en guión de absoluto, respondió la nave de Taliana.

-Informe X/G.

-X/G guión de absoluto.

-Informe Ino, por favor.

-X/A en guión de absoluto.

-¡Profesor! Clamó un estudiante ¿qué significan estos símbolos?

-Pregunta que esperaba, jóvenes. Las cinco naves caían ese preciso instante, y así debían hacerlo, en la coyuntura confluyente de los cinco absolutos cuya elaboración cibernética se resolvía como antimateria. X/N es la incógnita de oscurecimiento; X/S se traduce como la incógnita de silencio; X/Q, como incógnita de inmovilidad; X/G, como la de congelamiento y X/A como la de ausencia.

-Por tanto, las naves de Kreanto, suprimidos tiempo y espacio, habían “desaparecido”, por decir así, en el ojo mismo del vórtice de la antimateria; esto es, habían dejado de ser. Lo importante era volver del no-ser a la materia, y era Ino el único hombre que podía entrar y salir, a voluntad, del uno a la otra.

En el aula de Tailemo podía volar, no digo una mosca, pero ni un huevo de mosca, y se habría percibido su rumor; tal era la tensión de los presentes.

-Y.. ¿Qué ahora? Se preguntaban todos, identificados con las naves de Kreanto.

-¿Y qué, ahora? Repitió Tailemo, como leyendo en las conciencias de su auditorio, para luego responderse:

Sólo quedaba esperar en el tiempo del tiempo el ausente desfile de la materia para volver a ella cada cierto período...

-¿Por qué “cierto período”, profesor, si el tiempo fue ya despanzurrado? Preguntó un travieso estudiante, provocando la hilaridad de la sala, hilaridad de que se contagió el propio Tailemo.

-No me empujéis contra la pared, mis jóvenes amigos, pues a semejante pregunta sólo pueden responder satisfactoriamente los profesores de la Torre Aurea.

-Perdón profesor, intervino el estudiante preguntón.

-Bien Sigamos adelante. El programa era volver al universo cada cien días y el septuagésimo séptimo de la quinta centena... Quiero decir: volver por contados minutos, simplemente en maniobra de observación y eventuales rectificaciones... Entre paréntesis: tampoco puedo yo explicar a vosotros cómo, en el seno del no-ser “natural” de la antimateria podía contar cien días. Posiblemente ni el propio Meneto os dejará satisfechos al respecto, puesto que hemos perdido, hace ya veintidós milenios, la única fuente de información disponible: la palabra de Ino.

El primer retorno, a unos doscientos setenta días de los dominios de antor, salió perfecto. No así, en cambio, el segundo...

-¿Por qué?

-¿Qué pasó?

-¿Por qué?... ¿Por qué?...

-No atropelléis, muchachos. He aquí el incidente, tal como se dio y se procesó después judicialmente. Fue un beso de mujer la causa indirecta...

-¿Un beso de mujer?... ¡Oh, no!...

-Claro que sí. Recordaréis, que la hermosa Lieva estaba prometida a Kreanto. Más aún: hay testigos de que ambos depositaron la Nuez Futuraria en las ánforas nupciales de Molne o quizás de Penor.

-Pues bien: al acecho de Lieva venía andando, desde tiempo atrás, el insaciable y versátil Toradán cuya delicadísima misión, en la nave de Moro, era verificar, cada cuatro segundos, la exactitud de los parámetros del desplazamiento. Pero en la misma nave iba la incitante Lieva, no del todo indiferente a los requiebros y veladas alusiones del galante Toradán. Y ocurrió que éste solicitó de Lieva, en algún desgraciado momento, le ajustara el tubo de oxigenación. Se acercó ella y, sin pensarlo más. Toradán la derribó en sus rodillas y la oprimió contra sí en un prolongado y hambriento beso que, cuando menos, duró doce o quince segundos, tiempo más que suficiente para perder los oscilantes registros de la parametría de la expedición.

Un ¡Ooooooh!... general salió del auditorio de Tailemo,

## VII

El profesor esperó a que se restableciera el silencio, y luego prosiguió:

-Cuando unos tres días más tarde pidieron Ino y Kreanto, a la nave de Moro y casi a una voz, el parte de parametría, Toradán informó como de costumbre: ¡Sin novedad!.

-Pero no era cierto. Y Toradán lo sabía bien, mas, acobardado por lo que pudiera ocurrirle en trance de explicaciones veraces, cometió un error más funesto todavía: ocultar los hechos. Ino y Kreanto, que habían intuido vagamente algo irregular en los contornos del espacio cósmico observable a simple vista en el tercer reingreso a la materia, se contentaron con aquel informe del versadísimo Toradán.

-No obstante, el cuarto retorno, un año y treinta y cinco días más tarde, la situación se puso tensa. El universo fluyente, a velocidad pavorosa, no se mostraba a las naves con los perfiles, ángulos y espectros que fueron previstos para este momento. Donde se esperaba helio neutral predominante, los espectroscopios revelaban gases fuertemente ionizados, donde predominancia de metales, hidrógeno decreciente, donde óxido de titanio, incremento de hidrógeno, etc.

-Kreanto ordenó una inmediata investigación de las causas del desvío, y Toradán hubo de confesar, finalmente, que doscientos días antes, esto es, a quinientos cuarentisiete años-luz más atrás, constató que las naves habían oscilado una imperceptible fracción de segundo oscilación que alteró los parámetros.

-¿Por tanto? Demandó Kreanto incrédulo y colérico.

-Por tanto, capitán y amigos míos, hemos fracasado con pavorosos resultados no tanto para nosotros mismos que acaso hallemos en cualquier galaxia algún asidero viable (concluyó Ino), sino para la suerte de Antor y los nuestros.

-Los presentes en la nave de Moro clavaron una airada mirada en Toradán y Lieva, lívidos de espanto ante la perspectiva que se cernía sobre las esferas de Antor. Se sentían imperdonablemente culpables.

-Tratemos de hallar en nuestras cartas cosmográficas el espectro más afín a la química de Antor, propuso Kreanto, y... ¡Manos a la obra, todos! No es hora de reproches.

-Con gran agitación y dolor se entregaron pues, todos, a la tarea de ubicar algún punto del espacio accesible donde descender en condiciones que permitiesen un reajuste minucioso y satisfactorio de los perdidos parámetros. Aún parecía posible, tardando acaso un medio año más, desandar lo andado y poner proa a Koinos.

-Después de once días de mediciones y cálculos infinitos, días en que las computadoras electrónicas de las cinco naves trabajaron a reventar, se pudo ubicar el emplazamiento preciso de una modesta y apenas conocida estrellita emparentada con Sirio. La acompañaban nueve esferas mayores de distinto tamaño, treinta y un satélites de aquéllos e innumerables asteroides en un espacio de apenas 11.814 millones de kilómetros de eje medio.

-¿Espectro? Ordenó Kreanto.

-Masas metálicas en expansión y precipitación por todo el sistema, respondió Aminta desde su nave.

-¿Temperatura del foco?

-6.260 grados centígrados.

-“¿Grados centígrados?”... preguntó alguien en la clase.

-¡Bueno! Creo que no necesito aclarar, respondió Tailenio, que estoy usando las medidas del hombre terrícola cuya cultura, finalmente, nos debe tanto.

Sigo adelante: -

-¿Dimensiones del foco de alimentación calorífica? Perifoneaba Kreanto a Taliana.

-Diámetro: 1.300.860 kilómetros. Superficie 6 billones. Volumen: un trillón cuatrocientosmil billones.

-Perfecto, dijo Kreanto, perfecto en las condiciones actuales. ¡Proas al punto descrito! Seguidme.

De nuevo había que entrar en el vórtice de la antimateria, y así se hizo en consulta con Ino y los que quisieron acotar algo. Se acordó que el próximo reingreso, con el fin de ahorrar energía, debería autoinducirse en el preciso instante en que la estrellita localizada y su cohorte de esferas pesadas, que se suponía tibias, pasasen aborables por la boca de embudo de la antimateria.

A esta altura del relato de Taileno intervino Jaime Landa con cierta timidez:

-¿Me permite, profesor, una pregunta?

-La que guste.

-Por los datos que usted ha mencionado, la estrellita salvadora se me antoja nuestro Sol...

-Era, en efecto, vuestra estrella Sol, la misma que con vosotros compartimos ahora.

## VIII

-Y llegó, esta vez según lo previsto, el instante 0 de la cuenta regresiva desde el 111.

-¡7!... ¡6!... ¡5!... ¡4!...¡3!... ¡2!... ¡1!... ¡¡0!!! Gritó la computadora piloto con su propia y clara voz humana, desde las tinieblas del no-ser.

-Instantáneamente descendieron los guiones de X/N, X/S, X/Q, X /G y X/A a tiempo que en los ambiguos y desdibujados bordes del insondable embudo se dejaba ver, pequeñita, la esfera que hace cuarentidós años localizara Percival Lowell. Era el retorno perplejo y maravillado a los niveles de relatividad y funcionalidad de la materia que se re-creaba, agitaba y cobraba realidad tempoespacial.

-Pero entonces se produjo la catástrofe. La súbita flotación de las cinco naves en la gran boca del vórtice coincidió, exactamente y sin que Ino ni Kreanto tuviesen tiempo alguno para evitarlo, coincidió con el paso, a velocidad aterradora, de un centenar de asteroides. Las naves de vanguardia y retaguardia, con Kreanto en la primera, y Aminta, como Ino, en la segunda, respondieron a la emergencia con prontitud simultánea. Mas no así las de Taliana y Moro en apurado proceso de reajuste, naves que fueron repetidamente embestidas y quebradas. Sus ocupantes saltaron por cierto al vacío, ya ejercitados para tales eventualidades y provistos de los propulsores adecuados, pero tan sólo para contemplar, con triste mirada, cómo los pedazos de sus naves, grandes y chicos, se acoplaban al desfile de los asteroides para pronto desaparecer en la negrura de la distancia.

-Por fortuna ninguno de los tripulantes había sufrido daño de consideración, de modo que, dirigidas hábilmente las maniobras del caso, todos ellos fueron recogidos por Kreanto, Ino y Aminta en sus propias naves.

-Hecho el recuento de los daños y pérdidas, la información recogida resultó pavorosa: aparte de dos naves prodigiosamente equipadas, y con ellas, había huido a los espacios, en la disparada de los asteroides, el silentiómetro bajo el cuidado de Moro y el quietómetro a cargo de Tailana y, por supuesto, todos los esquemas de sus estructuras, y esto reducía a Ino a la total impotencia en la economía de la antimateria. Y, por si fuera poco, el gelantiómetro de Aminta había quedado también muy gravemente averiado, si bien Ino creyó poder anunciar que, con tiempo y paciencia, estaría en condiciones de repararlo en un futuro próximo, siempre, claro está, que la nueva estrella, el Sol, les fuera propicia.

-¡Atención! Vamos a descender en la esfera de la segunda órbita (ordenó Kreanto). ¿Parte químico?

-Dióxido de carbono y amoniaco. No hay oxígeno libre (respondió la nave de Aminta).

-No importa. Haremos un descenso exploratorio.

## IX

Las tres naves atravesaron la densa atmósfera de Venus entre cendales de nubes blancas y blanco amarillento y se posaron con gran suavidad en un vasto pantano de muy escasa profundidad, pantano del que emergían apenas algunas costras duras sobre las que se advertía cierta agitación. Las aguas, de un color pardo rojizo, levantaban abundantes emanaciones amoniacaes, según aviso de las computadoras.

-¡Aquí han meado los nueve planetas solares! Dijo alguno de los astronautas.

-Así lo parece, respondió otro. Y lo peor es que el enorme bacín anda pudriéndose desde hace millones de años.

La voz del capitán:

-¡Atención! Queden Ino y cuatro navegantes en cada nave a su cuidado. Los demás ¡a vestirse el equipo “Lucifer”, con provisión individual de oxígeno!

-¡Capitán Kreanto! Llamó Ino. ¿Puedo pedirle con el mayor respeto a sus razones, que me permita agregarme a los exploradores?

-Está bien, profesor, venga usted. Formaremos ocho comisiones de cinco astronautas, y a usted, profesor lo dejo en libertad de elegir la suya.

Se abrieron las escotillas de las naves, y fueron saliendo a la fétida e irrespirable atmósfera venusina los cuarentiún tripulantes, mas no, por cierto, a las aguas mismas del pantano, pues todos y cada uno venían provistos del correspondiente equipo personal de alas y rotor capital, a más de un par de retropropulsores sub-ala. Salieron de allá como una bandada de enormes palomas blancas, cada grupo de cinco en dirección propia y diferente. En las naves se les informó, además, que la temperatura del lugar ascendía a 57 grados centígrados y que en ningún caso podrían despojarse del hermético traje espacial.

Del examen del planeta, a unos tres mil kilómetros a la redonda, resultó, después del retorno de siete de los grupos destacados, que en Venus había abundante vida vegetal y animal. Pero el paisaje era, sin duda, único, pues las enormes plantas tentaculares, la mayor parte rastreras, tenían, en general, el duro follaje de color ceniza. Se puede llegar asimismo al acuerdo de que algo así como ochocientas partes de la superficie examinada estaban cubiertas de aguas amoniacaes en las cuales se agitaban millones de animales cilíndricos o alargados como las tenias intestinales del hombre, en gran variedad y todo tamaño. Parecía, además, que alguna o algunas especies habían desarrollado gran número de patas articuladas, pues habían sido vistos, o, al menos así se lo creía, hasta dos de estos posibles miriápodos gigantes que los molnianos habían ya conocido antes, junto con las grandes bestias de todas las edades de la Tierra, puesto que en sus expediciones y sondeos de investigación habían podido visitar (y esto se tenía prolijamente documentado con cintas magnetofónicas y cinematográficas, a más de libros y reproducciones fidelísimas) no menos de doscientos setenticuatro planetas con vida vegetal y animal.

-¿La comisión de Ino? Preguntó Kreanto. ¿Qué es de ella?

-Ya debiera estar de retorno, dijo alguno.

Pero no volvía, y como el tiempo otorgado a las distintas comisiones había sido sobrepasado en por lo menos el doble de lo previsto, se despachó a dos comisiones especiales en busca de la octava de Ino.

Después de sobrevolar un par de horas, a baja altura y en direcciones opuestas, la comisión que mandaba Perto comunicó que, a unos dos mil cuatrocientos kilómetros había localizado a la comisión de Ino.

-En este momento descendemos hasta ellos (perifoneó Perto). Nos parece que están en dificultades.

Y así era.

¿Qué había pasado?

Que la comisión de Ino descubrió la presencia de un batracio gigante, cinco metros de la boca a la rabadilla, animal no clasificado, había dicho aquél, en la paleontología de los mundos conocidos.

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

La bestia, revestida de grandes planchas corneas, yacía aniquilada por las rayopistolas que la comisión llevó consigo, pero... esto era lo inquietante. Ino, entusiasmado por el hallazgo, se había aproximado peligrosamente al gran batracio, el que, en un inopinado salto, se le había ido a la carga, moliéndole seis o siete costillas al tratar de tragárselo antes de que sus compañeros, turbados y sorprendidos, le disparasen sus armas.

-¿Qué más? Preguntó angustiado Kreanto.

-Estamos discutiendo y examinando la situación pues no hallamos cómo trasladarlo a las naves.

-No lo muevan (ordenó). Nosotros iremos allí con las naves. Partimos en este instante.

No tardaron en aparecer los tres grandes platillos sobre el lugar del siniestro: un espacio de espesa vegetación gris sobre un suelo lodoso del que emergían algunas agujas de rocas violentamente agrietadas.

Los cinco médicos de la expedición se acercaron a Ino y lo observaron concienzudamente. El diagnóstico no era nada tranquilizador: lesiones graves en ambos lóbulos pulmonares y once fracturas costales con abundante hemorragia interna y externa. Era indispensable un tratamiento de acaso veinte días, o más, para poder abrigar esperanzas.

-¡Atención todos! Intervino el capitán. Como esta esfera no es habitable, partimos ahora mismo en busca del cuerpo azulado de la tercera órbita. ¡En marcha! Y.. ¡Proa hacia él!

De este modo, señores estudiantes y amigos, los expedicionarios de Antor perforaban, unas horas más tarde, los tibios y gratos pañales, en blanco y azul, de esta esfera, la Tierra, que había de ser la nuestra en ignorada y secreta colaboración con sus errantes comunidades indígenas.

Se decidió un examen exhaustivo de la superficie del planeta, examen que no demandó mucho tiempo, ya que, como se pudo constatar bien pronto, tres cuartas partes de él formaban inmensas masas líquidas.

-Vamos a repartirnos el suelo de esta esfera (dijo Kreanto) en tres masas continentales, una para cada nave. Yo examinaré la más extensa.

-¿Europa y Asia? Terció un estudiante de Tailemo.

-Sí, Europa y Asia actuales. Pero sigamos a Kreanto:

-La nave de Taliana investigue aquella masa de suelo firme situada al sud de la cabeza de gato...

- ¿"De gato"?... ¿España, profesor?

-Exactamente. Se trataba de Africa.

De nuevo Kreanto:

-La tercera superficie continental, con figura de reloj de arena, debe ser examinada por Aminta y sus hombres y.. ¡Atención a todos! Nos comunicaremos por lo menos una vez por hora con los partes respectivos.

-Partieron pues las tres naves a su destino, siguió Tailemo, pero dejemos a Kreanto y Taliana en sus exploraciones para referirnos sólo a Aminta, puesto que ella se debió el hallazgo final del emplazamiento de Kristina.

Sobrevolando una larguísima cordillera que se estiraba de norte a sud ininterrumpidamente, casi de un polo a otro, a manera de espinazo o columna vertebral de una salamandra estrangulada en mitad del cuerpo hasta casi dividirse, la comisión de Aminta, que había fotografiado ya y registrado atentamente enormes zonas verdes alimentadas por numerosos ríos, vino a aterrizar en los cuencos nevados de una alta montaña en forma de bajel, montaña que dominaba, junto con otras menores, una vasta altiplanicie habitada por grandes rebaños de gráciles camélidos y, con seguridad, algunos grupos humanos, puesto que, en las vecindades de gruesos bloques de arenisca, o de piedra caliza, se advirtió la presencia de espirales de humo y se pudo captar ruidos de golpes regulares a intervalos uniformes.

Pues bien, abiertas las escotillas de la nave sobre las nieves eternas de la montaña-bajel, y habiendo los hombres de Aminta ingresado en una cueva casi clausurada por espesa cortina de hielo, las rayopistolas fueron ensanchando el espacio disponible hasta que se acabó por descubrir que aquella cueva era la boca de una chimenea muy amplia que se perdía en las profundidades, y, recorrida finalmente la chimenea, no sin grandes trabajos de desbaste y más de un serio porrazo, se acabó por llegar a una caverna de dimensiones colosales, y esa caverna, mis jóvenes amigos, es la misma en que ahora estáis escuchándome confortablemente sentados.

-¿Qué pasó después? Indagaron dos estudiantes a dúo.

-Pues... nada, que Aminta transmitió la información del caso a la nave insignia, posada, esos momentos en un paraje singularmente bello de lo que después fue conocido por los terrícolas con el nombre de "Grecia". Allí, en un monte no muy elevado, el Olimpo de los griegos, habían salido en misión de reconocimiento los hombres de Kreanto, y allí creían los más que habría de establecerse. Cristalinos arroyos abundantes y bosquecillos frescos y perfumados hacían del lugar todo un paraíso, pero Kreanto hizo ver que la vecindad de varios clanes de indígenas armados de pesadas clavas podía traer dificultades imprevistas a los expedicionarios, de modo que se optó por trasladarse a la montaña de Aminta, sobre todo cuando los médicos de la expedición advirtieron la presencia de alarmantes microorganismos en la sangre de cuatro o cinco molnianos. Por añadidura, el porcentaje de oxígeno de la atmósfera terrícola resultaba insuficiente, a tal punto que Ino, debatiéndose entre la vida y la muerte, no habría podido resistir dos días más.

No tardaron mucho en posarse las dos naves ausentes sobre las nieves eternas de la montaña-bajel para incorporarse a los hombres de Aminta y examinar, con el máximo cuidado, las posibilidades de la caverna subaltiplánica.

-¿Y el profesor Ino? Terció Jaime Landa.

-¿I... no...? I... no..., balbuceó Tailemo, intensamente pálido y doblándose sobre sus rodillas hasta finalmente caer a tierra ante el estupor de todos los presentes que, levantándose como un resorte, corrieron en su auxilio. Había varios médicos presentes que observaban premiosa y angustiosamente al viejo profesor, hasta que uno de ellos habló:

-Hemos perdido para siempre al ilustre Tailemo. Una embolia ha cortado el hilo de su vida.

-¿¡Muerto!?... ¿¡Muerto!?... -¿¡Muerto!?...!, indagaban varias voces sollozantes.

Muerto. Así era.

Al día siguiente, y sobre una ancha mesa cubierta de obscuro paño que colgaba hasta el suelo en el atrio de la Torre Azul, descansaba una corona de gloriosas orquídeas tropicales y lirios de montaña, y, en el centro de la corona, pudo Jaime observar la presencia de una especie de pequeña lámpara o candil de fina loza, lámpara en que ardía un trozo verde de aceite sólido en forma de pera alargada. La elegante base del candil se mostraba recubierta por una hoja metálica en la que Jaime pudo leer esta inscripción "Tailemo, de la Torre Azul. Hijo de Tarno y Ozaira.". "De septiembre de 1841 – 29 de noviembre de 1972".

-¿Qué significa la lámpara? Preguntaba Jaime a Kris cuando juntos y a pedido de ella visitaban el lugar al siguiente día.

-¿Qué significa?... Tailemo..., había respondido Kris con la mirada perdida.

***Parte Cuarta “La  
Torre Aurea”***

I

Aquella noche Jaime, en el lecho matrimonial, se agitaba buscando en vano alguna posición y dando vueltas a la almohada para gustar una parte fresca donde conciliar el sueño. Pero no eran ni el calentamiento de la almohada ni la posición del cuerpo lo que le quitaba el sueño... Era Ino. Y tan lo era, en efecto, que, cuando Kris, despertada, le preguntó qué le pasaba, Jaime le confesó que había quedado inquieto después del inesperado desenlace de su visita a la Torre Azul.

-Kris, que me anda persiguiendo el recuerdo de Ino, magnificado ahora por la muerte de Tailmo con su nombre en sus labios.

-Comprendo, querido, y, si te place, te propongo servirnos una tacita de vino caliente, o un cafecillo...

-Acepto encantado.

Kris salió del lecho y pronto volvió de la cocina con dos pequeñas tazas humeantes. Se arrellanaron ambos, bien arropados, y, cuando Jaime se sintió cómodo, inició la larga conversación de aquella noche.

-Kris...

-Sí, Jaime, suelta lo que tienes en mente.

-Kris: ¿Puedes tú concluir el relato desde aquel punto en que lo dejó Tailmo?... Me gustaría mucho saber qué fue de Ino, finalmente; de Toradán, de Lieva...

-¿Por qué no? Querido. Lo que pasó después fue esto:

Ino había sido instalado, del mejor modo que se pudo, en una concavidad seca y tibia de la gran caverna, y allí era atendido asiduamente por los cinco médicos nuestros con la asistencia permanente de un turno de enfermeras, función ésta, que con especial afecto se disputaban todas las mujeres de la expedición. El propio Kreanto iba frecuentemente a verlo, así como todos los demás miembros de la expedición que el resto del tiempo se la pasaban en la ejecución de un vasto plan de adaptaciones, ensanchamiento y comunicaciones de la caverna, a la vez que se estudiaban ya las primeras edificaciones que habría que levantar con los recursos materiales disponibles.

En alguna de las visitas que continuamente recibía Ino, se hizo presente Toradán, quizás porque a Lieva le correspondía el turno de enfermería junto al lecho del enfermo. Ino se sentía un poco más animado ese día, y, como quiera que en un tren de confidencias, Toradán le revelara su pasión por Lieva, el viejo Ino se sintió obligado a hablar a su amigo.

-Mira Toradán: no sé yo qué es lo que tú decidirás a la postre, pero creo que entre todos nos debemos una actitud invariable de consideración, respeto mutuo y solidaridad. ¿Tú

has pensado que en la expedición tenemos, no dos, ni tres o cuatro mujeres, sino exactamente veinticinco?

-Lo sé.

-¿Por qué pues tienes que interponerte con tanta insistencia en el camino de Kreanto si sabes que Lieva se le ha prometido?

-La amo.

-Toradán, hijo mío –así quiero llamarte puesto que te llevo ochenta años de vida rica en experiencias- ¿Si en un huerto de manzanos hubiera veinticinco árboles repletos de exquisitas y tentadoras pomos, y tú sintieras hambre, de cual de los veinticinco árboles tomarías el fruto?

-Supongo que de cualquiera... Del más próximo.

-Bien, voy a pedirte, Toradán, y esta vez te lo pide un moribundo...

-¡No, profesor! Replicó Toradán con vehemencia. ¿Por qué un moribundo?

-Yo lo sé, amigo mío, a pesar de cualesquiera esperanzas que abriguen nuestros competentes médicos. Siento llegar mis últimas horas, pero... déjame hacerte esta petición formal. Si es necesario, tómalala como una orden...

-Hable usted, profesor, respondió Toradán con la mirada ensombrecida.

-Nuestras veinticinco jóvenes y hermosas compañeras de viaje son el huerto de los manzanos cuyas pomos perpetuaran nuestra especie en este grato y feliz planeta en el que, puedo adelantarte, tendréis que edificar vuestra ciudad para los siglos venideros, pues no creo que tengáis ya posibilidad alguna de volver a Antor. Ahora escúchame, Toradán: en el centro de este huerto se levanta y cobra fresco follaje uno de aquellos veinticinco manzanos: aquél cuya dulce sombra protectora reclama nuestro amado Kreanto... Quiero pedirte solemnemente me prometas esto. No tomes las pomos del manzano del centro; hazlo de cualquiera de los otros que te sea propicio.

Toradán besó una mano de Ino que se tendía hacia él suplicante, gesto con el que aquél se proponía expresar a éste su buen acuerdo, y luego se retiró. Lieva aparecía por alguna de las bocas del recinto.

Aquella noche murió Ino. Su cuerpo, que no pudo por entonces ser preparado conforme al rito tradicional molniano, fue llevado a lo alto de la montaña-bajel y allí depositado bajo las nieves.

-¿La montaña de Aminta?

-Sí, la misma que también solemos llamar "montaña del exilio".

-¿Por qué? ¿Por haber los primeros molnianos establecido aquí partiendo del nevado?

-También... sí... Puede entenderse así tal nombre, pero él nos recuerda más bien la suerte de Toradán y su amada.

-¿Cómo es eso?

-Toradán y Lieva defraudaron a Ino. Pocas semanas después de su muerte Lieva comenzó a mostrarse poco y Toradán andaba taciturno... hasta que, al fin, las cosas no pudieron ocultarse más: Lieva estaba en cinta para Toradán.

-¿Y... Entonces?

-Numerosos miembros de la expedición acudieron a Kreanto para solicitarle se abriera juicio formal contra la pareja infiel. En el fondo, no tanto quizás por esto como por el recuerdo del viaje, ingrato recuerdo del gran fracaso al que acaso siguió – ¡Koinos se haya apiadado!- la destrucción masiva de las cuatro familias de Antor.

Llamada a juicio la pareja, y habiéndoseles ofrecido un defensor de oficio y otro voluntario, Toradán y Lieva los rechazaron. Tenían plena conciencia de que no cabían interpretaciones siquiera ambiguas de los cargos formulados ni dudas fundables con relación a los hechos imputados. En realidad, se confesaron culpables ellos mismos, sin necesidad de presiones ni dialéctica alguna.

En consecuencia, el tribunal de los siete juzgadores, bajo la presidencia del más anciano de los siete expedicionarios, resolvió, con hondo pesar, en sentido de que no cabía otra pena adecuada que la expulsión y exilio de la pareja, ad aeternum. Que deambule por los parajes del hombre terrícola y que de allí tenga pan y techo, si los hallare. La ejecución de la pena debía desnudarlos de todo atuendo a fin de que ambos recomenzasen la marcha de la historia con sus propios medios. Pero, además, Toradán sería despojado del prefijo de su nombre para que, en lo futuro, no se sintiera lastimada la estirpe Tor; y asimismo Lieva y la estirpe Li.

-¿No te parece, Kris, muy cruel lo así dispuesto?

-No me parece. En realidad se les otorgaba vía libre para una fuga a que de todos modos se habrían visto empujados en algún momento.

Así pues el anciano Yavé, presidente del tribunal, leyó aquella sentencia a la infeliz pareja, a la que condujo personalmente hasta la boca de la chimenea de la montaña de Aminta. Allí, a siete mil metros sobre el nivel del mar, les enseñó las inmensas planicies verdes, y pobladas sin duda de infinitos peligros, que se extendían por el norte y el este hasta los últimos límites del horizonte, y les mostró también el gran lago altiplánico del oeste, y, tendiendo una mano hacia él, les transmitió la voluntad de la comunidad molniana en frase breve y cortante: -Idos, Adán y Eva, sin volver la cabeza. Creced allí y, si podéis multiplicaros, hacedlo libremente. Ya sabéis que esta casa os está para siempre vedada.

-Pero... ¿se los echó así, totalmente desprovistos de protección?

-Bueno... Se permitió a Toradán llevarse de la gran caverna una redonda piedra aerolítica muy negra y reluciente para que le sirviese para triturar frutas o cereales durante el día y como almohada en las noches. Aquella piedra, pensó el tribunal, le servirá además como indestructible recuerdo acusador de aquella casa de los suyos a la que había traicionado.

-¿De modo que fue así la bíblica leyenda?

-Sí. Unos veinte años más tarde se presentó, en la boca de ingreso de la Montaña del Exilio, un grupo de nativos guaraníes, o antepasados de éstos, y dieron a entender que deseaban entrevistarse con el anciano Yavé. Decidimos complacerlos...

-¿De qué se trataba?

-Nos traían noticias de la pareja expulsada, y los emisarios había sido enviados por Adcaín y Adabel con obsequios para Yavé.

¿Quiénes eran Adcaín y Adabel?

-Imagino que lo imaginas... Los dos primeros hijos de Adán y Eva. Adabel enviaba una cesta repleta de piñas, chirimoyas, paltas y cogollos de palmera, y Adcaín un cerdo montés degollado. Las frutas encantaron a Yavé, mas no así el cerdo, que le pareció desabrido después de asar una brizna. Así pues, devolvió el cerdo a los comisionados, tratando de hacerles ver que dadas las tremendas dificultades de conseguir carne de mamíferos por allí, era preferible que se lo devolviesen a Adcaín. Pero aquella noche, reunida la familia de los exiliados, y un grupo de nativos sometidos a su mando, para darse un festín con el cerdo. Adavel aventuró algunos comentarios burlones en torno al mal tino de su hermano, el que, enfurecido, cogió la mandíbula que acababa de debastar rabiosamente y propinó a Adabel tal tunda de golpes con aquélla que sencillamente lo mató.

-¿De modo que... Toradán y Lieva vivían?

-Adán y Eva, querido Jaime. Respetemos el fallo de Yavé y nuestros mayores. Pues sí, vivían. Pero después de aquella visita de nativos no supimos más de aquéllos, y hubieron de transcurrir milenios para que, remontando prolijamente las huellas de sus andanzas, conociésemos su historia.

Jaime Landa escuchaba interesadísimo.

-El caso es que (continuó Kris) Adán y Eva no habían perdido en absoluto el espíritu de aventura y el apronte de que habían dado tantas pruebas en su vida de astronautas, y, cuando por fin arribaron a los floridos y exuberantes valles del norte y el noreste de la montaña-bajel, se vieron rodeados y luego capturados por un bullicioso clan de nativos nómades y cazadores. Ni Adán ni Eva se inmutaron, pues, munidos de una enorme sabiduría sobre toda suerte de técnicas, sabían bien no les era difícil confundir a los bárbaros, deslumbrarlos y someterlos.

-Pero... ¿Fue así?

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Así fue. No se equivocaron. Su tez pálida y suave, su mayor estatura; sus claros ojos; y sobre todo, los mil utensilios que les enseñaron a fabricar para la caza, la pesca y el desplazamiento en el agua los conquistaron hasta el punto de ponerlos, por entero, a su servicio. Entonces Adán, en consulta con Eva y sus ahora varios hijos, resolvió investigar las posibilidades del mar del oeste...

-¿El Pacífico?

-El mismo. Se fueron todos a la costa, y allí Adán conoció un contratiempo que había de significarle el futuro de su estirpe: habiendo construido, en colaboración con indígenas del lago Titicaca que ya en aquella remota antigüedad eran expertos pescadores y navegantes lacustres, una balsa de totora con ánimo de embarcarse en busca de islas vecinas, el oleaje se la arrebató en cierta ocasión; pero Adán observó que el mar se la llevaba en derechura al oeste. Aquello le bastó para descubrir la que vosotros conocéis hoy con el nombre de "corriente de Humbolt". Y se puso, entonces, manos a la obra con mayor entusiasmo. Construyó dos nuevas balsas dos veces más capaces y fuertes que la anterior, les puso una vela y un techo trenzados con la misma vaina de totora del alto lago altiplánico, y se embarcó.

-Pero... ¡qué audacia!

-Ese era su espíritu.

El caso es que aquel viaje resultó muchísimo más largo de cuanto él hubiera sospechado, pues de isla en isla y de islote en islote, a lo largo de quizás seis años, y después de haber perdido varios botes y balsas y reconstruido otros tantos con sus hijos y sirvientes montañeses y guaraníes, acabó por anclar en las tierras continentales del país que milenios más tarde había de ser conocido como la tierra de los sumerios.

## II

Después de unos días que Jaime Landa dedicó por entero al estudio de la lengua molniana bajo la dirección de un experto de la Torre Negra y a través de sistemas audiovisuales extraordinariamente eficaces, se anunció un acto de recepción de los últimos postulantes a la Torre Aurea, acto que Jaime, como Kris, esperaban con sumo interés.

La Torre Aurea se llamaba así en perfecta propiedad y sin literatura, pues su altísimo cuerpo, casi cien metros como las demás de la Universidad molniana, estaba íntegramente revestido de gruesas planchas o láminas y baldosas de oro elegantemente esmaltado donde correspondía dentro de una armoniosa concepción del conjunto. Al contemplarla, desde la plaza de armas, Jaime recordó que en los jardines-museos de la avenida de circunvalación había visto varios bloques irregulares y redondeados como cantos rodados, bloques que mostraban el aspecto de gigantes pepas auríferas y que servían de asiento a los visitantes.

-Son de oro puro, le dijo Kris.

-¿Es posible tamaña cosa?

-Sin duda, Jaime. Yo comprendo muy bien tu asombro, pero aquí, en Kristina, el oro es un metal abundante y de frecuente uso en ornamentaciones macizas y construcciones. No funciona pues como instrumento de intercambio comercial, al modo terrícola, pero nos gusta su bello color tan alusivo a nuestras amadas estrellas, nuestro Antor y vuestro Sol. Además, como tú bien sabes, es tan maleable y tan corruptible a la oxidación, que resulta utilísimo. Pero... vamos ya, que la gente comienza a reunirse en la terraza de la Torre.

En efecto, había ya varios grupos que subían al patio de la Torre Aurea y muchos más ya ubicados en torno del emblema de la Casa, el Atomo, una figura de cuatro metros de altura que entraba en movimiento al acercarse cualquiera a una cierta distancia. La imagen, esquemática por cierto, consistía en una esfera central y centelleante, de unos veinticinco centímetros de diámetro, esfera que giraba a buena velocidad pero de la que partían hilos escasamente visibles en cuyos extremos volteaban otras esferas menores haciéndole cohorte.

En aquel momento sonaba ya el clarín del joven muchacho que hacía de heraldo delante del cerrado portalón de la Torre Aurea, de modo que todo el público se preparó a escuchar el Credo de la Casa.

La ceremonia, muy semejante ante las diez Torres, difería principalmente por el contexto del solemne diálogo inicial que propalaban así los altavoces escondidos: -

-¿Qué vientos te traen a las puertas de esta Casa?

El bullicio del átomo.

-¿Escuchas algo?

-Como un coro de voces juveniles en el girar de la gallina ciega.

-¿Qué pretendes?

-Quitar la venda a la gallina.

-¿De qué color ves pues la fanerosofía?

-Como el oro y el fuego, y como la guayaba.

-¿Qué más?

-Como el rostro del sol y la retama.

-Entra pues, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.



-¿Qué se enseña en esta Torre? Preguntaba Jaime al concluir la ceremonia e inundar los estudiantes nuevos y viejos el elevado hall de entrada.

-Los problemas de la física y la química teóricos y técnicos (le respondió algún estudiante en el vano de la gran puerta). Al conjunto de todos ellos es que llamamos “fanerosofía”.

-Jaime, intervino Kris, va a hablar Nemeto ahora mismo. Pasemos.

Entraron en el aula, esta vez entre los primeros y pudieron hallar asientos de su agrado a media altura de la línea de escaños. Un minuto después se hizo presente Nemeto. Alto y delgado, usaba anteojos y solía ver por encima de ellos cuando tenía que hacerlo a alguna distancia.

-Señores estudiantes y amigos (dijo el célebre antimateriólogo): aunque es esta clase introductiva para el saber de las ciencias que engloba la vasta y complicada “fanerosofía”, he de ocuparme de lo que para muchos parece que debería ser el remate final de los estudios de la Casa, dominado y aprobado el saber matemático: la antimateria.

Pero voy a tratar aquel problema de modo tal que no creo os parezca inaccesible, sino quizás hasta ameno y fácil... ¡Bueno!... fácil si se olvida complacientemente las conexiones y fases no dilucidadas.

El patio o corredor de ingreso a los primeros contactos con la antimateria no puede ser otro, naturalmente, que su oponente positivo: la materia. La antimateria sólo es viable (quiero decir: pensable) a condición de que se dé la posibilidad de la materia puesto que la antimateria es simplemente su negación.

Ahora bien, todos ustedes comprenden sin esfuerzo que, si la realidad total se hace de valores, normas, actitudes y cosas físicas u objetos tempo espaciales, estas cosas u objetos, medibles con metro y computables con reloj, son la parte decisiva de la realidad a la vez que la infraestructura de valores, normas y actitudes. Esto es tanto, como decir que en el tiesto de la materia afinan sus raíces tanto los valores como las normas y actitudes. O, dicho de otro modo, la savia del espíritu fluye de la materia sobre la que él florece y fructifica.

¿He sido claro?

Se oyó un murmullo de afirmación en la clase.

-Pero... ¿Y qué pasa, profesor, si se rompe el tiesto?

-Muy oportuna la pregunta, y es justamente ese accidente el que deseo documentar ahora. ¿Qué pasa si el tiesto se rompe y su contenido material, su tierra, se vacía y esparce?

Tal accidente se nos presentó en esta misma Casa y en circunstancias del todo imprevisibles, hace algo así como siete mil cuatrocientos años.

Cuatro muchachos estudiantes compartían y disputaban el amor de una preciosa niña que no escatimaba sonrisas y frases prometedoras a sus cuatro amiguitos, hasta que una tarde y después de agrias disputas entre ellos, alguno propuso que el campo debía dejarse

libre a uno solo y que él estaría dispuesto a apostar, en juego de naipes, la ventaja del único, y, discutida la azarosa proposición, fue aceptada por los cuatro.

Concertado pues el encuentro, se acordó jugar la suerte del preferido en una partida de “loba”...

-¿Tan antigua es la “loba”?

-Así de antigua. Pero... ¿dónde hacerlo de modo que nadie se enterase?... Discutido el lugar, no se halló otro mejor que la cámara secreta de esta Torre donde se guardaban, con las máximas precauciones y cuidados, nada menos que el nigerómetro de la expedición fundadora de Kristina y el absentómetro que hacía, entonces, quince mil años trajera consigo el venerable Ino.

Empezó la partida, con altibajos a favor de uno u otro de los cuatro, pero la suerte se fue mostrando cada vez más adversa a aquél que en su primera derrota sería había extraído de sus bolsillos un clavo mohoso, clavo que él oprimía con mano nerviosa en el momento en que recibía los naipes del descarte. Sus compañeros lo advirtieron por cierto y comenzaron a burlarse de él y de su absurda fe en el clavo milagroso. Entonces, alguno de los tres decidió hacerle una broma y le aseguró que mucho más eficaz que todos los clavos de las ferreterías de Kristina era el nigerómetro de Kreanto y, ni corto ni perezoso, le aplicó al cráneo los que parecían ser electrodos de la máquina y... algo debió ocurrir con ella porque el guión luminoso de su registro 0 a 100 comenzó a oscilar, y se alzaba más cuanto con mayor angustia oprimía su clavo el muchacho.

-¡Pero esto es un simple cardiógrafo!

-No, replicó el otro, se trata de un fenómeno magnético. Es la influencia del clavo.

-No, es sin duda una máquina que registra la tensión nerviosa. A ver, Melito ¿por qué, en lugar de apretar tu clavo en busca de suerte, no oprimes una cerilla? Te va a traer más suerte. Vas a verlo.

Le quitaron el clavo y le pusieron una cerilla entre los dedos, pero el guión seguía alzándose hasta 10, 15 y 20 nigerios, según la tensión del momento.

Todo acabó finalmente en risotadas, y el nigerómetro fue lealmente devuelto a su sitio.

Pero aquel incidente llegó a oídos del profesor Antemio, el que, muy intrigado, investigó, y meditó, y llegó a plantearse esta hipótesis de trabajo: el nigerio, que nunca pudimos saber con precisión qué es lo que era en la antimateria antoriana, es esto, verosímilmente: una unidad de oscurecimiento mental.

En efecto: el muchacho del clavo y la cerilla declaró que, cuando tomaba los naipes de su juego, abrigaba la certeza de que aquellos naipes y su fortuna dependían indudablemente del clavo, primero, y, después, de la cerilla. Él había establecido así una típica conexión mágica

entre el clavo, o la cerilla, y la suerte del naípe, y el nigerio registraba la intensidad y fortalecimiento de la conexión.

Antemio convocó, entonces, a una mesa redonda para discutir su tesis y proponer una expedición que, munida del nigerómetro de marras, se aproximase a algunos de los nómades clanes del hombre terrícola a quien se sabía sumido en un mundo de ingenua irrealidad bajo la autoridad, con frecuencia terrible, del mago o brujo de la comunidad.

Antemio consiguió impresionar a sus colegas concurrentes, y la expedición se formalizó con resultados realmente halagadores para el proyectista.

Convencidos a base de halagos unos cientos treinta selvícolas y trogloditas en las más alejadas comunidades, se dejaron aplicar los electrodos del nigerómetro en oportunidad de distintos actos y ceremonias, y en todos los casos el guión X/N subió considerablemente más de lo que había subido con el estudiante molniano. En elocuente contraposición –lo demostró Antemio- el guión se mantenía en 0, cuando era un molniano el sometido al examen del nigerómetro.

Por consiguiente, señores estudiantes (continuó Nemeto), el nigerómetro tenía como función específica la de proyectar la presencia del mundo de las nudas imágenes y las ideas puras como pura irrealidad sin parentesco con la materia del tiesto y su planta.

Aquella primera experiencia ha sido repetida no menos de un millar de veces con distintas comunidades terrícolas y en distintos momentos de su historia con el invaluable auxilio de nuestras moscas mecánicas...

-¿Qué son ellas, profesor? Intervino Jaime Landa.

-Se trata de un microrobot de muy delicada estructura, con el aspecto inconfundible de una pequeña mosca, pero... aquí tengo una. Podéis vosotros verla.

Y Nemeto mostró a la clase evidentemente una mosca.

-Se trata señores (continuó), de un insecto mecánico teledirigido: la sintomosca o mosca de antea que recoge las vibraciones y órdenes que desde Kristina u otro lugar se envían. No es fácil, si no se lo coge, descubrir que no tiene vida propia. Pero hagamos una experiencia aquí mismo...

Nemeto descubrió entonces una especie de hermético estuche provisto de una mesilla llena de botones y espigas metálicas; oprimió al mismo tiempo dos de aquellos botones, e inmediatamente el estuche dejó al descubierto dos redondas concavidades o bocas de tubo de las que luego brotaron una especie de antenas oscilantes en cuyos extremos parecía agitarse una mosca igual a la ya mostrada. Nemeto seguía operando en la mesilla del nigerómetro (que eso mismo era el estuche) hasta que ambas oscilantes y flexibles antenas se pusieron tensas apuntando justo hacia el asiento de Jaime Landa. Luego, con alborozo de toda la clase, las dos moscas se desprendieron de sus respectivas antenas, se elevaron algunos

metros dentro del aula, describieron dos o tres círculos sobre el escaño de Kris y Jaime y se posaron suave y lindamente en la cabeza de éste.

Todos los estudiantes de los escaños inferiores se habían puesto de pie con gran curiosidad y contento y reían a más no poder cuando Jaime, invitado por Nemetó a coger las moscas de antea, se propinaba sonoras bofetadas a sí mismo a tiempo que las agilísimas moscas burlaban el asalto con perfecta eficacia. Jaime había intentado sin éxito, cinco o seis veces, la captura de los insectos mecánicos que siempre se le retiraban de la cabeza para enseguida volver a ella.

-Silencio un momento, jóvenes (dijo el profesor alzando la voz para dominar el bullicioso regocijo de la clase) Veamos qué nos dice el registro del nigerómetro respecto a la vida mental de nuestro huésped. Aquí tenéis la escala, desde el 0 de la completa normalidad y la visión realista y coherente fundada en la materia hasta el 100 del total oscurecimiento mental con que se ingresa en la antimateria.

La aguja o guión pareció oscilar directamente como si fuera a alzarse en dirección al 1 o 2, pero... no se retiró del 0, finalmente.

-Mis parabienes, Jaime Landa. No en vano Kris te buscaba afanosamente como el compañero de su corazón.

-¡Pro! ¡Pro! ¡Pro! Clamó la clase entera, uniéndose a la congratulación de Nemetó.

-Pues bien, nuestras sintomoscas (siguió el profesor), acondicionadas adecuadamente, pudieron llevar a cualquier punto del planeta los estímulos de nuestro nigerómetro como asimismo los del absentómetro de Clodio, y gracias a ellas pudimos llegar a conclusiones bien fundadas en los huidizos horizontes de la antimateriología.

Veamos algunos casos mucho más próximos a nosotros, casos, todos, en los que los índices de antea son apreciablemente elevados.

-Profesor (interrumpieron dos o tres estudiantes a la vez) ¿Podemos preguntar qué son los “índices de antea”?

-Háganlo a la biblioteca mejor que a mí, respondió Nemetó.

Kris, que asistía muy atenta a la disertación junto a Jaime Landa, buscó un botón situado bajo el remate del escaño, y lo oprimió.

-¡Biblioteca! Dijo una voz muy suave, a través de un micrófono que servía al sientto de Kris.

-Deseo saber qué son los índices de antea.

No más de dos segundos después vino la respuesta por el mismo micrófono:

-“Índices de antea”: Cifras de los registros de la antimateria. A-N-T-E-A es una sigla que significa “Antimateria de Euros Anti”, nombre, éste, del más grande amigo de Kristina en el exterior. Él concibió dichas cifras.

-Continúo, dijo el profesor Nemeto.

En las primeras centurias de la vida del imperio romano, el poder imperial como recordaréis, se veía frecuentemente enfrentado por la revolución cristiana, un movimiento subversivo y clandestino que, desde las catacumbas de la ciudad capital, iba sembrando una nueva doctrina que invocaba la presencia real y personal de nuestro tan familiar Kredíos, reducido a su versión íntima de “Díos”, como una especie de monarca sublime y único, tan munificente como vengativo. Los iniciados sostenían que estaban en condiciones de conversar con el fantasma de Díos y que lo hacían muy frecuentemente para rendirle honores y asegurarse una segunda vida feliz después de su muerte. Pero su convicción, a ese respecto, era tan profunda que no titubeaban en sacrificarse por centenares, y aún por millares, ante las bestias feroces del circo romano. “Díos (afirmaban) habita en nuestros corazones y somete a prueba nuestra fe. Qué importa la destrucción de la carne ante la alternativa del cielo eterno junto al Señor”.

Nosotros decidimos entonces enviar algunas parejas de sintomoscas al propio circo romano con el propósito de conocer los índices de antea de aquellos temerarios y siempre derrotados mártires...

-¿Qué pasó? Preguntó inquieto Jaime Landa.

-Pues que los guiones X/N de todos aquellos revolucionarios místicos registraban entre cincuenta y aún sesenta nigerios, y sus guiones X/A no descendían de veinticinco absentios.

-¿Qué es el absentio, profesor? Intervino un estudiante.

-La unidad de ausencia mental que registra el absentómetro de Clodio. Todas las formas de demencia del hombre terrícola suben el guión de X/A sobre sesenta y un absentios, si el trastorno es más o menos profundo. Pero hay, claro está, altibajos según las circunstancias y momentos del sujeto examinado.

Otro caso que siempre nos impresionó mucho, y que ha seguido repitiéndose hasta hoy, es el de aquellos santones de la India que se dejan enterrar hasta el cuello a la vera de algún camino, bajo la aplastante canícula tropical, y viven brevemente allí, alimentándose de los mendrugos que algún transeúnte les pone en la boca. Las moscas de antea nos trasmitieron sus índices mentales: 72 nigerios, 28 absentios.

Pero, volviendo a lo que los terrícolas llaman “baja edad media” y “edad moderna” en una Europa muy orgullosa de su sabiduría y desarrollada cultura, hallaremos al hombre de esa Europa, de todas las categorías sociales entregado a las más espeluznantes formas de hechicería en cuadros de sadismo y masoquismo que sólo un índice de X/N=70 y X/A sobre 40

podría calificar, o, más bien dicho, cuantificar adecuadamente. Os voy a mostrar, a este propósito, unos cortos de cine teleimpresos por nuestras pelotillas volantes en distintas oportunidades ceremoniales.

Efectivamente, a una orden de Nemeto, el proyector del aula, apagadas sus luces, dejó correr unos cortos cinematográficos en que desfilaban escenas de la hechicería cristiana, católica y protestante, algunas sencillamente espantosas.

El primer corto mostraba la celebración de una “misa” en el interior de un recinto todo adornado de muñecos de yeso y madera muy enjoyados. El mago que presidía el acto se presentaba en pleno trance de conversación directa con el fantasma de Díos, o con el abuelo Kristo, ambos fundidos en la misma imagen mental, y simulaba comérselos en forma de obleas de pan y sorbos de vino. Luego, varios de los iniciados presentes hacían lo mismo celebrando una especie de banquete caníbal simbólico.

Otro cuadro mostraba un anciano semidesnudo y unas jóvenes vírgenes enflaquecidas y exangües flagelándose los lomos y caderas con gruesos cordeles y cadenas a tiempo que conversaban con el fantasma soberano de vidas y haciendas y gobernador del universo.

Otro era el desfile de grupos de terrícolas viejos, hombres y mujeres, y luego de niños que, al pasar por delante de las puertas de aquellos recintos dedicados a los actos de magia, ejecutaban con la mano derecha una serie de signos tocándose la frente, el vientre y los hombros, acto con el que invocaban la protección de los “poderes ocultos”, o de los fantasmas de Díos, o de Kristo, o de los antiguos magos y hechiceros elevados, con el nombre de “santos”, a la categoría de sus favoritos.

Otra serie de cuadros mostraba a los orantes, gentes de ambos sexos y de todas las edades y razas en íntima y confidencial conversación con toda una fantasmagoría de personajes supuestamente todopoderosos pero naturalmente imaginarios, personajes a los que solicitaban los más variados dones. Había quien les pedía salud y vigor físico indeclinables; quien, el incremento rápido de sus riquezas; quien, se haga la paz entre los terrícolas beligerantes: quien, no se le muera un pariente, o le sea llegado el otorgamiento de alguna función social representativa y bien rentada, etc.

Un cuadro, muy penoso, mostraba a un niño de ocho años que había quedado paralítico, pero a quien sus familiares, instruidos por el hechicero de su confianza, lo habían convencido de que Dios iba a darle súbitamente un par de nuevas y hermosas piernas ágiles con sólo orar convencidamente invocando la presencia del fantasma todopoderoso e ingiriendo la oblea representativa de su cuerpo. Llevado en brazos al comulgatorio, el niño oró, en efecto, con emocionada fe y, tan pronto como deglutió la oblea, se dio un gran impulso como si fuera a correr sano y fuerte, pero... cayó y rodó hecho un lamentable talegón de papas.

La exhibición de cortos terminó con dos escenas del máximo horror, pues se mostraba en ellas la ejecución de otras tantas sentencias del famoso “Tribunal de la Inquisición”, una

organización de hechiceros oficialmente sádicos, protegidos por los monarcas y gobernantes de aquel tiempo. En la una, y concelebrando la designación de un alto funcionario político, aparecía un grupo de los llamados “herejes”, gentes, éstas, a veces sencillas e insignificantes pero que habían caído en desgracia frente a las exigencias y actos de violencia de los hechiceros o sus sacristanes; o gente adinerada, preferiblemente sufridos y pacienzudos judíos de cuyas riquezas deseaban apoderarse, al partir, gobernantes y magos; o, en fin, intelectuales luchadores y obstinados en la defensa de sus ideas y su inconformidad frente a la impudicia y el despotismo. Se los veía quemados en vida y a fuego lento, sólidamente amarrados a postes preparados para este efecto.

En el segundo cuadro se mostraba a toda una familia acusada y convicta de hechicería...

-¿De hechicería!? Pero... ¿No eran magos y hechiceros los juzgadores? Terció alguno de los presentes.

-Sí, pero el odio contra el rival del mismo oficio suele ser más recalcitrante y violento, aparte de que, con esta actitud, la hechicería cristiana se proponía engendrar la imagen de que sus propias manipulaciones y ritos mágicos son todo lo contrario de cualquier hechicería. En este cuadro, como veis, no se ha tenido piedad ni para los niños.

Se trataba de un matrimonio de gentes miserables y cuatro hijos menores, de dos a ocho años el mayor. Fueron todos subidos al cadalso en compañía de cuatro hechiceros católicos encapuchados, los que, armados de pesados garrotes, aplastaron literalmente los cráneos de los padres y a sus cuatro hijos. El hechicero que oficiaba de cabeza mundial de la organización en un espléndido palacio dirigió una oración colectiva de acción de gracias al fantasma del generoso Kredíos.

-¡Pero todo esto es horroroso, profesor! Protestó Jaime.

-Sin duda que lo es, pero eres tú quien lo advierte entre los tuyos, Jaime; tú y unos pocos terrícolas ¿Queréis conocer el resultado global de nuestras investigaciones?... Pues helo aquí:

-Hemos tenido continuamente, desde hace ya cinco mil doscientos años, un gran número de pelotillas volantes que hoy son exactamente 3.098 volando a baja altura en los cielos del planeta, y el doble correspondiente de sintomoscas de investigación y medida en conexión con nuestro nigerómetro y nuestro absentómetro y... ¿Sabéis cuál es el resultado en números que incluyen, por estrecha afinidad, a todos los dementes, esquizofrénicos, paranoicos y psicópatas? Un promedio mundial de 42,3 nigerios aplicables a un 99,9% de la familia terrícola, y 14,56 absentio aplicable a un 2%.

-Pero eso, profesor Nemeto, perdóneme usted, querría decir que la familia del hombre terrícola se compone, casi en su integridad, no sólo de bárbaros, sino además de locos y enfermos mentales.

-Los números son elocuentes y veraces exactamente en ese sentido, señor Landa: bárbaros y dementes; esto último, señor Landa, siquiera transitoria pero recurrentemente las más de las veces

-Sí (terció un estudiante) ¿Quién entre vosotros, Jaime Landa, no adora alguna forma fantasmal de Díos y conversa con ella en lo que se llama “la oración”?

-Algunos no (intervino otro asistente)... Algunos que representan el 00,1, y si en la familia hay cuatro millones de seres, pues... se dan nada menos que cuatro millones de sujetos incontaminados con quienes no obtendremos arriba de tres nigerios y cero absentios.

Pero... reconocerá usted, profesor Nemeto (dijo Jaime en un impulso de instintiva autodefensa), que esta cultura, así de mágica, ha creado innumerables obras maestras en el mundo del arte y las letras, de la pintura, de la arquitectura, la música, la poesía...

-Reconozco más aún que eso, que es sin duda muy grande. Reconozco que estas organizaciones de hechiceros, si bien incluyen un apreciable número de parásitos sociales cuando no de muy peligrosos fanáticos dispuestos a todas las extorsiones y crueldades, reconozco que estas organizaciones, o, al menos, parte de ellas. Prestan invalorable servicios en la educación y la atención sanitaria.

-Cierto Profesor (terció otro), pero tampoco olvidemos que educación y atención sanitarias son instrumentos poderosamente eficaces en la difusión y contaminación del oscurecimiento y la ausencia mentales.

-Bien, señores (dijo Nemeto), todo eso es muy verdadero, pero no es menos verdadero que ignoraremos definitivamente qué y cuánto hubiera creado una cultura que llamaré “normalista”, esto, es una cultura del hombre equilibrado y sano, del hombre normal o normalizado dentro de una concepción realista pura. Mas, ahora, quiero terminar esta clase, ya bastante larga, proponiendo a vosotros un intercambio general de ideas que nos lleve a una conclusión relacionada con el punto esencial, la antimateria.

-Hable quienquiera.

Hubo a continuación un animado intercambio de reflexiones y postulaciones que aquí no reproduciré para sólo destacar que Jaime Landa se anotó un buen poroto al aceptar el gran Nemeto, sin reservas, este planteamiento suyo:

Yo diría, profesor, que, puesto que la materia –quiero decir: el mundo natural- es infraestructura y parte decisiva de la realidad, la antimateria lo es de la irrealidad, de esa irrealidad del oscurecimiento, la ausencia y la demencia que crean un mundo de imágenes a menudo incoherentes y sin asidero con el secreto fin de llenar los vacíos de lo ignorado, fortalecer al timorato y consolar al afligido.

-Bravísimo, Jaime. Esa fórmula de conclusión es cabal. La antimateria se alimenta con leche de angustias y sangre de herida fresca; pero y... no se ha preguntado alguno de vosotros por qué el terrícola, que con tanta y quasi unánime vocación se acuesta en la antimateria, por

qué no ha sido tragado por los remolinos de su insondable vórtice, tal como lo fueron los 53 de Kreanto.

Se produjo un silencio elocuente en la clase.

-Me responderé a mí mismo, jóvenes. No habéis tomado nota de los detalles tecnológicos: uno, que los guiones de X/N y X/A no han llegado, en ningún terrícola caso, al 100 del absoluto; y dos, que en la confluencia de estos absolutos no aparecen sino ellos dos... ¿Dónde están los silentios, y los gelatios, y los quietanos?... Recordad que la expedición fundadora de Kristina perdió tres máquinas decisivas para llegar a la implosión total de la antimateria, implosión que exigía la incidencia común de los cinco barrenos ultralumínicos.

-Profesor (dijo entonces, titubeante, alguno de los presentes que no había abierto la boca en todo el tiempo de la célebre disertación y que iba a concluir con ella en un exabrupto) ¿No le parece –perdóneme usted- que esa pentacoyuntura de los cinco barrenos tiene un fuerte olor a cadáver?...

Todos se miraron confundidos y clavaron los ojos en Nemeto, quien, sin decir palabra alguna, se levantó y abandonó la clase.

***Parte Quinta “La  
Torre Encarnada”***

I

-¿Y sabes, decía Kris a Jaime cuando horas después se retiraban ambos a su linda casa de la calle Soris, sabes que las moscas de antea ya te conocían?

-¿Es posible?

-Claro que sí. ¿No recuerdas acaso que, cuando me conociste, te hablé de lo mucho que yo ya sabía de ti?

-Pues... cierto: Ahora lo recuerdo.

-Eso habría sido imposible sin la ayuda de las sintomoscas y las pelotillas volantes.

-Cuéntame.

-De labios de Nemeto has oído ya que mantenemos surcando los cielos terrícolas, continuamente, más de tres mil pelotillas volantes... Pues bien, estas pelotillas, no mayores que las que usan en el juego del tenis contemporáneo, son, cada una y todas, una perfecta estación radial de emisión de imágenes tridimensionales y sonoras. Cada una de sus treinta y ocho celdas recibe, en su diminuta pantalla exterior hexagonal, la imagen a que alcanza a manera de ojo penetrante y avizor, imagen que nos trasmite luego a nuestras pantallas en las salas públicas de Kristina, cuando quiere hacerse o se pide una exhibición de tal género.

-¡Qué buena cosa para un turista comodón y poco amigo de la aventura!

-Sí, es una diversión muy del gusto del kristiniano ésta que le permite visitar en cualquier momento, cualquier lugar de la superficie terrícola sin riesgos ni consecuencias indeseables, sin contacto directo con los tuyos.

Cada pelotilla va siempre provista de un par de sintomoscas cuando nos interesa la personalidad o la vida mental de determinados sujetos terrícolas.

-Pero Kris ¿No te parece que esta violación de la intimidad de la conciencia, que debiera ser intransferible siquiera en parte, puede lastimar moralmente?

-Pienso que esto es más bien cuestión de costumbre, cuestión, además, muy conexas con un alto grado de desprejuiciamiento. Nosotros no alimentamos ni estimulamos la formación de miedos irracionales o tabúes al estilo de los que vosotros habéis practicado en todo tiempo. El cuerpo desnudo, por ejemplo, no nos aterra, como tampoco nos produce espanto la práctica del coito o la figura de los órganos sexuales, tabúes definidores de la cultura llamada "cristiana" entre los tuyos. A nosotros no nos obsesiona ni tortura el sexo, de modo que, por lo mismo, no tenemos lo que entre vosotros se conoce como "perversiones sexuales".

-Pero eso conducirá a la práctica del abrazo erótico en cualquier lugar y a la vista de cualquiera... en lugares públicos...

-No, eso no. ¿Por qué? Hay actos de la vida fisiológica que son por su naturaleza reservados para la intimidad y el aislamiento. Lo que lleva al exhibicionismo es más bien la interdicción y la censura, la mojigatería, la contaminación tabúica cuya inevitable ambivalencia se descarga en vuestras conocidas “perversiones” y desviaciones.

-Kris, quiero besarte...

-Sí, querido. Yo también.

Y se confundieron ambos en un largo abrazo que los muchos transeúntes de la Soris miraron de soslayo con amable sonrisa.

## II

Después de la cena y en compañía de un par de amigos invitados, Anisto y su esposa Vera, la conversación cobró gran animación en torno a la disertación de la Torre Aurea.

-He estado preguntándome, decía Jaime Landa, si en el vasto mundo de la hechicería moderna, fortalecida por una organización multitudinaria de las iglesias que conocemos, se trata siempre de gentes con elevados índices de antea... Me gustaría saber qué piensan ustedes.

-El porcentaje, Jaime, es abrumadoramente decisivo (decía Anisto) en el sentido afirmativo. Sin embargo...

-Otra cosa, perdone, Anisto: Hay una situación, aparentemente bien deslindada del mundo mágico pero cuya problematicidad no enfoco todavía muy claramente.

-¿De qué se trata? Preguntó Vera.

-De la novela y el novelista. Porque la novela, la creación del mundo de la fantasía, se da ampliamente como tejido de puras imágenes y construcciones mentales que no funcionan como dobles de la realidad.

-La novela, dirás, querido Jaime, es una negación de la realidad a la vez que una escapatoria de ella... ¿Es eso? Terció Kris.

-Eso mismo. ¿No se da en la novela, en toda literatura que no sin razón se llama “de ficción”, no se da la escapada que motoriza y mide el nigerómetro.

-La diferencia está aquí (intervino Anisto): Es evidente que la vida religiosa, como la del manicomio en grado más agudo por la inclusión de un alto X/A, se mueve, como la novela, en un mundo de más o menos radical fantasía, pero el loco y el creyente están irremediabilmente encadenados a ese mundo, salvo, claro está, muy determinados casos de autoliberación que exigen extraordinaria lucidez y personalidad casi temeraria. En cambio, el novelista, exactamente como Ino, puede volver de la antimateria cuando se le antoja.

-Viviendo una doble vida, entonces (dijo Vera), una doble vida que se goza con plenitud de clarividencia cuando entra en el embudo, cuando vive su novela y se identifica con ella, y saliendo a la realidad cotidiana siempre insuficiente, según el dictado de sus deseos.

-Exactamente, concluyó Anisto, pero volvamos a tu primera duda: tú, Jaime, te planteabas aquello de sí en todos los casos el hechicero, o acaso el simple creyente, son gentes de buena fe... ¿Esto has querido decir, verdad?

-Sí...

-Permitidme vosotros responder a Jaime (dijo Kris). Yo le diré que NO en todos los casos, absolutamente. Recordaréis sin duda vosotros, Vera y Anisto, los que tuvimos oportunidad de conocer en alguna de nuestras vidas a la Torre Parda: Aquél de Leone Dieci, brujo máximo de la hechicería católica cuando bendecía a la multitud desde sus balcones, y aquel otro del dominico de La Plata y Luis de Fuentes.

-Repítelos, Kris. Son realmente interesantes.

-Bien. Comenzaré con el caso de Leone.

Aquel domingo de Pascua se habían reunido en la Plaza de San Pedro unos ochenta mil creyentes para rendir emocionado tributo a Leone por su actitud de valiente oposición frente a las pretensiones de dominio político del entonces rey de Francia Francisco I. Nosotros habíamos dispuesto unas treinta pelotillas volantes sobre la ciudad, pelotillas que aquella vez fueron concentradas sobre la gran plaza del Vaticano con todas las sintomoscas preparadas para alguno de nuestros regulares y periódicos exámenes del estado mental de las comunidades terrícolas. Cuando Leone se presentó en los balcones donde solía exhibirse lanzamos nuestras sesenta moscas hacia la multitud; mejor dicho, lanzamos cincuenta y ocho, por que una de las parejas fue dirigida derechamente a la cabeza de Leone, y entonces ocurrió lo inesperado: las sintomoscas que se habían posado en las cabezas de veintinueve adorantes arrodillados en las baldosas del amplísimo patio o plaza del Vaticano alzaron hasta  $X/0=39$  los guiones de nuestro nigerómetro...

-¿Y las de Leone? Preguntó Jaime.

-¡Cero! ¡ $X/N=0$  Y precisamente en aquel momento era que Leone Dieci extendía las manos sobre la muchedumbre invocando la protección del duende todopoderoso a favor de sus adorantes y era de suponer que también en provecho de sus planes bélicos y políticos.

-Eso quería decir que Leone actuaba literalmente como un histrión (intervino Jaime), que simulaba aviesamente una fe de la que participaba en absoluto. En suma, que Leone era un perfecto realista haciendo fingidamente el papel de hechicero puesto que sólo a esta condición podía desempeñarse en el poder social que su investidura le otorgaba.

-En pocas palabras, que los duendes por cuya caza y captura se movían las sintomoscas había ya abandonado la cabeza de Leone si alguna vez la habitaron (concluyó Vera). ¡Interesantísimo!

-Bueno... pues es un caso de mayúscula astucia y oportunismo. Y... ¿Cómo es aquello del dominico?

### III

-Lo del fraile dominico es una historia que requiere más espacio (decía Kris), pero os la voy a referir, aunque Anisto y Vera la conocen ya.

En 1574 llegó a la pequeña ciudad de Chukichaka, no muy lejos del ingreso de Punkurani que tú conoces, Jaime, el entonces virrey español en la ciudad de Lima don Francisco de Toledo, a quien se le presentó en compañía de algunos amigos, Luis de Fuentes, un aventurero español, todavía joven, pues tendría por entonces 44 años.

Luis de Fuentes era hijo de un minero de P'utujsi que había trabajado con escasa fortuna en las minas de plata de aquel lugar en el que acabó por dejar sus huesos legando a Luis una serie de deudas que lo obligaron a vender las vetas recibidas en herencia.

Radicado en Chukichaka desde hacía unos ocho años, Luis de Fuentes había tenido oportunidad de leer papeles que hablaban con entusiasmo de la belleza, el grato clima y las fabulosas posibilidades de enriquecimiento que podían hallarse siguiendo al sud por la ruta de Francisco de Tarija, aquel soldado de los Pizarro y Almagro en los primeros días de la conquista y expoliación del Inkanato.

Luis de Fuentes soñaba con reeditar la aventura de Tarija, y se veía adorado y servido por miles de nativos que le traerían, sin gasto alguno, no sólo las variadas frutas y cereales de aquella desconocida región, sino –y esto lo enfebrecía- quintales de pepitas de oro de los muchos arroyos que sin duda lo esperaban precisamente a él para hacerle tributo de sus riquezas sin cuento.

La llegada pues del virrey le podía significar el primer paso en el derrotero de sus ensueños, de modo que no perdió tiempo alguno en la tarea de obtener de don Francisco de Toledo una provisión especial que... Bueno... Él le pintaría, con los caracteres más impresionantes y convincentes cuánto bien podía significar para los intereses del rey y la metrópoli, y por cierto para el propio señor de Toledo, contar, en breve tiempo, con un puesto avanzado y, a poco andar, con una populosa ciudad en las fuentes mismas de los ignorados arroyos y lagunas que alimentaban los ríos Pilkomayu y Paraguay.

Se le presentó pues a don Francisco de Toledo y le expuso sus planes y propósitos con palabras tan elocuentes y tan buena fortuna que el virrey, conmovido por el apronte y la energía de que daba pruebas el pequeño Luis, le otorgó una provisión especial por la que, desde ya, lo designaba capitán de la expedición y corregidor y justicia mayor del poblado que fundase en tierra de tomatas y churumatas.

Entonces, y como quiera que Luis de Fuentes había bebido varias veces en casa de doña Mayor Verdugo, una abundante chola rica del vecindario de Chukichaka poseedora de un buen surtido puesto comercial, la interesó en el negocio de la expedición y le sacó, a crédito por supuesto, ciento cuarenta piezas de “ropas de abasca” y ochenta y siete arrobas de azúcar blanca, mercancías que le serían de inmensa utilidad no sólo en el consumo de la propia expedición sino como irresistible señuelo para atraerse a los nativos que tendría que someter.

Partió pues nuestro flamante capitán en busca de las tierras de tomatas llevándose consigo a su esposa, dos sirvientas, cincuenta y cuatro soldados y unos sesenta nativos de la cordillera amén del irrenunciable hechicero cristiano, el cura Cedeño, grande y leal compañero suyo de mil jaranas en la capital de la Audiencia. Eran los primeros días de agosto de aquel año de 1574, de modo que habría por delante más de tres meses sin mayores lluvias ni arroyos crecidos.

## IV

-¡Qué bien conoces, Kris, este trozo de historia americana! (Decía Jaime).

-Sí, lo conozco por una razón especial; a lo largo del siglo XVI la Torre Encarnada organizó una investigación a cargo de cinco profesores y una veintena de estudiantes de biología en torno a los procesos de hibridación que cobraron gran desarrollo con motivo del descubrimiento de América por aventureros y colonizadores españoles, portugueses, británicos y holandeses. Yo colaboré con mucho interés en una secretaría de la comisión.

-¿Qué se proponía la investigación?

-Pues... esclarecer y medir las modificaciones genotípicas determinadas por el amplio mestizaje de lo que algún terrícola llamó, no hace mucho, “crisol de América”. Nos interesaba verificar el planteamiento de alguno de nuestros profesores que sostenía que los genes de la llamada “raza blanca” tienden a imponerse y dominar sobre los genes “negros” y americanos nativos. Y una mesa redonda convocada hacia 1520 por el rector de la Torre Encarnada resolvió, entre varios otros puntos, mover a un criollo español para que pusiese en marcha un contacto estable con los clanes de nativos tomatas, churumatas y chiriguanos hacia el sudeste de la altiplanicie andina.

-¿Y?... interrumpió impaciente Jaime Landa.

-Destacamos, por consiguiente, nuestras pelotillas volantes sobre P’utujsi y Chukichaka en busca de nuestro líder terrícola de experimentación y nuestras sintomoscas ubicaron a dos: Francisco de Tarija primero, uno de los ciento sesenta y cinco rufianes españoles que Francisco Pizarro se trajo de Méjico y el Caribe, y Luis de Fuentes unas décadas después. Tarija Fracasó hostigado y acorralado por la chiriguanía y fue entonces que teleestimulamos en la vida mental de Luis de Fuentes la imagen de un país inmensamente rico

y promisor poblado por aquellos clanes de tomatas ya sedentarios y agricultores y de chiriguanos nómades y cazadores hacia la parte sud de la provincia de los charcas.

Luis de Fuentes respondió bien: Vendió rápidamente sus minas de P'utujsi y se trasladó a Chukichaka donde en cualquier momento debía hacerse presente el virrey.

Nuestro capitán partió pues con buenos vientos y mejores ánimos tomando la ruta de los valles de Cinti por el centro minero de P'utujsi y en cosa de veinticinco días de viaje llegó hasta los ventosos y fríos eriales que sus gentes bautizaron como "Iskayyachiy"...

-¿Por qué ese complicado nombre? Preguntó Vera.

-Salió de las precauciones que Luis de Fuentes tomaba protegiendo avariciosamente los víveres y mantas de la expedición. Cuando llegaron todos a ese punto, el capitán dispuso la distribución de sólo sesenta raciones de rancho y sesenta mantas para su gente que llegaba a ciento catorce individuos. Se le presentó pues una delegación reclamante...

-Señor capitán, tenemos hambre y frío, y nos habéis dado apenas una mitad de nuestras raciones y nuestras tapas de dormir. -Iskayyachichej, respondió Luis de Fuentes secamente, y despachó a los delegados.

-¿Qué quiso decir con ello'? interrogó Anisto.

-Bueno, la expresión usada por Luis de Fuentes era la propia de la lengua de sus nativos kollas, y significa: "Haced que se dupliquen". Su gente tuvo que partir en dos las raciones distribuidas y compartir las mantas de cada a una para cada dos.

Desde entonces aquel lugar era conocido como "Iskayyachiy" o "haz duplicar".

## V

-Pues así (prosiguió Kris), mal que bien reparadas las fuerzas después del prolongado y penoso ascenso desde los valles de Cinti hasta Iskayyachiy, la expedición de Luis de Fuentes alcanzaba, en menos de una hora más, la altísima ceja de la cordillera sobre el vasto paisaje verde de los tomatas.

Sin embargo, el descenso se les hizo interminable, pues hubieron de caminar, a caballo y a pie, sobre cuarenta kilómetros de senderos para cabras en neblinosa cuesta hasta las fuentes del arroyo que el capitán bautizó, en memoria de Andalucía, con el nombre del río más importante de España: Guadalquivir. Allí encontró todavía los restos del antiguo fuerte de Tarija: unos cuantos muros o medios muros de tierra adobada en un recinto rodeado de palos puntiagudos y en gran parte carbonizados.

Los nativos tomatas no le fueron hostiles. Continuamente amagados por los crueles malones de la chiriguanía oriental, el milagroso poderío armado de Tarija en sus espadas y sus tubos tronadores los había protegido con nunca vista eficiencia, y esto lo recordaban todos

agradecidos. Así pues, se pusieron al servicio de Luis de Fuentes y en poco tiempo fue reconstruida la nueva fortaleza con una media docena de puestos elevados de escucha y alarma.

No habrían pasado quince días cuando se produjo el primer choque con un centenar de chiriguanos aulladores que llegaban del bajo Pilkomayu en busca de bebidas, azúcar y ropas de abrigo, golosinas que habían ya gustado en los días de Tarija. El fuerte iba recién tomando forma, pero la palizada exterior había sido cuidadosa y rápidamente reparada, de modo que los chiriguanos fueron recibidos por sesenta mortales arcabuces y un diluvio de piedras diestramente lanzadas por los honderos kollas entre los que no faltan tampoco algunos flecheros de la más antigua tradición.

Iniciado el desbande de los atacantes, los hombres de Luis de Fuentes se lanzaron en su persecución y remataron a sablazos y estocadas a los que por heridas o insuficiente agilidad no pudieron ponerse a salvo. Hecho el recuento de bajas, los sitiadores habían dejado cuarenta cadáveres en el campo y en las agujas de la palizada. De Fuentes sólo tuvo que atender a tres heridos, uno de los cuales falleció.

Al día siguiente se convocó a reunión solemne a los principales, reunión que se inició con la consabida “misa de acción de gracias” para luego plantear don Luis de Fuentes el problema que le preocupaba: ¿Con qué nombre bautizar a la futura ciudad?

-Os ofrezco la iniciativa, les dijo el capitán a los concurrentes.

-¡Yo tengo ya el nombre! Gritó uno.

-Suéltelo.

-La Frontera... Todos sabemos que nuestra fortaleza o poblado es el puesto más avanzado en las tierras del rey nuestro señor y que a unos centenares de varas de este puesto se extiende sin límites la tierra de neófitos, la chiriguanía.

-No (dijo otro, estimulado quizás por un violento codazo de su cara-mitad) Yo propongo formalmente el nombre de “San Bernardo”, aquel santo de Reus en tierra de infieles moros y el que los tuvo a raya hasta su expulsión final; el que obtuvo de Jaime el Conquistador la cesión de aquellas para su obispado...

-Sí (terció la mujer del que hablaba). Quizás nuestro amado Felipe le otorgue estas feraces tierras a nuestro vicario... o al señor capitán...

-¿No sería mejor celebrar nuestra primera victoria sobre la chiriguanía de salvajes flecheros bautizando el fuerte con el nombre de aquel fogoso soldado de Diocleciano que murió asaeteado dos veces en nombre de su fe?

-¡Me cago en San Sebastián (bramó don Luis de Fuentes) y me limpio el culo con las lenguas de los flecheros romanos! Mi santo es San Bernardo.

-Si me lo permites (habló otro) ¿Por qué no somos más generosos y agradecidos a quienes nos precedieron, con el sacrificio de sus vidas, en esta empresa?... Todos vosotros habéis olvidado al valiente Tarija de la primera expedición.

-¿Qué dice usted a todo esto, señor vicario? Preguntó la esposa de Luis de Fuentes al cura Cedeño.

-Yo complacería a casi todos y, si el señor capitán justicia mayor me da la palabra...

-Diga usted, Cedeño.

-Yo sugiero que bauticemos el fuerte y la futura ciudad, que desde sus palizadas y su templo crecerán hacia el llano y la montaña, con el nombre de "San Bernardo de la Frontera de Tarija". ¿Qué os parece?

-¡Bravo! -¡Bravo! -¡Bravísimo! Gritaron varias voces. Y con aquel nombre quedó bautizado el fuerte.

-Se ve que aquella gente no era muy amiga de facilitar las cosas, intervenía Anisto a tiempo que Kris, interrumpiendo el relato, servía a todos una nueva ronda de pocillos de té.

-Cierto. Es que no tenían apuro alguno. Si para trasladarse de un poblado a otro no tenían empacho alguno en viajar semanas enteras cuando no meses ¿Qué importaban cuatro segundos en el enunciado de un nombre? ¿No les parece? (Preguntaba Jaime Landa).

-De todos modos (añadió Kris) aquellos nombres iniciales y conmemoriales estaban destinados, de hecho, a los papeles oficiales, puesto que el pueblo, hasta por pereza, siempre ha acabado por reducirlos a dos o tres sílabas. Pero continuó.

-Aquel primer descalabro no podía acobardar a la chiriguanía, que era inagotable, pues se daba como algo excepcional la semana en la que no se presentasen amenazadoramente los chiriguano en pequeños y grandes grupos de flecheros desnudos y audacísimos que se subdividían en numerosos grupos menores para rodear el fuerte.

-Nuestras pelotillas volantes nos trasmitían estas batallas con singular dramatismo en las salas de Kristina repletas de estudiantes y curiosos.

-Sin embargo, Luis de Fuentes se afirmaba cada día más, y los muchos varones sin hembra que lo habían acompañado hasta "San Bernardo" habían obtenido simpáticas y diligentes compañeras tomatas con quienes formar hogar y multiplicarse.

-Así anduvieron las cosas relativamente bien entre batallas y treguas hasta que se presentó la primera discordia. Uno de los más asiduos y considerados colaboradores del corregidor, don Juan Mogollón de Acosta, con quien aquél poseía en mancomún unos cientos de reses mayores, se dio a repartir tierras y nativos en servidumbre, a su capricho, actitud que provocó las iras de don Luis, quien impuso a Mogollón, como pena por sus desmanes, la pérdida de sus ganados en beneficio de los nativos perjudicados. Mogollón de Acosta se trasladó entonces a La Plata, que este nombre había tomado ahora la charqueña Chukichaka,

y se dio a la tarea de agitar contra Luis de Fuentes el ambiente oficial, acusándolo de tirano, abusivo, ladrón, etc. Pronto se le adjuntaron en la campaña de desprestigio los acreedores olvidados por don Luis: un tal García Enríquez de Guzmán y doña Mayor Verdugo entre otros.

Entretanto Luis de Fuentes, creyendo hacerlo mejor, había fomentado y dirigido una eficaz campaña propagandística de sus éxitos, tanto en Chukichaka como en P'utujsi y Lima, haciendo entrever que los arroyos del país de churumatas le hacían llegar ingentes cantidades de pepitas de oro, amén, por supuesto, del exagerado incremento de sus ganados y sus tierras de hortalizas, cereales y frutas. La campaña se proponía un objeto especial: traer más gente para poder combatir con eficacia y poner atajo a las incursiones de chiriguanos que, en realidad, le iban, poco a poco, diezmando a sus hombres y acobardándolos.

Pero aquella campaña abrió los ojos de la codicia vil y alimentó poderosamente la semilla de odio que iban sembrando Mogollón y la Verdugo vindicativos. Pronto la campaña tomó la forma de acusaciones oficiales ante la Real Audiencia por intermedio de la cual llegó a los estrados de la capital virreinal y... Luis de Fuentes fue destituido de sus funciones de capitán, corregidor y justicia mayor de San Bernardo.

Mas a pesar de todo nuestro capitán no se amilanó. Muy al contrario, se trasladó de inmediato a Chukichaka y demostró palpablemente a las autoridades que sus detractores eran gente aviesa, o, por lo menos, acreedores impacientes. Fue pues repuesto a sus cargos y funciones.

Hacia 1582 le nació una niña cuyo amor y cuidados le dieron nuevos ánimos para emprender la lucha. Pero sus enemigos y rivales, cada vez más numerosos, no dormían; de modo que, hasta mediados de la última década de ese siglo, consiguieron aún, no sólo por segunda, sino hasta por tercera vez su destitución. Cedeño, entonces, aconsejó a Luis de Fuentes que enviara a Chukichaka a su adolescente y linda Juliana que acababa de cumplir quince años, no tanto para protegerla de los peligros que representaba la conservación de San Bernardo, como porque ella, graciosa y vivaz, podría, por intermedio del superior del convento de dominicos de La Plata, atraer la simpatía de las autoridades no solamente para sí, sino para sus atareados padres.

Así lo hizo, en desgraciada hora, Luis de Fuentes, pues el superior de los dominicos de La Plata era un cura que, si bien había ganado gran fama de santo por su piedad religiosa y su cerrada intolerancia dogmática, era secretamente un erotómano temible.

Juliana encontró rápidamente en el superior de los dominicos un confesor generoso, comprensivo, abierto y dicharachero. Con vara alta en los círculos oficiales y en su calidad de presidente de la comisión constituida por la Inquisición de Lima para atender los asuntos de herejía o indeseable conducta en Chukichaka, el reverendo abrió a Juliana los principales salones de la naciente aristocracia criolla y la burguesía de afortunados mineros allí retirados para disfrutar en grato y abundante ocio sus últimos años.

Pero un día Juliana halló silencioso y vacío el templo de Santo Domingo vecino al templo de los dominicos, se tropezó con el superior, el que descubrió de inmediato que ésta era su oportunidad.

-¿Vienes a confesarte, hija mía? Preguntó a Juliana.

-Si padre, lo haré.

El superior se sentó en silla abierta, fuera del cajón que hacía de confesionario, y Juliana se arrodilló junto a él y le abrió su corazón con toda ingenuidad, revelándole su especial interés, nunca declarado en otra parte, por los afanes y las cosas de los jovencitos de su generación.

-¡Pero estas cosas son normales! (Le decía el confesor) Mira: yo también, aunque dedicado a la vida religiosa, padezco las inquietudes del sexo y...

Bueno (abrevió Kris) El hechicero ya tenía en sus manos, todo él húmedo y tembloroso, los erectos y menudos pechos de Juliana a quien no tardó en derribar y violar ante el altar mayor de la iglesia, bajo la mirada vacía y polvorienta de un San Sebastián mal que bien pintado en un enorme lienzo que había adosado al muro de la derecha, muro doble en su parte alta, donde, a raíz de una de las reconstrucciones del convento y su iglesia o salón de magia, quedó una especie de amplio nicho aprovechable, con un metro de espacio entre los dos tabiques de tierra adobada, algo más de dos metros de longitud y como tres de altura.

El superior conocía bien aquel nicho, pues el tabique del otro lado, en la planta alta del convento, era el de su propia habitación, una sala enladrillada de unos seis metros por cuatro, sala que, a más de puerta y ventanas las indispensables, ocultaba, detrás de un pesado estante de libros, una estrecha excavación o forado de ingreso al nicho.

Más de una larga noche de soledad el superior había acariciado un piadoso proyecto de servicio de la fe; provocar un "milagro" impresionante haciendo que los ángeles del cielo llorasen la muerte de San Sebastián a manos de los satánicos flecheros de Diocleciano y.. Juliana podría ser uno de aquellos ángeles.

Después de aquella mutua confesión y el desenlace que reveló a Juliana, brutalmente, la verdad del sexo debajo de las sotanas del pretendido cura protector, se sucedieron otras confesiones bastante menos místicas, hasta que vino lo que tenía que venir, Juliana sentía mareos e indisposiciones frecuentes que no confesó a otra persona que al superior del convento convertido ya en su amante. Este, entonces, le propuso llevarla secretamente a su propia habitación conventual donde se le ofrecía un escondite a salvo de miradas indiscretas, hasta que naciera el hijo que ya parecía inevitable. Y Juliana tuvo que aceptar aunque llena de dudas y temores.

Poco tiempo después oficiaba de partero el superior del convento para recibir a su propia criatura sin que nadie se percatase del acontecimiento.

Pero ni Juliana ni el brujo de sus clandestinos amores pensaron en lo que una tal desaparición de la muchacha podía traer consigo, puesto que al segundo día de aquella comenzaron a inquietarse los parientes y amigos de Luis de Fuentes y de su linda y joven hija.

-¿Habría sido raptada?... ¿Se habrá marchado a San Bernardo en busca de sus padres?...

-Tengo información de que está en camino a la capital de virreinato (dijo a más de uno el superior de los dominicos). Parece que desea consolidar, en Lima, la situación oficial de sus padres.

Pero no tardaron en presentarse en Chukichaka don Luis de Fuentes y su esposa que, sabedores ya de la inexplicable ausencia de Juliana, se fueron derechamente al convento para establecer los hechos de boca del dominico. Este les repitió lo que había dicho a otras personas: que Juliana se hallaba probablemente en Lima, o en viaje hacia allá, llevada de su amor filial y por propia y un poco rebelde iniciativa.

Luis de Fuentes se agitó preguntando a arrieros y servicio de postas, por donde pudo y no pudo, si alguien había visto a su hija o tenido noticias de tal viaje, pero... nada. Nadie sabía nada a punto fijo. Entonces apuntó en las cavilaciones del capitán y los apremios de su esposa la sospecha de un crimen. Juliana no era muchacha que se hubiese lanzado, así como así a la aventura de aquel viaje hasta Lima sin conocimiento de sus padres. Además...

-Además... ¿Qué? Había preguntado a Luis de Fuentes su esposa, buscando cualquier asidero.

-He hallado, entre las cosillas del cuarto de Juliana, una pequeña fotografía del santo de las saetas en cuyo reverso hay una cita en palabras de amante enamorado

-¿Qué dice tal cita? Inquirió impaciente la madre.

-Aquí la tienes.

Y Luis de Fuentes mostró a su esposa la pequeña estampa o figura de San Sebastián en la que se leía este reclamo: "No faltés, vida mía. Nuestra alcoba está lista".

-¿Qué hacemos, doña Dolores?... ¿Qué sugieres? Preguntó desusadamente el capitán a su esposa.

-Se me ocurre una cosa (le dijo ella): Pidamos consejo al padre Cedeño. Quizás esta figura de San Sebastián nos ponga en el camino de nuestra niña. Voy a escribirle ahora mismo a San Bernardo enviándole la estampita, pues él puede saber de por lo menos algunos que la hubieran recibido de manos de sacerdotes... Quizás del mismo padre Cedeño...

## VI

-A partir de aquel momento los acontecimientos se precipitaron con los caracteres más siniestros (continuaba Kris con los ojos de sus tres interlocutores fijos en ella), pues la impudicia del dominico advirtió, por fin, la grave amenaza que significaba para él la actividad investigatoria de los padres de su víctima, ya encerrada en clausura permanente en su propia celda. Y, por si ello fuera poco, en cualquier momento se produciría el nacimiento del sacrílego vástago.

-¿Qué hacer?... se preguntó el dominico de Juliana, y entonces concibió un diabólico proyecto: se puso en contacto con los muchos detractores del capitán y, como quien da un consejo de amigo desinteresado, les sugirió que no tocasen a Luis de Fuentes, pues él tenía información confidencial en sentido de que el capitán practicaba extrañas y muy peligrosas formas de hechicería aprendida de los chiriguanos del sudeste.

La malévola insinuación tuvo el efecto que el fraile calculaba. Los émulos de Luis de Fuentes lo acusaron de hechicería ante el tribunal de la “Santa Inquisición” y éste ordenó al dominico se instruyera el proceso del caso en Chukichaka.

Entretanto, Cedeño había recibido la carta de doña Dolores de Fuentes y, al enterarse de su contenido, se puso lívido. Conocía bien aquellas estampitas del santo de las saetas que su convento recibía de España, pero, y esto era lo más alarmante, conocía mejor aún la letra del superior de los dominicos, y la llamada de amor que la estampa traía estaba escrita, no había lugar a dudas, con idénticos rasgos. Cedeño pidió pues, inmediatamente, una mula, dos guías kollas y lo que hubiera de avíos para un viaje de la mayor urgencia a Chukichaka.

Pero el dominico de la capital se había lanzado ya, abierta y oficialmente, a la ejecución de sus aviesos planes. Obtuvo rápidamente de la presidencia de la Real Audiencia la orden respectiva de prisión del capitán y su esposa y, en su calidad de presidente de la comisión inquisitorial, hizo comparecer en juicio de hechicería a ambos, sin que por cierto Juliana se enterase de nada, escondida en el nicho de San Sebastián la mayor parte de su tiempo y a ratos en el lecho del dominico.

Reunida la nefasta comisión inquisitorial en los sótanos de “El Gran Poder”, vieja casona de los aristocráticos Fernández de Córdoba a no más de cien metros al oeste del convento de dominicos, Luis de Fuentes y su esposa fueron incitados a confesar los crímenes que se les imputaba: estafas, hurtos, tiranía, actos de crueldad y, especialmente, prácticas de brujería contra la “santa Madre Iglesia” y los intocables y altos dogmas establecidos.

El capitán respondió airada y temerariamente sin cuidarse para nada de guardar o morigerar su habitual lenguaje de soldado y minero y, sobre todo, de buen español en trance de maldecir su desgraciada suerte. Por consiguiente, el tribunal ordenó que se someta a ambos al suplicio del látigo, suplicio que doña Dolores, agobiada de tantos males y enflaquecida, no pudo resistir. Antes de que sus verdugos pudieran cumplir con los cincuenta

azotes ordenados, la valiente Dolores doblaba la cabeza sobre su miserable cuerpo colgado para no levantarla más.

En la siguiente vista de la causa, el dominico se dio maña para que compareciesen, en calidad de testigos de cargo, don Juan Mogollón de Acosta y dos compadres suyos, quienes, preguntados sobre si sabían algo de la piedad cristiana y las costumbres y devociones del capitán, declararon que, en alguna ocasión, dijo que “se cagaba en San Sebastián y todos los santos de la cohorte celestial sin más exclusión que la de San Bernardo Calvo y que se limpiaba el culo con las lenguas de los eclesiásticos enemigos de su santo”. Mogollón añadió, además, que en el fuerte de San Bernardo inventó Luis de Fuentes unas pócimas diabólicas con las que untaba las puntas de la palizada, pócimas tan eficaces que, al tocar el vientre de los neófitos chiriguano, “criaturas de Dios al fin y al cabo”, expulsaban el alma en un santiamén para servicio y contento de las furias infernales.

-¡Carajo (estalló Luis de Fuentes)! ¡Las furias infernales sois vosotros los miembros del tribunal y vuestros putrefactos testigos! Yo jamás he dicho tales cosas.

Don Luis de Fuentes recibió el castigo del látigo con admirable heroísmo, pero cuando momentáneamente desligado de sus cadenas, fue llevado ante el cadáver de su esposa, sacó fuerzas de la flaqueza y, reaccionando con gran furia, lanzó al rostro del dominico presidente un espeso gargajo verde y sanguinolento que éste se limpió “con cristiana humildad” y sin decir palabra alguna.

Pero a los tres días Luis de Fuentes era llevado de nuevo al sótano de “El Gran Poder”, esta vez para probarlo en las polainas y el potro del tormento. Allí le rompieron los huesos uno a uno, y allí murió también, finalmente, jurando blasfemando a grandes gritos, pero sin aceptar, hasta el último, la falsa confesión que le querían arrancar.

Juliana, entretanto, y mientras su amante dominico andaba en estos siniestros trajines, había sorprendido, desde su escondite del nicho de San Sebastián, o, mejor, de Santo Domingo, una conversación de un grupo de sacerdotes o brujos de la orden que en la propia habitación del superior comentaban el enjuiciamiento de Luis de Fuentes y su esposa y anunciaban su inevitable muerte. No daba ella crédito a sus oídos ante tamaña infamia, y pensó que soñaba un mal sueño, pero su espanto no tuvo límites cuando su propio amante se presentó en la habitación, a la mañana siguiente, con los cuerpos desfigurados de sus propios padres.

-Los traigo, le dijo, por piedad. Quiero que estos venerables restos descansen al amparo de San Sebastián, en el nicho que has ocupado y que ahora tendrás que dejar para siempre.

-¡Mientes, cura inmundo y maldito! Explotó Juliana, y yo misma me presentaré ante el presidente de la Real Audiencia con tu hijo, o iré hasta el rey Felipe para denunciar tus crímenes.

-Tranquilízate, paloma mía ( le respondió el hechicero), que yo sé que no harás tal cosa.

Todo, en efecto, lo tenía previsto el diligente y astuto superior del convento, pues, sujetando fuertemente a Juliana, la obligó a ingerir una taza de té exprofesamente preparado con un fuerte narcótico. Cargó entonces con la muchacha adormecida y la condujo a su nicho-alcoba, junto al niño que ya lloraba pidiendo su teta. Luego arrastró allí mismo los cadáveres de Luis de Fuentes y su esposa y, aprovechando la soledad del lugar y el silencio de la noche, desató apresuradamente un alto poyo de tierra adobada que le servía de mesa en su habitación, extrajo de alguna parte unos baldes de cal y barro y emparedó a los cuatro para siempre...

¿Cómo Juliana despertó al horror de la muerte de sus padres, cadáveres destrozados a sus pies, y al de su propia muerte y la de su niña detrás del lienzo de ojos polvorientos de San Sebastián en el altar mayor de Santo Domingo... nadie podrá nunca saberlo.

## VII

-Pero el cura Cedeño llegó por fin (seguía Kris conmovida por su propio relato), mas... detenido varias veces por las torrenteras y ríos del trayecto (era el mes de febrero de 1598), llegó tarde. Tarde para salvar a sus amigos de la tragedia y la muerte. Sin embargo, exigió y obtuvo una asamblea inmediata y urgente de la orden, con la concurrencia del mago arzobispo de la ciudad, y allí descargó, en frase llameante, toda la indignación que traía en el pecho.

No obstante, entre brujos del mismo aquelarre se entienden a la postre bien, y la cosa terminó en un acuerdo para guardar el más absoluto silencio sobre todo lo acontecido. Que Luis de Fuentes y su familia desaparezcán sin dejar rastro. Que se diga que marcha, en compañía del superior del convento, camino de la metrópoli, de donde no piensa volver nunca más...

Cedeño logró conseguir una gracia especial, aparte de la orden de enjuiciamiento secreto del superior del convento y su, esta vez, evidente remisión a España: Se le autorizó para reabrir el nicho donde había sido cerrado, y allí encontró lo que tanto se temía: no solo los cadáveres de Luis de Fuentes y su esposa, sino los de Juliana y su niña junto a aquéllos.

Juliana había expirado dulcemente sentada en el escaño de adobes que servía de lecho a su niña, y ésta yacía en sus rodillas acunada sin duda hasta su muerte por consunción en el sombrío y cada vez más irrespirable y fétido recinto.

Todo lo que pudo hacer el buen hechicero amigo del capitán fue mandar a comprar unas varas de cinta de terciopelo rosado con las que les juntó las manos a cada uno de los cuatro después de tender a los padres en el suelo. No quiso mover los cuerpos de Juliana y su niñita que en sus rodillas, con ella sentada en el escaño de adobes, fueron descubiertos

trescientos cincuenta años más tarde cuando un fuerte remezón sísmico resquebrajó los muros de gran parte de la ciudad y hubo que emprender grandes trabajos de reconstrucción.

Cedeño tuvo la oportunidad de escuchar, más tarde, con infinita amargura, de labios de algunas beatas madrugadoras, que el San Sebastián de la iglesia era llorado desde las alturas por el propio “Niño Dios” mientras “La Virgen Santísima”, su madre, le canturreaba con voz conmovedoramente entristecida por los arteros flechazos de los centuriones de Dioclesiano. Todas ellas juraban y rejuraban que no era ilusión, pues no menos de veinte personas habían oído esas voces a distintas horas del día por espacio de un par de semanas, mientras oraban ante el altar mayor de la iglesia de Santo Domingo.

## VIII

-Ahora veo todo claro (dijo Jaime cuando Kris terminó así su patético y terrible relato). Yo he conocido aquel nicho y esos restos que fueron a dar a un museo arqueológico de la Universidad y parece que después guardados en un baúl de la casa rectoral.

-¿Estarán allí todavía? Preguntó Anisto.

-Presumo que sí. Pero, volviendo al punto que ha movido a nuestra Kris a hacernos conocer el infame sacrificio de Luis de Fuentes y su familia, supongo que las sintomoscas enviadas por ustedes, tal como aquéllas de Leone Dieci, no hallaron duende alguno en la cabeza del dominico bribón... ¿No es así?

-Efectivamente, querido. El superior del convento era otro simulador en el difícil oficio de pasar por loco entre los locos a fin de chuparles la sangre a éstos; quiero decir, para medrar mejor en la abundancia y la consideración social.

## IX

La velada de sobremesa se había prolongado hasta bien avanzada la noche, de modo que la mañana del siguiente día Jaime y Kris se levantaron demorados. El programa previsto esta vez se iniciaba con una visita a la Torre Encarnada, y allí se dirigieron tan pronto como los clarines de la ya conocida ceremonia anunciaron, ante las puertas de la Torre, que se procedería a la celebración del correspondiente acto de ingreso de nuevos postulantes.

Esta vez había noventa y dos postulantes al conocimiento de las ciencias de la vida, y, cuando Jaime y Kris y algunos amigos más recogidos de paso llegaron a la terraza de acceso, ya el joven representante del grupo asía los aldabones de la Casa recubiertos de estupendos y desusadamente enormes rubíes.

La Torre Encarnada era, en efecto, encarnada y rosa. Toda recubierta de mármoles de subido color rojo jaspeado y bellas aplicaciones de rodonitas en tonos más suaves, la bella

terraza anterior, sin parapetos, hacia la plaza de armas, exhibía en el centro el símbolo monumental de sus estudios: la célula. Era ésta una obra maestra de ingeniería documental en plásticos y vidrios, una especie de huevo alzado que se elevaba más de cinco metros mostrando con gran detalle la estructura interior del cuerpo vital elemental: el protoplasma, el citoplasma, el núcleo, el nucleolo, las mitocondrias, los cuerpos de Golgi, etc.

Al apagarse los últimos sonos del clarín de la muchacha heraldo, seguidos de los profundos aldabonazos de llamada de la Casa, salió de su interior la voz multiplicada de su rector en el solemne diálogo del Credo de la Torre Encarnada:

-¿Quién clama a las puertas de esta Casa?

-Un novicio exigente.

-¿Qué pide el novicio?

-El collar de rubíes de tu sangre.

-¿Y para qué lo quiere?

-Para escindir el núcleo de la célula.

-¿Qué es la célula?

-El natalicio de la vida

-¿Qué más?

-La marmita en que se cocina el espíritu.

-¿De qué color son pues las ciencias de la vida?

-Como la piel del tomate encendido y como la cresta del gallo en la primera cuerda de los violines del sol.

-Entra pues, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

## X

Jaime y Kris se mezclaron entre los bullangueros estudiantes que invadían el atrio interior. Dos profesores de la Torre, Artemio y Porco, se acercaron entonces a ellos, coyuntura que aprovechó Kris para rogar al primero les sirviera de guía en el enorme palacio de las ciencias de la vida.

-Con todo agrado, respondió Artemio, pero... no sé por donde pudiéramos empezar.

-Creo, intervino Porco, que a nuestro terrícola amigo ha de interesarle mucho la Cámara Oscura.

-Sí, dijo Artemio, me parece atinada la sugerencia. Como hoy no tenemos para Jaime ninguna disertación adecuada a sus intereses y su información básica, nada mejor que mostrarle la Cámara Olímpica, u “obscura”, como dice el colega Porco. Vamos allá.

-¿A qué deben tales nombres? Preguntó Jaime.

-Lo veréis vosotros mismos. A mí personalmente me place más llamarla “cámara olímpica”, pues de allí salieron casi todos aquellos personajes que griegos y romanos tuvieron por divinidades a lo largo del primer milenio antes de Kristo y hasta la caída de la Roma Imperial en el siglo V.

-¿¡Oh!?! ¿Cómo es eso?

No hubo respuesta inmediata, pero Porco tomó la delantera, con Kris, mientras Jaime acompañaba detrás, al profesor Artemio quien, ante la pequeña y única puerta de ingreso a la Cámara Oscura inició las que para Jaime habían de ser sensacionales revelaciones.

-Este recinto, dijo Artemio, es, como vosotros diríais, la “santa capilla” de la Torre Encarnada...

-Santa, pero pagana, profesor, acotó Porco humorísticamente.

-Bueno... sí. Es que esta cámara, respondió Artemio a tiempo que ingresaba en ella, es como un útero gigante donde se gesta la vida de muchos niños que mañana podrán ser varones y mujeres ejemplarmente útiles a su comunidad...

-Y aún a la vuestra, don Jaime, terció Porco.

La Cámara Oscura, o Cámara Olímpica, era una gran sala de forma rectangular y unos cincuenta metros de eje mayor. Hacía un intenso calor en su interior, y todos tuvieron que alivianarse de ropa.

-39 grados centígrados, dijo Artemio, casi 2 más que el cuerpo humano en salud (dijo Artemio). Nunca menos ni más.

Una suave iluminación en rojo permitió a Jaime Landa apreciar la gran sala en su conjunto. Toda en blanco impoluto sonrosado por la iluminación, por todas partes se veían probetas de todo tamaño, frascos con líquidos de distintos colores en una gran cantidad de mesas de trabajo y a través de una maraña de tubos y serpentinas de alimentación. Por lo menos cincuenta biólogos y genetistas atendían, absortos, su específico trabajo, muy ligeramente vestidos por cierto cuando no desnudos de la cintura arriba, y muchos de ellos provistos de máscaras asépticas.

Venid conmigo, dijo el profesor Artemio, y los aproximó a las mesillas adosadas a los muros en todo el circuito de la sala. Sobre todas ellas, idénticas en forma y altura, descansaban una especie de grandes peras transparentes y elásticas, colmadas de un líquido amarillento en cuyo interior se podía advertir la de presencia de... embriones y fetos humanos.

Jaime quedó perplejo.

-Pues sí, amigo mío. Son embriones y fetos humanos, pero sólo excepcionalmente de humanos terrícolas. Aquí se conciben y gestan continuamente, y desde hace varios milenios, un gran número de niños kristianos, hijos de molnianos. La Torre Encarnada colabora, con especialísima dedicación y los máximos cuidados para brindar a nuestras mujeres el hijo de sus ovarios que ellas no han podido o no han deseado gestar en sus propias entrañas. Ellas mismas hacen personalmente la elección de los espermatozoides que le interesan, o nos lo traen en las probetas que para ese objeto les proporcionamos a su pedido.

-¿Podrán también llevarse un niño ajeno?... preguntó Jaime.

-Si no hay oposición, claro que sí. Los niños que nacen en esta sala se consideran por todos como “hijos de la Torre Encarnada” y, por tanto, de la ciudad en su conjunto. Cada una de estas peras de material plástico que veis vosotros aquí desempeña, con toda la perfección que nos es posible, las múltiples funciones de alimentación y estímulo generador de una bolsa placentaria.

-Además, no hay en esta sala, terció Porco, los riesgos inherentes a la locomoción de la madre, caídas eventuales y choques físicos, como tampoco enfermedades o disturbios emocionales peligrosos.

## XI

-Si me lo permite, profesor (intervino Jaime) usted nos dijo algo relacionado con el Olimpo grecoromano...

-Pues sí. Las primeras “divinidades” que conoció el mundo inspirado por lo griego en expansión hacia occidente fueron creaciones nuestras hasta cierto punto involuntarias. El año 18.736 de nuestro exilio en la Tierra...

-¿O sea... ?

-El 1408 antes de Kristo. La Torre Encarnada resolvió, después de celebrada una célebre conferencia de especialistas en biología y genética, establecer una colonia especial en algún punto de la superficie exterior, y, como quiera que teníamos, desde los días de Kreanto, información muy favorable de las condiciones que ofrecía la parte sud de la Dalmacia y el oeste de Macedonia, lugares en los que habíamos ya estado muchas veces en tren de vacaciones, se acordó aprovechar el monte que los griegos llamaron “Olimpo” y sus encantadores valles vecinos, fuentes y costas del Adriático como sede permanente de la colonia.

-El propósito esencial, aclaró Porco, era un acopio de datos firmes en torno a los procesos generatrices y generados que se derivasen de una comunidad acentuadamente endógama.

-Decidimos pues, siguió Artemio, constituir un grupo de unos ciento cincuenta hijos de las probetas de la Torre Encarnada emparentados entre sí, hermanos y primos hermanos. Se encomendó la jefatura y dirección del grupo a Yúpitor y su hermana Yuno tan pronto como ambos depositaron en las Ánforas Nupciales la Nuez Futuraria.

Bajo el mando y conducción de ellos dos iban, entre otros, Esculapio y Estigia; Vulcano y Vuselia; Plutón y Pléyade, y sus hermanas; Prometeo y Proserpia; Pan y Pandora y Pallas; Orfeo y las Orcadas; Dino, Diana y Dicé; Minos y Minerva; Poseidón y Pomona... para citar unos pocos de ellos.

En pocas horas de viaje nuestros platos voladores depositaron a todos en el sitio elegido, aprovechando las sombras de la noche para no despertar prematuramente la curiosidad de los bárbaros desnudos que por los alrededores pudiesen merodear, dálmatas, macedonios, tracios y acaios que apenas un milenio antes habían superado el neolítico y se iniciaban en el uso del bronce.

-Eran estos grupos (añadió Porco) pequeñas comunidades totémicas y exógamas en sus costumbres matrimoniales. Había, entre ellos, los hombres-toros, los hombres-cabras, los hombres-caballos, los "leones", los "zorros"... Todos ellos se consideraban descendientes del respectivo animal nombrado y gustaban de usar sus pieles, sus crines, sus colas o cuernos con el fin de identificarse mejor con sus supuestos abuelos o antepasados.

-Sí (prosiguió Artemio), así era. Como que nuestros molnianos de la Torre Encarnada, especialmente Yúpitor, se llevaron a la colonia todo un equipo de ingeniosas figuras de plástico inflables representando animales con el fin de impresionar favorablemente a los nativos cuando fuere necesario...

-Pero además algunas armas (añadió Porco). Rayo-pistolas, sobre todo, muy útiles, a la vez, en toda clase y tamaño de perforaciones, y, por supuesto, pistolas calorígenas de acción más suave y próxima.

-¿Qué son ellas? Preguntó Jaime.

-Las usamos en nuestras cocinas muy a menudo (le explicó Kris). Son pistolas de boca ancha que envían a corta distancia un brazo de aire caliente con el que es fácil preparar un buen churrasco o asar carne de aves.

-Sí (continuó Artemio). A Esculapio le fueron muy útiles en el Olimpo, pues le encantaba la carne de gallina asada...

-¿A Esculapio?

-Sí, ¡Claro! Al propio dios griego de la ciencia médica. Siendo muy niño, un buen día se alejó de la colonia sin que nadie se percatase de ello, pero como por los alrededores teníamos casi siempre un buen número de nativos en espionaje y acecho por si hubiera algo de que apoderarse, o acaso por simple curiosidad, una mujer del clan de la cabra dio con él y lo raptó. Poco después la mujer-cabra, según lo supimos por boca del propio Esculapio, ya mayorcito,

se unió en matrimonio con un nativo-caballo que se distinguía de los suyos por su saber en la cura de enfermedades a base de zumos yerbas y frutas silvestres, y éste le comunicó sus conocimientos. Cuando pudimos recobrarlo se dedicó a la medicina con grande entusiasmo, visitándonos largas temporadas en esta Torre para volver a su Olimpo. La mujer-cabra, que le cobró grande afecto, le rogó que le permitiese verlo periódicamente, lo que Esculapio hacía con toda puntualidad no sólo por gratitud, sino porque ella le dejaba, sobre una piedra elegida para tal efecto de mutuo acuerdo, una gorda gallina que Esculapio asaba enseguida y ahogaba luego bebiéndose una cantimplora de buen vino.

-Esto me recuerda al venerable Sócrates en la hora de su muerte (terció Jaime Landa), cuando llamando a su amigo Critón le habría rogado que no olvidase el sacrificio de un gallo para Esculapio.

## XII

-Los hombres cabras (acotaba Porco) dieron a la colonia algunos malos ratos, aunque por lo regular eran gente pacífica. Asegurándose cuernillos a la cabeza, una bonita cola erguida, de cabra, a guisa de taparrabos en las nalgas y una buena cantidad de pelo cabrío adosado a sus piernas con alguna resina vegetal, se pasaban horas de horas acechando en los cañaverales o detrás de los árboles en los bosquecillos vecinos, y ocurrió que en dos o tres ocasiones sorprendieron a nuestras mujeres a la hora del baño en los deliciosos arroyuelos de la zona y las violaron...

-Fue entonces, continuó Artemio, que Yúpitor propuso devolverles la mala pasada en parecidos términos y, como quiera que él ya sabía gracias a nuestras pelotillas volantes que una preciosa nativa, hija adolescente del jefe del clan, solía remojarse en un determinado recodo del arroyo más próximo, preparó una liviana plataforma flotante sobre la que colocó un enorme y magnífico globo elástico con la perfecta figura de un cisne dentro del cual él mismo se metió cuando llegó el momento oportuno, soltó luego las amarras de la plataforma, con el cisne sobre ella y él mismo adentro y se dejó llevar por la corriente hasta el lugar donde, tendida en las húmedas arenas de su escondite, yacía la linda princesa-cabra. Esta quedó maravillada, por cierto, de tamaña aparición y, sin pensarlo más, se metió al agua, arrastró al cisne hasta la orilla y comenzaba a acariciarle el largo cuello, cuando Yúpitor corrió sus cremalleras desde adentro y se le presentó tan súbita e inesperadamente que la muchacha cayó de espaldas inmovilizada y asombrada. Por supuesto, Yúpitor la desfloró en el acto, y repitió el asalto una hora más tarde, cuando la muchacha, besada y acariciada de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies, se le enamoró.

-¿Qué te llamas (preguntó la joven a nuestro Kristiano, al despedirse finalmente)? ¿Con qué bello nombre voy a recordarte?

-Mis amigos me llaman "Yúpitor Olímpico" y soy el jefe de la colonia... ¿Y a ti con qué nombre he de volver a buscarte, linda moza?

-No volverás a buscarme, pero me llamo Cabra-leda.

-¡Bonito nombre! Mas yo te quitaré la “cabra” para recordarte sólo como “Leda”... ¿Te gusta?...

Cabraleda hizo un mohín para enseguida saltar y desaparecer en el vecino bosquecillo, feliz de haber amado con el padre del Olimpo.

## XIII

Porco reclamó luego la palabra recordando a Poseidón.

-Poseidón, a quien los romanos conocieron con el nombre de Neptuno (decía), era otro travieso compinche de los kristianos del Olimpo. Su más grande placer era asombrar a los nativos dálmatas con su triple rayopistola en forma de alto báculo tridente, obsequio personal de su gran amigo Vulcano. Gran nadador, gustaba de pasarse días enteros en una cueva excavada por las aguas marinas sobre la costa del Adriático. En aquella cueva había instalado, además, una potente máquina sopladora con el fin de lanzar al exterior a cualquier nativo audaz o peligroso que asomase las narices, máquina que ponía en marcha a tiempo que su triple rayopistola, debidamente apuntada desde las penumbras de la cueva, provocaba estruendosas explosiones de cartuchos de nitroglicerina escondidos bajo los guijarros de la playa.

Andaba Poseidón en perpetua discordia con sus hermanos y primos. Impulsivo y muy dado a los placeres sexuales, gustaba de aprovechar los zooglobos de Yúpitor, hurtados cuando las circunstancias lo reclamaban, para seducir a las nativas, como en otra ocasión lo había hecho el jefe con Cabra-leda.

De este modo, y después de aprovecharse de Ceres, de Tanagra, de Titogenia, de Teofama, etc. presentándose en distintas figuras de animales, acabó por provocar amargas protestas de parte de algunos acaios importantes. Yúpitor lo llamó al orden y la disciplina, pero entonces Poseidón comenzó a conspirar contra él sin conocimiento, por cierto, de la Torre Encarnada, hasta que finalmente informada ésta de que la situación se había puesto intolerable en la colonia por causa de Poseidón, se ordenó la expulsión, por un año, a tierra de nativos.

-¿Qué fue de él, entonces? Preguntó Jaime.

-Supimos por él mismo que fue capturado y vendido por los nativos de Macedonia a alguno de los clanes troyanos, con los que trabajó de albañil sin consideración alguna para su “divina condición”, la que, por lo demás, no pudo ilustrar adecuadamente, puesto que no se le dejó llevar arma ni instrumento alguno del campamento olímpico, volvió apaciguado y envejecido.

## *KRISTINA Y LOS PROFETAS*

Así, entre mil incidentes grandes y pequeños la colonia olímpica fue mantenida por la Torre Encarnada unos ciento cincuenta años, hasta que una vez más la abundante y continúa invasión de tribus orientales, fenicios en su mayor número, acabaron por hacer incómoda la permanencia de nuestros amigos, que encontró oportuno cancelar el experimento y retirar a nuestros hombres en definitiva.

-Pero aquel experimento resultó ser la fuente de un caudaloso río de leyendas poéticas bellísimas (terció Jaime). Los nativos de Tesalia, Macedonia, Tracia... y los acaios sobre todo que, en la forma de vosotros descrita, habían sido medrosos testigos de la presencia de Kristina en sus montañas y valles, legaron a sus descendientes, por tradición oral transmitida de generación en generación y enojada de suntuosa fantasía, todo cuanto algunas centurias más tarde había de recoger, para los siglos venideros del mundo terrícola, la famosa "teogonía" del poeta Naupactus.

***Parte Sexta “La  
Torre Parda”***

I

Esta vez Jaime tenía ante sí una larga vacación con tiempo disponible a su capricho. Kris le había manifestado que era su mejor deseo conducirlo ahora a la Torre Parda donde sin duda –le dijo– hallaría mucho que aprender, pero no era aconsejable presentarse allí sin haber participado de algún modo, aunque sólo fuera como simple curioso o testigo, en la recitación del Credo de la Torre, y no habría postulantes al ingreso respectivo antes de treinta días.

-Así pues, querido, tendrás ahora más de cuatro semanas para dedicarte por entero al estudio de la lengua molniana. ¿Que te parece?

-Espléndido. Has coincidido exactamente con lo que me proponía hacer. Yo necesito perentoriamente hablar tu lengua, tanto, al menos, como tú hablas la mía...

-Y te advierto que no es muy poco, amor mío.

-Lo sé. Me lo has probado en el relato de Luis de Fuentes, sobre todo. Hasta me temo, con un tenor regocijado y halagado, que me sobrepasas en el dominio de mi terrícola lengua; de modo que me he propuesto tomarme la revancha y demostrarte que un “bárbaro terrícola” es capaz de hablar en molniano con toda fluidez.

-Tendrás tu gran premio esta noche, querido mío.

Así pues Jaime se dedicó, alma, vida y corazón, al estudio de la lengua molniana que ciertamente llegó a dominar con la invaluable ayuda de su ya conocido maestro de la Torre Negra, si bien no en aquel mes, pero después de un año.

II

El patio anterior de la Torre Parda estaba muy concurrido aquella mañana en que Jaime y Kris volvían a los afanes universitarios. Su alto cuerpo, muy semejante a los demás y en destino simultáneo de hermosa columna física de la vasta bóveda kristiana, era la gloria del ágata y los ónices más variados dentro de un armonioso conjunto en el que dominaban el sepia y el pardo oscuro bandeados y de ojo. El monumento emblemático de la Casa, en el centro de la terraza-patio, era una bellísima fuente en la que el agua dejaba escuchar su cristalino retozo formando abanicos y penachos, cuencos de vidrio fluyente y collares mil en movimiento perpetuo.

La Torre Parda enseñaba a sus estudiantes el misterio de la Cronogeografía.

-¿Qué es ella, exactamente? Había preguntado Jaime.

-Como el tiempo del hombre no se comprende sin el suelo del hombre y viceversa (le habían dicho), aquí estudiamos los problemas de la Historia y de la Geografía bajo el rótulo común de “Cronogeografía” en la que caben por cierto otras materias muy conexas, como aquéllas que se ocupan del folklore y las costumbres en el exterior terrícola.

Más de un centenar de postulantes se habían formado ya, en semicírculo, al hacerse presente la muchacha heraldo y lanzar los primeros sonos de la clarinada anunciatoria. Cuando, al concluir, bajó la mano y el clarín, se destacó el estudiante representativo tocando a las puertas de la Torre con dos buenos y sordos aldabonazos, y habló la voz de adentro por los altavoces abriendo el solemne diálogo del Credo de la Torre Parda que era todo un poema, así:

-¿Quién ha llamado?

-Un peregrino sucio de sudores y arena.

-¿Qué desea el peregrino?

-Beber en la fuente del tiempo del hombre.

-¿Qué más?

-Bañarse y refrescarse, y asolearse en los espacios de la geografía.

-¿Dónde se excavan y se hinchan los espacios de la geografía?

-En el lecho del agua de la fuente.

-¿Dónde habita el tiempo del hombre?

-En el fluir del agua de la fuente.

-¿De qué color es pues el espacio geográfico?

-Como la piel del oso pardo y como el cascarón de la nuez.

-¿De qué color es el tiempo histórico?

-Como el vellón de la vicuña rubia y la redonda cápsula de la castaña.

-Entra pues, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

### III

-Jaime, el profesor Nezo (dijo Kris cuando éste se aproximaba a ellos para invitarlos a visitar el aula de su cátedra).

-Profesor: Encantado de conocerlo y saludarlo, dijo Jaime a tiempo que Nezo y él intercambiaban la puesta de manos en los hombros y aquél lo besaba en la frente al uso molniano.

-Veo que estáis disfrutando con el espectáculo de nuestra parlotera fuente.

-Así es, profesor. No la concibo más hermosa.

-¿Habéis escuchado el Credo de la Casa?

-Por cierto que sí, maestro (terció Kris), pero quizás Jaime gustaría escuchar, de labios de usted, un comentario exegético...

-Sin duda, si el profesor se sintiera llano a ello.

-Pues (respondió Nezo)... Un “peregrino sucio de sudores y arena” es cualquier ego..., cualquier espíritu soñador y gitano moviéndose y trasladándose, con inquietud siempre insatisfecha, de un punto a otro del planeta. Lo seduce el misterio azulado de los horizontes remotos, lo hipnotiza el desafío de la alta cumbre o el picacho que pretende hacerse inaccesible; quiere surcar las aguas de los ríos desconocidos, ganar la otra orilla de los mares; vagabundear por los agrestes senderos de las selvas inexploradas; dormir o descansar, acaso, en el hueco de algún roído y centenario tronco de árbol; desenterrar la piedra trabajada de las ciudades sumergidas por el tiempo; vestir la ropa del aldeano de oriente; cambiarla por la del occidente, o no vestir ninguna ropa, al modo original del hombre preurbano...

“Beber en la fuente del tiempo del hombre”... Aquel peregrino es el hombre que pregunta por el hombre de las generaciones desaparecidas y anhela recoger de su milenaria experiencia la mejor documentada de las sabidurías: la que se alimenta de vidas vividas y obras consumadas. Sabe que, para asegurarse el éxito de la aventura con ojos hacia el porvenir, nada le será más aleccionador que remontar la historia, poner aquellos ojos, con amor, en el pasado.

“Los espacios de la geografía”... Son el paisaje múltiple, variado y siempre nuevo, y siempre maravilloso donde el espíritu encontrará su mejor baño de aseo a la vez que de esparcimiento. Asolearse bajo la canícula, refrescarse a la sombra de los techos verdes, o en el remanso de algún arroyuelo... son imágenes que siempre acariciará con placer el insaciable peregrino de la historia por los senderos de la geografía.

¿Qué dónde “se excavan y se hinchan los espacios” de ella?... Es muy claro: El agua es el supremo ingeniero de las arquitecturas naturales. Ella levanta la roca, la traslada, la acumula y alza la montaña. Ella, torrentera, arroyo o río, ella ola, taladra, perfora, derriba, separa, desagrega, rompe y raja excavando anchos canales y conformando valles prodigiosos; tendiendo al sol la sabana verde o el erial desnudo para que en ellos pueda acostarse a su placer la propia luz del día; o preparando la amplísima batea del pantano donde hallarán sosiego las lluvias más pertinaces o las más estrepitosas.

“El fluir del agua de la fuente” es la imagen del tiempo histórico ya recogido por la experiencia terrícola del Asia y repetida por el griego Heráclito. Se deslizan las aguas del río como se deslizan las horas del hombre. El río es siempre el mismo, pero sus aguas nunca lo remontan, como la hora vivida no retorna, pues como el tiempo es irreversible.

¿El color de la geografía?... Pues, ¡Bueno! Es el que domina en el suelo desnudo. La Tierra, como tierra, es parda en todos los matices del pardo, desde el pardo verdoso y claro de la semilla de café cruda hasta el pardo, vecino del negro, de la semilla de café tostada. Y parda oscura la Historia donde se oculta apenumbada; y parda clara donde se despoja de silencios o de máscaras. Así se pinta la piel del oso, y así la nuez, y así el grácil y elegante camélido de la altiplanicie andina en pardo de claros matices, y así la peluda esfera que oculta su racimo de almendras en la copa del castaño.

-Hermoso comentario, profesor.

-Os invito a pasar al aula de mi cátedra. Hablaré del “fluir del agua de la fuente” hacia mediados del primer milenio antes de Kristo.

## IV

Entraron todos en el aula semicircular de Nezo que gozaba de gran fama de experto orientalista.

-Tócanos (comenzó él) hablar hoy de una de las más ricas centurias del primer milenio antes de nuestro Kristo: aquélla que vio desfilar por las riveras de sus ríos o derribar los viejos recintos de la hechicería brahmánica o hinduista a dos conductores de la familia terrícola que nuestra ciudad guiaba desde los laboratorios de Kristina: Gautama de la India y Kung Fu Tse del lejano oriente.

Bajo la protección a la vez que la amenaza del gigante Himalaya, coloso trimurtiano que unifica en su tectónica masa las imágenes de presencia, amparo y peligro, el clan de los sakias había edificado una ciudad muy dividida en varios estratos sociales rigurosamente jerarquizados, dentro de la tribu de los gautamas, bajo el dominio de los brahmanes que ocupaban al centro un recinto amurallado. La miseria en que vivían los estratos inferiores particularmente los “sudras”, era inverosímil, como lo era, por oposición, la opulencia que se complacían en exhibir los de arriba.

La fantasmagoría de la magia hinduista había convencido a la comunidad de que el gran duende, Brahma, había creado, por la boca del primer hombre, Manú, a los llamados brahmanes, y, así, éstos tenían el don de la palabra bien dicha y la verdad fielmente formulada. Un efluvio de las manos de Manú generó a los gobernantes y guerreros, los segundones “kshatriyas”. Los “vaysias”, artesanos del mundo, salieron de sus muslos como creaciones socialmente inferiores, en tanto que los “sudras” eran groseras emanaciones de sus pies cuyo solo contacto mancharía y lastimaría lo puro.

A través, por tanto, de esta pintoresca y loca leyenda los brahmanes se habían asegurado, por centurias, o acaso por milenios, el dominio político de la comunidad. Vaysias y sobre todo sudras no podían, de ningún modo aspirar a otra cosa que a la servidumbre

perpetua en miserables chozas, o sin techo ni pan que no fuesen caritativo don de sus señores.

-Pero ¿Cómo (preguntó algún estudiante) tuvo origen tal proceso de adoctrinamiento inadmisibile?

-Era simplemente el fruto de la conquista, la sujeción en provecho de los más afortunados. El clan o la tribu vencedora en los días paleolíticos se adjudica, por el terror, el gobierno de los vencidos, y éstos y aquéllos, después, aleccionan a las próximas generaciones en el sentido de la obediencia inventando justificativos mágicos y leyendas perdidas en la noche de los tiempos, con representaciones de hechicería que lleven a ver en la voluntad del Gran Duende, definitivamente oculto e infinitamente poderoso, que las cosas sean y deban continuar siendo como son.

Pues bien, nosotros, en Kristina, decidimos por entonces –era el siglo VI antes de nuestro Kristo- ir en auxilio de las masas desposeídas y humilladas que eran frecuentes víctimas de todos los vejámenes y actos de crueldad posibles. Y así definido el propósito, se resolvió preparar al héroe desde su nacimiento. Pudo haber sido un niño sudra, pero como el status de sujeción y veneración frente a los brahmanes era impermeable a todo estímulo mental, se acordó en Kristina que el héroe naciera entre brahmanes y, mejor aún, en la cuna de la pareja cumbreira.

De este modo y como por entonces gobernaban la ciudad el líder o rajá Suddhodhana y su favorita Maya del clan cumbreiro de los sakias en tribu de gautamas, quedó elegido el vientre de Maya para engendrar al profeta con los propios genes del rajá.

Nuestra primera acción fue dejarnos ver unos instantes por Maya en una noche oscura y en los días de la concepción del príncipe Gautama. Uno de nuestros platillos voladores de observación y control de la empresa encendió sus luces a gran altura con la intención de sugerir a Maya que una estrella auspiciosa la alumbraba, Maya, oportunamente estimulada, abandonó el lecho y vio la estrella sobre su cabeza, y sobre la estrella creyó ver un luminoso elefante que no era, en realidad, otra cosa que el dombo del plato, agrandado y deformado por nuestras luces.

Y nació Gautama, que así se llamaría personalmente por el nombre de su tribu. Era el 602 antes de Kristo.

Ahora había sólo que esperar que madurase el recién llegado, infante que fue creciendo prodigado de mimos y cuidados excepcionales al calor del afecto de sus padres, quienes impartieron instrucciones severas a todo el servicio de criados y domésticos en sentido que se evitase al príncipe toda oportunidad de espectáculos desagradables o ingratos.

## V

-Así fue creciendo (continuaba Nezo) el niño número uno de los gautamas hasta que alcanzó los doce años, cumplidos los cuales se celebró con gran pompa su incorporación a las confesiones mágicas de la pequeña comunidad privilegiada y se le colgó del cuello el cordoncillo simbólico de la estirpe brahmánica. Y cuando, por fin, alcanzó los 15, se creyó llegada la hora de su matrimonio, otorgándole tres mozuelas después de minuciosa calificación y selección, con fiestas y generosos obsequios para todos los presentes y hasta para muchos vaysias que había contribuido al establecimiento de la nueva familia con preciosos trabajos de artesanía en piedras y maderas.

Pero fue entonces cuando comenzaron a insinuarse el resentimiento la duda en el pecho del adolescente Gautama. Deseaba vivamente conocer el mundo de fuera de la ciudadela pues, aunque ocupado su tiempo en el estudio y conocimiento de los Vedas, los sagrados libros del culto ancestral que le enseñaba el sabio Viswamitra, llegaron hasta él rumores e insinuaciones, ecos de comentarios palaciegos que le hacía sospechar una realidad bien distinta de la pura cotidianidad doméstica en que se formaba, o, más bien, deformaba su espíritu.

Por fin, un día se le presentó la ocasión de una salida furtiva más allá de los muros de la ciudadela, y descubrió que había gentes... gentes en grandísimo número que, trabajando de sol a sol para él y su familia, sufrían hambre y sed, sensaciones penosas que a él le eran desconocidas.

-¿Pero es posible que no hayáis comido nada hoy día?

Preguntó incrédulo a un grupo familiar que recogía almendras en un bosquecillo vecino.

-Nada, sí.

-¿Y esas almendras?

-Son todas para vosotros los elegidos de Brahma.

-Si deben ser todas para nosotros, tomadlas. Yo, el príncipe, os las doy.

Gautama volvió a su palacio, apenado. Había descubierto la pobreza de los más para el suntuario tren de vida de los menos a quienes él pertenecía.

Tan pronto como pudo planteó Gautama a su padre el problema que lo traía preocupado.

-¿Por qué las castas, le dijo, con tan hondas diferencias en el goce de los bienes del Creador y Protector?

-Esas son nuestras tradiciones, le respondió Suddhodhana. Nosotros somos el aliento del Protector, y debemos estar siempre más alto. Su santa voluntad es y debe ser la nuestra.

Pero Gautama no quedó convencido, y, aunque creía firmemente en la realidad del Gran Duende, Brahma-Visnú-Siva, se lo había representado con la figura de un padre amoroso y justo, lo que había de serlo para todos sus hijos por igual y sin discriminaciones. Así pues, decidió seguir investigando y observando, y otro día propicio a las escapadas salió por otra puerta de la ciudadela para encontrarse, no lejos de ella, con una maloliente quebrada seca, con un grupo de leprosos espantablemente desfigurados.

-Zorelo ¿qué es esto? Preguntó horrorizado al criado que lo acompañaba.

-Son enfermos de lepra, mi señor.

-Pero... ¿y qué significa “ser enfermo” y qué es la lepra?

Era la primera vez que Gautama conocía una enfermedad grave y la tortura física y moral de un enfermo incurable.

-Estar enfermo es padecer dolores en el cuerpo y, de entre estos dolores, el que más hondamente aflige a la humanidad se llama “lepra”. Este mal, mi señor, se contagia a quienes comparten con el leproso habitación, lecho y alimentos. Huyamos.

Zorelo tuvo que esforzarse mucho para obligar a Gautama a volver a palacio, pues éste se empeñaba en interrogar a los leprosos el por qué y el cómo de su mal y del terrible abandono en que yacían.

Al siguiente día Gautama buscó a su padre para contarle lo que había visto y pedirle explicaciones que él se las dio así: -Nosotros somos el aliento del Protector, hijo mío, y es su voluntad la que nos protege contra la enfermedad.

-Pero y... ¿No podemos nosotros ir en auxilio de los enfermos?

-No. Nuestras tradiciones y costumbres y, sobre todo, el gran peligro de un contagio nos aconsejan abandonar a su triste suerte a los leprosos. Si alguien sufre, es Siva, la tercera persona divina, quien así lo ha dispuesto.

Empero, Gautama no quedó convencido de otra cosa que no fuese la dramática realidad de la carne que se pudre en el cuerpo de una persona animada de vida. Y así, resolvió hacer una tercera salida cualquier otro día.

Y cuando llegó ese día llamó a Zorelo.

-Salgamos por otra de las puertas de la ciudadela, le dijo, donde no haya gentes que me hubieran visto o conocido.

Y salieron por la puerta del oeste donde, al seguir un ancho camino inundado de espinos y hierbajos, hallaron unos quasi-hombres y unas quasi-mujeres encorvados sobre

nudosos bastones y con los rostros todo arrugados y sucios como un antiguo pañuelo que hubiera estado años apelonado en el cuenco de una mano fuertemente cerrada.

-¿Y estos seres, Zorelo? ¿Hombres son, y mujeres?

-Sí, mi señor. Hombres son, y mujeres. Pero son ancianos. Han vivido mucho tiempo, y es el tiempo que los encorva y arruga.

-Pero yo nunca vi en palacio a tales gentes.

-Tu ilustre padre los apartó de tus ojos para que todo fuese risueño en tu entorno.

Entonces Gautama corrió a buscar a su padre.

-Padre, le dijo: Nunca me hablaste de cuan malvado es el tiempo. Los muchos años vividos empequeñecen, afean, doblegan el cuerpo y lo cubren de flácidas rugosidades. ¿Tiene esto que ser así?

Y Suddhodhana le dijo: -Sí, hijo mío de mi alma, tiene que ser así, puesto que así lo ha dispuesto Siva, la santísima tercera persona del Creador.

Pero Gautama no quedó convencido y, a pesar de la voluntad de Siva y las interdicciones ordenadas por su padre, salió todavía una cuarta vez empleando la puerta del norte que nunca antes había cruzado. Y a no más de cincuenta metros de la puerta del norte se tropezó con un desfile de gentes que lloraban y se lamentaban, cargando muchas de ellas una brazada de palos y espinas secos, y unas pocas, en hombros, un cuerpo lívido y tieso.

-¿Y esto qué es, Zorelo? Preguntó muy inquieto Gautama.

-La muerte, mi señor. Es la muerte. El pálido cuerpo desnudo que llevan en hombros aquellas gentes es un cadáver.

-Y...¿Qué es un cadáver?

-Lo que de nosotros queda al terminar el camino de la vida... Un trozo de materia inerte que va a ser incinerada por los parientes del hombre o mujer que acabó de ser. Sus cenizas serán echadas al sagrado Ganges como acto de ofrenda al Creador.

-Pero...¿no te parece que Siva se ha extralimitado en esto?... Empobrecer, enfermar, envejecer... pase. Pero ser convertido en un puñado de cenizas... Me resisto definitivamente a aceptarlo.

-Díselo a nuestro señor tu padre.

Y Gautama buscó a su padre.

-Padre, le dijo ¿cómo es posible que no me hubieras hablado nunca de que la vida termina para todos los hombres y de que yo, como tú y mi madre, y mis esposas, y mis hijos, y todos los demás, seremos, cualquier día y en cualquier momento imprevisible, un mísero despojo putrefacto?

-Hijo mío, ha sido mi amor por ti que cubrió de velos amables el rostro de la muerte. Morimos y moriremos, ciertamente, pero es la voluntad indeclinable de Siva que así lo ha dispuesto desde el origen de todo cuanto existe. También el insecto muere, como muere el ave, y el mono, y la pantera, y el elefante.

## VI

-Pero Gautama no quedó convencido (siguió relatando Nezo), y se fue en busca de consejo para encontrar, en su largo y absorto deambular, con un monje mendigo a quien se le acercó.

-Hermano y amigo, le dijo: Andaba en tu busca.

-¿Qué deseas, oh Bodisat, oh tú el que va a ser iluminado?

-Quiero que me hables de la muerte, pero... ¿Por qué me llamas "Bodisat"?

-"Bodisat" es aquél que está predestinado a la iluminación; aquél en cuya suerte futura está escrito que será un budha, esto es, un iluminado, y es conmigo con quien encenderás tus primeras luces.

¿Querías saber de la muerte? Pues... hasta donde alcanza mi saber, yo puedo revelarte que la muerte es una pura ilusión. El cuerpo de hombres y animales, prákriti deleznable, vaso transitorio de cuanto fluye y cambia con la versatilidad de la mariposa, es el asiento o la posada temporal de púrusha, nuestro ego-espíritu como honda realidad permanente, inmortal en el seno de la eterna Trimurti. Siva puede destruir el vaso cuando decreta la muerte de un grillo, una alondra, o un ser humano, pero Vishnú protegerá invariablemente al púrusha de todos y cada uno de nosotros bajo la dulce sombra de las pestañas de El Inalterable, de El Serenísimo, de El Creador, de Brahma.

El yo-espíritu, púrusha inasible y divino, es un viajero del tiempo sin comienzo ni fin, un viajero que habitará tan pronto el cuerpo de aquella leve mariposa, o de esa libélula, como el de un ave, o el de un cerdo salvaje, o el de un humano en sucesivas e indefinidas encarnaciones y reencarnaciones o karmas.

De ti puedo decirte, oh Bodisat, que, en tu figura humana presente ante mí, te nos das como la reencarnación número 550 de tu alma personal, de tu púrusha-lengua-de-fuego intransferible. Has habitado piojos, hormigas, abejas, conejos, osos, monos elefantes, tigres y leones, y has habitado también cuerpos de hombres, varios, antes de éste con que te me descubres inquieto y entristecido. Eres pues, sábelo de una vez, la cuarta encarnación del iluminado. Por eso te he llamado "Bodisat", aunque podría ya llamarte "Budha", adelantándome muy poco en tu señalado tiempo personal.

-¿Decías que mi ardiente lengua de púrusha, que es tanto como decir "yo mismo", hemos habitado el despreciable cuerpo de un piojo... ¿Será posible?

-Sin duda. Y has muerto como tal, no entre los dedos de aquel sudra cuyo parásito eras, sino comido por él, tan pobre... tan pobre y hambriento que, habiendo pensado que sus treinta mil piojos feos y grises se bebían su propia sangre, llegó a la conclusión aparentemente lógica de que el munífico Vishnú no hacía otra cosa que ofrecerle el pan de cada día en forma de gránulos andantes fabricados de su química orgánica. Por tanto, te almorzó entre varios miles de tus compañeros ocultos entre los pliegues de sus calzones.

Empero, cuando karma-grillo tuviste mejor suerte. Eras un ortóptero de excepcional fortaleza; de modo que fuiste cautivo de un nipón aficionado a las luchas de insectos de tu especie, y te cuidaba con singular afecto toda vez que tus éxitos en la arena del combate le proporcionaban buenas utilidades. Sin embargo, una noche que el nipón se embriagó de contento al contemplar la cornucopia de monedas que le habían llenado tus épicos triunfos, te olvidó en la jaula abierta y pudiste escapar al bosque donde, bajo la húmeda hojarasca viviste feliz un largo tiempo... todo el que te lo permitió un osezo panda que, al dar contigo en sus andanzas, te despanzurrió irremediadamente.

Tu historia, cuando karma-conejo, es muy conocida de todos. Eras un conejillo de redondas orejas en permanente acecho del peligro, y una mañana que te solazabas al sol bajo el suave rumor de altas palmeras, tu invencible medrosidad te hizo pensar en un desusado peligro: -Si la tierra se hundiese detrás de mí (te dijiste) ¿qué sería de mis huesos?... ¡Moriría horriblemente aplastado por los propios terrones que me sirven de casa! Y justo en aquellos hora y minuto se desprendió de la palmera vecina un enorme coco que cayó con gran estruendo a un centímetro de tus patas traseras. Y entonces disparaste aterrado bajo la convicción de que la tierra se hundía efectivamente detrás de ti. A unas liebres que se te unieron curiosas de saber qué te ocurría les gritaste que la tierra se hundía detrás de todos, y las liebres escaparon contigo espantadas. Y a un par de nerviosos cervatillos les dijeron las liebres cosa idéntica. Y los cervatillos, lanzados a la misma carrera loca, contaron a las panteras, entre dos saltos voladores, lo que acontecía. Y, uniéndose a la estampida las panteras, contaron igual cosa a los elefantes, hasta que, de pronto, se escuchó espeluznante rugido del rey de la selva, quien paró en seco a la acobardada muchedumbre para interrogar qué pasaba. Y los elefantes dijeron: -¡La tierra se hunde detrás de nosotros!

-¿Quién lo ha visto? Preguntó airado el eón.

-¡Las panteras! Baritaron los elefantes. -¡Los lobos! Maullaron las panteras. -¡Los zorrinos! Dijeron los lobos. -¡Los cervatos! Dijeron los zorrinos. ¡Las liebres! Gritaron los cervatos. ¡Los conejos! Aseguraron las liebres.

-¿Cuál de los conejos? Rugió el león.

-Yo..., majestad dijiste por fin, todo tembloroso en la última retaguardia de la estampida.

-Llévame al sitio donde has visto que la tierra se hundía.

Y llevaste al poderoso rey de la selva hasta el sitio de tu madriguera donde... no había nada que no fuera un peludo coco sobre una grande hoja seca. Y, entonces, el león, justamente molestado por tu necia medrosidad, te engulló sin decir ahí van colmillos.

Gautama rió mucho al escuchar esta historia de su pasado como karma-conejo, y le gustó y animó grandemente la versión que de la muerte le había ofrecido el monje mendigo. Pero resolvió abandonar para siempre la casa y despojarse de sus ventajas y privilegios hasta conocer la verdad que adivinaba escondida a los ojos de todos cuantos lo rodeaban.

Así pues, el que había sido príncipe enjoyado y adulado se fue por los caminos de la vasta India en atuendo de mendigo: un calzón breve que cubriese sus desnudeces, un bastón que lo ayudase a andar y un ceramio que pudiese recibir la limosna del rico. Y caminó durante muchísimo tiempo, días, meses y finalmente años, hasta que un día acabó por caer rendido debajo de una higuera, el sagrado Bo, donde se estuvo seis días y sus noches meditando las palabras de loa Vedas y cuanto le había acontecido hasta entonces y, sobre todo, preguntándose por las verdades esenciales en torno a qué está bien y qué está mal.

Y Gautama se levantó esta vez como “El Iluminado”, como la cuarta encarnación de Budha, plenamente seguro de sí mismo, pues había descubierto que todos los hombres son hermanos: que “el bien no tiene otra fuente que el bien, y el mal no otra que el mal”: que el dolor y el sufrimiento son reales, pero que quien los engendra es el deseo, y que, en consecuencia, la salvación reside en la aniquilación del deseo. ¿Cómo? Guiándose por la verdad objetiva; no dañando a ninguna criatura viviente, no mintiendo, ni robando, ni matando; y obrando, en todo, con serenidad y completo desinterés. Quien consigue aniquilar plenamente el deseo alcanza la divina serenidad del estado nirvánico, identificándose con el Supremo Principio Universal que Brahma-Visnú-Siva representan en una única persona sin tiempo y sin origen.

## VII

-Este era el momento que esperábamos en Kristina (siguió Nezo ante la clase arrobada por el embrujo de su fácil y fluida palabra) para lanzar nuestras sintomoscas sobre Benarés, primero, y después sobre los otros centros urbanos a donde Gautama iría con el mensaje de sus meditaciones a la sombra de la higuera tenida después como “el sagrado árbol del Bo”. Deseábamos vivamente facilitarle las cosas, y así se hizo con todo éxito.

-Profesor (interrumpió un estudiante), pero aquella doctrina supone la flotante independencia y autosuficiencia de aquello que ha llamado usted “alma” o “espíritu”... ¿No resulta aquí que el alma es una especie de pequeño duendecillo personal que viaja, a capricho del Duende Grande trimurtiano, alojándose en cualesquiera y siempre distintos cuerpos animales y humanos, como quien llena sucesivamente la caja vacía de una serie de muñecos con el mismo puñado de virutas, o una serie de vasijas trasegando el mismo vino?

-Esa intervención es cabal, señor estudiante. El budhismo se mueve, como todas las demás religiones, en un mundo fantasmal y escatológico que nuestras moscas de antea nos han permitido describir con bastante precisión. Pero no olvidemos que la visión totalmente agnóstica de la realidad no es cosa que pueda comunicarse a cualquiera y en cualquier tiempo. Por muy revolucionario que se muestre el hombre; por mucho que avanzando afirme el pie derecho en la instauración de nuevas estructuras, el pie izquierdo ha quedado atrás para recoger el polvo de las viejas y fijarlo en las nuevas. Nunca se puede correr con éxito para adelante sin volver continuamente la cabeza hacia el camino recorrido. En toda oportunidad y en todo tiempo lo que está siendo ya fue en parte mayor o menor, y lo que será está siendo por gracia de aquello que fue.

De todos modos, reconoceréis que Budha, el Iluminado, era un revolucionario de la fraternidad cuyo paso triunfante por la historia de los siglos venideros debía interesarnos.

Pero volvamos a él.

Si vosotros pensáis un poco más en torno a sus planteamientos, advertiréis que traen una intuición genial de la posibilidad de disolución de la materia en la antimateria, pues la idea del NIRVANA como complemento del deseo, así como el dominio de éste en los ritos de la inmovilidad y la catalepsia, aproxima tanto el estado nirvánico a la boca del embudo de la antimateria que, si la expedición de Kreanto no hubiese perdido aquellas tres invaluable máquinas del ingreso al embudo, los índices de antea del budhista no serían tan altos sólo en el nigerómetro y el absentómetro, sino muy probablemente también en la relación con gelatios, silentios y quietanos.

El príncipe Gautama (concluyó Nezo), “cuarta encarnación de Budha”, triunfo en Benarés. La convicción y la autoridad de su palabra, siempre crecientes, arrebataron a las multitudes de sudras y vaysias sobre todo y acobardaron a las minorías explotadoras. Y, así, sus predicaciones, ilustradas de mil anécdotas amables, fueron ganando adeptos de aldea en aldea y de ciudad en ciudad hasta conquistar una gran parte del Asia. Nuestras sintomoscas se encargaron, por cierto, de estimular favorablemente a las multitudes.

-¿Cómo murió el simpático príncipe, profesor? Preguntó alguien.

-Su muerte puso el sello de la mejor obra consumada en esa vida ejemplar. Sus frecuentes visitas a los valles prohibidos donde dolientes colonias de leprosos se retiraban a esperar la muerte le contagiaron el terrible mal. Y un día Gautama, duramente arañado por un gato furioso, advirtió, sin dolor físico alguno, que sus piernas sangraban abundantemente. Era ésta la revelación sin atenuantes, de que nuestro príncipe padecía el mal que los terrícolas conocen con nombre del biólogo Hansen.

-¿Qué hizo Gautama?

-Buscó un árbol elevado en un paraje aislado y distantes; trepó hasta una de sus más anchas horquillas; acomodó allí un buen acopio de hojarasca, y se sentó a meditar en soledad

e inmovilidad definitivas, hasta su muerte. Había cumplido entonces los 57 años de una vida emocionada y heroica en servicio ejemplar de la gran familia del hombre.

## VIII

-Un caso sorprendente (siguió relatando Nezo después de unos minutos de diálogo y cambio de impresiones en torno a la vida y obra del príncipe de los gautamas) se nos ofreció muy al noreste de la India pero apenas a cien años de Budha, en un feudo conocido con el nombre de Lu en tierra de chinos. El duende mental que por entonces dominaba las conciencias en aquel país se llamaba P'an Ku, tenido como el primer hombre y el regidor del firmamento, pues él había dispuesto la suerte de la luna y las estrellas señalándoles el punto preciso de sus emplazamientos.

P'an Ku, hombre al cabo, había muerto en el remoto origen de las cosas, después de haber gobernado el mundo con el auxilio de un unicornio, un dragón, una especie de ave fenix, una tortuga y un tigre blanco. El unicornio había inspirado a sus súbditos la representación unipersonal de la soberanía; el dragón le había otorgado el llameante y punitivo poder de la justicia; del ave fenix, la abarcante visión de toda altura; la tortuga, un sentido de permanente serenidad y cautela; y el tigre blanco, resolución, arrojo y valentía.

Pero la muerte de P'an Ku había sido gloriosamente creadora, pues su último estertor había engendrado el trueno, en tanto que su aliento se hizo viento; del turbión de su sangre, todavía caliente, se formaron los ríos de la Tierra; con la maraña de su abundante cabellera se vistieron de pastos los suelos y los cubrieron de fresca sombra los penachos de las palmeras y el follaje de cuantos árboles existen en las selvas; y su carne, por fin, se trocó en buena tierra para contento y gozo de la familia campesina.

Tal era la poética visión del origen que los chinos de Lu, apasionados amantes de la naturaleza y de sus tradiciones familiares compartían en los días en que una operación masiva de nuestras sintomoscas nos enviaba a Kristina el mapa mental de las poblaciones del Lejano Oriente asiático.

Pues bien, allí en la provincia de Lu, que los terrícolas conocen ahora con el nombre de Shantung, tomaba cuerpo un movimiento de ideas liderizado por un campesino, Ch'iu Kung, que atrajo a nuestras moscas de antea hacia el nacimiento de su bien cuidada coleta de pelo endrino, y ...

-¿Kung Fu Tse, profesor?

-El mismo. En pasado tan remoto para el hombre terrícola, puesto que nuestro hombre había nacido y vivido en el siglo de Ciro de Persia y Solón de Atenas, Kung Fu Tse, sociólogo ya entonces, hábil administrador, elocuente moralista y maestro que aparentemente debía compartir la fe primitivista de los suyos, Kung Fu Tsé (o Confucio), como gustéis, no alojaba duende alguno en la cabeza. ¿No era esto realmente extraordinario?...

Pues sí que lo era. Toda vez que alguno de sus miles de estudiantes o pupilos o protegidos le planteaba problemas del mundo mágico-místico, Kung se escabullía cortésmente y evitaba la discusión del caso. Con un profundo sentido de fraternidad y respeto por los demás, nunca habría batalla polémica. Pensaba, para sí solo, que el poseído por los duendes de la religión tenía lo que podía y merecía, y, así, no hacía cuestión del caso. Había que ser benevolente, equitativo y sincero, y nunca olvidar las buenas maneras. “Todavía no he conocido –decía- un hombre que viera sus errores hasta el punto de acusarse interiormente”.

-¿Podemos pedirle que nos cuente algo de la vida de Kung, profesor? Preguntó Jaime Landa.

-Sí ¿Por qué no?

Ch’iu Kung, que así se llamaba de muchacho, nació en un hogar campesino como hijo número doce, después de once mujeres que hicieron de su infancia todo un principado familiar, mimado como tenía que ser y disputado, de niño, por su madre y sus once hermanas en

Pero el mundo de fuera de su casa era un mundo agitado por el descontento, la miseria y la desesperación bajo el gobierno de reyezuelos provincianos en guerra permanente por la posesión de tierras. El despotismo y la violencia, el desatino político y la crueldad de los conductores hacía intolerable la situación general e infame la explotación bajo el látigo de los mandones. De modo que cuando Ch’iu huérfano de padre a los tres años de edad, conoció la pequeña escuela privada que su madre pudo costearle y supo lo que ocurría fuera de su arrozal, se propuso hacer todo de su parte para enmendar aquellos males, y se entregó plenamente al estudio y la meditación.

Cuando alcanzó la madurez había ganado ya un numeroso círculo de admiradores. Poseía una memoria maravillosa y hablaba con singulares elocuencia y versación, de manera que los jóvenes de todos los estratos sociales comenzaron a acudir en su busca ansiosos de saber y de consejo. Llegó a contar, en algún momento, hasta tres mil estudiantes de su cátedra libre. Ya para entonces no era más el jovenzuelo Ch’iu, sino “Kung el Filósofo”, Kung Fu Tse.

¿Qué enseñaba Kung?... Cómo conducirse frente a la verdad y el bien. Cómo gobernar con acierto una comunidad sacando de su ignorancia al ignorante y ejercitando en algún oficio o artesanía al haragán y al perezoso. Si algo se mostrase obscuro o ambiguo, medita sobre ello y atacadlo –decía- hasta que la plena luz se haga, pero no olvidéis “que el pensamiento sin el estudio es un peligro”. Estudiad, estudiad incansablemente. Tratad de escuchar cuanto os sea posible y rechazad siempre lo dudoso. Si la situación se pone cuestionable hasta la acritud, renunciad a la polémica en aras de la paz y la concordia.

Con tales convicciones, como veis (continuaba Nezo), era ciertamente difícil conciliar imágenes de hechicería y fantasmagorías religiosas.

No tardó pues Kung en ser reclamado por los líderes políticos de su hora en procura de asesoramiento eficaz, que él prestó generosamente mientras no anduvieron muy despiertos la rivalidad y la codicia, la impudicia y el fraude.

Luego declinó su inmenso prestigio, pero la semilla estaba sembrada para los siglos venideros, y así, poco después de su muerte y con la entusiasta colaboración de discípulos tan capaces como Mang Tse (o Mencio, que soléis decir), la tarea magistral del muy afable Kung ganó inmortalidad y grandeza para los siglos venideros, en Oriente y Occidente.

## IX

-Pero hay otro líder (continuó el profesor Nezo después de un prolongado intervalo peripatético en los pasillos de la Torre Parda) que nos interesó también grandemente, pensador y erudito contemporáneo de Kung y por éste bautizado como “el viejo filósofo”, Lao Tse, en chino. No se ha conservado su nombre original ni se sabe nada de su vida privada, o de su infancia. Más aún: parece que él mismo se rodeó de protecciones contra cualesquiera contactos humanos, encerrado en la Biblioteca Imperial de Lo-Yang donde había ingresado desde sus años mozos como archivero.

No olvidemos que el gran amor de aquellos pueblos por sus tradiciones tenía siempre preparado un ambiente propicio al estudioso del pasado. Y, así, Lao Tse, archivero cada día más autorizado y mejor informado del contenido de los viejos documentos a su cargo, acabó por ganar, sin quererlo expresamente, la simpatía y la admiración generales, hasta el punto de que el propio Kung Fu Tse anhelaba conocer sus opiniones en torno a ciertos problemas fundamentales, anhelo que estuvo a punto de cumplir al visitar la Biblioteca Imperial con cualquier pretexto.

-Maestro (le había dicho Kung tan pronto como lo vio), vengo en busca de consejo y guía.

Pero el gran archivero era hombre de pocas pulgas y menos palabras, y atropelló a Kung con unas preguntas sobre sus propósitos y alguna dura crítica respecto de su solemne atuendo, y cuando Kung le manifestó, muy respetuosamente, que lo que él deseaba era aprender la justicia por boca de los Antiguos, Lao Tse lo despachó con esta oscura frase: -¡No es el baño lo que hace blanco al pichón! ¡Y basta!

-¿Cómo traduciría usted, profesor Nezo, aquel pronunciamiento de Lao Tse?

-Pues... hasta donde se me alcanza, quiso decirle esto: -La pureza de ánimo, la sinceridad y la virtud no se recogen en los papeles, por antiguos que sean. El verdadero sabio no es forzosamente erudito. No es, en fin, el baño de la erudición el que purifica al pichón de maestro, si esto quiere ser usted.

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

Por fin, el Viejo Filósofo se cansó de archivar papelería, y un buen día compró una carreta y un buey negro, y se marchó con ánimo de abandonar el país, pero en el puesto fronterizo a donde llegó lo detuvo el guardia frontera, que lo había reconocido.

-Maestro, le dijo éste: No puedo dejarte pasar sin que dejes a tu pueblo el fruto escrito de tus nobles meditaciones. Hazlo primero y... veremos.

Y Lao Tse escribió, entonces, para el guardia frontera, ochenta y un poemas cortos con no más de cinco mil ideogramas chinos. Y cuando Yin Hsi, que así se llamaba el celoso portero fronterizo, leyó los poemas de Lao Tse, le rogó que lo llevase consigo como sirviente y discípulo, y la carreta tomó el rumbo de la estepa infinita, con los dos en el pescante, para nunca volver más ni saberse noticia alguna de su suerte.

Pues bien, aquellos poemas, recogidos por las generaciones venideras, son el libro sagrado del taoísmo. Se los conoce en el mundo con el nombre de "Tao Teh King" y se ha escrito toda una biblioteca de comentarios sobre ellos y su notoria ambigüedad.

-¿Podríamos escuchar algo de sus labios, profesor Nezo, sobre el contenido de los poemas?

-Tengo precisamente a mano unas pocas versiones elaboradas por mí, y voy a darles lectura para obsequio de vosotros.

He aquí lo que Lao Tse dice sobre los CONTRASTES:-

Uno: Toda idea supone su contraparte y la engendra: lo blanco conduce a lo negro; lo bajo a lo alto; lo corto a lo largo.

Dos: La utilidad real está en el espacio conformado y previamente dispuesto. No en la estructura que delimita al espacio. Lo que de la vasija está lleno reside en su espacio vacío.

Tres: Como lo fácil tiende a complicarse y lo pequeño a crecer, el sabio debe hallar difícil lo fácil y ya grande lo pequeño.

Cuatro: Quien crea en la grandeza de Tao deberá oponerle humildad y discreción.

Sobre el HOMBRE SABIO:

Uno: El sabio ha de practicar la bondad y la sinceridad aún frente al malo y al insincero.

Dos: El verdadero saber es introspectivo. Para poseerlo no hace falta mirar por la ventana o salir al exterior

Tres: Quien conoce de verdad a Tao no lo discute; más tampoco necesita ser un erudito.

Cuatro: Quien conoce de verdad a Tao no puede hablar de él porque... sabe que no lo conoce. Es impenetrable.

Sobre TAO:-

Uno: Innominados son los orígenes de toda creación.

Dos: Lo inasible –Tao- se nos da como vaga indiferenciación unitaria. Pero de ella, tan profunda como sombría, surge toda cosa singular.

Tres: Tao es lo grande y fluyente, pero a la vez lo innominable. Es simplemente LO QUE ES como fuente de toda singularidad y como ley suprema.

Cuatro: Sólo puede hollarse lo que se da en la realidad cotidiana y sólo de ella puede hablarse. No de Tao, que es inmutable y eterno.

## X

-¿Había algo, profesor, sobre Lao Tse, en la información de Kristina? Preguntó Kris.

-Teníamos lo bastante para advertir que el espíritu del Viejo Filósofo se movía en los esquemas generales de Kung, poco más o menos. Exponente del mismo pueblo y testigo de las mismas miserias, reaccionó sin embargo de manera distinta en lo personal; en lugar de acercarse al pueblo para salvarlo y salvarse con él, una actitud escéptica lo empujó hacia el encuevamiento y la introversión. Por ello su huida final en compañía del guardia fronterero.

-¿Cuál era el mensaje de las moscas de antea?

-Guiones oscilantes, vecinos al cero. Lao era un candidato próximo a la humilde duda agnóstica, pero esa duda lo torturaba. La fórmula TAO, sobre cuyo sentido nadie nunca ha podido ponerse de acuerdo en el mundo terrícola, es simplemente el ser abstracto hundido en el misterio de lo definitivamente innominable e impenetrable. Es lo que se sabe que no se sabe, “vaga diferenciación unitaria y fluyente”, pero fuente de todo lo que se da como singularidad concreta.

Por eso no puede el hombre hollar los caminos del Tao, sino solamente aquéllos en que se da como cotidianidad, como presencia existencial.

-Si me lo permite, profesor (dijo Jaime), y siempre que Lao Tse hubiese escrito su Tao Teh King en español, yo, a través de la espléndida disertación que acaba usted de ofrecernos, me habría inclinado a leer en la expresión TAO una sigla contemporánea que dijese poco más o menos así: t (odo) a (manecer) o (scurece): t-a-o.

-Y eso ¿por qué?

-Porque, cuando se hace la luz de la verdad en el mundo de lo esencial y fundamental, el horizonte se llena de tinieblas.

## *KRISTINA Y LOS PROFETAS*

-Muy bien, Jaime Landa, pero... Lao Tse ha escrito en chino, lo mismo que su divulgador número uno, Chuan Tse, y lo chino no elabora siglas de ese tipo.

-Sin embargo (terció Kris abogando por su compañero) ¿no cree usted, profesor, que la fórmula de Jaime comunica con bastante propiedad el esquema mental de Lao Tse?

-“Todo amanecer oscurece”... Pues, sí, acepto la fórmula. En todo caso, es honrada y claramente agnóstica y considero que el Viejo Filósofo la habría aprobado.

***Parte Séptima “La  
Torre Gris”***

I

El profesor Parsio y Ofila, su esposa, tenían interés en conocer a Jaime Landa, y, puesto que Parsio profesaba con subrayado prestigio una de las cátedras de la Torre Gris que Jaime debía visitar al día siguiente en ejecución del programa que Kris orientaba para vincular a su compañero con la ciudad, invitaron a ambos a una cena conjunta.

Parsio, kristiano de unos 50 años de edad, afable, reidor y muy amigo de amigos, era un sociólogo eminente, y Ofila, su esposa, se había titulado como normativista en la misma Torre Gris donde las ciencias de las normaciones eran consideradas como partes de la sociología en su sentido más general.

Cuando Jaime y Kris llegaron a la casa de Parsio, los recibió, con gran algazara de saltos y ladridos un perrillo muy blanco y lanudo tenido por el profesor como miembro de la familia. La casa era acogedora y gentiles los anfitriones, de modo que, habiéndose todos acomodado en una amplia sala de estar provista de una pantalla de televisión que cubría doce metros cuadrados –es decir, una de las paredes de la habitación–, no tardaron en desfilar sucesivas copas de estimulantes y aperitivos que todos –había seis parejas allí– se sirvieron con placer escuchado a uno u otro, pero especialmente a Parsio y Jaime en su acucioso intercambio de informaciones y relatos.

-Dígame, profesor Parsio (preguntaba Jaime) ¿Cómo está organizada la ciudad?... ¿Es una monarquía? ¿Una república democrática? ¿Una aristocracia?

-Como se trata de una comunidad en realidad pequeña, motivada, además, por un sentimiento unánime de aislamiento y confinamiento en un mundo habitado y dominado por bárbaros intelectual y emocionalmente muy distantes de nosotros en varios sentido, nuestra comunidad es el resultado de una asociación acentuadamente estable donde la inconformidad no lleva normalmente su protesta y sentido de crítica más allá del diálogo ampliamente reflexivo...

-¿Quiere usted decir que en Kristina no hay periódicas catástrofes sociales?

-No las ha habido nunca. Hemos revisado, sí, más de una vez, nuestros esquemas, pero siempre sin odio. En Kristina ha reinado afortunadamente, a lo largo de sus 22.116 años de vida, un espíritu de invariable cooperación a través del cual todos nos sabemos hermanos.

-Pero ¿no hay acaso una que parece lógica subordinación de lo manual debajo de lo intelectual rector o conductor?...¿No hay aquí un proletariado?

-Tenemos, sí, un número demográficamente dominante de trabajadores manuales, pero nuestra tecnología nos ha permitido siempre abrirles las fuentes de la cultura más refinada reduciendo a diez o doce horas semanales la obligatoriedad del esfuerzo manual, de modo que éste se les antoja más bien una actividad deseada y compensatoria...

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Tal, imagino ¿Cómo el cuidado de un pequeño huerto por parte del intelectual terrícola?... ¿Sí?

-Sí... más o menos.

-¿Cuál es, a grandes líneas, el sistema político? ¿Puedo preguntárselo?

-Kristina es una democracia piramidal gobernada por una diarquía. Como ha venido a constituirse en una comunidad acentuadamente consagrada a la cultura superior, junto al Gran Administrador que entre vosotros los terrícolas asumiría el cargo de supremo gobernante o soberano personal, nosotros elegimos periódicamente al Gran Conductor, con igual categoría y el mismo, si no mayor, poder social.

-Esto me recuerda el consulado romano de otra época.

-No es lo mismo. Los cónsules romanos se suplían uno al otro y se les otorgaba habitualmente iguales atributos y tareas.

-¿Y en Kristina?

-En Kristina el Gran Administrador, nuestro Zenobio en estos días, reúne las funciones que entre vosotros se reparten ediles y prefectos; es el presidente de la ciudad, y se ocupa, con la colaboración de diez secretarios, de la higiene, la salud, la producción, la distribución de bienes de consumo, el trabajo, las comunicaciones, las normaciones de la conducta ciudadana, el arte en todas sus formas y el ornato de la ciudad, los deportes, en fin, y la hacienda común...

-¿Y el Gran conductor, entonces?

-Es el jefe de la Universidad kristiana, el rector de rectores. Pero tiene bajo su responsabilidad no solamente el nivel superior de la actividad educativa y la investigación científica, sino toda la educación, desde el jardín de infantes hasta la profesionalización o la especialización.

-¿Estas funciones son periódicas, dijo usted, profesor?

-Sí. El mando es otorgado por diez años, tanto al Gran Administrador como al Gran Conductor.

-¿Quién es éste hoy?... Si no es indiscreta la pregunta...

-De ningún modo. Nuestro rector de rectores es actualmente el filósofo Clito, hombre de vasta información y esteta insuperable que profesa en la Torre Negra.

-¿Cómo se elige a la pareja de grandes?

-La gente adulta, unos sesenta y cinco mil habitantes, está organizada en quinientos colegios electorales permanentes, colegios que a menudo actúan simultáneamente como fraternidades menores y entidades cooperativas en lo económico. Cuando hay que renovar los cuerpos directivos supremos –administración general y administración educativa- estas

fraternidades son consultadas por sus respectivos dirigentes en sendas asambleas en las que, mediante voto personal secreto, se obtiene el voto colectivo, ya público, de la respectiva fraternidad o colegio electoral.

-¿Hay algún número de asociados, establecido para cada fraternidad?

-Sí (intervino uno de los invitados). Mi fraternidad cuenta con 152 asociados, pero no pueden ser más de 199 ni menos 111.

-¿Y en cuanto al sexo?

-Plena igualdad. Esos números agrupan tanto varones como hembras generalmente vinculados por sus actividades de trabajo u otros intereses comunes dominantes.

-¿Quién discute y sanciona las leyes? ¿Hay en Kristina lo que en el mundo terrícola llamamos “poder legislativo”?

-Sin duda (respondió la espigada Mónica vivazmente). Tenemos la Gran Asamblea y la Asamblea Menor. La Gran Asamblea reúne a los quinientos directivos número uno de las respectivas fraternidades como cuerpo electivo de dos organizaciones básicas de nuestra vida política: la Asamblea Menor, que hace nuestras leyes y las reforma o sustituye según las circunstancias y necesidades colectivas; y el Cuerpo de Jueces de la ciudad encargados de dirimir las controversias que se suscitan en torno al goce y aprovechamiento de bienes públicos y privados, y, alguna vez, respecto de competencias de autoridad y atribuciones a fin de fijarlas convenientemente.

-La Asamblea Menor (intervino alguien) consta de cincuenta miembros delegados por la Gran Asamblea para discutir nuestras leyes, miembros salidos generalmente de ella misma. Nuestros jueces son también cincuenta, pero organizados jerárquicamente: 5 a la cabeza, 9 en segundo plano, 14 en tercero, y 22 en cuarto para asuntos menores y sumarios.

Las diez secretarías del Gran Administrador son provistas por él mismo, continuó Parsio, y las rectorías de las Torres por su personal completo de docentes y estudiantes en cada Torre. Los docentes eligen uno y los estudiantes otro que puede ser o no ser el mismo.

-Y, si no es el mismo ¿Qué pasa?

-El Gran Conductor decide la situación designando, sin apelación, a uno de los nominados como rector y el otro como vicerrector.

-La organización de Kristina me parece muy interesante y fácil de representarse.

-Es, además, muy democrática (intervino otro invitado) puesto que dos de los tres “poderes” de que, entre vosotros los terrícolas hablaba el pensador francés y precursor de la sociología Charles Montesquieu, se constituyen con la voluntad de la Asamblea Menor cuyos miembros son, a través de “los 500”, representantes de toda la ciudadanía de Kristina, y el que llamaríais “jefe del poder ejecutivo” sale directamente del voto popular.

Así se mantuvo jovialmente la conversación de aquella noche en casa de Parsio y Ofila, discutiendo, hasta la una de la madrugada, diferentes aspectos vinculados con la vida política de Kristina e intercambiando anécdotas como aquélla que Jaime recordaba con relación a la vida pública de Bolivia, ese país del altiplano andino en Sudamérica que renueva constituciones y presidentes “cada fin de semana”, como solía decirse por las gentes de afuera.

-El gobernante de esa hora, relataba Jaime, había elegido dos puntos, el pueblo de Calama en la frontera con Chile y la isla de Coatí en el lago Titicaca, como destino preferente de los opositores revoltosos o conspiradores apresados, y, cuando algún periodista pudo acercarse uno de los más connotados exiliados para preguntarle cómo iban las cosas con ellos en Coatí o Calama, el dirigente revolucionario se lamentaba con esta ingeniosa frase -¡Qué tiempos tan “coáticos y calamatosos”!

Kris tuvo que explicar a la mesa el sentido español de este juego de palabras que usaba respectivamente dos parónimos de los adjetivos “caótico”, de caos, y “calamitoso”, de calamidad, dando así a la frase una muy traviesa significación doble.

## II

Se había programado para horas 10 de la mañana la celebración del Credo de la Torre Gris, pero media hora antes estaba ya colmado de público y postulantes el gran patio-terracea cónico en cuyo centro se elevaba unos diez o doce metros la Bombax Ceiba o samuhú simbólica de la Casa, un bello árbol-botella de tronco barrigudo y grandes flores rosadas.

Jaime y Kris ya estaban allí contemplando el samuhú y alzando los ojos a la alta torre revestida de piedras grises en armoniosa combinación de varios tonos.

-¿Tiene algo de particular este árbol, aparte de su linda estampa? Había preguntado Jaime.

-Sí, le dijo Kris, los aperitivos que hemos saboreado anoche, en casa de fila, eran de jugo de las raíces de este árbol.

-Ya me parecieron de un sabor que no me era familiar.

-Pero... ¿te gustaron?

-Sí, mucho.

-Además, agregó un vecino, la madera esponjosa de este tronco se trabaja con gran facilidad para fabricar grandes artesas y bateas livianas.

-Por último, añadió Kris, proporciona materia prima valiosa en la preparación de algunas drogas o productos farmacéuticos que no te menciono con sus complicados nombres, pues mi ignorancia de la materia es casi absoluta. Si te interesa más, lo averiguaremos.

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

En este momento empuñaban sus clarines, ante la gran portada de la Torre Gris no un heraldo sino dos esta vez, un varón y una muchacha.

-¿Por qué dos sólo ahora? Preguntó Jaime.

-Es una alusión más al sentido general de cuanto esta Casa enseña, le explicó un amigo oficioso. La Torre Gris investiga y enseña las ciencias de lo social, y el concepto de “sociabilidad” se representa adecuadamente mejor en la pareja fundadora de la familia.

Cuando el joven representante del nutrido grupo de postulantes a los estudios de las ciencias sociales hubo llamado a las puertas de la Torre con un sonoro aldabonazo, la voz de adentro inició el diálogo ritual de la admisión.

-¿Quién ha golpeado a estas puertas?

-Un afiliado de la sociedad del hombre.

-¿Qué es la sociedad del hombre?

-Una pirámide de imprecisa y deleznable figura.

-¿Qué más?

-Un árbol creciendo azarosamente a la orilla del viento de la historia y en el turbión de los afanes contrapuestos.

-¿Cómo entraba el hombre los ladrillos de su pirámide: Con cemento? ¿Con greda? ¿Sin argamasa alguna?

-El viento de la historia lo decide impredeciblemente.

-¿Será aguzada la pirámide?

-Quizás.

-Más ¿dónde habita lo imprevisible?

-En las encrucijadas de la libertad.

-¿Dónde lo inestable?

-En el hombre asociado.

-¿De qué color es pues la sociología?

-Del oscilante color de la nube que acaso se resuelva en lluvia leve, acaso en violenta tempestad.

-Entra forastero, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

III

En el atrio interior de la Torre Gris estaban Parsio y Ofila esperando a sus amigos de la víspera para invitarlos a pasar al aula en la que esta vez iba a hablar Ofila, invitada por su esposo como experta en ciencias normativas. Allí les fueron presentados varios profesores, después de lo cual pasaron a buscar la clase introductiva de la simpática normativista.

-Señores y estudiante amigos (comenzó Ofila): el profesor Parsio me cede su cátedra en esta oportunidad para discutir con vosotros un problema siempre profundo y a menudo arduo, problema que puede plantearse en estos o parecidos términos: ¿Qué hace posible, en un sentido auspicioso y constructivo, la vida en comunidad? O, si se prefiere: ¿Qué funda con mejores cimientos lo social?... Si alguno de los presentes tuviera una respuesta inicial, sugiérala.

-Yo diría, habló un estudiante, que ese cimiento de lo social es el poder armado de coacciones frente al inconforme...

-Profesora (dijo otro): yo pienso que, originariamente al menos, es la codicia de los más capaces hacia el dominio de los menos..., codicia acaparadora de la riqueza ilimitadamente.

-Ni lo primero, ni lo segundo esencialmente (dijo un tercero)... Lo que motoriza y hace posible la vida en comunidad es el instinto de mutua cooperación, convertida ésta en necesidad imperiosa frente al desafío cuando no a la amenaza del medio.

-No lo creo (habló un cuarto estudiante). Para mí que lo social es imposible sin la rivalidad y la inconformidad de los unos frente a los otros en colisión permanente y creadora hacia la conquista de la riqueza. Hasta los terrícolas tienen y enseñan una filosofía social, que llaman "marxismo", filosofía según la cual la imagen de lo social se configura con la regla y el compás que trazan el esquema de la participación colectiva en el aprovechamiento y goce de la riqueza. Cuando los menos la acumulan en desventaja de los más, hay explotación y expoliación dentro de una sociedad capitalista. Cuando los más se rebelan y eliminan o anulan a los menos, entra en la historia una rectificación estable, pero además inevitable: la sociedad socialista.

-Muy bien, señores, pero yo diría (intervino Ofila) que no hay una necesaria oposición o antítesis entre las distintas opiniones emitidas por los cuatro jóvenes que han usado la palabra. Uno de los motivos o propósitos que invariablemente aparece en todo afán humano, moviéndolo y explicándolo, cuando no justificándolo, es el ansia de poder...

-¿En qué sentido? Preguntó alguien.

-Poder sobre la naturaleza; capacidad de dominio sobre el medio y los instrumentos o sus materiales que en él pueden encontrarse; poder sobre los demás hombres, con ánimo de

dominarlos o sujetarlos, o convencerlos, o aleccionarlos; posibilidad de autoafirmación, en fin, y de gobierno del acontecer natural y social...

Sobre la base del reconocimiento de este perfil antropológico fundamental (el hombre como ansia de poder) la codicia de que habló alguno de vosotros es algo connatural al hombre; pero, al buscar su extroversión esta codicia de bienes o riquezas, o de personal prestigio como el óptimo o el mejor, o el de arriba, toma necesariamente la forma de impulso de sujeción de los otros miembros de la comunidad a quienes se considera subordinables...

-¿Y qué pasa cuando los menos, o uno entre todos, han logrado sujetar o subordinar a los más? Preguntó Jaime.

-La reacción social se plantea en dos direcciones contrapuestas pero coexistentes. Rivalidad y lucha consiguiente, por un lado de la medalla; colaboración, cooperación y consenso en un hacer solidario, por el otro. Ambas direcciones han sido ya mencionadas por vosotros.

-¿Y en qué queda el poder armado sin el que buena parte de nuestras normas perdería eficacia y sentido? Preguntó Kris.

No es otra cosa, respondió Ofila, que el instrumento social aconsejado por el impulso de sujeción frente a los peligros de la inconformidad inherentes a la rivalidad y el odio, o a la resistencia y la crítica negativa y militante, instrumento por lo demás tan insustituible que las normas jurídicas no se conciben en tanto que coactivas.

-¿No nos llevaría esto, preguntó Parsio a Ofila, a aquella antinomia, tan antigua como la vida misma, que se expresa en las voces amor-odio.

-Sin duda, señor Profesor (contestó Ofila a su marido académicamente). Amor y odio se dan siempre en la actitud anímica del hombre, aquí y en cualquier otra parte, como reacciones propias de lo emocional. Pero, aunque términos antagónicos, se co-implican, puesto que todo amor odia aquella parte de la realidad que perjudica, u oscurece, o amenaza al objeto del amor; y todo rencor ama aquello que lo justifica o estimula, o que contribuye a destruir lo odiado.

-Esta bien (replicó Parsio), pero, a mi modo de ver, en el curso de este intercambio de ideas no hemos aún puesto en claro cuál de las dos direcciones generales de la actitud humana ante el mundo y la vida, amor u odio, es la más apta en el sentido de lo que edifica. Construye, mejora, desarrolla y perfecciona lo social.

-Tengo para ello la única respuesta válida, o la que considero como única (dijo Ofila). Héla aquí: el odio, como el amor, puede construir, siempre, claro está, que halle colaboración y consenso, esto es, apoyándose en el propio amor. Pero si en una cualquier comunidad puede más el odio que amor; si en una cualquiera comunidad son la inconformidad, el descontento y el resentimiento los sentimientos dominantes, lo edificado por el odio es precario. Y, a la inversa, si el gesto dominante es el amor, el amor abre los cauces del

consenso fácil y la colaboración diligente. Todo quehacer de varios en una obra común exige un mínimo de acercamiento afectivo. He aquí por qué todos los imperios, grandes o chicos, fundados en la codicia agresiva o en la explotación indiferente al dolor del explotado son y han sido siempre mucho más sensibles a la rebelión catastrófica.

-Entiendo, terció Kris, que ésa fue precisamente la tesis de Kredíos cuando Kristina trazó los planes de la empresa “Kristo” para demoler el imperio romano.

-Así fue, confirmó Parsio.

-¿Sería mucho pedirle, profesora Ofila (intervino Jaime), que nos relatase con algún detalle las incidencias y alcances de lo que usted ha llamado “empresa Kristo”?

-Será usted complacido con todo agrado, Jaime, puesto que este relato interesa, además, a toda la clase, ya que nos mostrará amenamente el porqué y el cómo normativos de las sociedades que el terrícola engloba bajo el rótulo de “Occidente”.

## IV

-El kristianismo, como el islamismo (comenzó Ofila), son desarrollos, en su parte mágico-mística, del judaísmo. Es pues útil, a modo de introito a la empresa “Kristo”, recordar a los hechiceros del llamado “Antiguo Testamento”... Por lo menos, a dos de ellos: Abraham y Moisés.

Abraham era un caldeo educado en el politeísmo de la Mesopotamia de entonces. Había pasado su niñez y adolescencia en la ciudad de Ur, donde nació y se educó practicando los antiguos ritos de invocación y aplacamiento de los poderes ocultos que habían elegido con preferencia los árboles, las piedras aerolíticas y el sol, o fenómenos naturales, como sede esotérica de su establecimiento entre los hombres. Terebintos, tamariscos y encinas aparecen recordados en las leyendas del judaísmo que se refieren al milenio de los grandes éxodos entre los años 2000 a 1000 antes de Kristo.

-¿No es aquella tierra (interrumpió alguien) la que ocupó finalmente la expedición andina de Adán y Eva?

-Sí, la misma. Pero la pareja adánica y sus nativos americanos fueron culturalmente absorbidos por las ya nutridas tribus de sumerios, de modo que, desaparecidos los astronautas molnianos de Kristina, no quedó allí ninguna voz que pudiese aleccionar a su descendencia en las conquistas y logros del mundo antoriano, y las imágenes mentales mágicas, los duendes amigos o enemigos de la fortuna humana, se apoderaron de la idea del mundo en calidad de rectores, auspiciadores, o fuerzas hostiles, duendes a los que había que ofrecer sacrificios muchas veces humanos.

Pero cuando la magia se da a través de la idea de una multitud de poderes esotéricos autónomos, de una gran familia de duendes rivales, sus creyentes tienen que tomar partido,

y, así, en Babilonia, en Ur y otros lugares, cada duende, mayor o menor, contaba con un grupo de fanáticos dispuestos siempre a luchar por imponer su culto sobre los otros.

Abraham, sin embargo, había recogido de las más antiguas leyendas lo único que había permanecido desde los remotísimos días de Toradán y Lieva: un nombre sin duda inolvidable: Yavé.

-¿No fue Yavé el anciano presidente del tribunal que había juzgado y expulsado a los amantes astronautas? Indagó uno de los oyentes.

-El mismo. Pero como de la cultura anterior había desaparecido absolutamente todo lo que no fuera aquel misterioso nombre unido a la representación de milagrosas y terribles facultades, Abraham, que adoraba al sol como los peruanos del Incario dos mil años más tarde, comenzó a hilar fantasías estético-mágicas que lo llevaron por el camino de la rebelión unificadora bajo la inspiración de una ambigua imagen en la que el viejo totem solar y la figura de Yavé se confundieron. ¿Por qué, se decía Abraham en meditaciones que se le antojaban dictadas por Yavé-sol, ha de discutirse la supremacía de mi dios?...¿Cómo es posible el día? Por él, cuando despierta y se levanta. ¿Cómo es posible la noche? Por él, cuando se acuesta detrás del horizontes. ¿Cómo se dan los vientos? Gracias a él. Que recalienta las arenas del desierto. ¿A quién se deben las aguas, y las tempestades? A él, a Yavé-Sol que, alzando en nubes grises y policromadas el aliento de la tierra, lo transforma luego en abundantes lluvias que hincharán los ríos y colmarán los mares... ¿El terebinto, el tamarisco, la encina... cobijan dioses?... Pero ¿Cómo pudieran tener realidad... cómo pudieran ser encina, tamarisco y terebinto sin el sol, y sin el agua que él fabrica?...¡No!... Hay un solo dios sobre la tierra, único señor de cuanto existe y fue creado; aquél que yo he adorado y servido en los edículos de Ur: ¡Yavé, que quiere vestirse todos y se da todos los días a nuestros miserables ojos en figura solar, Yavé-Sol!

Y estaba en éstas el espíritu del caldeo adorador del sol cuando una noche que, de viaje en compañía del menor de sus hijos –un apuesto muchacho de 14 años-, cayó rendido y dormido a la sombra de un tamarisco, el duende del tamarisco le ordenó ascender a la cumbre de una colina y ofrecerle en sacrificio la sangre de su propio hijo. Cuando se despertó, aterrorizado por tamaña exigencia y la amenaza que le significaba la desobediencia, su fe en Yavé se quebrantó y pensó que había pecado gravemente contra el tamarisco al negarlo en sus meditaciones heliosísticas. De modo que, presa de torturantes dudas, subió a la colina llevando consigo al muchacho. El día había amanecido nublado, y, entonces, Abraham, agarrándose a la última esperanza, suplicó a Yavé-Sol que le confirmase la autoridad del tamarisco ocultándose hasta después del sacrificio. Así llegó a la cumbre de la colina, ordenó a su hijo arrodillarse para morir en obsequio del tamarisco, y alzó la cuchilla sobre el cuello del muchacho; mas en aquel preciso instante se abrió Yavé en un ancho brazo de refulgente sol que hizo centellear la cuchilla. -“El tamarisco es mi criatura”- le dijo en ello Yavé, pues así debía entenderse la aparición del sol el que, la hacerlo, se negaba a confirmar la autoridad del árbol. Y Abraham vio salvado a su hijo.

Ese fue el momento que debía decidir su entrega total a la revolución unificadora del mundo mágico. El dios de Abraham, Yavé-Sol, no admite competidores y es el único.

-Como veis (continuó Ofila), Abraham tomaba a su cargo, de tal guisa, la conducción de la revolución que debía superar el totemismo primitivo ya muy evolucionado en el sentido de la identificación de plantas, piedras y animales con inasibles seres de perfil humano. La misión que Abraham se imponía consistía esencialmente en la fusión unificadora de todos esos seres fantasmales menores en un solo duende grande, Yavé-sol, que unos dos mil años más tarde se convertiría en Yavé-Sol-Cruz a través de las fórmulas mágico-místicas del Kristianismo y el Islamismo.

-Abraham emigró hacia el oeste adoctrinando y propagando con bastante éxito su doctrina hasta establecerse en las tierras que habían de formar más tarde el reino de Israel, y en aquellas tierras presidió y organizó la nueva comunidad judía bajo los dictados de Yavé-Sol que él pretendía se le presentaba para dirigir sus acciones y con quien, decía, había suscrito un pacto que aseguraría para su descendencia, hasta el fin de los tiempos, un reino feliz: el de "los hijos del pacto", B'nai B'rith en hebreo, pacto que se formalizó mediante la sección del frenillo en la cabeza del miembro viril de todo varón judío, pensando acaso que el frenillo achica la sonda y perjudica con ello una fecundación más eficaz.

-Empero, su reino cayó más tarde esclavizado por el imperio faraónico cuando emigró en masa a la tierra de las pirámides, donde vivió cuatrocientos años bajo el azote de los nuevos amos extranjeros y crueles.

-¿Y en qué quedaron las prédicas del patriarca? Preguntó un estudiante.

-Nada cambió respecto de ellas y la memoria del ensoñado pacto. La comunidad hebrea conservó intacta, a través de las cuatro centurias de su desarraigamiento y esclavitud, la tradición del pacto y la vigencia de su promesa de un reino feliz en la tierra nativa. El líder de la liberación que puso fin al sojuzgamiento faraónico fue Moisés.

Moisés, cuenta la leyenda hebrea, había salvado milagrosamente de aquel decreto faraónico que dispuso que todos los recién nacidos varones en lecho de mujer judía fuesen echados al Nilo. Su madre dio cumplimiento la cruel orden acostando al niño en un cesto flotante que habría sido recogido por sirvientes de la propia hija del faraón y cuidado, protegido y educado por ellas hasta su mayoría.

Reintegrado a su comunidad de esclavos, Moisés, que había ganado autoridad y prestigio de profeta y sagaz intérprete de sueños ante el propio faraón, pidió, insistió y finalmente obtuvo la singular gracia del perdón para todo su pueblo que el mismo Moisés condujo de retorno a las tierras de Canaán, no sin antes haber "conversado" con Yavé en la cumbre del monte Sinaí donde, dijo a los suyos, había recibido el texto abreviado de las normaciones que regirían la convivencia hebrea en "la tierra de promisión", Canaán.

Hechicero feliz, como Abraham, su descendencia le atribuía la ejecución de prodigios como aquél que había convertido transitoriamente su báculo en serpiente; o aquel otro por el

cual a su mandato se abrían las aguas del Mar Rojo para que su pueblo pudiese pasar sano y salvo a la orilla opuesta; o aquél por el que, al toque de su cayado, surgía de la tierra reseca y quemante un grueso chorro de aguas frescas y cristalinas con que saciar la sed de su gente agotada y desfallecida por la penosa travesía del desierto con rumbo a la tierra prometida.

-¿Cuál es, profesora, la tesis normativa del judaísmo? Preguntó un estudiante.

-Está contenida en las “tablas de la ley” que Moisés había dicho recibió de manos de Yavé en persona en la cumbre del Sinaí. La divina palabra de Yavé, o Jehová, había dispuesto que no se imitase plásticamente ninguna cosa de la tierra ni menos se le inventase a su persona figura alguna; que no se faltase a la verdad en su nombre o en daño del prójimo; que el día sábado le fuese dedicado para adorarlo como dios único; que se honrase a los padres; que no se matase, ni se robase, ni se cohabitase con mujer distinta de la propia, o se desease a la ajena.

Esas sencillas normas, dispuestas en un decálogo abundantemente ilustrado y comentado a lo largo de milenios, forman la ética del judío e inspiran su derecho, como toda su conducta, bajo la suprema inspiración de “el nombre”, el shemah en hebreo, que es, como os decía, el único y último residuo de la herencia molniana; nada más que un nombre que los hebreos nunca supieron era el nombre del anciano presidente de aquel tribunal que lanzó a Toradán y Lieva a la aventura de su definitivo exilio en la superficie del planeta.

-Pero entiendo que los judíos esperan la llegada de un mesías... ¿No es así? Arguyó Jaime Landa.

-Sí, sí. Lo esperan con los poderes de un enviado personal de Yavé con el fin de consolidar la posesión definitiva de la tierra prometida y asumir la conducción de la nación judía en un mundo salvado para la plena felicidad bajo la soberanía de Israel. Y es justamente la profecía de semejante visita la que hemos aprovechado con gran fruto en Kristina para llevar a feliz término tanto a la empresa “Kristo” como la empresa “Mahoma”.

## V

Después de una salida a los pasillos de la Torre Gris y unas tacitas de café, o unos sorbetes helados en el restaurante de la Casa, intercambiando impresiones en torno a la versión “ofiliana” del judaísmo, el aula volvió a llenarse para escuchar a la agradable profesora en la historia de Kristo como inspirador máximo de concepción normativa en el quehacer convivencial de las sociedades del oeste.

-Necesitábamos, recomenzó Ofila, en aquellos días de Kredíos que veían crecer y prosperar las amenazantes sombras de Julio César, Octavio Augusto y Tiberio, de Roma, incendiando y saqueando pueblos y ciudades sobre todas las costas del Mediterráneo, necesitábamos una pequeña comunidad o un pueblo especialmente sufrido pero a la vez revoltoso y optimista, con gran fe en su propio destino; un pueblo con vocación mesiánica, en

fin, y no hallamos, a través de los mapas mentales de lo terrícola que nuestro ejército de sintomoscas ilustraba, una comunidad más apta que la judía.

En consecuencia nuestra atención se concentró en una provincia que no formase parte formalmente del imperio romano, puesto que la empresa “Kristo” iba dirigida precisamente contra aquél, más una provincia que tuviese contactos ordinarios y frecuentes con lo romano. Ninguna otra mejor que Galilea, gobernada por la familia Herodes de judíos pro-romanos pero no incorporada al gran imperio de Occidente.

Elegida así la comunidad en una mesa redonda de catedráticos de esta Casa que discutió el problema cinco días consecutivos, había que hallar a nuestro hombre, el anunciado mesías de los textos y tradiciones esotéricas hebreos, pero ninguno de los examinados en nuestras fichas personales de dirigentes, comerciantes, pescadores o artesanos jóvenes nos satisfizo, por una u otra razón.

Sin embargo, nos había casi convencido, como el candidato más apto, un carpintero de Nazaret, de nombre José, cuyo espíritu metódico y disciplinado, a la vez que generoso, podía ser estimulado en dirección a la inmensa prédica de amor que nos proponíamos alimentar vasta y profundamente con el fin de transformar las estructuras de inhumana esclavización, violencia y crueldad establecidas por los romanos imperiales. Y José habría sido elegido si no se hubiera objetado un detalle decisivo: su edad y su salud insatisfactorias. José de Nazaret andaba por los cincuenta años, pero, además, su vida sexual no era normal: no tenía hijos, no obstante de haber contraído matrimonio con una preciosa y muy joven muchacha de la tribu de Judá en el sud de Palestina, muchacha de nombre “María” que le prodigaba mil cuidados soñando con la llegada de los que debía ser indispensables niños.

Entonces fue que surgió, entre los especialistas de nuestra Torre, la idea de lanzar al mundo un niño de padre kristiano que se gestase, con todas las precauciones del caso, en el vaso de María, una criatura en que ayuntasen los genes antorianos a los genes solares.

La idea era interesante pero difícil de ejecutar. No obstante, se abrió camino y fue aceptada condicionalmente. Se ensayaría la visita clandestina de un kristiano apuesto y joven que, llegando a Nazaret como inmigrante egipcio, cortejase a María, haciéndose amigo de José y conociese con este motivo, las deficiencias orgánicas de este. Pero el informe enviado unos meses después por nuestras pelotillas volantes era poco animador. María se mostraba definitivamente inabordable a menos que se la excitase por control remoto y probablemente ni así, puesto que pesaba en el mundo judío una siniestra amenaza sobre la mujer que adulterase: la lapidación pública. En cambio, el mal de José tenía cura fácil, según nos lo hacía saber Miguel, que así se llamaba el muchacho enviado a Nazaret en atuendo de comerciante egipcio y curandero.

Así las cosas cuando una mañana nos llegó una información singularmente estimulante. Miguel nos decía que se había casi embriagado en una fiesta e intercambiado valiosísimas confidencias con José. Este había llorado al confesarle su impotencia, actitud que había permitido a nuestro muchacho ofrecerle sus servicios como curandero infalible.

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Yo puedo devolverte, le había dicho, el goce de tu plena virilidad, pero...

-¿Pero qué? Había interrogado ansiosamente José.

-Mi precio es muy alto.

-Te doy cuanto poseo, sin regatear ni reservarme nada, Miguel, habla.

-Estoy... enamorado de tu María.

-¿¡Cómo!?

-Sí. Estoy enamorado de tu mujer, y te lo digo sin rodeos porque sé que se trata de un amor definitivamente imposible.

-¿Y... Ella?

-Le soy sencillamente indiferente.

José había quedado sumido en silenciosa meditación varios minutos, hasta que por fin habló.

-Mira, Miguel. Yo adoro a mi María y no tengo la menor intención de repudiarla por complacerte y complacerme en mi anhelo de hijos, pero...

-Sí, dilo.

-Te hago un trato (le dijo José socarronamente): Si tú eres capaz de tanto en materia de medicaciones ¿Serías también capaz de conseguir que mi María te diese un hijo en virginidad?

José quería burlarse de Miguel, pues sabía bien que esto era imposible, de modo que esperó sonriente la respuesta negativa de él. Empero Miguel lo dejó perplejo cuando respondió que sí, que podía darle un hijo de mujer virgen.

Acorralado entonces el buen carpintero, se volvió atrás.

-Miguel, le dijo, he de serte sincero, tanto como tú lo has sido conmigo, pero... no esperaba esa respuesta y permíteme ponerte una condición más...

-¿Cuál es ella? Preguntó Miguel muy animado.

-Que el hijo de mi María venga al mundo sin parto.

-¿Sin parto?

-Sí, sin parto.

-Pero, José, esto hará sufrir a María más de lo necesario... Sin embargo...

-Sin embargo ¿qué?

-Puedo hacer que tu María nos dé un hijo sin coito y sin parto.

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-¡No puede ser! Tal cosa está solo en los poderes de Yavé.

-Si yo te lo digo es porque puedo hacerlo.

-Pero...¿de dónde has venido tú para poder tanto? Tú eres el más grande de los magos, o tienes que serlo, para llegar a eso.

-Mi pueblo natal, José, se llama Kristina, y allí sabemos todos cómo hacer estas cosas y muchas otras más que te colmarían de asombro.

-¿Cómo se llama el rey a quien tú reconoces y obedeces en Kristina?... Tendrá que ser tan grande como Yavé, ¡Santificado sea su nombre!...

-Bueno... no es precisamente un rey al modo judío, o egipcio, o romano, pero hace sus veces. Se llama Kredíos, aunque familiarmente lo conocemos por "Díos".

-Mira, Miguel, me vas a llamar trapacero, pero lo que me cuentas es tan maravilloso y mi amor por mi María es tan grande, que voy a plantearte una tercera condición más, si bien sé de antemano que ella ha de provocar tu protesta y enojo...

-Plantéala sin empacho ni temores, pero que ser la última y definitiva.

-Bien... Miguel... Quisiera que el hijo de mi María no sea tuyo...

-¡Cómo! ¿De quien, entonces? ¿Tuyo?

-De tu rey, de Díos.

## VI

-Los profesores de la Torre Gris, continuó Ofila, invitaron a Kredíos, Gran Administrador de Kristina por aquel tiempo, a una reunión de emergencia en vista del diálogo enviado por Miguel, desde Nazareth, a través de nuestras pelotillas volantes. Y, consultado Kredíos, se resolvió complacer al carpintero José en las tres condiciones del pacto. Se enviará a Miguel los espermatozoides de Kredíos, en probeta, a fin de que aquél operase en presencia de José e hiciese cuanto hubiere que hacer.

A los tres días de aquella famosa fiesta de amigos en Nazaret buscó a José y lo invitó a conversar cuando concluyese su trabajo, de modo que se reunieron en la tarde ante un buen frasco de vino oscuro.

-José, le dijo, estoy dispuesto, aunque te asombre, a dar pleno cumplimiento a tus tres condiciones: no habrá coito; no habrá parto; y el primer hijo de tu María lo será del propio Dios sin su presencia personal.

-Pero... ¿Es posible tamaña cosa?

-Completamente. Algo más: yo agregaré, de mi parte y en obsequio de nuestra amistad, una cuarta condición que no sé por qué no se te ha ocurrido...

-¿Cuál puede ser?

-La oferta que ya te hice: te despertaré tu virilidad en condiciones perfectamente normales, de modo que después del primer hijo de María, que lo será de Díos, no mío, podrás tener cuantos hijos desees, y ellos serán frutos de tu carne y de tu sangre. ¿Qué te parece?

-¡Perfecto! ¡Perfecto y maravilloso! Pero... ¿Cómo vas a acercarte a mi María sin asustarla o provocar su repudio?

-Déjalo de mi cuenta.

## VII

Y una mañana, muy de madrugada, en que María, de cuclillas en su pequeño huerto, arreglaba y regaba sus hortalizas, cortando, de paso algunas flores, Miguel descendió alado en el atuendo kristiniano de Lucifer. Durmió fácilmente a la atemorizada y confundida María no sin antes anunciarle que le llegaría un hijo del propio Díos, y la inseminó delicadamente con el contenido de la probeta, sin lastimarle el himen. Poco después José fue avisado, quien, presa de gran inquietud observaba a su esposa sin atreverse a confesarle aquella conversación que tuviera con su amigo y camarada Miguel. Este, por su parte, sometió a José al tratamiento médico que le iba siendo dictado desde Kristina, de modo que, apenas a tres o cuatro meses del memorable acuerdo, nuestro simpático carpintero se sintió como nuevo en el pleno dominio de su capacidad viril pero vivamente impaciente por que llegase el niño de Kredíos. María, que se sentía extrañamente indispuesta y con nauseas frecuentes, había acabado por contarle que tuvo un sueño en el huerto de la casa y que se le había presentado un ángel para anunciarle que tendría un hijo para “un tal Díos” de quien ella no había oído hablar nunca.

-Ese Díos es Yavé en persona, esposa mía ( le había dicho José sin más explicaciones).

-¿¡Cómo!? ¡Tú estás loco! ¿Qué dices?

-Lo que has oído y lo verás después.

María no quiso insistir, pensando que había que tomar aquellas palabras como rarezas de su José, fruto transitorio de aquellos problemas personales que ella conocía hartamente bien.

Miguel había intimado más aún con José, quien lo llevaba a su casa, permitiendo la presencia de María en estas visitas. El propio Miguel le había pedido que así fuera con el fin de vigilar la gestación de Kristo, nombre que al niño por nacer se le había asignado ya en Kristina según los tradicionales usos molnianos.

Hacia el octavo mes de la gestación, Miguel se presentó en casa del carpintero llevando a dos personajes que dijo eran allegados suyos en su pueblo de origen; pero se

trataba en realidad, de dos profesionales de la Torre Encarnada destacados en un platillo volante para practicar la operación del desembarazo mediante una cesárea, puesto que se había convenido con José en que no habría parto normal. Este, por lo demás, había tomado sus precauciones con relación a lo prometido por Miguel y había llamado a la comadrona de Nazaret para que examinase a su esposa, recibiendo de ella un informe titubeante y sorprendido del que resultaba que el tapón himeneal de María estaba intacto pero que, sin embargo, ella presentaba inequívocamente todos los síntomas y abultamiento propios del embarazo.

José, entonces, resolvió dejar el pueblo transitoriamente para evitarse explicaciones azarosas, y se trasladó, con su María a sus extraños amigos “egipcios”, unos trescientos kilómetros al sud, al pueblo de Belén, situado al oeste del Mar Muerto, en tierras de la tribu de Judá a la que se esposa pertenecía, resolución que tomó a sugerencia de ellos mismo. Ya volvería a Nazaret con el hijo de Díos en sus brazos, sin que nadie se percatase de las extrañas cosas que le venían ocurriendo a raíz de sus relaciones con Miguel.

Por fin, muy cerca del noveno mes cumplido, Miguel y sus amigos kristianos hablaron con José para pedirle que les permitiese dormir unos minutos a María, pues el hijo de Díos estaba al llegar. Admitido esto por el esposo, él mismo invitó a María a servirse una copa de vino previamente preparada con un fuerte narcótico, después de lo cual y tan pronto como pareció derrumbarse, fue socorrida por los cuatro, tendida en una mesa improvisada e intervenida en el vientre con todas las precauciones asépticas del caso que el bueno de José miraba intimidado y confuso desde un rincón de la alcoba, pues nunca había visto curanderos enmascarados de tal guisa.

Y nació Kristo, por vía irregular, un sonrosado niño plenamente viable a quien José, inconforme con tal nombre, le asignó de su parte el de Jesús. Y cuando María volvió en sí, Miguel le recomendó que no se levantase de la cama sin la previa autorización de los cuatro, pues tenía el vientre seccionado por una gran herida que debía previamente cicatrizar, herida que, una vez cosida, se la había mostrado al otra vez maravillado José explicándole que la madre había de guardar completo reposo hasta tanto ellos extrajesen los hilos de la delicada costura.

A unos mil metros verticales sobre la choza de José y María esperaba a los tres kristianos el plato volador que había llevado a los médicos, mostrándose en las noches como una enorme estrella que llenó de inquietud y turbación sobre todo a los pastores del desierto. Allí, en el plato, estuvo el propio Kredíos durante las horas de la operación, ansioso y feliz.

Por fin, a los once días de asiduo tratamiento Miguel y sus amigos creyeron oportuno despedirse de José y María, no sin antes haber acariciado largamente a Jesús-Kristo y autorizado a ella a abandonar el lecho. De la seria operación practicada apenas si podía José distinguir más tarde una delgadísima línea difusa y ligeramente más clara.

Con lo que la tercera “alianza” del pueblo judío con el supuesto Yavé quedaba consumada y la historia de Occidente le habría anchos portales, ingenuamente, al mesías del amor.

## VIII

La niñez de Jesukristo fue feliz, tan feliz como toda niñez sin orfandad ni hambre. José y María le prodigaron todos los cuidados y caricias de que puede ser objeto un primer hijo largamente ansiado y esperado. Rapazuelo, después, de ocho o nueve años, hizo un grupo de amiguillos traviosos con quienes escapar a las aldeas vecinas explorando las siempre nuevas orillas el lago Tiberíades, donde se alzaban otros centros poblados como Magdala, donde más tarde hallaría el amor de hombre, como Cafarnaum, Betsaida, etc.

Vivió más de una grata aventura de muchachos, recordaría después, con los hijos de los pescadores y artesanos o labriegos del pueblo y algunos pastorcillos del desierto, remontando el Jordán hacia su lago más septentrional, el Meron, para contemplar, mucho más al norte todavía, las cumbres nevadas del Hermón, la misteriosa montaña de cuyo seno brotaban los tres arroyuelos cuya conjunción formaba el río palestino.

Cuando frisaba por los catorce años y era ya un muchacho notablemente bien parecido, su singular figura había cobrado aplomo entre viejos y jóvenes y, sobre todo, entre las muchachas de las riberas del Tiberíades. Su rubia cabellera ondulada enmarcando unos ojos de color violeta azulado le daba un porte desusado entre sus familiares y conocidos, todos muy morenos y de cabello endrino y fuerte, pero a la vez atraían la curiosidad de todos, aunque no sin murmuraciones, a veces ofensivas, que había que pasar por alto.

Sin embargo, llegó un momento en que Jesukristo también tuvo que preguntarse, como todo el mundo lo hacía de él, por las ignoradas razones de su tipo físico tan opuesto a lo habitual y conocido como definidor étnico tanto de la tribu de Neftalí, a la que su padre pertenecía, como de la tribu de Judá, estirpe de su madre. Y la oportunidad de una explicación, aunque triste, se le presentó por sí sola cuando José, enfermó gravemente de los pulmones y al borde de la muerte, le reveló la verdad.

-No eres mi hijo, Jesús, y tu verdadero padre no pertenece a nuestro pequeño mundo. Los seres superiores que nos visitaron asiduamente en los días en que esperábamos tu llegada al mundo eran siervos del rey Díos, y él mismo te engendró, aunque invisible para nosotros, sin tocar a tu madre.

-¿Es esto posible, madre mía? Preguntó asombrado Jesukristo.

-Sí, le respondió María. Miguel y sus amigos, que al principio se nos presentaron como comerciantes egipcios, eran hermosos seres alados que a veces se nos aparecían con rostro nimbado por un halo luminoso, y ellos mismos nos atendieron cuando tú llegaste al mundo, para luego desaparecer hasta siempre.

-Y... ¿Dónde está mi padre?

-No lo sabemos, le dijo José. Supongo que reside más arriba de las nubes... Más aún: Díos y Yavé, santificado sea su nombre, son, ahora estoy seguro, la misma persona, y es él quien te ha dado sus ojos claros y esa blonda cabellera que tanto te diferencia de los demás.

-Luego... ¿Yo soy hijo de Díos? ¿De Díos-Yavé...?

Un par de días después de este revelador diálogo el buen carpintero moría dulcemente en los brazos de su amada María y de Jesukristo en un hogar pobre pero lleno del feliz alborozo de una media docena de niños menores, cuatro mujeres y dos varoncitos que habían hecho la gloria de José y que solían acompañar a Jesukristo en sus expediciones exploratorias por las riberas del Kinnereth, el lago rico en peces sobre cuya ribera occidental se alzaba la ciudad dedicada a Tiberio.

## IX

-Es importante subrayar a esta altura del relato (decía Ofila ante su clase de la Torre Gris) un rasgo peculiar de la actitud colectiva de las tribus palestinas: Todas ellas creían firmemente en la siempre inminente llegada de un emisario de la divinidad y representante suyo que devolvería a los hebreos su plena libertad y autonomía edificando para ellos un nuevo reino feliz y poderoso.

Tal creencia, transmitida de generación en generación, facilitaba el éxito, siquiera transitorio, de agitadores como Judas Macabeo, o Juan el Bautista, o el desconocido fundador de la comunidad de los esenios que, cuando no predicaba la rebelión abierta contra el romanismo, censuraba coléricamente las que juzgaban desviaciones morales e infidelidades religiosas de los propios judíos.

En tal ambiente Kristo, hijo de un Kredíos identificado con el propio Yavé, el gran duende de Abraham, no podía menos que sentirse llamado a encabezar la revolución, y comenzó a abandonar cada vez más el taller para dedicarse al estudio de los textos bíblicos y al examen de la situación política y social de su propio pueblo. Pero, sin contactos directos con todo lo que no fuera estrictamente judío, soñador y poeta por temperamento, profundamente generoso a la vez que amigo de amigos y de la buena parranda ajena a los ajetreos y angustias del poder, su prédica, a la muerte de Juan el Bautista en manos de Herodes Antipas, no se dirigió en ningún momento contra la Roma Imperial, sino contra lo que él consideraba excesos, impudicias, codicia e infidelidades de su propio pueblo y especialmente de los hechiceros del Sanedrín, escribas, saduceos y fariseos que presidían la vida mágico-religiosa y política del mundo palestino, contra las normas establecidas tradicionalmente y los mandamientos y la palabra de los profetas antiguos.

Cuando en alguna ocasión pregunta a sus más fieles seguidores qué piensan de él y Pedro el pescador lo reconoce como el Mesías esperado, el enviado personal de Yavé, Kristo lo abraza emocionado, aceptando el comprometedor apelativo.

-¿Cuál es esencialmente, profesora, la tesis ética kristiana preguntó, a esta altura del relato, algún estudiante.

-No difiere apreciablemente de la prédica hebrea original: Que hay un solo dios sobre todo lo creado; que se le deben adoración y obediencia ciega; que hay que rendir tributo invariable al culto de la verdad; que hay que respetar la propiedad y la mujer ajenas; y, destacadamente, que hay que amarse los unos a los otros, aún por encima del odio y la enemistad, pues el odiador y el enemigo es también un hermano bajo el cetro de Yavé, padre eterno, misericordioso y amantísimo, pero también vengador e inexorable con el infiel y el malvado no arrepentido. Pero esta prédica cobra trascendencia colectiva sólo a condición de que se dé como palabra y voluntad del gran duende y quien la imparte con autoridad sólo puede ser un mesías inspirado por el propio Yavé.

-¿Qué enseña, profesora Ofila, el hijo de Díos, en relación con el yo personal?

-Este yo, es también un duende... un duendecillo menor como aquél de Budha en la India, un alma penante y endeudada, desde los tiempos de Adán y Eva, con el pecado de infidelidad y lujuria, alma que sólo por accidente habita el cuerpo material; pero no se reencarna, si bien es inmortal en un trasmundo fantasmal donde Yavé-Díos dispensa, ad aeternum, tanto halagos y premios como horribos castigos. Kristo asume, por cierto, como duendecillo favorito, el papel de primer ministro o gerente general de los negocios mágico-místicos.

Pero ese cuadro de irrealidades era forzoso en la empresa "Kristo" para imponer el amor y el sentido de fraternidad a la frenética y desbridada codicia de poder del romano, y Jesús se desenvolvió no sólo con acierto sino con supremo heroísmo hasta el sacrificio final. Su humildad sin límites lo arrollaba todo. Naturalmente nosotros, desde Kristina, le brindamos toda la colaboración requerida por las circunstancias, y nuestras moscas de antea le prepararon el ambiente humano adecuado facilitando el aplauso multitudinario para su gran tarea de rectificación que él mismo nunca soñó que sería exportada hasta Roma e impuesta y difundida por todas las provincias y ciudades y aldeas del mundo conocido al oeste y al norte de Jerusalén.

## X

-Pero volvamos a lo anecdótico (continuó Ofila): El pueblo judío no podía concebir profeta alguno sin poderes sobrenaturales, puesto que, quien puede predecir el porvenir, puede también alterar el orden natural y hacer "milagros". Kristo tenía que hacerlos y, aunque él mismo comprendía que tales poderes no le estaban conferidos ni a título de hijo de Yavé,

deseaba íntimamente conquistar adeptos por el asombro que provoca lo inesperado y milagroso. Mas, a la postre, no necesitó de ninguna clase de maniobras mágicas para que los milagros “se produjesen”, pues la fe de sus seguidores, en número creciente cada día, simplemente se los atribuyó interpretando algunas de sus acciones que se prestaban para ello, en algunos casos; en otros, fueron nuestras sintomoscas las que se encargaron del milagro con el fin de agrandar la figura de nuestro hombre.

Un día, por ejemplo, se celebran unas bodas en el pueblo de Canáa, y toda la familia está invitada, pero Jesús no ha tenido oportunidad de hablar con su madre para preparar los obsequios con que se habrá de visitar la casa de las bodas, pues sus ausencias del hogar paterno son cada vez más prolongadas.

-¿Qué hacemos? Pregunta a sus amigos. Yo quisiera estar allá en compañía de vosotros, pero no podemos presentarnos con las manos vacías.

-Yo tengo en mi casa hasta tres vasijas de buen vino, le dice Mateo. Las pongo a tu disposición.

-Yo tengo dos, agrega Juan.

-Yo otras tres, dice Judas Iscariote.

-Entonces no hay problema, concluye Jesús. Vayamos a la fiesta de Canáa, que buena falta nos hacen unas horas de esparcimiento, y llevemos las ocho vasijas.

-Será un regalo muy del gusto de todos los presentes, añade otro de los futuros apóstoles.

Y se pusieron en camino. Pero ocurrió que, hasta recoger las vasijas de los hogares de los tres contribuyentes y luego por el peso de llevarlas personalmente en un viaje de ocho a diez kilómetros, llegaron bastante tarde a la casa de la fiesta. Allí estaban ya todos los presentes, entre ellos María y sus seis chicos, pero todos, o, al menos, los mayores, se hallaban al borde de la embriaguez, pues habían ya dado fin con las provisiones de la casa y despachado al garguero todo el vino disponible. Jesús, entonces, susurró al oído de Mateo la conveniencia de llenar de nuevo a escondidas, los consumidos depósitos del vino con el fin de poder brindar a los anfitriones una agradable sorpresa. Y, así, se presentaron a la congratulación de los familiares con las manos vacías, para recibir las suplicantes excusas de los dueños por no poder ya invitarlos a beber puesto que llegaban muy retrasados y... no había vino. Por toda respuesta Jesús llamó a los sirvientes y les ordenó que trajesen ante él las vasijas supuestamente vacías, las que, para pasmo de todos, aparecían colmadas del mejor vino deseable.

No se necesitó más, por cierto, para que cundiese rápidamente la versión, tan a gusto de los admiradores y creyentes, de que Jesukristo había obrado su primero e indiscutible milagro a la vista de un centenar de personas dispuestas a poner las manos al fuego para dar testimonio afirmativo.

Después de aquello Jesús fue ganando, cada vez más, en autoridad y prestigio ante la gente humilde de las doce tribus palestinas, pues las de Naftalí, Aser y Zabulón se encargaron de irradiar gozosas la buena nueva: el pueblo hebreo tenía un líder irresistible, amigo de los pobres, brillante en la palabra y valeroso en la acción. Y alguna gente, más optimista y soñadora, susurraba ya que Jesús, el hijo mayor de aquel humilde carpintero de Nazaret, podía muy bien ser el esperado Mesías.

Empero la gente beneficiaria del poder a la sombra de las águilas romanas y, en particular, los escribas y fariseos de los consejos de ancianos depositarios de la tradición no podían ver con buenos ojos a ningún agitador, pues éste podía significarles un serio peligro en el goce de sus privilegios. Además ¿Dónde, si no en el Sanedrín, está la palabra fiel y el mejor ejemplo de buena conducta?

Jesukristo, por su parte, lanzado ya a la lucha contra las gentes que adivinaba enemigas u hostiles, acabó por aceptar el desafío, y en una de sus visitas al templo pidió y obtuvo la coyuntura de hablar interpretando las viejas costumbres, lo que le permitió acusar a sus enemigos llamándolos “viles hipócritas” y “sepulcros blanqueados”, bonita figura por fuera, putrefacción por dentro. Y justamente cuando terminaba de hablar ocurrió un incidente inesperado que habría de valerle como un segundo milagro: un epiléptico se derrumbó echando espumarajos por la boca entre contorsiones y horrible visajes. Aquel, cuadro morboso era bien conocido por el pueblo pero interpretado de antiguo a su manera fantasiosa: el epiléptico no era un enfermo, sino un poseído por los duendes perversos enemigos de Yavé, por los demonios del mal, y quién mejor que un inspirado profeta para exorcizar a los demonios...

Llamado pues Jesukristo al lugar del accidente, se acercó al enfermo, se arrodilló junto a él, le tomó la cabeza en los brazos, observándolo y animándolo hasta que pasó la crisis, y el “poseso” se levantó como si tal, sano y ágil, ante la expectación silenciosa y reverente de los presentes que acababan de ver en Jesukristo los altos poderes mesiánicos íntimamente sospechados y deseados. Había dominado a los espíritus del mal y los había expulsado del cuerpo de aquel infeliz con sólo tomarle de la cabeza en las manos y mirarlo.

A partir de aquel hecho memorable comenzaron a acudir a él, en busca de cura de sus males físicos, toda suerte de enfermos y lisiados a algunos de los cuales, neuróticos muy curables en manos de un psiquiatra experto, los curamos por control remoto a través de nuestras sintomoscas cuando creímos oportuno acudir en ayuda de Jesukristo y tuvimos oportunidad de hacerlo. Y hasta llegamos a brindarle la traviesa coyuntura de resucitar a un muerto: aquel Lázaro de la leyenda bíblica que, sumido en sueño cataléptico por nuestras moscas de antea, se alzaba de su nicho con los ojos perdidos bajo la hipnótica mirada de nuestro profeta cuando él le imparte aquella inquietante orden: -¡Levántate y anda!... Lázaro había vuelto a la vida por obra y gracia del Mesías puesto que sólo el Mesías era capaz de dominar así a la propia muerte.

El terrible milagro había confundido a mucha gente y arrodillado a los pies de Jesukristo a no pocos titubeantes seguidores, pero, a la vez, había puesto en movimiento la ofensiva del Sanedrín, el que resolvió secretamente, bajo el consejo del anciano Annás y la dirección de Caifás, hijo de aquél, su eliminación en la primera oportunidad aprovechable, y ésta se les presentó en charola cuando Judas Iscariote, uno de los íntimos del profeta, desanimado y acobardado ante el peligro inminente, del que tuvo soplos oportunos, les ofreció su colaboración.

## XI

Así llegó aquella semana de Pascua consagrada de antiguo a celebrar las glorias de “el Señor”. Jesús había visitado el templo de Jerusalén, la capital a donde fue llevado por sus amigos y donde entró como triunfador entre palmas y vítores, y allí, en el templo de Salomón, había promovido un escándalo mayúsculo al derribar las mesas de los mercaderes, echándolos fuera a latigazos presa de súbita indignación por lo que consideraba sangrienta la burla del sagrado recinto. ¡Cómo! ¡¿El templo de Salomón convertido en escaparate de comerciante especuladores y avaros?!...

Los saduceos, en competencia con los fariseos para perder a Kristo y conquistarle el desafecto de los agentes de Roma, Poncio Pilatos y Herodes Antipas, le preparan una trampa dialéctica que ponga en evidencia al subvertor del orden público instituido por el poder imperial.

-¿Qué piensas, maestro, del tributo al Cesar? Le dicen capciosamente.

-Desearía ver la moneda del tributo, responde Jesús para ganar tiempo mientras prepara una respuesta inocua.

Le alargan un denario romano con la imagen de Tiberio, y Jesús pregunta a su vez a quién representa tal figura.

-Al Cesar, le responden los saduceos.

-Bien (dice Jesús, que ha deslindado ya los dos mundos, el de la antimateria y el de la realidad, reservándose sólo el primero), dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios.

Turbados los saduceos con esta habilísima respuesta, y ante las burlas de sus rivales los fariseos, se retiran pero resuelven precipitar los acontecimientos con la ayuda de Judas Iscariote por quien saben que el profeta estará aquella noche en Betania, unos diez kilómetros al sud de Jerusalén, aldea edificada en las faldas del monte o colina de los olivos.

-¿Quiénes eran los saduceos, profesora? Interrumpió un estudiante.

-Pues... bueno, una secta de judíos poco amigos de las interpretaciones mágicas de las llamadas “sagradas escrituras” en las que ellos veían sólo un conjunto de memorias históricas. Pero esta secta contaba con numerosos burgueses muy bien establecidos en Palestina y muy comprometidos con Roma y sus agentes imperiales. Cuidaban pues celosamente sus privilegios.

Jesús presentía, a esta altura de los acontecimientos, que se aproximaba el fin, y aquella noche, refugiado con los suyos más confidenciales en el Monte de los Olivos, no pudo resistir más y cayó en profunda depresión que apenas consiguió aliviar su entrega mental a la imagen de Yavé-Díos a cuya voluntad indescifrable acabó por rendirse cuando voces desusadas, ruidos de armas y antorchas se escucharon aproximándose desde la villa de Betania.

Era, en efecto, la guardia del templo destacada por el Sanedrín para su captura. Judas Iscariote se le presenta a la cabeza del grupo y lo besa con el conocido beso de la delación. Pedro, reacciona violentamente y, esgrimiendo un sable que traía escondido entre sus ropas, le secciona una oreja a alguno de los esbirros para luego huir al abrigo de las sombras mientras el profeta es maniatado y conducido a presencia de sus juzgadores.

En el palacio que ocupa el Sumo Sacerdote se habían ya reunido una veintena de miembros del Sanedrín convocados apresuradamente para juzgar al profeta, y allí, a la media luz oscilante de algunas antorchas que agrandan grotescamente bultos y sombras inestables, posa Jesukristo. Maniatado y abofeteado por sus fieros guardianes.

El acto comienza con las preguntas rituales al acusado sobre quién se consideraba a sí mismo y sigue con las declaraciones de una serie de testigos previamente aleccionados para perder al profeta. Pero éste asume una actitud de mudo y desafiante desprecio, sabedor de que su suerte estaba echada en la dirección de su condena dijese lo que dijese, hasta que por fin el viejo Annás, exasperado y colérico, le grita con ronca y quebrada voz: -Te conjuro, oh, insolente galileo, a decirnos si eres tú el Mesías, el hijo de Yavé y nuestro rey, aquél que las Sagradas Escrituras nos tienen anunciado.

Hay un silencio mortal que pesa como un siglo de amarguras y pánicos aunque apenas han transcurrido algunos segundos cuando Jesús responde, con suave y serena voz, esta única frase que justificará plenamente el suplicio final: -Tú lo has dicho.

Al escuchar aquellas palabras todos se levantan entre satisfechos y turbados. El acusado ha confesado su condición de enemigo público número uno. Se ha autotitulado “rey de los judíos” y se propone, por tanto, derribar a las autoridades delegadas por el Cesar. Pero, entregado al día siguiente a Poncio Pilatos para la ejecución de su sentencia, Pilatos conversa con Jesús y no halla en él otra persona que la de un poeta loco y descarriado, políticamente inofensivo. Se resiste pues a ejecutar la sentencia de muerte pronunciada por el Sanedrín contra el supuesto blasfemo cuando se entera de que es un galileo, lo que le permite aducir que no tiene jurisdicción para aprobar o revocar la sentencia del Sanedrín, pues Galilea es una provincia autónoma que se gobierna por sí misma bajo la autoridad de Herodes Antipas, y es a

éste a quien corresponde decidir el caso. En consecuencia, el profeta es enviado a Tiberíades. Pero Herodes, que teme al que considera fantasma de Juan el Bautista cuya sangrante cabeza en manos de Herodías se le había aparecido varias veces en sueños, tampoco acepta tomar la decisión final, y se contenta con mandar se eche sobre los hombros de Jesukristo la túnica blanca de los dementes, túnica a la que sus guardianes han agregado una corona de espinos para consagrar ridículamente al que se dice rey de los judíos, y en esta guisa es enviado de nuevo al romano Pilatos, quien, como representante del Cesar, goza de poderes irrestrictos.

Forzado así Pilatos a decidir la suerte del profeta, recuerda, con sincero ánimo de salvarlo de la ira popular, pues hasta su propia esposa se lo ha pedido, que en este día de la Pascua el sometido pueblo de Israel ha gozado siempre de la gracia del indulto de un sentenciado a muerte que el propio pueblo elige en cabildo abierto. El pueblo espera inquieto y agitado por los agentes del Sanedrín en las afueras del palacio proconsular y Pilatos se hace presente con esta alternativa: -Tenéis, en este día, por decisión antigua del Cesar, el perdón de un delincuente condenado, y os propongo esta elección: o Barrabás, el temible bandido que vosotros mismos me habéis entregado, o... vuestro rey-poeta, Jesukristo. ¿A cuál de ambos queréis libre y a cuál crucificado?

La plebe guarda silencio unos segundos hasta que una voz aguardentosa clama: - ¡Crucifica a Jesukristo! Y la multitud repite inmediatamente como un eco: -¡Crucifica a Jesukristo! ¡Crucifícalo! ¡Preferimos la libertad de Barrabás!

Así es entregado luego al postrer sacrificio el hermoso hijo de Kredíos cuyas torturas físicas fueron por nosotros anuladas desde Kristina con ayuda de nuestras moscas de antea. Nosotros pudimos escuchas sus últimas palabras y admirarlo en nuestras pantallas cuando al borde la muerte cree dialogar con Kredíos y le dice así: -Perdónalos, que no saben lo que hacen.

Y ciertamente no sabían lo que hacían ni podían sospechar las inmensas proyecciones terrícolas de la crucifixión consumada hacia una nueva sociedad pensada por nosotros como fraternidad universal.

***Parte Octava “La  
Torre Aurirroja”***

I

-Querido (decía Kris a Jaime), he recibido un mensaje de la Torre Aurirroja, que en realidad es para ti.

-¿De qué se trata?

-Se ha apreciado que ya conoces bastante de la lengua molniana y mucho de la ciudad, y hay un buen grupo de muchachas y muchachos que practican a diario la natación y el vuelo en el espacio exterior, jóvenes todos ellos que quisieran conocerte y adiestrarte.

-¿Es decir que saldríamos de la caverna?

-Naturalmente.

-Es una gran noticia, Kris, y no necesito decirte el vivo interés que tengo por ver cómo se vincula Kristina con el mundo terrícola y como salís vosotros a la estratosfera sin mayor agitación cuando no sin noticia de los míos.

-Ni una palabra más, Jaime. El día de mañana, a horas 9, se intercambiará el diálogo ritual contenido en el Credo de la Torre Aurirroja, de modo que asistiremos al ingreso de los nuevos postulantes ansiosos de conocer los secretos de la geología, que allí se enseña.

-¿Qué es, exactamente, la geología?

-Así ha llamado Euros Anti, entre vosotros, al conjunto de ciencias y tecnologías que enseña la Torre Aurirroja de Kristina. La palabra está construida a partir de “geo”, el conocido prefijo griego que remite a la Tierra, y la voz latina “ligo” (ligas, ligare, etc.). Se trata, entonces, del concepto de INTERCOMUNICACIÓN en su más amplio sentido: intercomunicación por la casa común, o familiar, o colectiva; cómo ha de serlo dentro de condiciones óptimas o mejores de los recintos humanos, en la vivienda privada, el edificio público y la ciudad; cómo las salidas de esos recintos y cómo sus accesos. Se trata de la tecnología del acercamiento y la vinculación, de la tecnología de la convivencia, en una palabra, allí donde el concepto de “convivencia” se trasunte y despliegue en problemas de orden urbanístico, arquitectural y conexional. La geología quiere responder a estas preguntas: ¿Cómo se acerca el hombre al hombre? ¿Cómo se reúne con los suyos en su propio cubil? ¿Cómo edifica su guarida, su choza, su palacio, su templo, y cómo les abre contactos físicos con el mundo exterior?

-¿No es ésa la temática de aquello que los terrícolas conocemos como “ingeniería civil”?

-En gran parte, sí. Pero la geología incluye problemas como el de los correos y la filatelia; los de las telecomunicaciones en general, así como los del contacto personal en la reunión de varios, la asamblea, el periodismo radial y escrito, la propaganda, etc.

-¿Y el transporte?

-Por cierto que también, son problemas de la geología los que se refieren a todo tipo de vías de acceso como carreteras, ferrocarriles, canales, puertos, pistas para vuelos, etc. y a las máquinas que aprovechan tales vías, esto es, a los vehículos de aire, mar y tierra e interplanetarios en cuanto se refiere a su función de nexo, intercomunicación y vinculación.

-Comprendo. Entonces, en la voz "geología" hay que leer esto: ligar la tierra, es decir, sus partes unas con otras, y a los hombres que las habitan, entre sí.

-Cabal.

## II

La Torre Auroroja se alzaba imponente y hermosa como una altísima columna de fuego sobre la plaza de armas de Kristina. Revestida toda ella de losetas de vivo color naranja en grata combinación de pocos matices, el cuerpo cónico anterior, truncado hacia la plaza, servía de amplia base al símbolo de la Casa: una emocionante escultura de mármol rosa y unos cinco metros de altura representando dos manos entrelazadas.

En el momento en que Jaime y Kris llegaron a la terraza, con una media hora de anticipación, había aún pocos curiosos, pero éstos no tardaron en colmar el lugar cuando los ciento cincuenta muchachos postulantes se preparaban a corear las respuestas del Credo y se extinguían los últimos sonos del conocido clarín anunciador en manos de una joven morena bellísima en su ingenua desnudez.

A los golpes de aldabón del muchacho delegado se dejó escuchar, por los altavoces, la conocida y grave pregunta inicial del Credo:-

-¿Quién eres?

-Tu vecino.

-¿Qué más?

-Por vecino tu amigo habitualmente.

-¿Qué más?

-Por vecino tu enemigo de allá en cuando, o tu rival, o tu censor.

¿Qué nos une más seguramente?

-El techo común y el camino fácil.

-¿Qué más?

-El caballo veloz y el paciente y sobrio camello.

-¿Qué más?

-El chapotero remo.

-¿Qué más?

-La máquina rodante, y el buque, y el utensillo volador.

-¿Qué más?

-La carta.

-¿Qué más?

-La vibración que se repite y modula en el remoto horizonte.

-¿Dónde se dan más vivos el consenso cordial y la comunión de propósitos?

-En las manos entrelazadas y en el fruto del naranjo.

-¿De qué color es pues la geología?

-Como la puesta del sol en los linderos del escarlata.

-Entra, joven amigo, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

### III

Se abrieron las pesadas puertas de la Torre a tiempo que los jóvenes “sardinas” atacaban bullangueramente el atrio interior y, mezclados con ellos, ingresaron allí Kris y Jaime. Ya había esperándolos cinco jóvenes, tres mujeres y dos varones que se aproximaron para saludarlos afectuosamente. Eran ya muy conocidos de Kris, y ella se los presentó a Jaime: Asura, Kayna, Osma, Krato y Merlo.

Después de las presentaciones del caso se les aproximó y se adjuntó a ellos un sexto miembro de la Torre, el profesor Palezzo, jefe de pilotos de los platos volantes de Kristina.

-Ya estoy orientado, profesor (dijo Jaime a Palezzo), respecto de las actividades docentes de la Torre Aurirroja y la vasta temática de la geología.

-Lo que ahora deseamos, Jaime (respondió el profesor), es mostrarle nuestra salida subacuática al que llamáis vosotros “Oceano Pacífico” Disponemos de tres vehículos que nos esperan en la plaza de armas...

-Tres “vatas”, como usted los había bautizado (terció Kayna)

-Sí, dijo Krato jovialmente, en la lengua molniana de por lo menos la gente deportiva tenemos ya incorporada esa expresión suya que podríamos llamar nuestro primer “landismo”...

-O "terricolismo" (ilustró Jaime); aunque más me halaga aquello de "landismo" que sugiere, a la vez, mi nombre de familia, Landa, y la tierra en lengua inglesa..., "land".

-Bajemos, apremió Kris.

Y abordaron los ocho, alegremente, los tres esbeltos vatas que estaban, en efecto, formados unos detrás de otros a la entrada de la avenida Manró por la que inmediatamente se dirigieron hacia la corona exterior de Kristina en busca de uno de los canales de aguas de mar anegados once mil años antes en ejecución de un laborioso, largo y complicado plan de la más exigente ingeniería del subsuelo.

Cuando llegaron a los muelles Jaime pudo apreciar la importancia de aquel ciclopeo trabajo. Las aguas, en suave ondulación inducida sin duda desde el mar abierto, cubrían un canal de sesenta metros de ancho ampliamente iluminado. A ambos lados del canal, orientado derechamente hacia el oeste, corría una acera o carretera de descenso imperceptible, y sobre ella se abrían pequeños restaurantes y negocios muy elegantes y sobrios donde era posible detenerse a observar el tráfico lacustre. Macizos de flores y árboles ornamentales variadísimos adornaban encantadoramente el trayecto que Jaime iba siguiendo en uno de los vatas, el que había tomado el rumbo de agua entrando en ella por una suave rampa.

-¿Qué extensión tiene este canal, profesor Palezzo? Había preguntado Jaime.

-594 kilómetros exactamente (le dijo Palezzo). Pero no es todo él idéntico a este tramo, pues a lo largo de aquellos 594 kilómetros de longitud total hemos construido cuatro lagunas o estanques de mayores dimensiones y más o menos circulares: desde la Ponciana, que no tiene más de 300 metros de diámetro, pasando por la Sorena, con 500, y la Mora con 1.200 metros, hasta la Tula, que es la mayor, construida apenas a 150 metros de la salida final en el talud del Pacífico.

-¿Y esos 150 metros?

-Recobra en ellos el canal sus dimensiones normales, gradualmente desde el fondo de la Tula, hasta reducirse a sesenta metros de ancho en tubo cerrado y muy inclinado para ganar así la salida al talud. Esta salida, a 300 metros de profundidad, nos resultó facilitada por la ausencia de plataforma continental.

-¿A qué altura, hablando de coordenadas terrícolas, está hecho el trazo de este canal y sus lagunas?

-Seguimos el paralelo 19 de latitud sud, poco más o menos, para salir a mar abierto a la altura o en las proximidades de una aldea costera que lleva el nombre de Pisagua.

-La cuarta laguna, la Tula, le va a gustar, Jaime ( le decía Merlo). Tiene 9.100 metros de diámetro y allí están nuestras instalaciones y equipos de expedición exterior terrícola y el planetario.

## IV

Era, en efecto, hermosa la gran laguna con su amplia carretera de circunvalación y sus jardines, y estimulante el espectáculo de un centenar de platos voladores de diferentes tipos y tamaños que circulaban por ella o simplemente realizaban con su presencia inmóvil algún lugar de las orillas. Era no sólo un estanque o piscina deportiva profusamente iluminada, sino en realidad el puerto aeromarítimo de Kristina y un grato lugar de pesca más abundante que la que podían ofrecer las tres lagunas menores. Pero en las cuatro y a lo largo del canal se encontraron nuestros amigos con numerosos otros vatas en tierra y agua y con más numerosos kristianos entregados gozosamente al deporte de vuelo bajo con el equipo "Lucifer", o "angélico", que diría Jaime.

Ya en este proyecto comenzaron las primeras instrucciones para él sobre cómo dirigir y manejar una vata. Era sencillísimo, y Jaime adquirió el dominio suficiente en no más de tres días de idas y venidas desde Kristina al lago Tula y viceversa. Y, ya experto en la conducción de una vata, se pasó a enseñarle el uso del equipo angélico, uso que le costó varios chapuzones pero ningún accidente serio. Salvo aquella vez que, habiéndose elevado más de lo prudente sobre las aguas del Sorena, fue a tropezar violentamente con la bóveda de la laguna, saltando astillado el pequeño rotor, lo que le provocó un penoso estirón de tendones en el cuello y lo inmovilizó siete días, después de ser recogido de la laguna con una tonelada de agua en el estómago.

## V

Cuando Jaime pudo recibir sus licencias de vatero y lucifer, los ocho compañeros de sus varias jornadas deportivas le brindaron un bullicioso almuerzo de congratulación en el que menudearon alegres pullas y anécdotas ingeniosas o picarescas abundantemente rociadas de variados licores suaves pero estimulantes. En este almuerzo anunció el profesor Palezzo que, después de un día de bien ganado descanso, se haría la primera excursión, con Jaime, al exterior terrícola.

Y así fue.

Jaime estaba ansioso de ver el sol y bajo el sol las solemnes y queridas montañas de su paisaje nativo, de modo que desde la mañana del siguiente día, sábado, anduvo contando las horas de programación y espera.

En la madrugada del domingo se reunieron los ocho y partieron con rumbo a la laguna mayor, donde los esperaba un hermoso plato volador cuyo anillo de vuelo abordaron para ingresar a la plataforma central o gran cabina que se mostraba al descubierto con la translúcida capota recogida. Era ésta una especie de fanal o burbuja circular, de unos quince metros de diámetro, fanal provisto de un ancho anillo plano y giratorio que Asura le dijo tenía

16 metros de sección, lo que significaba –calculó Jaime- un diámetro total de 47 metros, 32 de ala anular y 15 de cabina al centro. Dentro de la cabina, donde sólo se dejó ingresar a uno de los vatas, se disponía de una docena de equipos lucifer para vuelos de altura. Esta cabina o burbuja –pudo verlo Jaime enseguida- contaba con dos niveles o pisos, y en el de abajo estaban la mayor parte de los mecanismos de impulsión y dirección.

Llegada la hora de viaje, el plato tomó el rumbo de la salida deslizándose blandamente sobre las aguas del Tula para enseguida sumergirse y desaparecer por el cañón de expulsión hacia la grieta del talud abierta por la ingeniería kristiana a 300 metros bajo el nivel superior de las aguas del Pacífico. Se proyectaba una inmersión prolongada hasta el meridiano 109 de longitud oeste, o sea, hasta poder emerger, en zona libre de ojos indiscretos, a unos mil kilómetros al norte de la isla de Pascua.

El viaje submarino resultó encantador, especialmente para Jaime, pues le permitió contemplar de cerca las mil maravillas del mar a distintas profundidades: las multitentaculares y venenosas anémonas del profundo talud continental; los lirios acuáticos de la flora bentónica; grandes estrellas marinas y esponjas y corales de la recién bautizada por los terrícolas con el nombre de “Cordillera de Sala y Gómez”; los grandes pulpos de monstruoso aspecto y cabeza armada de una especie de enorme pico de loro; calamares gigantes, como de 15 metros en sus apéndices tentaculares; tiburones de todas clases y, entre ellos, el extraño y temible pez martillo; enormes y deformes cachalotes como de veinte metros de largo; familias de simpáticos delfines y otros cetáceos; grandes cardúmenes de peces menores... , en fin, toda la rica fauna del mar en impresionante agitación por la competencia del bocado y la vida.

El viaje duró casi seis horas aunque el plato se desplazaba en el aire a no menos de cuatrocientos kilómetros por hora; pero es que se ingresó al fondo subacuático varias veces durante el trayecto sin otro propósito que el de recrear la vista de los pasajeros en el, para Jaime, insólito y desconcertante paisaje de la bautizada como “Elevación del Pacífico Oriental”.

Cuando el profesor Palezzo, capitán de la nave por derecho propio, anunció que se había arribado al punto previsto, todos se apresuraron a vestir el equipo lucifer. La nave ascendió suavemente desde los farallones del Monte de Elena hasta alcanzar la superficie, donde quedó flotando; la capota superior se abrió en dos mitades que descendieron lentamente hasta dejar al descubierto nada más que una plataforma que se continuaba sin desnivel en el ala anular. En el cielo brillaba un sol radiante, ya bastante alto, y a la altura del meridiano 109 eran ya las 8 de la mañana, puesto que, aunque se había salido de Kristina a las 5, por la diferencia horaria en función de las coordenadas polares, se había rescatado tres horas más o menos.

A una señal de Palezzo, que quedó en la nave reteniendo consigo a Asura, los otros cuatro y Kris y Jaime pusieron en marcha sus rotores capitales para luego dar el encendido de los pequeños retropropulsores que les permitieron alzarse sin dificultad alguna para luego

regocijarse en giros y contragiros y ascensos y descensos sobre el inmenso espejo marino, y allí fue que Jaime pudo recién gustar el maravilloso placer de volar con las alas propias e insuperable autonomía de maniobra. La consigna era no alejarse más allá de unos cien kilómetros del emplazamiento de la nave madre y probar bien, cada uno –sobre todo Jaime, claro está-, la eficacia de su propio equipo y su dominio o mando sobre él.

Pero la parte del programa que más emocionaba a Jaime Landa era el concurso que les había propuesto Palezzo, ya en Kristina. Se trataba de ver cuál de los seis, en viaje aéreo de retorno con los equipos lucifer, era capaz de alcanzar, como el primero, la chimenea del monte Illimani y luego, ingresando por ella, recoger, en el monumento de las manos entrelazadas, un obsequio-sopresa que él había escondido allí

Serían las diez de la mañana cuando el profesor los llamó a la nave madre para servirse un agradable desayuno de mariscos, pero, mientras lo hacían, surgió un pequeño incidente a que los kristianos estaban bien acostumbrados: se dejó ver en el horizonte una flota de tres máquinas terrícolas, dos acorazados y un barco de pasajeros y carga que se dirigían hacia el archipiélago de Tuamotu. Hubo pues que sumergirse rápidamente y continuar con el desayuno bajo el agua. Empero, cuando desaparecieron a la distancia los últimos rastros de los buques terrícolas, se salió de nuevo a la superficie y Palezzo dio la orden de apronte para la partida del concurso. Se hizo la cuenta final y, al abrir Asura los brazos en señal de partida, los seis se alzaron simultáneamente para tomar enseguida rumbo este hacia el Illimani, la famosa montaña del Exilio.

Se calculaba un viaje apresurado de unas cuatro horas como mínimo, puesto que los equipos Lucifer no podían desarrollar una velocidad superior a los doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Cuando los seis desaparecieron a gran altura, la nave madre cerró su capota y emprendió a su vez el retorno volando a baja altura pero a gran velocidad a fin de alcanzar en menos de tres horas la Tula subterránea bajo el desierto de Atacama. Palezzo y Asura querían darse el gusto de esperarlos sentado al pie del monumento de la Geología.

Como a los doscientos kilómetros de vuelo comenzó a atrasarse Jaime, menos entrenado, naturalmente, que sus compañeros, pero Kris tenía ya alguna ventaja sobre todos. Había tomado mayor altura inicialmente para luego lanzarse en picada sobrepasando el máximo rendimiento de su máquina con ayuda de la gravedad terrestre. En cambio Osma se rezagaba como penúltima, y a la postre, cuando ya todos tenían a la vista la cordillera de los Andes Orientales, emparejó galantemente con Jaime, de modo que la última media hora de la competencia fue solo un duelo de tres: Kris siempre a la cabeza y, a no más de unos veinte kilómetros de ella, Krato y Kayna. Merlo tenía una buena distancia perdida, quizás unos cien kilómetros. Pero Krato y Kayna contaban con una ventaja de cuatro o cinco minutos a su favor que Kris tendría forzosamente que cederles, puesto que el primero en llegar a las puertas de la chimenea, perpetuamente cerrada por una gruesa plancha natural de hielo, tenía que disolverla para todos con ayuda de su propia rayo-pistola.

Kris llegó efectivamente primera, pero en el momento en que se metía por la boca de la chimenea aterrizaba Krato a diez pasos de ella para seguirla en carrera. Ahora se trataba de despojarse del equipo y lanzarse a todo correr por el curso de la chimenea, y éste fue el momento que pareció decidir las cosas a favor de Kris, pues Krato se enredó, perdiendo por lo menos diez minutos preciosos, y, aunque trató de recuperarlos lanzándose por un talud de 60 grados que cortaba la ruta interior, no pudo evitar que Kris montara primero en uno de los seis vatas que los esperaban a quince kilómetros de la boca de la chimenea.

Al volante del vata Kris partió como una exhalación hasta parar su coche, seguida por Krato a no más de 40 metros, a los pies de la escalera de acceso al patio-terraza de la Torre Aurirroja. Dejó el coche y subió a grandes zancadas como un cabrito asustado y aterrizó por fin, toda excitada y anhelante, en los brazos de Asura, para ser luego besada por Palezzo y el propio Krato perdedor pero segundo en la formidable carrera.

Unos veinte minutos más tarde llegaron Osma y Jaime, éste muy orgulloso, por cierto, al conocer el triunfo de su amada, ya que, por lo demás, en ningún momento pensó que podría él mismo ganar el concurso frente a competidores de larga experiencia.

-Pero no habría podido ganar aún en el hipotético caso de que hubiera llegado primero que todos a la cumbre del Illimani (comentaba Jaime con sus amigos). Había olvidado un detalle...

-¿Cuál? - Preguntó Kris.

-Nadie me indicó ni yo conocía el punto preciso de la plancha helada que sirve de tapón a la chimenea.

-¡Pues es verdad! Exclamaron todos a coro.

-Te haremos justicia, Jaime (terció Palezzo) brindándote una nueva oportunidad en fecha próxima.

-Me doy por ampliamente satisfecho con el triunfo de mi amada, respondió Jaime, pero sin duda que correré una segunda vez el albur de este bello concurso.

.-Bueno (dijo Palezzo), Kris puede tomar su trofeo de entre los dedos del monumento. Que Krato, como segundo ganador, se encarama y me lo traiga. Yo se lo entregaré.

Krato extrajo de algún pequeño hueco del monumento un estuche en cuyo interior había un anillo con un enorme brillante.

-Kris, dijo el profesor, he aquí el trofeo que tu singular esfuerzo y tu pericia te han conquistado. Guárdalo como recuerdo amable de esta simpática competencia.

El diamante habría parecido muy codiciable a cualquier terrícola, pero, en realidad, no era sino la tapa de rosca de un gránulo negro y éste no otra cosa que una reducción admirable del mapa del Pacífico meridional. Empuñando la mano adecuadamente, con la sortija puesta en el dedo medio y oprimiéndole un botoncillo casi imperceptible dentro de una habitación

obscura, el gránulo se proyectaba en el muro de enfrente y desplegaba, el detalle, una extensa zona del Océano Pacífico desde Nueva Zelandia hasta las Américas.

No hay para qué decir que el obsequio encantó a todos, pero especialmente a Jaime y Kris cuando reunidos en la casa de estos últimos se pusieron a examinar el mapa comprobando su gran exactitud y su prolijo detalle.

## VI

Bajo un cielo azul profundo se levantaban, en torno del grupo de amigos, algunas rocas oscuras pero salpicadas del blanquísima nieve. Hacia abajo el panorama era vastísimo. Por el oeste una ancha franja del Pacífico se veía surcada de naves, acaso un centenar, de todo tipo, barcos caleteros, seguramente, que visitaban los puertos chilenos transportando frutas, legumbres o pescado, o mercancías manufacturadas. Sobre el ancho espejo del mar la luz del sol quebraba una lluvia de flechazos iridiscentes. Más cerca, los expedicionarios podían advertir la presencia de numerosos centros poblados, ciudades mayores y aldeas campesinas desperdigadas a lo largo de la costa, y alguna que otra montañera en los niveles más bajos de la formidable cordillera.

-¿A qué altura estamos? Había preguntado Jaime a sus amigos.

Estamos en la cumbre del Aconcagua, bien medida por vosotros los terrícolas en siete mil metros sobre el nivel del mar (le respondió Osma).

-Hay unos pocos metros en disputa, agregó Merlo, pero supongo que ello depende simplemente del punto concreto de la medición..., ésta o aquella roca de la cumbre.

En efecto. El mismo grupo de amigos de la primera salida al exterior había organizado esta vez un programa de realización impracticable para un terrícola. Llevados en cápsula voladora hacia un punto perdido en el Pacífico Sur, se había propuesto un viaje de cuatro días a la Antártida, con dos escalas definidas: la cumbre del Aconcagua, ya conquistada en 1897 por el terrícola Edward A. Fitzgerald y sus compañeros, y la temida y desconocida cumbre Antártida del Fridtjof Nansen, a 5.790 metros sobre la helada planicie del Mar de Ross. Naturalmente, los kristianos conocían en detalle la Antártida y solían, como esta vez, visitarla en lugares alejados de los puestos de estudio terrícolas, perfectamente protegidos del tremendo frío, que alguna vez había descendido hasta 88 grados bajo cero, dentro de sus trajes herméticos y agradablemente entibiados a la temperatura del cuerpo.

Después de haber contemplado por espacio de unas tres horas, el magnífico paisaje presidido por el andino coloso, la cumbre más alta de América, con la verde franja chilena y las innumerables colinas blandas de descenso hacia las llanuras del este argentino, partieron con rumbo sur en sus equipos lucifer, no sin antes elevarse prudentemente a unos catorce mil metros de altura.

El blanco y resplandeciente paisaje de la Antártida, desde la cumbre del hosco Nansen, resultó para Jaime algo emocionante y único, aunque a sus compañeros les interesaba más acercarse, cuando esto era posible, a los refugios de los elefantes marinos, las grandes manadas de focas y las poblaciones de hieráticos pingüinos, inmóviles y tiesos como ejércitos de obuses de acero reluciente, o como gliptetecas de negros aerolitos en las planicies de Adélie y otros lugares.

Cerca de la Península de Palmer pudieron todos regocijarse contemplando una guardería infantil de pingüinos. Había como sesenta pequeños muy formalitos en una depresión del helado suelo, contemplando inmóviles y agrupados como en un aula de meditados universitarios al “maestro”, un pingüino adulto que ante ellos y a cierta distancia parecía dictar su cátedra con entera concentración y silencio. Sólo dos, muy pequeños, se habían acercado a su vientre para sentirse más seguros.

-¡Qué cuadro encantador! Decía Asura.

-¿Y qué es de los otros mayores? Indagó Jaime.

-Están de pesca no muy lejos. Seguramente el “maestro” o niñera ha de ser reemplazado cuando alguno de los ausentes lo considere prudente o haya dado por terminado su programa de pesca.

## VII

La tercera excursión proyectada, después de aquella visita a la Antártida, tenía a Jaime especialmente intrigado, pues se le había anunciado que esta vez el viaje sería programado para varios días de permanencia en el interior de un plato volador, el que se proponía dar por lo menos una vuelta a la Tierra.

Se había fijado esta excursión para el 14 de mayo, fecha en la cual, de acuerdo a lo programado, el plato que condujo a los excursionistas en compañía de Palezzo se sumergió en la Tula para tomar la salida submarina habitual bajo el desierto de Atacama. Ya en mar abierto, siguió unos trescientos kilómetros bajo el agua y hacia el oeste para luego emerger a la superficie, libre de ojos terrícolas, y enseguida elevarse hasta unos 27.000 metros moviéndose esta vez hacia el norte en busca del trópico de Cancer, pues la idea era seguir el rumbo de esta línea celeste de nuevo hacia el oeste. De este modo, el plato volador alcanzó, en no más de unas seis horas, el cielo de la península californiana y la costa de la mexicana Sinaloa sobre la activa ciudad de Mazatlán, puerto de salida de muchos cargueros para el recojo y distribución de minerales de plata y cobre, pescado y frutas.

Justo muy poco al norte de Mazatlán se detuvo el plato, completamente invisible desde tierra, para brindar a los viajeros una amplísima vista sobre el estrecho golfo y el pequeño poblado de La Paz y su bahía hacia el oeste próximo. Había algunas lanchas surcando las aguas costeras y se escuchaba, muy claramente a pesar de la distancia, ruidos metálicos y

sirenas. La serranía de San Lázaro era muy visible al sur de la Bahía de La Paz así como varias aldeas de pescadores hasta el Cabo de San Lucas. Por el este el paisaje se mostraba muy quebrado por una cantidad de colinas en sucesión ascendente hacia Durango y por lo menos tres cortos riachos vaciaban sus turbias aguas apuradamente en el mar.

Sobre Mazatlán se sirvieron todos, alegremente un sabrosísimo menú abundante en proteínas para luego proseguir viaje directamente hacia el oeste. Jaime tenía a su disposición los poderosos equipos telescópicos con que la nave contaba, equipos que le permitían seguir sin dificultad alguna los bulliciosos escarceos de alguna manada de delfines y aún los vuelos de exploración y asalto de aves pescadoras como albatros y gaviotas.

Algunas horas más tarde sobrevolaban el archipiélago de Honolulu y hacia el atardecer la bella isla de Formosa. Siempre con rumbo oeste, pudieron regocijarse con el espectáculo de la selva y los grandes pantanos del Vietnam, Burma y el norte de la inmensa península indostánica hasta el golfo de Omán a donde llegaron con las primeras luces del día siguiente después de muchas paradas y descensos a prudente altura cuando las circunstancias lo permitieron y luego de unas siete horas de bien ganado sueño.

-Vas a ver de cerca, Jaime (decía Palezzo), las rutas de quemante arena que hace unos 1.350 años transitara, sediento y sudoroso, uno de vuestros grandes líderes, un camellero hirsuto, moreno y ágil: Ibn Abdallah Abul Kaseem.

-¿Mahoma, profesor?

-Sí, "El Alabado", que esto significa la voz "Mahoma".

-¿Qué tal si nos repite su historia, profesor mientras surcamos los cielos de Arabia Saudita? (Consultó Kayna).

-Con mucho gusto, pues la conozco bien a través de mis estudios de los antiguos medios de transporte en esta parte del mundo terrícola, donde muy en breve vamos a contemplar, desde la altura, la marcha de algunas caravanas de camellos exactamente como lo hacía el Alabado hace trece siglos. Pero antes de hablar de Mahoma es importante recordar otra vez al viejo Abraham judío y su credo solar, pues él resultó ser el último heredero personal de una reliquia increíblemente conservada de generación en generación, a lo largo de algo así como 18.000 años: la uña-sauna del viejo Adán.

-¿Qué es ello, profesor? Preguntó Merlo.

-He usado una expresión andina que se puede traducir por "tritador-almohada" para referirme al famoso aerolito que Toradán se llevara de las cavernas de Kristina como único recuerdo de la casa que fue suya.

-Pero... ¿La habéis identificado? (Preguntó Jaime).

-Sí, plenamente. Ya unos cien años antes de que la recibiera en sus manos Abraham tuvimos noticia de la veneración de los beduinos por esta piedra y de la versión que sobre su origen corría unánimemente. Abrigamos entonces el deseo de investigar el caso y destacamos a dos kristianos a fin de que buscasen rastros orgánicos en el aerolito y examinasen su estructura. Y...

-¿Y...? - Preguntó Jaime, ansioso.

-Y pudimos establecer claramente dos hechos elocuentes: el primero, que la cuenta de radioactividad perdida por algunas células que se habían conservado muertas dentro de una minúscula depresión del guijarro remitía exactamente a la fecha de nuestro arribo a la montaña-bajel; y, segundo, que la estructura del aerolito es gemela de los que quedaron en la caverna de Kristina justamente en el recinto que frecuentaban Toradan y Lieva hace 22.116 años.

-¿Así pues, el propio Adán usó la uña-sauna de Abraham rompiendo cocos, o moliendo cereales y apoyando en ella la cansada cabeza sobre quizás un trozo de cuero de camello?

-Así resulta. Pero lo que más sorprende es la fidelidad y perseverancia que permitieron al venerable aerolito llegar hasta la tribu de las gentes de Abraham en aquéllos días en los que el patriarca judío buscaba en el desierto a su segunda esposa, Agar.

-¿Qué ocurrió con ella?

-Ocurrió que Abraham tenía dos esposas: Sara y Agar. Sara había sido la primera, pero parecía estéril. En cambio, Agar le dio a Abraham su primer hijo, Ismael, a los nueve meses de su ingreso al hogar. Sara, entonces, en competencia con su rival y co-esposa, se empeñó tan asiduamente que algunos años después pudo presentar a Abraham un segundo hijo, Isaac.

Sara ejercía gran influencia sobre el patriarca. Sus encantos naturales y su sagacidad le otorgaban segura ventaja sobre la humilde Agar e Ismael. Pero Ismael era, de todos modos, el primogénito, lo que tenía a Sara continuamente conturbada y preocupada. La primogenitura otorgaba derechos preferenciales indiscutibles a favor de Ismael y en daño de Isaac, el hijo de sus entrañas. Entonces comenzó a hilar fino una serie calculada de insinuaciones que despertaran en el marido el descontento y el reproche contra Agar e Ismael y, cuando su perspicacia natural le hizo ver que había ya madurado en el ánimo de Abraham una actitud de inminente repudio contra la segunda esposa, lanzó su dardo final: "Agar no estaba satisfecha en el hogar común, extrañaba a los suyos de la tribu paterna y hallaba que Abraham había envejecido demasiado y era poco menos que intolerable..."

Esta insidiosa y seguramente falsa información de actitudes y frases que Sara había atribuido a Agar fue más que suficiente para provocar la reacción prevista. Abraham expulsó a Agar e Ismael y les ordenó alejarse por las rutas del desierto en busca de la tribu a que ella pertenecía. ¿Para qué retenerla a su lado si no lo amaba?...

Pero Abraham guardaba un tesoro por el que sentía adoración: el aerolito de Toradán, y había aleccionado a sus esposas e hijos en sentido de que aquel reluciente guijarro envuelto devotamente en seda poseía virtudes mágicas insuperables y maravillosas, de modo que Ismael, adolescente animoso en la hora de la desventura, resolvió hurtar la misteriosa piedra rojinegra a tiempo de abandonar la casa paterna. ¿No era él el primogénito injustamente despojado?... Y así lo hizo sin que Abraham se percatase del robo, puesto que el bulto de sedas parecía en su lugar, sólo que Ismael había substituido el aerolito con algún terrón de forma semejante.

Agar e Ismael partieron con rumbo al Mar Rojo por las rutas del desierto, llevándose Agar un pequeño atado de provisiones de boca e Ismael el aerolito. Pero pronto las provisiones se acabaron y la sed comenzó a torturar el pecho de ambos.

Por fin llegaron a la extenuación en alguna colina arenosa no muy alejada del Mar Rojo, pero lo bastante como para darse cuenta de que no podrían seguir adelante. Los oídos le zumbaban a Agar que caminaba como un fantasma, enflaquecida y al borde de la muerte por inanición. Entonces Ismael oró desesperado con la frente apoyada en el que ahora le parecía tremendamente pesado aerolito y le pidió la vida de su madre, luego de lo cual empuñó la piedra a guisa de Azadón y comenzó a hurgar en la quemante arena febrilmente hasta que ¡Oh prodigio! Habiendo cavado un hoyo como de metro de profundidad, brotó, como de milagro, un claro manatial de aguas frescas. Madre e hijo, entonces, se prosternaron ante la piedra negra de tan antigua historia y, después de saciar su sed abundantemente, se dedicaron con gran empeño a ensanchar el hoyo que cada vez desbordaba más, hasta que al fin dieron con la grieta obturada que daba paso a la maravillosa fuente.

Cuando la primera caravana se tropezó con ellos e hizo escala en aquel lugar, la gente quedó asombrada y atónita, dando por demostrado que la piedra de Ismael poseía virtudes milagrosas. No tardó, por cierto, la noticia en pasar de boca en boca y de una caravana a la otra en versiones cada vez más adornadas y dramáticas.

Lo sucedido así a Agar e Ismael llegó al cabo a oídos de Abraham que ya había llorado muchos días la desaparición del aerolito maldiciendo a la esposa y al hijo repudiado. Pero al saber aquello comprendió o creyó entender que la venerable reliquia de sus antepasados intercedía por ellos censurando indirectamente su propia actitud como injusta. Se puso pues inmediatamente en camino haciéndose guiar hasta el lejano arenal donde no menos de treinta tiendas de campaña habían ya formado una pequeña comunidad que honraba al guijarro, con él, a la repudiada esposa y a Ismael.

Así llegó Abraham hasta ellos, les dio rendidas explicaciones, los abrazó y los besó, para luego ordenar la construcción, a sus expensas, de un sólido recinto cúbico de cantos grises donde se guardaría para siempre la famosa piedra negra y se la honraría por las generaciones venideras hasta el fin de los siglos. En ello quiso también Abraham representar un símbolo de su adoración solar cuando dispuso que el gran cofre de piedra orientase sus

aristas según la rosa de los vientos y que el aerolito mismo se fijase en la arista que señalaba el punto medio de la salida del sol, padre y madre de cuanto alienta en la Tierra.

Pues bien, en aquellos punto y hora se fundaba así, sobre la base de unas tiendas de camelleros y el Cubo del Aerolito, la ciudad de La Meca que hemos de contemplar ahora desviándonos un poco hacia el sur de nuestra ruta.

## VIII

El plato volador torció en efecto a la izquierda con rumbo sur hasta colocarse directamente sobre la antigua y venerada capital religiosa del Islamismo.

La ciudad aparecía edificada en las faldas del estribo más elevado de la meseta arábica, en un amplio valle rodeado de colinas de baja altura. Numerosos edificios de tres y cuatro pisos y alguno que otro bastante más alto, posiblemente hoteles, rodeaban el recinto central más significativo: una plazoleta o gran patio rectangular, de unos doscientos metros de eje mayor, cercado por un pórtico o columnata de arquitectura morisca que sostenía, sobre otros tantos pilares finamente labrados, unas ciento cincuenta cúpulas puntiagudas.

Había alguna gente en el recinto, especialmente en torno al famoso cubo o “kaaba” que se mostraba en el centro mismo del patio, envuelto en grandes paños de seda negra en los que los viajeros podían distinguir inscripciones arábigas.

-¿Las conoce usted, profesor Palezzo? (preguntó alguno)

-Sí, son versículos de El Korán, el libro sagrado en que los discípulos de Mahoma reunieron y ordenaron las ideas de El Alabado.

En torno del venerable cubo se levantaban otras edificaciones menores: dos kioscos cuadrados que no parecían tener otro objeto que brindar algo de sombra a los visitantes; otro, adornado de cúpula, hasta siete torrecillas o minaretes y, finalmente, un edificio de dos pisos provisto de amplios aleros.

-¿Qué serán? Preguntó Jaime.

-El más alto es la tumba del viejo Abraham, o, al menos, por tal se lo toma entre los creyentes del Islam, y el edificio de los anchos aleros protege la famosa fuente de Ismael cuyas aguas siguen siendo objeto de muy justificado fervor.

## IX

En esta ciudad (continuó Palezzo) nació el apasionado camellero que nuestros dirigentes de Kristina eligieron con el fin que hoy sería acaso modesto pero que por aquel tiempo representaba un importante paso hacia la superación de la actitud mágica... con el fin

de liquidar la proliferación de fetiches y el multianimismo que había convertido en pequeñas divinidades tribales o de grupo una gran cantidad de objetos del mundo natural. Ciertas rocas o colinas o palmeras o arbustos, etc. eran objeto de un culto mágico cada vez más anárquico.

Hijo póstumo de Abdullah y Aminah, pues el padre había muerto unos meses antes, vino al mundo un robusto muchacho de la estirpe de los koreisitas, muchacho que la madre entregó a su suegro Abú Al-Muttalib, un personaje dirigente de la ciudad, a fin de que apadrinase su bautismo ante el recinto del venerable aerolito adánico. Abú Al-Muttalib le puso por nombre “Kutam” y, como quiera que el niño había recibido, durante la ceremonia, un diluvio de elogios de parte de parientes y amigos, agregó a su nombre de Kutam el de “Mahoma”, esto es, “el alabado”, pues el chico prometía ser muy inteligente, o, al menos, así lo suponía el enamorado abuelo.

Tendría el muchacho seis años de edad cuando perdió también a su madre, quedando, así, bajo el cuidado del amante abuelo, quien le fue enseñando todo cuanto sabía con relación a las tradiciones tribales y a la extraordinaria historia del aerolito, a las costumbres y creencias de los pueblos vecinos y a los misterios del gran desierto por el que era posible llegar al mar tomando cualquier ruta.

Por fin murió también el abuelo, y el pequeño Mahoma tuvo que ser recogido por un tío, Abú Talib, viajero impenitente y guía de caravanas a la vez que experto comerciante en camellos. El tío aprovechó al chico en sus establos confiándole la limpieza diaria de los mismos y el aseo de las pesadas y pacientes bestias, en cuyos brillantes y grandes ojos siempre muy abiertos, creía ver Mahoma los ensoñados paisajes de aquellos remotos países de donde llegaban cubiertos de polvo y rendidos de fatiga después de ausencias que duraban varios meses.

Cuando Mahoma alcanzó la adolescencia y Abú Talib le creyó capaz de serle útil en sus viajes, lo llevó consigo, brindándole, de tal modo una preciosa oportunidad de contactos con los pueblos del sur, del este y el oeste, en el mar Rojo, el Golfo Pérsico y el Mar Mediterráneo; con los pueblos de la Mesopotamia remotos; con las comunidades de Siria y Palestina y, salvando el Mar Rojo, con las impresionantes y monumentales ciudades de Egipto.

El intercambio de informaciones y la discusión de problemas de toda índole con hebreos, judíos, árabes y egipcios habían brindado al muchacho la descripción panorámica y más o menos completa de un mundo de creencias, mitos y leyendas muy difíciles de cohonestar entre sí; tribus y ciudades en perpetua lucha por el predominio; dioses y diosecillos de toda laya en airada rivalidad unos con otros; versiones contradictorias sobre hechos y cosas que a veces parecían ser los mismos pero que resultaban, otras, no siéndolo; el caos, en fin, para un espíritu sediento de definiciones claras dentro de lo que pudiera contribuir a una que Mahoma sentía como necesaria unidad de pensamiento.

Por fin nuestro ya experto y bien informado camellero decidió, a los veinte años, independizarse y trabajar por su cuenta y riesgo como guía de caravanas, puesto que había recorrido ya muchas veces todas las rutas conocidas del Asia Menor y sabía cómo había que

prevenir los peligros de la sed o las asechanzas de las tormentas de arena; cómo retomar una ruta perdida, o dónde hallar un esmirriado oasis salvador, así cómo y dónde proteger y curar a sus animales fatigados o enfermos.

Mas lo que le permitió consolidar su independencia y lo estimuló a hacerlo con grandes posibilidades de éxito fue su unión con una viuda rica pero aún interesante: Khadija, dama influyente de su ciudad natal. Su apoyo económico le fue utilísimo en la ampliación de sus negocios de transporte y guía a través del desierto y hacia todos los puntos importantes de la costa peninsular sobre los tres mares. Esa ayuda le permitió, sobre todo, dedicar mucho tiempo a la meditación de los problemas del mundo que él consideraba más importantes: los del hombre con la divinidad y su destino eterno, puesto que lo mágico y lo esotérico eran plenamente en su tiempo la fuente primordial de los grandes patrones de la cultura. Había que recoger de la magia judía, y de la hebrea sobre todo –se dijo al cabo Mahoma-, la idea de un único poder sobrenatural y unipersonal: “Alá es el único y reside inasible en toda cosa y todo pensamiento... Alá es el creador de cuanto existe ante los ojos del hombre... Alá gobierna la historia y legisla la conducta en el sentido del bien y la virtud... No hay más que Alá y... ¿Quién es ahora su profeta?...”

## X

A esta altura del relato la nave comenzó a desplazarse hacia el norte para retomar el trópico de cáncer a unos cuatrocientos kilómetros de La Meca.

-Estamos ahora sobre Medina (dijo Kayna), la ciudad del desierto que guarda los restos de Mahoma en la suntuosa mezquita que..., acércate a los telescopios, Jaime, podemos ver con toda claridad destacándose entre los demás edificios menores de caprichosas azoteas en blanco reluciente.

-Le escuchamos, profesor Palezzo (intervino Merlo). Nos ha dejado usted, ansiosos, en el punto culminante del relato de la vida de Mahoma.

-Bien, continúo.

El noveno mes de todos los años, el “mes de Ramadán”, estaba dedicado, de acuerdo a la más antigua tradición, al culto mágico y la hechicería bajo la forma de invocaciones de la divinidad y continuas oraciones y ayunos, lo que movió a Mahoma a instituir en su casa y para los suyos la costumbre de retirarse, durante aquellos treinta días de cada año, a una perdida cueva del desierto donde acaso se dejara escuchar la voz del Hacedor, del Regidor, del dios único cuya presencia real anhelaba.

En Kristina, seguía Palezzo contemplando el infinito arenal sobre cuyos colchones de viento se denunciaba alguna que otra manchita verde como un insecto perdido y apenas sobreviviente, seguíamos paso a paso la vida íntima del afortunado e inquieto camellero a quien habíamos ya elegido para liderizar el movimiento unificador y humanizador de las viejas

representaciones de los poderes ocultos. Deseábamos conducir al mundo árabe en la misma dirección que el hijo de Kredíos diera a la magia seis centurias antes.

Pues bien, los retiros anuales de Mahoma en el desierto nos brindaron una coyuntura ventajosamente aprovechable, de modo que una noche descendió hasta su ignorada cueva uno de los nuestros, Gabriel, en su habitual equipo lucifer, mientras su hermano Caneto lo observaba desde arriba.

Gabriel había sido entrenado en el conocimiento del árabe, pero no sabía, o no se le dijo, que el camellero era analfabeto, de modo que, cuando se le presentó a él, estupefacto por cierto de tal aparición, y lo invitó a leer unas notas que había llevado consigo para ayudarse en su primer diálogo e ilustrar a Mahoma sobre quién era y a qué venía, nuestro rudo camellero le expresó que no sabía leer y le pidió que le explicase de viva voz el asunto de su desconcertante visita.

Gabriel, entonces, chapurreando el árabe, trató de explicar al camellero que su misión, junto a él, no era otra que la de otorgarle la confianza en relación con sus propias y ya adquiridas convicciones que pretendían hacer de Alá un dios único, predicando con ello la solidaridad y la fraternidad; que él venía de un mundo inaccesible a las gentes que habitaban la superficie terrestre, pero que deseaba hacerle saber la aprobación y aún los auspicios del Gran Conductor si acaso Mahoma se resolviese a intentar una cruzada de aleccionamiento masivo ente las gentes de su raza.

Después de este primer encuentro Gabriel desapareció en las sombras de la noche para retornar a la nave que lo había llevado y buscar nuevas instrucciones, pero no sin antes haber prometido al conturbado camellero que volvería más de una vez para seguir conversando.

Cuando pasó aquella desusada entrevista y Mahoma se repuso de la sorpresa pensando que había soñado todo aquello, encontró, sin embargo, que su visión del mundo había cambiado. Se sentía notablemente seguro de sí mismo y ya veía en las ciudades que iba a visitar, sobre todos en La Meca, una especie de coto de caza para sus afanes mágico-religiosos. “Los suyos estaban descarriados... El sacerdocio, corrompido... Las grandes y auténticas verdades, adulteradas o grotescamente disfrazadas... ¡Algo había que hacer y era posible hacer!”

Después de mucho dudarlo se decidió Mahoma a confiar sus secretos a Khadija, expresándole que aún no había decidido claramente si aquella entrevista de unas noches antes fue un sueño, o aconteció realmente.

-Es fácil constatarlo, le dijo la esposa.

-¿Cómo?

-Déjame acostarme no lejos de ti. Yo me acomodaré escondida detrás de una roca y te vigilaré, y sabré si estás delirando o sonambuleando, o... si el ángel Gabriel está de verdad junto a ti.

Así lo hicieron, y cuando un par de noches después descendió Gabriel silenciosamente y se coló en el aislado retiro que Mahoma se reservaba para sí solo, Khadija pudo ver con sus propios ojos a nuestro kristiano con el rostro iluminado por el halo de su rotor capital en el momento en que saludaba a su marido.

Platicaron esta vez más largamente, Gabriel y Mahoma, con ayuda de las notas escritas que aquél volvió a traer consigo tratando de hacerle ver que la separación o discriminación de castas es un error desgraciado; que todos los hombres son iguales si se trata de derechos, ventajas u obligaciones; que era indispensable la desaparición de la idolatría y el fetichismo, en beneficio de todos y sobre la base de un principio único encarnado en la voluntad de una inteligencia superior; que había que ser veraz y sincero, consecuente y digno, etc.; que, en fin, él, Mahoma, debía tomar a su cargo la enseñanza de una nueva fe coincidente, en líneas generales, con las enseñanzas de los hebreos y los judíos inspirados en las prédicas de Jesús.

Cuando Gabriel halló oportuno alejarse de la cueva y Mahoma y Khadija se vieron solos mientras el kristiniano se perdía en la oscura inmensidad, se abrazaron intensamente emocionados y resolvieron llamar a un letrado que inscribiese en adelante las que para Mahoma era, sin duda, revelaciones divinas. Así tuvieron a su lado, desde entonces, a Abú Bekr, a quien ambos convencieron fácilmente de cuán verdaderas era las pláticas nocturnas del camellero y Gabriel. Pero, además, Khadija se empeñó para animar a su esposo a que ensayase de una vez sus primeros contactos con el pueblo de La Meca y hablase clara y resueltamente del nuevo mensaje que se le había encomendado por los altos Poderes que Gabriel representaba.

Así estimulado por la gran fe de su esposa, Mahoma retornó a La Meca después de una serie de cumplidas citas con “el angel” y empezó a predicar como lo hiciera el hijo de Díos seiscientos años antes. Su emocionada palabra se estrelló sin embargo ante un muro de indiferencia, burlas y sarcasmos. La gente se resistía, como era de temer, a aceptar sin beneficio de inventario sus maravillosas historias por las que el analfabeto camellero resultaba el elegido, el privilegiado, el confidente único sobre la Tierra de un dios, único también, que no admitía ni la posibilidad de otros iguales o siquiera menores sobre los vientos y los mares y las colinas y las estrellas.

-¿Qué hacer?! Se decía desconcertado el camellero.

-Insistir, le respondieron a dúo Khadija y Abú Bekr.

Y así lo hizo Mahoma, sin desmayo, sostenido por el testimonio de la esposa y el escriba, hasta que comenzaron a formarse grupos de convencidos y finalmente, gentes con cuya colaboración y respaldo creció rápidamente su prestigio y la autoridad de su palabra.

Sin embargo los círculos dominantes veían con recelo, en la Meca, lastimada su fe y veneración por los numerosos fetiches que el flamante y presuntuoso profeta se proponía derribar, y, con la ayuda de los muchos hechiceros comprometidos en ello, acabaron por amenazarlo de muerte e intentaron efectivamente asesinarlo.

Mahoma, entonces, huyó a esta ciudad que tenemos debajo de la nave (continuaba Palezzo), la norteña ciudad de Yatrib –que así se llamaba-, y aquí se refugió sin dejar de predicar la nueva fe unificadora bajo el lema que ahora lanzaba desafiante y abiertamente: “No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta. Yo soy su profeta”.

De ese modo, la noche del 20 de junio de 622 se convirtió en la fecha más significativa del Islam, y ese año, el año de la Huida, el Anno Hégira, el fundador de una nueva era histórica no sólo para el mundo árabe, sino para gran parte del mundo occidental en el que algún tiempo después se harían presentes los estandartes del profeta beduino. Para entonces esta ciudad, Yatrib, había sido bautizada con un nuevo nombre en honor de Mahoma: “la ciudad del reino del profeta”, esto es, Medina al Nabú.

## XI

El hombre que organizó una embestida a fondo contra Mahoma (continuaba Palezzo) cómodamente arrellanado en una butaca flexible del flotante platillo) era un rival de su oficio, un tal Abú Sofián a quien nuestro ferviente camellero había inferido una muy grave ofensa que aquél se guardaría en el corazón para cuando llegase la oportunidad de la revancha.

-¿Qué ocurrió?

-Ocurrió que, cuando Mahoma contaba con no más de 21 años y en camino hacia la remota Mesopotamia, se tropezó en el desierto con una caravana que venía con rumbo contrario de retorno a la ciudad de Yatrib, y el guía de la desconocida caravana, muchacho de la misma edad probablemente que Mahoma, había adornado una palmera del pequeño oasis en que se cobijaron ambas caravanas para pasar la noche, prohibiendo luego a la gente de Mahoma que se acercase a ella, pues era “un árbol sagrado y protector de la estirpe” en la que Abú Sofián era ya o se sentía el líder, puesto que su anciano padre había dejado de hacer estos largos y penosos viajes, limitándose a organizarlos desde Yatrib.

Empero, Mahoma, ya hacía algún tiempo predispuerto contra la hechicería anárquica y el fetichismo y con la idea en germen de un dios único e inasible que no podía admitir rivales fantasmales escondidos en las cosas o los árboles, llevó sus camellos justamente bajo la palmera de Sofián y hasta se permitió orinar en su tronco para mostrar a sus amigos que aquello que el otro camellero sostenía eran puras pamplinas. No tardó por cierto en armarse una tremenda algarabía con la consiguiente repartija de golpes de látigo y puntapiés que dejaron muy mal parado y completamente derrotado a Abú Sofián.

Aquello había ocurrido hacía la friolera de treinta años, o algo así, pero Abú Sofián era terriblemente rencoroso, de modo que, cuando Mahoma se presentó el 622 en Yatrib acogido bulliciosamente por toda la población, aquel se marchó indignado hacia el norte y organizó, sin pérdida de tiempo, una partida de rufianes resueltos a liquidar al “intruso”.

La oportunidad favorable para el asesinato se le hizo patente muy poco después, cuando enviados confidenciales de La Meca, resentidos como él contra el profeta, le ofrecieron su ayuda.

La gente de Sofián comenzó a vigilar los movimientos de Mahoma en las vecindades de Yatrib hasta que alguien les informó del lugar preciso en que el profeta, que gustaba de apartarse completamente solo en las noches con la secreta esperanza de una nueva visita de su alado amigo de marras, se recogería a descansar.

Pero el traidor informante jugaba a dos cartas con el fin de explotar por igual la generosidad de dios y la del diablo. Así que, tan pronto como Sofián le dio aviso de la manera, punto y hora en que los matones se harían presentes en el refugio de Mahoma, se lo hizo saber a éste a cambio naturalmente de un jugoso obsequio de sal y dátiles. Mahoma, entonces, acostó en su lecho a su primo Alí y se retiró a una cueva vecina en la monte Tauro en espera de los acontecimientos. Junto a Alí se habían escondido unos doce musulimes debidamente prevenidos, de modo que, cuando los asesinos se presentaron con los desnudos alfanjes sobre el cuerpo de Alí, cayeron sobre ellos, surgidos de las tinieblas y así los doce musulimes dieron cuenta rápida y acabada con los cinco potenciales homicidas.

Aquella criminal intentona fue inmediatamente explotada en Yatrib y los pueblos vecinos para poner en cueros a los enemigos del profeta, creciendo como la espuma de la leche al fuego su prestigio y popularidad que desde aquel incidente le permitieron ganar una ya indiscutible y definitiva superioridad sobre todos sus adversarios.

## XII

-Aquí, en Yatrib, fue que Mahoma organizó a sus adherentes en un verdadero ejército y fue entonces que bautizó a su credo con el nombre de “Islam”, en el sentido de “sumisión al dios único”. En tal trance y ante el peligro de una incursión punitiva por parte del profeta, sus enemigos de La Meca resolvieron enviar ante él una delegación que le consultase sobre cuál era su pensamiento respecto de la venerable piedra de La Kaaba... la amada reliquia adánica, y, puesto que Mahoma había respondido que compartía la veneración de la ciudad por ella, se acordó invitarlo a volver.

El profeta volvió, así, el año 630, después de ocho de exilio y activa organización revolucionaria, pero volvió esta vez a la cabeza de un ejército de miles de fanáticos adoradores. El pueblo de La Meca huyó a su presencia, lo que Mahoma aprovechó para

ordenar se derribasen todos los ídolos que en la ciudad del impagable aerolito se levantaban profusamente en pedestales y templetes, y tomó posesión definitiva de la ciudad.

“¡La verdad ha llegado por fin, y la mentira salió de escapada!” había exclamado Mahoma en algún lugar de la ciudad transitoriamente desierta. Y su verdad ganó, en efecto, la historia de los siglos venideros.

Por entonces Mahoma estaba unido a otras mujeres, la joven y linda Aisha sobre todo, pues su fiel compañera de los primeros años de lucha, Khadija, había muerto el 616, después de veintiséis de cumplido y firme matrimonio. Ahora era padre de varios hijos de los que sólo habría de sobrevivir una: Fátima, que habría de dar un nombre duradero a la dinastía que se llamó de los “fatimitas” dominante en el Egipto, el norte de Africa y Siria hasta los días de Saladino a fines del siglo XII.

***Parte Novena “La  
Torre Verde”***

I

-La torre que visitaremos esta mañana, Kris, me viene haciendo pensar que, hasta ahora, vivo a tu dulce sombra como un perfecto haragán y... me voy impacientando con el pensamiento de que ya es tiempo de hacer algo por mi parte.

-¿Alquilar tu trabajo, quieres decir, Jaime?

-Exactamente. Estoy acostumbrado a pensar y sentir que, como varón, me corresponde la carga principal de nuestra economía familiar. Mas aún si han de llegarnos niños.

-Estoy conforme, querido, y haces bien en pensar así, pero considero que no hay ningún apuro. Los dirigentes de Kristina tienen previsto el caso que planteas, pero quisiéramos todos que, antes de pensar en un trabajo formal y continuado, adquirieses una información completa sobre nuestra Universidad en particular, y aún te falta un conocimiento, siquiera incidental, de las últimas cuatro torres, incluida la que hoy visitaremos.

-Así sea, amada Kris. No deseo discutirte, y menos ahora que...

-¿Qué... ? ¿Te refieres a este abultamiento que yo acaricio hace ya unas semanas?

-Pues sí.

Ambos se besaron largamente en silencio y como un íntimo homenaje al niño que se les anunciaba en el vientre de Kris.

II

La Torre Verde era muy hermosa. Concebida como las otras nueve en función de casa universitaria y columna física de la ciudad, sus muros exteriores estaban íntegramente revestidos de planchas y aplicaciones labradas en discreta ornamentación de encantadoras serpentinas y malaquita. En el centro de la plataforma anterior lucía la Torre Verde su propio emblema: una bella composición de espigas del trigo trabajadas en bronce y oro.

-La alusión es clara (había dicho Jaime) aún en el mundo terrícola exterior, pues allí el pan es también el símbolo más expresivo de la vida económica, y, en este orden, lo primero y más perentorio es el problema de los alimentos.

Unos ciento cincuenta muchachos y muchachas estaban ya formados como a veinte metros de la Torre, pues la joven y linda heraldo se había hecho ver y se disponía a tocar el clarín.

Luego de unos minutos lo hizo en efecto, dando acceso franco a la joven representativa de los postulantes para que se acercase a los altos portales de la mansión

destinada a la enseñanza de las ciencias económicas. La muchacha alzó y dejó caer tres veces uno de los aldabones preciosamente tallados en una iridiscente materia vítrea verde, inmediatamente después de lo cual habló la Casa en los altavoces, por boca de su rector, así:

-Tú, que llegas hasta mis puertas en busca de consejo más elaborado y maduro, puedes antes decirme ¿De qué depende la norma sabia?

-Del pan bueno y abundante.

-¿Y el pan abundante y bueno?

-Del buen horno.

-¿Y el buen horno?

-Del buen albañil.

-¿Y el buen albañil?

-De la norma sabia

-¿De qué color es pues la economía?

-Como el trigal en primavera y la fruta inmadura.

-Entra, camarada, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

### III

Jaime quedó un tanto perplejo al escuchar este credo que, aparentemente al menos, no aclaraba nada en relación con el mundo de la economía. De modo que, cuando se les aproximaron dos profesores de la Torre, Zekino y Subia, para introducirlos a la Casa en una primera visita y paseo, se dio maña para conducir la conversación hacia el asunto del credo.

-No capto su sentido (decía a Zekino y Subia) ¿Serían ustedes tan gentiles como para explicármelo?

-Cedo la palabra a nuestra experta colega (dijo Zekino).

-Encantada (terció sonriente Subia). El Credo de la Torre Verde se propone esencialmente destacar que hay una estrecha interdependencia entre el mundo de la ética y el de la economía. Por aquello que vosotros conocéis de antiguo como “mens sana in corpore sano”, mente sana en cuerpo sano, la adecuada concepción de una resolución normante está condicionada por un status de vida material satisfactoria. El hambre nunca ha sido buena consejera. Por eso la norma sabia depende del pan bueno y abundante.

-Pero ¿Y el pan abundante y bueno?

-Esa es justamente la segunda pregunta del Credo. ¿De qué depende el pan abundante y bueno?... La juventud ha respondido así: -Del buen horno. Y es que para que el pan abunde y se dé como un producto satisfactorio, hay que disponer de una eficiente organización así como de una tecnología eficaz; que el tiempo sea bien aprovechado, que los distintos pasos del progreso productivo se den coordinadamente; que materiales y máquinas sean excelentes, etc.

-Pero ese conjunto de condiciones (intervino Zekino) está a su vez directamente condicionado por la calidad intelectual y moral del protagonista y destinatario de la producción, por el productor mismo. Ignorancia, incapacidad, irresponsabilidad, indisciplina, pereza, descuido son fallas posibles de ese protagonista que conducirán el desorden y eventualmente la quiebra.

-Hace falta fe en la obra emprendida y amor en su ejecución (continuó Subia). Por eso el buen horno depende del buen albañil. Empero, en una sociedad regida por normas que violentan o tratan persistentemente de violentar el acontecer natural y la secuencia espontánea de sus procesos inventando imágenes mentales absurdas y creaciones incoherente convertidas en intocables antinomias dogmáticas y misterios sacrosantos como fuente suprema de las normas de la vida de relación, el hombre que resulta es a menudo un mal albañil. Los sistemas normativos deben proteger por sobre todo, a los asociados de la comunidad que rigen, en la dirección de su felicidad, de su equilibrio mental y su salud física. A la postre, la última y final justificación de toda norma reside en la buena fortuna del hombre asociado. La meta de toda norma justificada es el bienestar colectivo, bienestar que depende de que el albañil sea un buen albañil. Por ello es que el buen albañil depende de la norma sabia.

-Mas ahora, la norma sabia (intervino esta vez Kris) resulta que depende del pan bueno y abundante... ¿Hemos cerrado un círculo vicioso? ¿Es así, profesores?

-Sí (afirmó la blonda Subia) hemos cerrado un círculo de forzosa e inevitable interdependencia. Y es que lo material y lo espiritual, lo físico y lo racional se dan siempre estrechamente fundidos cuando del hombre se trata. Vuelvo a recordarte el adagio de Juvenal: Mens sana in corpore sano.

## IV

Dos jóvenes estudiantes, Aldo y Mireta, se unieron a ellos mientras recorrían los largos corredores de la Torre. Deseaban vivamente conocer de cerca al terrícola de quien tanto se hablaba en la ciudad. Aldo preparaba una gruesa tesis en torno a la moneda y Mireta era una estadígrafa habilísima y creativa. A Jaime le cayeron muy simpáticos ambos.

La visita al Departamento de la Moneda permitió a Jaime informarse de algo que se había preguntado más de una vez: Puesto que en Kristina los metales preciosos no parecían

valer gran cosa ¿Cuál era el patrón de la moneda papel kristiniana?... Zekino instó a Aldo a responder, puesto que estaba trabajando justamente en tal problema.

-Me parece que entre vosotros los terrícolas ha habido más de un ensayo que ha seguido la dirección de nuestra política monetaria, aunque sin éxito (comenzó Aldo).

-¿Por qué?

-El problema económico se agiganta entre vosotros por razón de vuestra inmensa población y por su división en comunidades nacionales rivales. Entre nosotros, en cambio, no existe la competencia colectiva del poder y la perpetua lucha consiguientes hacia la sujeción de las demás comunidades. En vuestro mundo, Jaime, una, dos o tres grandes comunidades nacionales alcanzan siempre la hegemonía mostrándose continuamente los dientes entre sí, y hay que extremar la astucia para no ser vencido o sometido.

-¿De qué depende tal éxito?

-Pues... (terció Subia) del potencial económico de que dispone, por azares de la historia, acierto político y larga experiencia, cada comunidad.

-¿Cómo entender el “potencial económico”? (Inquirió Kris).

-Es la suma de las fuentes de riqueza explotables que el suelo brinda más la masa de trabajo disponible.

-Pero, entonces, el mayor tamaño debiera ser decisivo, (arguyó Jaime).

-Y lo es (siguió diciendo Aldo). En términos generales y condiciones climáticas favorables, la vastedad del territorio supone mayor número y mayor capacidad de fuentes de riqueza naturales. Por su parte, la mayor población de traduce en mayor masa de trabajo.

-¿Querrá decir esto que las naciones pequeñas están condenadas a su definitivo sometimiento?

-Sin duda, Esto es casi un problema de mecánica: el guijarro mayor aplasta al menor y el pez grande se come al chico. Ya los romanos practicaban aquel adagio político íntegramente verdadero: Divide et impera. Y las grandes potencias terrícolas de estos días, lo practicas también. Gracias a ello nacieron y perviven las minúsculas repúblicas centroamericanas y del Caribe. La Poderosa Unión del Norte fomenta sus nacionalismos localistas por canales confidenciales. En América del Sur, el grande, los Estados Unidos del Brasil, no ha de ver de ningún modo con buenos ojos ningún movimiento que fundiese en una sola comunidad nacional a sus vecinos. Parece obvio que Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay debieran hace tiempo haber constituido una sola comunidad nacional, como, asimismo y por su parte, los países del norte sobre el Pacífico y el Caribe. Pero no se da, ni ha de darse en mucho tiempo, planteamiento alguno en tal sentido. Muy al contrario, se inventan continuamente pretextos “cívicos” que alimenten el odio y que sirvan cómodamente como slogans eficaces del triunfo electoral interno. Al otro lado del Atlántico, pareciera que

Europa Occidental estaría en camino de superar los disolventes nacionalismos menores hacia una formidable comunidad más poderosa acaso que vuestras actuales superpotencias. Pero...

-Pero subterráneamente (agregaba Zekino) se agita un ejército de agentes secretos encargados de poner piedras en el camino; piedras fáciles de mover, por otra parte. Lo gálico, la germanidad, la italianidad... son aún sentimientos colectivos bastante vivos. Por último, en el mundo de los negocios industriales y comerciales, tan determinante de las actitudes políticas, y mucho más aún si ese mundo está controlado desde adentro por las superpotencias interesadas en la división y el aislamiento localistas.

-Permítame, profesor, volver ahora al punto planteado por Jaime: nuestro patrón monetario.

Cuando varias comunidades fuertes sustentan tesis excluyentes o concurrentes en política monetaria, lo que hay que hacer es transar o buscar un *modus vivendi* a base, muchas veces, de grandes repartijas de zonas de influencia. Pero el patrón de la moneda, idealmente, debiera ser universal.

-Siempre que hubiera, a la vez, satisfactorios controles también universales, Aldo (terció Subia).

-Ciertamente, y estos controles se dan en nuestra aislada comunidad.

Nuestro pensamiento, Jaime, es muy simple en este orden de problemas, y se puede plantear llanamente así: Si la moneda es la medida del valor, ella ha de representar, como volumen circulante, la cifra global de cuanto vale.

-¿Cómo hay que entender "lo que vale"?

-La masa de los bienes comerciales (intervino Mireta).

-La fuente social y activa de esos bienes (casas, vestidos, legumbres, huevos, ideas... lo que fuere) es el trabajo de la comunidad y nada más que el trabajo. La suma de los bienes que la comunidad intercambia está en razón inmediata y directa del esfuerzo desplegado. Más trabajo: más bienes. Menos trabajo: menos masa de bienes. Aunque las fuentes naturales se ofrezcan generosas, y aunque haya capital operable... ahora bien, la Torre Verde tiene a su cargo y bajo su delicada responsabilidad la tarea de calcular continuamente el quantum, de trabajo ejercitado por Kristina y la cifra índice representativa de la masa de bienes producida, y son nada más que estos números los que deciden el monto de nuestro circulante y su relación con el intercambio de bienes.

-Pero, entonces, el patrón de vuestra moneda viene a ser el trabajo mismo.

-Así es, Jaime. El gobierno de la ciudad se sujeta a nuestros informes para determinar el circulante y el valor de cambio de nuestro papel-moneda, en función del trabajo colectivo y, sobre todo, de la masa de bienes producida como de su calidad.

-¿No cree usted que ese sistema hace a la moneda muy sensible frente a posibles huelgas y conflictos del trabajo?

-En vuestro mundo, sí, la haría, por razón de los defectos vigentes de organización social que padecéis: desocupación improductiva, miseria, descontento, etc. en un medio de tecnología poco desarrollada, medio dominado, además, por la lucha perpetua hacia la conquista de una hegemonía mundial excluyente de los más en beneficio de minorías privilegiadas. Kristina, en cambio, no tiene rivales con quienes competir o a quienes temer.

-Pero, además (agregó Subia), nuestros mecanismos de producción de bienes instrumentales y de consumo están vastamente automatizados, de modo que el trabajo productivo sólo en parte menor es trabajo humano. En Kristina no hay huelgas y, si alguna se anunciase alguna vez, nuestras máquinas calculadoras reorientarían los procesos y acciones a seguir en el sentido de la rectificación reclamada y con carácter inmediato.

-Ciudad feliz, amigos míos. Con razón el mito mágico-religioso pone a vuestro Toradán y media naranja, entes de su expulsión, como habitantes del paraíso.

-El claroscuro es indispensable, querido (concluyó Kris). ¿Cómo reconocer al gordo en una ciudad donde todos son gordos? ¿Cómo tomar conciencia del goce donde está ausente el sufrimiento?...

-¿Qué os parece (dijo a esta altura de la conversación Mireta) si salimos de paseo a las lagunas?

-Yo invito (exclamó Jaime). Busquemos uno de aquellos bonitos restaurantes de la ruta de agua.

## V

Sobre la avenida de circunvalación de la Mora, estanque circular de 1.200 metros de diámetro, hallaron los seis amigos un simpático retiro donde servirse algunos platos bien rociados de estimulantes tragos. Aldo y Kris bromeaban continuamente, mientras Zekino parecía enamorado de Mireta y Jaime y la estadígrafa Subia discutían en tono al índice de inteligencia de una media docena de simpáticos delfines que chapoteaban ruidosamente en la laguna como reclamando su atención o su generosidad.

-Subia (consultó Jaime en cierto momento), estoy dispuesto a declararme totalmente derrotado en nuestra disputa de los delfines si me permite usted encender un cigarrillo...

-Y ¿por qué no?

-Yo he sido un fumador empedernido en mi mundo...

-¿Fumador de qué?

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-De tabaco, por supuesto. No conozco la marihuana ni otros alucinógenos que tanto daño están haciendo a los jóvenes de mi mundo, pero me he privado de fumar desde que ingresé en Kristina.

-¿Por qué?

-No he visto a nadie fumando, y pienso que el recinto de la ciudad, siendo casi herméticamente cerrado, no admite al cristiano el placer de hacer humo.

-Pues estás equivocado, querido Jaime (intervino el profesor). Algunos cristianos fumamos tabaco, aunque con medida y filtros adecuados. Es más: lo conocimos de los nativos americanos allá por los días de Solón de Atenas, esto es, unos dos mil años antes que vosotros lo importaseis a Europa. Invítanos. Te acompañaremos.

Jaime se apresuró a hacer circular su paquete de cigarrillos con la promesa, por parte de Aldo, de que lo conduciría oportunamente a algún puesto de venta de cigarros y cigarrillos cristianos.

-Pero (insistió Jaime) ¿la acumulación de humo no sería aquí un serio accidente colectivo?

-De ninguna manera (respondió Zekino). Kristina cuenta con un sistema, que yo llamaría perfecto, de alimentación de aire puro. Tú has olvidado, Jaime, que en el interior, perfectamente cerrado, de vuestras máquinas volantes se fuma a discreción.

-Pues es verdad... sin embargo, pienso ahora que la contaminación del aire respirable en el exterior y a cielo abierto se ha convertido ya en un problema de la mayor gravedad entre los terrícolas. Los residuos de la actividad fabril están envenenando la atmósfera terrícola, de modo que se ha convocado a varias asambleas de directivos y de especialistas que pongan atajo a este proceso suicida.

-En Kristina no tenemos tal problema. La ciudad es en realidad pequeña, ochenta o cien veces más pequeña que cualquiera de vuestras urbes mayores en el exterior. Pero, además, ninguna actividad fabril es admitida en Kristina si no cuenta con un sistema satisfactorio de procesamiento, transformación útil y reducción de residuos. En Kristina no hay una sola chimenea abierta a la expulsión de gases tóxicos y menos alcantarillas de residuos orgánicos enviados a nuestras vías de agua, y el transporte, que en el mundo terrícola quema millones de galones de combustible por segundo, aquí es íntegramente eléctrico.

-Finalmente (agregó Aldo), contamos con una planta automática de extractores que cubre toda la red de la ciudad y sus accesos al exterior, red instalada en previsión de algún inesperado accidente. Hasta los servicios higiénicos personales transforman instantáneamente los restos orgánicos, con vistas no sólo a la higienización del ambiente, sino aún a su aprovechamiento.

-Así pues, en Kristina nada se pierde.

-Nada, en efecto (dijo Mireta). Creo que, en este orden, hemos alcanzado la meta ideal del planeamiento económico.

En este momento se habían acercado a la orilla cuatro divertidos delfines que parecían sonreír plácidamente con los largos hocicos fuera del agua, aparición, ésta, que desvió la atención de los seis hacia la laguna y movió a Kris y Subia a adquirir de inmediato unos kilos de pescado en el propio restaurante para complacer a los agradables intrusos.

-¿No les parece que la Mora es un estanque demasiado regular? Decía Kris mientras se divertían con los inteligentes cetáceos.

-Tienes razón (terció Mireta). Si yo hubiera dirigido esta obra, habría construido un complicado y caprichoso dibujo de canales con rocas emergentes por aquí y por allá y le habría agregado una colección de las estupendas conchas marinas y corales que abundan afuera.

-Siempre puedes iniciar un movimiento de opinión en el sentido de esa reforma, (Agregó Zekino).

-Se me reirían y me mandarían a mis gráficos y mis números estadísticos.

-No es seguro (intervino Jaime). A mí me gusta tu idea, y suscribiría muy complacido la petición de reforma.

-Reformar un estanque, en realidad pequeño como éste, no es ningún problema serio.

-Me adhiero (terció Kris), y, si me lo permites, Mireta, se lo diré a Zenobio...

-Destacando que soy yo la iniciadora del movimiento de reforma. No cedo el honor de ello.

-Reformar cosas físicas casi siempre es posible (dijo Aldo). Lo difícil es reformar hombres y sociedades.

-De todos modos ¡viva la reforma de la Mora! (Exclamó Zekino).

-¡Qué viva y prospere! (Corearon los cinco).

## VI

-Este tema de incorformidad y reforma del estanque profesor (decía Jaime después de un largo silencio y unas copas refrescantes) me ha llevado a pensar en aquel jirón de historia terrícola que nosotros conocemos como "la Reforma"...

-¿Te refieres a la reforma protestante del siglo XVI? ¿A la reforma del sistema mágico-religioso que agitó a Europa por aquel tiempo?

-Exactamente. Como en mis visitas a las otras Torres de la Universidad he llegado a conocer los secretos hilos que movéis vosotros en relación con la convivencia terrícola, me gustaría saber qué piensa el kristiano sobre el proceso de la reforma religiosa del cristianismo y el cisma engendrado por ella.

-Zekino puede responderte por todos (terció Kris).

-Sí..., sin duda, Jaime, pero debo decirte que la visión que se tenga de aquello no es ni puede ser una sola, no tiene que totalizar siempre el problema... Yo juzgo con ojos de economista, puesto que a la ciencia económica he consagrado toda mi vida.

-Ese tipo de enfoque sería el más decisivo en opinión de cualquier terrícola marxista y acaso de muchos que no lo son (dijo Jaime). Me gustaría oír, sobre todo, al profesor Zekino sirviéndonos, a la vez y en acto de recordación del famoso monje de Wittenberg, unos espumantes vasos de la cerveza que tanto gustaba cantando y riendo.

-Nos recogemos a un respetuoso y atento silencio, profesor, dijo Aldo.

-Está bien (comenzó Zekino), pero hay que remontarse bastante más atrás para tener una visión cabal del asunto; hay que remontarse a los días de Eduardo II de Inglaterra, cuando el imperio Otomano se lanzaba avasalladoramente a la conquista del mundo y después de apoderarse de toda el Asia Menor plantaba los estandartes del Islam a las puertas de Italia y Alemania, en la Servia y la Bulgaria. Era el siglo de los grandes poetas italianos Dante Alighieri, Petrarca y Bocaccio, de Giotto el delicado perspectivista que dan su más alto perfil humano renacentista a la Europa de entonces.

-¿No es éste también el famoso siglo de la peste negra en Europa?

-Sí, continuó Zekino, aquella peste que sorprendió a un mundo sumido en la más conmovedora ignorancia de los procesos vitales y la enfermedad; aquella peste que mandó a los cementerios a una cuarta parte de la población de Europa... Unos veinticinco millones muertos.

La alta jerarquía católica, con sede en Roma, explotaba a sus anchas el jugoso fruto de una dictadura espiritual representada intolerantemente por el gran brujo de San Pedro, cabeza de la Iglesia, y los fieles de todo el mundo católico, siervos o príncipes, laicos o brujos también -quiero decir: sacerdocio menor-, debían prestar absoluta obediencia al poder mundial de la hechicería de Occidente, obediencia que significaba no sólo acatar y adorar toda la fantasmagoría inventada ad efectum en forma de duendes mentales, sino algo que muy difícilmente soportan los pueblos: contribuir con dinero y bienes al poder central. En todas las ciudades y todas las aldeas de Europa se deslizaban hacia Roma y en ella confluían innumerables exacciones económicas, impuestos y tasas del servicio religioso que el Vaticano acumulaba avariciosamente.

Pero hacia 1324 nació en Inglaterra un infante que, consagrado después a la vida monástica y plenamente poseído, como todo el mundo, por los espíritus benignos y malignos

–dioses, “santos” y diablos de la hechicería cristiana-, no se decidió a aceptar, sin embargo, que su país, Inglaterra, y él mismo, tuviesen que acatar indiscriminadamente y como “palabra infalible” cuanto viniese de Roma. Inglaterra, tierra insular, más alejada de la sede dominante que las comunidades continentales, era la zona políticamente mejor favorecida en el sentido de un despertar efectivo del nacionalismo. De modo que nuestro hombre, John Wicleff, llevado pronto a la Universidad en reconocimiento de su gran sabiduría, pudo sin mucho esfuerzo ganarse la simpatía del rey Eduardo con sólo subrayar que Roma no tenía por qué imponer gabelas de ninguna especie más allá del mundo estrictamente romano.

Es más: Roma anda descaminada en lo dogmático de la teología –se atreverá a afirmar enfáticamente Wicleff- y traiciona los textos sagrados que están muy por encima de la palabra del papado. Cristo no está realmente en el pan de la Eucaristía, mero símbolo suyo; el matrimonio no es un sacramento, ni esta la odiosa “confesión” instituida en la Biblia como condición de salvación; ni Roma puede conceder indulgencias, aquellos perdones de los castigos imaginados por el cristianismo, en el trasmundo, para las faltas menores; finalmente, Roma no tiene preeminencia alguna para obligar a la obediencia al clero extranjero.

¡Vayamos a las fuentes originales (clamará la voz del cura de Lutterworth)! ¡A las sagradas escrituras directamente y sin intermediarios que nos las oculten y adulteren.

Dicho lo dicho y manos a la obra, el profesor de Oxford y Canterbury se dio a la tarea francamente subversiva de traducir al inglés los textos sagrados y prohibidos al creyente común, con gran aplauso, por cierto, del pueblo británico y hondo resentimiento y protesta del gran brujo de Roma el papa Gregorio XI.

Así, en el pensamiento de John Wicleff quedaba formulado para la posteridad el esquema general de la Reforma que sus innumerables seguidores coetáneos se encargaron de difundir.

## VII

Este mismo esquema es recogido unas décadas después en Bohemia, en el corazón de Europa (relataba Zekino a continuación de un breve intervalo de café y refrescos), por otro brujo rebelde frente a la hegemonía del papado, Jan Huss.

Como recordaréis, Huss fue menos afortunado, pues el monarca de Bohemia no pudo protegerlo a pesar del alto título que aquél ostentaba como rector de la Universidad de Praga. La jefatura de la hechicería católica romana lo persigue a través de las instrucciones de los papas Inocencio VII, Alejandro V y acaba muriendo en la hoguera... una hoguera que desató la que se llamó “guerra de los hussitas”, pero que, más que esto, consolidaba en Europa la conciencia de la Reforma.

Huss también, por su parte, traduce la Biblia a la lengua de su pueblo con el fin de conducirlo a las fuentes originales. “Todo creyente es capaz de interpretar con rectitud las sagradas escrituras”.

Pero rodarán todavía cien años de historia en tu mundo, Jaime, para que el pensamiento y la obra de aquellos audaces monjes triunfe definitivamente. En esos cien años subsiguientes ha ido acentuándose, cada vez con mayor hondura, la resistencia nacionalista o localista al poder romano representado por el gran brujo de San Pedro. Las exacciones impuestas por el Vaticano en dinero y especies son cada vez más criticadas o aceptadas a regañadientes, situación que explota cuando el romano pontífice inventa y pone en marcha una empresa colosal de venta de indulgencias.

Aquí aparece, con caracteres singularmente pintorescos, la enfermiza fantasmagoría cristiana, pues, junto al delirio de un paraíso de goces en ultratumba adorando al gran duende benéfico, dios, se ha convencido plenamente a decenas de millones de ingenuos creyentes de que, en algún sitio por cierto imprecisable, hay una mansión del dolor y el sufrimiento eternos, mansión que gobierna el antidiós, Satanás, y a la que irán los duendecillos individuales de los muertos a recibir, sin atenuante alguno, el castigo de sus desacatos y faltas más gordas. Pero hay todavía otro lugar intermedio donde el vengativo gran duende inflige sufrimientos temporales, si bien las sentencias pronunciadas abarcan varios miles o decenas de miles de años. Es el “purgatorio”, suplicio impuesto a los acusados de faltas menores.

Ahora bien, justamente en los tiempos de las luchas de la Reforma el brujo máximo en Roma había promulgado a los cuatro vientos que el gran duende, dios, le había conferido la facultad de discernir perdones temporales a aquellos delincuentes o pecadores menores varados en el “purgatorio” y que, por tanto, estaba en su voluntad personal el sacar a las sufrientes almas de aquel lugar. Todo dependía de que los parientes o amigos se interesasen en verdad pagando sin regateos el precio de aquellas indulgencias, ya que era urgente financiar la guerra contra el turco, así como cubrir los gastos del inmenso presupuesto que representaba la edificación de la nueva Iglesia de San Pedro con los más grandes valores de Italia en la arquitectura, la escultura, la pintura y el decorado.

El delegado pontificio en Alemania, un tal Tetzl preguntaba en actitud de iluminado ante una asamblea de creyentes ¿Quiénes podrán vacilar en adquirir por un cuarto de florín las indulgencias que hacen penetrar en las celestes beatitudes del paraíso al alma divina e inmortal? Y algún otro hechicero romanista agregaba que tan pronto como se escucha el retintín de las monedas del creyente en el cepillo eclesiástico de las contribuciones, los duendecillos personales salen liberados de los fuegos del purgatorio en derecha al paraíso.

La administración del negocio, en lo financiero, había sido confiada a especialistas – dice un habilísimo biógrafo terrícola de Lutero-, al gran banco Fugger, de Augsburgo, cuyos apoderados acompañaban a los predicadores de la empresa papista dondequiera que actuasen, recaudando las ventas de indulgencias.

En este punto de la disertación de Zekino, Kris se sintió algo indispuesta y pidió que le permitiesen retirarse un momento. La ayudaron a levantarse y la acomodaron en una mecedora donde se la dejó dormitando dulcemente.

## VIII

Cuando volvieron a la mesa, el profesor retomó el hilo del relato.

-Es en este cuadro de acontecimientos (siguió diciendo) que aparece predicando en Alemania un monje agustino de espíritu mundano, “el hermano Martín”, Martín Lutero, hijo, nieto y biznieto de campesinos. Su infancia había sido dura y el padre severísimo con él a tal punto que alguna vez se vio movido a abandonar, de huida, la casa paterna a la que sin embargo volvió después de un tiempo. Debió haber vivido de la mendicidad buscando pan y techo.

-Usted me recuerda, profesor (intervino Mireta), aquel episodio de la ciudad de Mansfeld donde el pequeño Martín, hambriento y aterido, aparece cantando coplas de Navidad ante las puertas de los burgueses en espera de unas migajas o algún regalito piadoso.

-Cuéntalo, Mireta.

-El rico de la casa había llenado de salchichas una gran fuente con el mejor deseo de compartir su fiesta y hacer llegar a los muchachos de la calle las alegrías de esa noche, pero se le ocurrió hacerlo simulando una reprimenda bulliciosa: - ¡Quiénes son esos traviesos! Gritó a tiempo que abría la puerta de la casa con el obsequio en brazos. Mas los niños, atemorizados y muchas veces maltratados en otras partes, huyeron a la desbandada para no volver a la que creyeron casa de gentes avaras u hostiles.

-Cuando Martín alcanzó los 18 años (prosiguió Zekino) el padre, cuya situación económica había mejorado, lo había inscrito en la Universidad de Erfurt queriendo hacer de él un hombre de leyes. Pero Martín tenía la cabeza poblada de los consabidos duendes benignos y malignos –sobre todo de estos últimos- y era, por lo mismo, un espíritu esencialmente apto para la vida mágico-religiosa, vocación que en su tiempo, obsesiva y colectivamente dominado por el “pathos” teologizante, podía abrir mejor que cualquiera otra actividad el camino del éxito social. El hechicerismo cristiano uniformado era en todas partes la suprema y última autoridad. Una general deformación de la verdad –que nunca por sí misma ha dejado de ser clara, sencilla y coherente- la había velado, con inexorable dureza, en ese enredo de antinomias, paradojas, absurdos y dislates que los brujos y hechiceros cristianos, dueños de Europa y sólidamente organizados bajo el pontificado romano, exhibían, enseñaban o imponían por el fuego y el acero como la única ciencia que mereciese tal nombre: la “ciencia de dios”, esto es, un esfuerzo de fantasía delirante por conseguir que la razón y la inteligencia se dobleguen y acomoden a la imaginiería fantasmal de una sociedad profundamente

neurótica, de una sociedad en que paranoicos y esquizofrénicos han conquistado el poder de las armas y la última palabra normante de la conducta.

-Pero Martín Lutero, “el hermano Martín”, era en general, según entiendo, un hombre risueño (dijo Subia), un hombre amigo de amigos y del buen vino.

-Cierto (terció Mireta). Yo agregaría que le gustaba el sexo opuesto mucho más allá de lo que sus votos de castidad se lo habrían permitido. Lo complacía intercambiar opiniones y sobre todo difundir e imponer las suyas en las mesas de grandes comilonas organizadas por sus amigos a veces en alguna taberna y otras en sus propias residencias, y, por supuesto, con abundante intercambio de grandes vasos de cerveza o de vino entre numerosas alusiones picarescas a los deleites de la alcoba o a los tentadores encantos de las mujeres jóvenes presentes.

Como el hermano Martín contaba con agradable aunque un poco apagada voz, los coros presididos por el monje de Wittenberg eran siempre parte importante de las fiestas a las que concurría y a las que solía llevar sus creaciones poéticas, las letras de sus propias canciones.

-¿Recuerda alguna, Mireta? (Preguntó Aldo).

-Sí, ésta que pinta muy bien al sencillo y humano Martín:

“Wie liebt nich Wein, Weib und Gesang,

“Der bleibt ein Narr, sein Leben lang.”

¿La entiende, Jaime?

-Sí, y se la traduzco enseguida en un pareado asonante un poco libre:

“Quien no ama vino, mujer y música

“de que está loco no quepa duda”

-¡Bravísimo, Jaime! (Aplaudieron todos).

-Perdóneme la intromisión, profesor (dijo Subia), y le ruego continuar.

-Completamente perdonada, colega. Me he dado, usted, más bien, un cuarto intermedio útil para recordar y ordenar ideas...

Bueno... Ciertamente que el hermano Martín era, en efecto, habitualmente como lo pinta aquel pareado tan feliz y prontamente vertido al español por Jaime, pero su mundo de alucinaciones y fantasmagorías que el decía haber sacado de “las sagradas escrituras” lo reclamaba con frecuencia constante. La verdad es que Lutero sufría delirios recurrentes de persecución, delirios sin duda alimentados también por su situación personal de inmenso peligro real para su vida, sobre todo cuando se produjo su ruptura con Roma y luego su excomunión. No olvidemos que había sido coronado emperador de Alemania, como Carlos V, el ultramontano rey de España Carlos I, papista y ortodoxo.

El caso es que un ejército de demonios organizados, precisamente contra él, por el propio Satanás, lo perseguía continuamente y le jugaba malas pasadas de todo género, aprovechándose muchas veces, como es de suponer, de la privación sexual que se había impuesto al celebrar sus votos religiosos. Una vez se le apareció el mismísimo Satanás con la figura de nuestro Kristo en la cruz, tuvo que lanzarle un escupitajo para que huyera despavorido. Otras veces discutía con él los puntos esenciales de la Reforma le preguntaba si estaba seguro, por ejemplo, de la existencia de dios; o por qué él mismo, Satanás, y el dios del hermano Martín no pudieran muy bien ser la misma persona. Otras, era una chancha negra, o una antorcha que olía a azufre, o una horrible serpiente los disfraces en que el Maligno se le presentaba. Pero el monje ya sabía de quien se trataba, y apostrofaba a esos demonios empleando un lenguaje tan florido de expresiones tabuadas que cualquier carretero andaluz habría parecido un ángel. “Hay países y lugares –decía Lutero con toda seriedad- que habitan y buscan los diablos preferentemente. Uno de estos países es Prusia. En un estanque de las montañas vecinas a Lucerna se ha instalado también el diablo muy a su gusto y sabor”. Etc. En suma, un cuadro impresionante de insania mental crónica.

## IX

-¿No cree usted, profesor (terciaba Jaime), que el matrimonio curó al profeta alemán de sus alucinaciones y delirios?

-Considero que contribuyó a ello grandemente pero no lo curó del todo. En fin de cuentas se trataba de una psicosis colectiva y común a varias comunidades nacionales. Lutero halló efectivamente en su amada Kate, Catalina Bora, la monja exclausturada a quien había cobijado, junto con sus compañeras, en su propio convento, halló en ella un sólido refugio moral junto con la serenidad del amor, más nunca dejó de creerse el perseguido número uno de las furias infernales bajo distintas formas de cosas, animales y hombres. No hay para qué agregar que el gran brujo del Vaticano era, para Lutero, Satanás en persona, un Satanás que podía siempre multiplicarse en infinitos enemigos. El propio y grande Erasmo se convirtió en uno de ellos no obstante de que Lutero había usado y aprovechado ampliamente sus traducciones de la Biblia para lanzar a la publicidad la suya en alemán que tanto prestigio le diera como artífice de la lengua de su patria.

-¿Cuál es la tesis luterana, en pocas palabras, profesor, o cómo la interpreta usted?

-No es mucho lo que el luteranismo agrega a la herencia de Wicleff y Huss, y podría abreviarse así: considerable simplificación de toda la liturgia eclesiástica; la ceremonia de la “misa”, así simplificada, se celebrará en la lengua del pueblo; lo que el hombre individual piense, diga o haga esta preinscrito en los libros de la divinidad, de modo que no son las buenas obras lo que salva, sino exclusivamente la fe. Pero dios mismo es, para Lutero, una especie de camarada poderoso a quien en alguna ocasión llama “tirano” y “estúpido”. “Si dios no perdonara nuestros pecados –afirma en otra oportunidad- yo lo echaría por la ventana”. Al

propio Jesucristo en cuyo sacrificio final veía plenamente la redención del pecado, no titubea en atribuirle hasta tres mancebías. Todo esto, sobre el común denominador que domina la época: ¡Abajo la tradición, la autoridad y los intermediarios y... a las fuentes originales del saber: los griegos y la Biblia! ¡Abajo el poder pontificio y viva el emperador, o viva el rey! ¡Escribamos, cantemos y creemos en nuestra propia lengua!...

Con esto se dio por terminada la disertación de Zekino, pues la imagen de Kris dormida en su mecedora y el buen almuerzo servido comenzaron a estimular más de un bostezo, hasta que todos resolvieron que vendría muy a punto un sueñecillo en los pastos vecinos o en otras mecedoras.

## X

Cuando Jaime abrió los ojos y se agitó, descubrió que Aldo estaba junto a él, todavía dormido sobre la grama de un jardincillo que orlaba la laguna. Se desperezó a sus anchas a tiempo que Aldo también se incorporaba.

-¿Descansaron a gusto? Preguntó Aldo sentándose con la cabeza en las rodillas.

-Sí, muy agradablemente.

-¿Qué te pareció la disertación de Zekino?

-Amena y convincente. Sin embargo...

-Sin embargo ¿Qué?

-He estado pensando, cuando despertaba, cómo, teniendo Lutero frente a sí a dos contradictores tan poderosos e intolerantes como el Papa y el emperador ¿Cómo pudo prosperar y consolidarse la Reforma?

-Era, a mi modo de ver (le respondió el joven economista), un movimiento de ideas que se abrió paso avasalladoramente con el despertar de los nacionalismos europeos. Con Lutero en la hoguera la rebelión crítica y reformista habría sido aún más violenta y demoledora.

-Y... ¿Sin Lutero?

-Se habrían alzado otros campeones. No era una cuestión a debatirse el nombre del líder subvertor. Wicleff puso en marcha la ideología reclamada por la hora histórica, que luego inscrita en los papeles y comunicada a gentes de poder, reyes y señores feudales, y burgueses adinerados con vivo interés espontáneo en su autonomía de decisión dentro de la emotividad nacionalista, ella nacía predestinada al triunfo.

-Con todo, yo considero que el carácter y las condiciones intrínsecas y personales del líder cuentan mucho en toda transformación histórica (insistía Jaime)

-Cuentan... sí... , a veces mucho. Tú me estás recordando, al subrayar así el rol individual de los dirigentes, una divertida tesis que hace algún tiempo discutí con gran pasión un hermano de Mireta, Misón.

-¿Qué decía Misón?

-Sostenía la en apariencia peregrina teoría de que el éxito de la Reforma en Alemania dependió, en último trance, de una nada común deformación genital: la presencia de tres pelotas bajo los pantalones de un príncipe.

-¡Oh! ¿Cómo es eso?

-Y... bueno. El caso es que el hermano Martín había sentido la dolorosa experiencia del Concilio de Constanza que envió a la hoguera a Jan Huss y sabía bien los inmensos riesgos que corría bajo el papista emperador Carlos V. Calculó entonces que, tanto para asegurar el éxito de sus predicaciones y doctrinas teológicas como para sobrevivir él mismo, le era indispensable la protección de los príncipes alemanes. Ahora bien, dos de ellos sobre todo le eran fieles y decididos, tanto que alguno de ambos concibió y ejecutó un rapto del profeta, después de la famosa Dieta de Worms, a fin de esconderlo de las iras del emperador y el papa. Lo encerró, adecuadamente disfrazado de caballero de capa y espada, en el castillo de Warburg. Esos dos príncipes eran el landgrave Felipe de Hesse, llamado "El Magnánimo", y el elector de Sajonia Juan el Constante. A ambos se los tenía comprados el profeta para su causa, no sólo por consideraciones superiores de orden moral o religioso, sino sobre todo porque el movimiento de la Reforma facilitaba el camino para la confiscación, a favor de la corona, de cuantiosos bienes eclesiásticos en manos de hechiceros católicos y ortodoxos.

-¿Nada pudo contra él un Carlos V de Alemania y I de España?

-Nada. Supongo que los propios príncipes alemanes le impusieron, como condición de su elección, que respetase la Reforma. Y Lutero, por su parte, no escatimó adulaciones de un servilismo casi grotesco, y es que en ello le iba la vida.

En una carta de fines de agosto de 1520 –cuenta vuestro biógrafo terrícola Funck-Brentano– decía al emperador poco más o menos esto: "Si no se viese en mí un gusanillo de la tierra enamorado de una estrella, al menos se hallará una pequeña pulga que se atreve a dirigirse al rey de reyes".

Pero volvamos al "tritéstico" y quizás por ello erotómano personaje. El así dotado por la naturaleza era el landgrave Felipe, casado con la princesa Cristina, una hija del duque Jorge de Sajonia, grande enemigo, éste, de nuestro atormentado monje. Cristina llegó a darle siete hijos, tres varones y cuatro mujeres, cuando Felipe, hombre de carácter irritable y arrebatado, se enamoró de Margarita von der Saal, dama de honor de una hermana suya la duquesa Isabel de Sajonia Rochlitz. Pero Margarita no era persona con quien pudiera vivirse concubinariamente. Había que desposarla. Por otra parte, Felipe no quería o no podía pensar en anular su matrimonio. -¿Por qué no pudiera yo, como el Gran Turco (se diría a sí mismo en aquel trance), yo que estoy por la naturaleza, que es tanto como decir por voluntad divina,

más dotado que cualquier otro varón, tener siquiera dos esposas? La verdad es que a mí nunca me ha bastado una sola mujer...

Y, ni corto ni perezoso, escribió a los líderes de la Reforma, Lutero, Melanchton y Bucer, recordándoles que ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento había prohibido al varón mantener dos hogares, o desposar dos o más mujeres, tal como lo hicieron Abraham, Jacob, David y Salomón, y solicitándoles autorizasen, en su favor exclusivo, un segundo matrimonio con Margarita. Por supuesto, si se resistían a ello le faltaría conciencia para defender con la espada la causa del Evangelio y se vería forzado a acudir al católico emperador.

Tan peregrina solicitud, en la tradicionalmente monogámica Europa, tenía que ser recibida con verdadera alarma por los reformadores, pero... oponerse a los deseos del landgrave podía muy bien conducir al desastre la gran tarea reformadora tan penosamente llevada con éxito hasta entonces... ¿Qué hacer?

Los tres teólogos dirigentes decidieron complacer al landgrave, recomendando tan sólo que el matrimonio se celebre confidencialmente y se mantenga en reserva dentro de lo posible con el fin de evitar un escándalo mayúsculo.

Y así fue como, en opinión de Misón, los tres huevos de Felipe pusieron en muy grave aprieto a la Reforma en Alemania y el implícito respeto por ellos, de parte de los líderes, la salvó para la historia.

***Parte Décima “La  
Torre Blanca”***

I

Era toda de glorioso mármol blanco la Torre Blanca. Alzándose imponente hasta el cielo de Kristina, su armoniosa arquitectura lucía discretas y pocas aplicaciones ornamentales, y lo que en este aspecto se destacaba era el encantador grupo de niños en bronce y mármol que, en el centro de la plataforma de acceso, otorgaba a la noble Casa la fisonomía propia de su carácter y función, pues la Torre Blanca era la torre de la pedagogía, conjunto de ciencias y artes de la educación.

-Cuando Kris y yo subimos allá (contaba Jaime mucho más tarde), invitados especialmente a la hermosa y solemne ceremonia del credo, había posiblemente hasta mil postulantes, pues la gran terraza estaba prieta de ellos.

Y había, en efecto, ese número aproximadamente, pues se habían presentado 992 postulantes; entre ellos 644 mujeres y 348 varones.

De pie y turbadoramente desnuda en sus 15 o 16 años una bella muchacha, la heraldo de la Casa, llevaba a los labios, erguida en aquel momento sobre el arco del gran portal de ingreso, el consabido clarín anunciador del acto.

Sonó el clarín en el silencio expectante y general, cuando se hubo extinguido la última nota baja y el joven representante de todos dejó caer pesadamente los suntuosos aldabones del portal provocando un sordo ruido rebotante, habló la voz de la Casa preguntando al personero de los nuevos aspirantes al título de “maestro” sus razones para tal llamada; qué se propone esta juventud y qué es lo que columbra en torno a la misión y tarea del educador. El diálogo del Credo, coreado en sus respuestas por un vasto rumor, se desarrolló así:-

-Tú que llamas a mis puertas, respóndeme primero ¿Qué es el hombre del mañana?

-Un cuadernillo vacío y un proyecto de novela.

-¿Qué se propone el maestro?

-Estampar el rótulo del cuadernillo y formular el programa de la novela.

-¿Qué más?

-Aventar en la brasa.

-¿Qué más?

-Hacer al hombre.

-¿De qué color es, entonces, la pedagogía?

-Como la flor del jazmín y la pulpa de la chirimoya.

-Entra pues, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

II

Gran agitación reinaba por esos días en la universidad kristiniana que Jaime captó rápidamente. Se formaban corrillos en todas partes y en todas partes se discutía con calor. Hasta hubo más de un encuentro a trompicones.

-¿Por qué tanto ruido? (había preguntado Jaime) la gente joven parece inquieta...

-Siempre lo ha sido, le respondió Kris.

-Quiero decir: anormalmente inquieta, irritable.

-Tienes razón, querido. Dentro de una semana se produce la elección de la que nosotros llamaríamos "la reina de la ciudad", pero a quien nosotros solemos titular humorísticamente como la "Coquinaria", apelativo que respetuosamente sin embargo se lo escribimos con mayúscula.

-¿Por qué la Coquinaria? ¿No es ésta la versión latina de "cocinera"?

-Sí, pero prefiero que lo sepas cuando nos toque visitar la Torre Negra.

-¿De modo que es la elección de la Cocinera la que provoca tanto ajeteo?

-No más ni menos que ella. Pero es que la Cocinera tiene que ser la muchacha más hermosa de la ciudad. Ella preside, aparte de otras funciones harto más graves y significativas, toda nuestra vida deportiva que es intensa y agita habitualmente a toda la ciudad.

-¿Cómo se elige?

-La primera elección está confiada a la juventud de nivel universitario, y concurren alrededor de doce mil votantes para nominar una lista de veintiún muchachas entre las más bellas de Kristina, con edades que oscilan entre 15 y 21 años. Estas veintiún muchachas son reducidas a once por el Gran Consejo de los Diez, los rectores de las diez Torres, bajo la presidencia del Gran Conductor. De estas once finalistas sale la Coquinaria, o, si tú lo prefieres, la reina de Kristina.

-¿Y las otras diez, jóvenes?

-Son su cohorte. Pero las once tienen a su cargo muy delicadas e importantísimas tareas sociales. Se las elige por cinco años y ganan altos salarios con cargo al presupuesto público de Kristina. La reina gana tanto como un docente universitario.

-Me gustaría conocerla.

-Codicioso y traidor (le espetó Kris a tiempo que juguetonamente le aplicaba un mordisquito en la nuca)... Pero te presentaré a ella en próxima oportunidad, a ella y a sus diez princesas que, estoy segura, han de parecerse tan interesantes como la solemne Coquinaria. Justamente con motivo de la consagración de la sucesora cuyo nombre se está discutiendo...

-Nuestro más afectuoso saludo a la inmortal pareja.

Jaime y Kris se volvieron para atender a tres profesores de la Torre blanca que se acercaban a ellos de entre el tumulto de los mil postulantes que habían invadido el peristilo de la Casa. Kris procedió a presentarlos.

La profesora Olmia... El profesor Páukar... El profesor Nasolio...

-Creo que hemos interrumpido un diálogo singularmente interesante, dijo Nasolio después de los rituales besos de bienvenida.

-Muy interesante, sí (dijo Jaime), pero que lo será más con las contribuciones de vosotros.

-Hablábamos del tema de la hora (terció Kkris), de las nuevas sacerdotisas de Apolo. Jaime está ansioso de conocerlas y yo le iba diciendo que, con motivo de su consagración en el triatlón del balón, las vería muy a su sabor.

-¿Qué es eso del “triatlón del balón”? Primera vez que te oigo.

-Nadie mejor que estos tres insignes amigos para explicártelo.

-Sí (dijo Páukar), nosotros fomentamos vastamente el deporte entre los jóvenes. Y te diré más aún, Jaime: las concepciones deportivas vigentes entre vosotros los terrícolas han sido estimuladas en buena parte por nuestras sintomoscas, de modo que va a sorprenderte mucho que nuestros deportes coincidan ampliamente con los usos y costumbres terrícolas de la materia. En dos palabras: vosotros jugáis los mismo juegos que nosotros.

-Pero tenemos (agregó Olmia) organizadas 36 actividades tanto deportivas como oficiales, por decir así, y como las preferidas por la ciudad.

-Estos 36 deportes (prosiguió Páukar) han llegado hasta a cambiarles el nombre a los meses del año, por lo menos entre la juventud. A enero lo llaman “el mes del bebebé”...

-¿Qué significa? Interrumpió Jaime curioso.

-BBB son las iniciales de “bolita, bola y balón”, y el mes de enero está dedicado por la Torre Blanca al campeonato definidor de un triatlón formado por tres deportes muy al gusto femenino sobre todo: el ping-pong, el bowling y el voliball. Febrero es “el lanzado”, en la jerga juvenil, pues le corresponde institucionalmente el triatlón lanzado; arco, disco y jabalina. Marzo se dedica a los encuentros del triatlón de la bolita que arrastran multitud de entusiastas espectadores. En este mes se disputan los trofeos del tenis, la pelota de frontón, pequeña y dura, lanzada con guante-canasta, y el duro baseball norteamericano. Abril es “el mes patinado”, con el triatlón del patín: rueda patín, hoja patín y esquipatín. En mayo se celebra el triatlón colgado, con las pruebas de barras paralelas, barra y argollas; y en este mes

de junio, el que lleva compactas multitudes a nuestros campos deportivos, pues la ciudad se vacía en ellos, se realizan las competencias del triatlón del balón: basketball, football y rugby.

-¡Qué interesante!

-Aún le falta medio año en su programa, colega, reclamó Nasolio. Le falta julio con el triatlón corrido, esto es, salto alto, salto alto largo y carrera; agosto, “el mes rodado” con el triatlón rodado de las peligrosas carreras en vata, autocicleta y motocicleta.

-¿A qué llama usted “autocicleta”?

-Vuestra bicicleta a tracción de piernas.

-El mes de septiembre (siguió Páukar) está dedicado al triatlón mojado, pues se compite en el agua. Comprende la natación, las caídas o saltos ornamentales y el remo. Octubre es el mes alado, con el triatlón alado: competencias de vuelo, apasionantes, con equipo lucifer, en plato volante y combinadas, como la carrera aquella que supimos habéis hecho a iniciativa del profesor Palezzo...

-Mi Kris fue victoriosa (atropelló Jaime orgullosamente), pero no hubo competencia de platos.

-Yo hubiera apostado cualquier cosa por ella (exclamó Olmia).

-Simpática solidaridad del sexo (dijo Nasolio) Pero, ello entre paréntesis, hay que reconocer en Kris a una de nuestras más antiguas y bien calificadas campeonas.

-¿Qué triatlón juega el mes noviembre, profesor Páukar? (preguntó Jaime volviendo al tema).

-Noviembre es el mes armado, según los muchachos, ya que en este mes se juega el triatlón armado efectivamente: estoque, espada y pistola.

-El profesor Páukar (intervino Kris) es, a propósito, el maestro número uno de la espada, campeón hasta ahora indiscutido.

-Bueno (dijo Páukar un poco cohibido)... yo ya estoy viejo para las luchas de “amateurs” –como vosotros, Jaime- y me considero un profesional retirado de las competencias oficiales.

-Pero usted forma a nuestros jóvenes triunfadores en ese caballeresco y duro deporte, insistió Kris.

-Ello es parte, sí, de mis actividades docentes en la Torre Blanca.

-Falta diciembre, profesor, en su valiosa información (reclamó Jaime).

-¡Ah diciembre!... No suele gustar a los muchachos jóvenes.

-¿Por qué?

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Lo llaman “el mes pesado”, suprimiendo traviesamente la “n” de este participio. Es el mes pensado, llamado así entre nosotros porque, junto a los billares y el golf, asume un papel preponderante el viejo ajedrez, tan antiguo como el propio Adán.

De este modo, hemos organizado nuestras competencias deportivas definitivas en doce triatlones correspondientes a los doce meses del año.

-Pero veo que en este plan están ausentes algunos deportes terrícolas bastante extendidos...

-¿Cuáles?

-El box, por ejemplo.

-Sí. Nunca hemos dado cabida en nuestro plan a aquellas formas del deporte terrícola que, como el box, el judo, el karate, el que vuestros americanos del norte llaman “catch-as-catch-can”, pueden provocar lesiones graves o deformar la figura física. Pensamos que la teleología deportiva debe invariablemente inspirarse en la idea central de que las prácticas del deporte han de tender y dirigirse hacia la formación de cuerpos sanos y bellamente armoniosos.

-¿Qué me dice de la equitación, del polo y del suntuoso deporte español de los toros?

-Deliberadamente no los hemos considerado como adecuados en Kristina. No son de nuestro agrado los deportes en que participan animales; mucho más, si éstos han de ser sacrificados. El kristiniano protege invariablemente el mundo animal y le rinde culto de amor, salvo, claro está, si se trata de animales o especies indispensables en la alimentación o útiles a ella, o de especies francamente dañinas o altamente peligrosas sin posibilidad de protección, como ocurre con nos pocos insectos y numerosos seres microbioanos.

### III

El sexto piso del Palacio del Heptágono resplandecía de luces esta noche y reinaba gran agitación y tumulto pues allí se celebraba el banquete y baile de la transmisión del Mando de las Once. Se había confirmado por el Gran Consejo Rectoral la voluntad estudiantil universitaria que había dado su apoyo, por gran mayoría, a Bonnie, la bellísima y alta morena, de pálida tez y ardientes ojos negros que asumiría el rol de promotora de los deportes en todo el ámbito de Kristina y sus alrededores, aparte, por cierto, de la impresionante y diaria tarea de Coquinaria o Angel de la Noche en la Torre Negra.

Se había designado, asimismo, tanto a las cinco nativeras como a las cinco nupcias de su cohorte de bellas, y esta recepción social, convocada por los propios diarcas, tenía por objeto la presentación de las nuevas “sacerdotisas” y la firma y entrega de los títulos respectivos por parte de ambos diarcas.

En la gran sala destinada al acto se había dispuesto una mesa de alargada forma oval con veinticuatro asientos, y el saledizo superior que enmarcaba la sala a unos cuatro metros de su suelo, saledizo provisto de un elegante parapeto de hierros retorcidos en múltiples volutas, estaba repleto de los invitados que pudieron darse maña para ocupar un sitio.

Al anunciarse el acto de entrega de los bastones del reinado se hizo presente en la puerta de ingreso el grupo de muchachas cesantes. En dos filas fueron ingresando nateras y nupciarias, aquéllas llevando un largo bastón rematado por la representación de un huevo, y éstas llevando consigo otro, de igual altura, rematado, a guisa de empuñadura, por dos anillos cruzados. Llevaban traje largo y solemne, las nateras en seda blanca y las nupciarias en rojo y sendas rosas en el entreseno de todas ellas, blanquísimas las nateras y púrpura las nupciarias. Tan pronto como se acomodaron las diez, cinco a cinco, llenando un lado de la mesa ceremonial, hizo su aparición Janny II, la rubia y gloriosa Coquinaria cesante en un traje de cola escotado y cortado en negro terciopelo. No en vano el ángel de la Noche. Su báculo, más alto que el de sus compañeras, remataba en un gancho alusivo al signo de la interrogación en el que la Torre Negra simbolizaba su radical agnosticismo.

Al dar Janny II su primer paso en la sala estalló un bullicioso aplauso general, sinceramente expresivo de la admiración y el afecto que todo sentían por ella. Caminó lenta y gravemente y se colocó al centro de sus diez princesas.

Luego de pocos minutos que las muchachas cesantes aprovecharon para repartir alados besos y sonrisas al público que las contemplaba regocijado, se anunció la llegada y el ingreso de las nuevas sacerdotisas cuya aparición fue saludada con una interminable salva de aplausos seguidos de mil comentarios en animada charla. Ellas venían libremente vestidas, cada una como quiso a su sabor hacerlo. La nueva reina se mostró adorable cuando, al ocupar el lado opuesto de la mesa ceremonial, se turbó y no supo qué lugar ocupar entre las damitas de su cohorte. Todo quedó arreglado cuando Janny II la invitó a oponérsele.

Ahora venía la entrada solemne de los diarcas cuya aparición fue destacada emocionadamente por la orquesta sinfónica del palacio ejecutando el Himno de Kristina. Entraron juntos Zenobio y Clito el filósofo, Gran Administrador y Gran Conductor respectivamente de los kristianos, y se ubicaron cada uno en un extremo de la mesa, todos de pie en su contorno. No había asientos allí.

Habló primero Clito en una breve alocución concebida poco más o menos en los siguientes términos:

-Entre mis más gratas obligaciones funcionarias, jóvenes muchachas triunfadoras, las once de antes y las once de ahora (dijo), está la de concederos vuestros diplomas en pareja de firmas con nuestro amado y Gran Administrador el impagable Zenobio aquí presente con vosotras. Lo hago pues conmovido de gozo optimista y completamente seguro de que sabréis responder, con el mismo sentido de responsabilidad con que lo ha hecho nuestra adorable Janny II y su graciosa cohorte, a la delicada y múltiple misión que la ciudad os confía para enaltecer los grandes momentos generacionales y deportivos del pueblo de Kristina que

perpetúa, en este lejano planeta del Sol, las bellas tradiciones de la inmortal y gloriosa Molne. Aquí, en la Tierra, habéis sido vosotras las once cesantes, y lo sois vosotras las nuevas elegidas, la luz y los ojos de nuestra estrella original. Prodigadnos vuestra gracia juvenil con inquebrantable fe en el futuro de la familia kristiniana

A continuación pidió Clito un asiento y fue firmando los diplomas de asignación correspondientes para luego ir entregándolos a las agraciadas del nuevo sacerdocio, las que, al recibirlo, los pasaron, una por una, a Zenobio con una graciosa venia. Este lo fue firmando también y devolviéndolos con un beso paternal en la frente de cada muchacha.

Cuando estuvieron entregados los once diplomas de la nueva promoción, Zenobio tomó la palabra para elogiar a Janny II y su cohorte cesantes, solicitando un aplauso general que por cierto fue discernido bulliciosa y agradecidamente por todo el público concurrente.

Finalmente, Janny tomó por el cabo el Báculo Agnóstico y por sobre la mesa ceremonial se lo transfirió a Bonnie I entre estruendosas aclamaciones de los asistentes y siguiéndola, hicieron otro tanto con los cinco bastones del Huevo las correspondientes nativeras cesantes y los cinco del Anillo cruzado las nupcias.

Y así terminado el acto de transmisión del báculo reinante se produjo el desbande y encuentro de familiares y amigos en los vastos salones del Heptágono para conversar, intercambiar impresiones y congratulaciones, servirse variados bocadillo y cocktails y, sobre todo, bailar hasta la madrugada del nuevo día.

Por supuesto, Jaime y Kris la pasaron divinamente, si bien ella apenas si bailó, en asidua y vigilante protección del anunciado bebé. Demás está decir que Kris cumplió su promesa a Jaime relacionándolo no solamente con Bonnie y su cohorte reinantes desde esa noche, sino también con Janny y sus muchachas ahora reemplazadas por cierto sin reproche alguno para nadie, pues ello era una antiquísima costumbre establecida como institución de la más elevada categoría. Jaime pudo apenas salir airoso del acorralamiento de que fue objeto por parte no sólo de las veinte jóvenes mencionadas, sino de muchos otros kristinianos ansiosos de estrecharle una mano al modo terrícola de Occidente.

## IV

En el monumental y bellísimo estadio destinado al triatlón del balón cabían hasta veinte mil espectadores y estaba repleto. Se habían jugado ya los encuentros finales de basketball entre los representantes de la Torre Blanca y los de la Torre Gris con la victoria de estos últimos y esta tarde se disputaba el balón pateado, el football. Los tres amigos profesores de la Torre Blanca –Olmia, Páukar y Nasolio- se había citado con Jaime y Kris para asistir juntos al encuentro deportivo que se esperaba fuera fenomenal.

El público, en este momento, se ponía de pie como un resorte, pues hacía su entrada la nueva Reina de los Deportes: Bonnie I, acompañada de su novel cortejo femenino.

Un amplio y elegante palco cubierto estaba destinado a perpetuidad al emplazamiento del trono de la Reina de los Deportes lo mismo en este estadio como en otros recintos deportivos donde se jugasen encuentros finalistas de los grandes y habituales competidores: las diez Torres de la Universidad.

Bonnie y sus muchachas llevaban leve traje deportivo consistente en una sencillas blusa y pantaloncillos blancos muy cortos, pero la reina lucía consigo, además, una liviana capa blanca también y bordada en oro, y las diez muchachas de su cohorte sendas pelotas de football. Al subir a su trono entre sus diez azafatas, que se habían colocado en dos filas ascendentes sobre las gradas, Bonnie hizo un gracioso saludo con las manos a la multitud que la esperaba, saludo que fue devuelto con un estruendoso aplauso general.

El palco de su graciosa majestad descendía en escalera de peldaños bajos hasta el nivel de los pastos, pero al llegar a la malla de contención se destacaba un parapeto metálico en cuadro sobre una plancha especial a nivel del suelo. Subiendo de allí hacia el trono de Bonnie se tropezaba en el centro con una preciosa fuente tallada en ónix y, delante del trono mismo, aparecía un gran plato oblongo sobre una mesilla de ónix también y en el plato una buena cantidad de irresistibles racimos de uvas. A la derecha del trono podía verse el trofeo de la jornada: un vaso alto y labrado que adornaba un centenar de piedras preciosas, vaso que aparecía cubierto arriba pues estaba colmado de jugo de uvas recién exprimidas por las propias sacerdotisas. Junto a los asientos de éstas, finalmente, se habían colocado sendas ánforas de oro estampado con el agua fresca del triunfo y, para su cuidado y servicio, un niño o pajecillo provisto de una toalla.

-¿Qué significaba todo ese aparato? Había preguntado Jaime, mas sin obtener respuesta, pues todos sus amigos estaban ya pendientes de cada gesto de los protagonistas y actores del encuentro.

Luego de unos minutos y a una orden de Bonnie los dos pajecillos de los peldaños más altos, que en esta oportunidad actuaban de heraldos, hicieron escuchar los claros y vibrantes sonos de un par de clarines que, al apagarse, dieron su iniciación al acto inaugural. Ingresó primero el equipo gris ganador del encuentro de basketball, precedido de su propia banda de música y sus “muchachas predilectas” en lindos uniformes, todas con un arbolillo en la cabeza a modo de fantástico sombrero.

-El árbol es el emblema de la Torre Gris (dijo Olmia a Jaime), como que el equipo mismo es conocido con el nombre de Team del Arbol.

Cuando terminó el desfile del equipo gris sus muchachas se desarreglaron el tocado de la cabeza para complacer a sus “hinchas” lanzándoles numerosas ramitas o puñados de hojas.

A continuación se presentó el onceno blanco con su característica banda de niños de diez a doce años y sus tres bellas muchachas predilectas en orgullosa marcha. Un chiquilín de no más de cinco años de edad simuló un gol en la valla del contendor rodando una pelota

liviana y metiéndose con ella él mismo bajo la red del arco, lo que provocó gran algarabía entre el público asistente. Todo ello era ritual con este equipo.

Terminados ambos desfiles, y a una nueva clarinada del trono, Bonnie se puso de pie, se quitó la breve capa que la cubría a tiempo que la azafata vecina doblaba ante ella una rodilla ofreciéndole el balón que consigo llevaba y descendió hasta el recuadro de la primera grada al borde mismo de la malla de alambre portando el balón de la disputa deportiva de aquella tarde. Al llegar al recuadro y montar su parapeto para ingresar en él, éste comenzó a elevarse a tiempo que ambos equipos contendientes disponían apresuradamente a sus hombres para el primer minuto de la jornada. Se hizo un silencio de general expectación cuando el recuadro, que resultó siendo un ascensor y que había subido unos cinco metros del suelo, se detuvo y Bonnie iniciaba el juego lanzando ella misma el balón a cualquier punto de la cancha.

-Esto no es reglamentario en el exterior, objetó Jaime.

-Aquí lo es (le dijo Nasolio). Se trata sólo de iniciar la partida, y encanta al público que lo haga la reina personalmente.

-Pero ella puede favorecer, en esa especie de tiro libre, a alguna de las partes.

-Nadie se fija en ello, pues, además, se trata de un tiro libre en la línea del centro y la reina, que envía el balón con las manos, no puede hacerlo muy lejos.

El partido se desarrolló con las alternativas que eran de esperar, entre canciones colectivas, silbidos y aplausos de un público apasionado pero respetuoso y concluyó con el triunfo de los blancos, quedando pendiente para la última semana de junio el encuentro de rugby entre los mismo equipos, encuentro que definiría el empate. Jaime siguió con vivo interés todos los incidentes de la deportiva batalla, pero lo que más le encantó, según decía, fue la actuación de Bonnie y sus muchachas al realzar el acto en ritos fáciles y amables.

Cuando los árbitros dieron por terminado el partido con la victoria, como se ha dicho, del equipo blanco, se abrió una ancha puerta de salida al pie de la escalera del trono y el equipo ganador, con su capitán a la cabeza, marchó hacia ella. Tan pronto como Bonnie se puso de pie, todo el mundo la imitó a tiempo que una azafata llenaba de agua fresca la fuente de ónix donde el capitán se refrescó y lavó el rostro con la ayuda de un pajecillo ad hoc. La banda del equipo ejecutaba, al mismo tiempo, su propio y estimulante himno de la victoria coreado por miles de hinchas, luego el capitán se arregló el cabello con las manos como pudo para cercarse a Bonnie que ya aguardaba sosteniendo el trofeo de la jornada entre manos.

-Esperamos ansiosos la confirmación de tus labios, hermosa reina nuestra, dijo el capitán cuando llegó a la grada más alta.

-La confirmación de mis labios será doble (le respondió la joven reina), en los jugos de estas uvas y en tus brazos.

Luego de lo cual Bonnie bebió unos tragos del contenido de la bella copa-trofeo que puso enseguida en manos del feliz capitán. Este bebió a su vez abundantemente, pues la verdad es que moría de sed. Cuando hubo terminado, Bonnie tenía las manos en los hombros de él dejando adivinar un gesto invitador y travieso, de modo que el capitán la abrazó estrechamente con un emocionado y largo beso en los labios.

-¿Y ese beso? (Había preguntado Jaime).

-Es el beso ritual a que tiene derecho el triunfador, le respondió Kris, cuando la victoria ha sido adquirida limpia y cordialmente.

Mientras se desarrollaba esta escena en la grada más alta las diez azafatas hacían otro tanto con los compañeros del capitán, repartiéndoles sendos racimos de uvas y dándoles agua en la fuente de ónix, y más de una copiando el beso de la reina.

Con enorme bullicio fue acompañado el beso por parte del público, sobre todo de aquella parte del público no del todo comprada por la causa de los grises, pues alguna gente, aunque poca, había abandonado el estado bastante mohina, tan pronto como sonó el silbato que daba fin al encuentro con la victoria de “las niñeras”, apelativo que los adversarios del equipo blanco usaban contra éste descargando un poco en ello sus frustraciones.

## V

A los tres días de aquel festival deportivo buscó Olmia a Kris para hacerle llegar una invitación especial de un grupo de profesores de la Torre Blanca que deseaban departir con ella y Jaime en torno a una mesa redonda informal donde se cambiaría opiniones e ideas relacionadas con la tarea del educador. Consideraban ellos que a Jaime habría de serle muy útil tomar contacto con los especialistas kristinianos de este campo de la enseñanza superior, y Jaime, por su parte, no había callado su especial interés por esas problemática en un mundo tan singular como éste de la ciudad ignoradamente rectora de muchos procesos históricos terrícolas.

Cuando se presentaron ante el gran portal de la Torre, Nasolio y Páukar, sus ya conocidos amigos, los esperaban para introducirlos conduciéndoles ante una docena de eminentes colegas, hombres y mujeres, en cuyas manos se formaban algo así como seis mil pedagogos de los distintos niveles educativos. Allí estaban Porcia, Koroni, Pitio, Artino, Mera, Olivia, etc. que con cordialidad fueron acercándose a Jaime y cambiando con él el beso de la amistad.

Al tomar asiento todos ante una mesa común dispuesta en una sala mesuradamente iluminada, les fue presentado un lindo ceramio del que cada uno fue sirviéndose a su capricho pequeños pocillos con una hoja verde que Jaime reconoció inmediatamente, pues se trataba de la coca que él había mascado varias veces en Toroqa y Taqopampa.

Abrió Koroni la conversación rogando a Jaime que les diese alguna información, “si ello fuere de su agrado”, relacionada con su propia experiencia en su formación académica y sus estudios.

-Encantado (respondió Jaime Landa). Pero debo comenzar por decirles que si vosotros me preguntaseis cómo estoy de duendes, os respondería que ahora estoy liberado y lo estuve ya cuando alcancé los treinta años de edad, aunque hice mis estudios básicos y generales –lo que en mi tiempo conocíamos como “primarios” y “secundarios”- en un colegio religioso, esto es, bajo la conducción de brujos profesionales, quienes, por cierto, me llenaron el espíritu y la mente de la inquietante y pegajosa presencia de todos los fantasmas benignos y malignos, que la fantasmagoría cristiana pinta críticamente en sus libros de teología.

-Harto conocemos el problema (dijo Mera). La forzosa polaridad del juicio ético discriminando la conducta de lo bueno y lo malo, entre lo plausible y lo censurable, se cosifica en el mundo cristiano al inducir la aparición de dos poderosos duendes, ambos divinos en realidad: el llamado Padre Eterno o Dios y el maligno y sin embargo simpático Lucifer o Satanás sobre quien el primero habría triunfado relativamente.

-Pero no sólo ellos (dijo Jaime). Uno y otro cuentan con sus propios ejércitos de duendes menores. El primero tiene a sus ángeles y sus santos y el segundo a los incontables diablos y diablillos de su séquito rebelde por vocación.

-Y por irrevocable sentencia del Padre Eterno, terció Artino.

-Pero a ellos hay que agregar todavía muchos miles de millones de otros duendecillos (habló Olivia): las almas de los muertos que han tomado partido por uno de ambos duendes reinantes. Allí también, en el mundo de la antimateria, gobierna una diarquía...

-Más una diarquía agnóstica alimentada por el odio esencial de los conceptos éticos polares que ellos personifican.

-Sin duda (dijo Porcia), puesto que la alternativa es forzosamente excluyente. O se es bueno o se es malo en el hecho concreto de cada acción, de cada hipótesis de conducta.

¿No cree usted, profesora, que se puede ser malo a medias, un poquito malo no más, o bueno a medias? (Replicó Jaime).

-Sí, se puede, siempre que se considere un conjunto de acciones. Por eso he hablado del hecho concreto de cada acción en particular. Puede, sin duda, el yo ético darse en un número de actitudes plausibles que se oponen contradictoriamente a otro número más o menos balanceante de acciones censurables o detestables.

-En verdad (intervino Pitio) no puede darse la personalidad ética de otro modo que así. Recordemos al sacrificado tío abuelo de Kris cuando en el incidente de la adúltera sentenció que arrojase la piedra aquél que se sintiese libre de pecado. Y es que “el bueno” nunca es totalmente bueno, sino simplemente más bueno que malo...

-Y viceversa (terminó Kris).

-De todos modos (dijo entonces Jaime), en el mundo terrícola se discute mucho, y entre la gente que yo diría exorcizada de dioses y demonios, entre la poca gente mentalmente sana y liberada de duendismo, se discute con alguna inquietud sobre cuál sería la suerte de las nuevas generaciones que van despertando a su liberación y haciéndose irreligiosas. ¿Qué será de ellas –se dice- sin la fe en un ultramundo salvador y paradisiaco y sin las espantosas amenazas del infierno?... La juventud sin el compromiso, mágico hasta donde se quiera, con el gran duende benigno en alguna de las muchas formas que asume modernamente, la juventud sin la convicción de la inmortalidad personal, esa juventud ¿No se vería automáticamente empujada al desorden y al crimen por lo menos allí donde pueda eludir el físico castigo de la norma jurídica?

-Tal actitud (respondió Artino) corresponde a la crisis de un momento histórico que representa los primeros pasos del terrícola hacia la adolescencia colectiva. El terrícola está tratando de elevarse desde la infancia colectiva, inevitablemente poblada de fantasmas, hacia los bordes del embudo de la antimateria. El terrícola vive todavía, aunque parcial pero mayoritariamente, con la lógica mágica... , una lógica a retazos o jirones, si se quiere, pero lógica al cabo. Si el duende puede ser munificente, resulta adecuado y oportuno ponerse a su servicio; y, si vengativo y cruel, temerle y obedecerle. Es el “santo temor de dios” del cristiano ortodoxo.

-Yo agregaría (dijo Jaime) una reflexión atinente a la estructura de las normaciones: Si las normaciones jurídicas cuentan con todo el aparato de la represión penal, indemnizaciones, multas, prisiones, trabajos forzados y aún la muerte, la normación moral no cuenta con otro sistema de estimulantes y coerciones que las inefables dichas de un ultramundo para el cumplidor y los castigos infernales para el rebelde.

-¿Y la condena social de la opinión, Jaime, o el halago del prestigio moral bien ganado? (Le preguntó Olivia).

-Es un sucedáneo de valor muy discutible, Olivia, si pone usted atención al hecho de que la reacción social está condicionada por la publicidad, y ella es eludida con harta frecuencia.

A esta altura de la conversación Páukar se decidió a intervenir, aunque parecía muy atareado distribuyendo pocillos de coca:

-Contáis vosotros con un profeta (dijo), el más próximo a nuestros días, el autor de aquella “Miseria de la Filosofía”, Jaime, inexorable economista por sobre todo, que ha interpretado la historia de al cultura como una pura superfetación engendrada por los métodos sociales de producción y el régimen del reparto de bienes.

-Sí, claro, el profeta de la revolución socialista que le mundo ha visto aterrorizado en la Rusia zarista con el genocidio de algo así como veinte millones de miembros de la

comunidad nacional, revolución seguida por otras catástrofes no menos sangrientas en Asia, Europa y América.

-Bueno, pues Marx había superado su juvenil duendismo y acabó por interpretar la presencia del gran duende y las organizaciones de hechiceros a su servicio como instrumentos del dominio capitalista. Como que la revolución soviética abundó con declaraciones de ateísmo y la negación radical de los duendes vino a ser parte importante e irrenunciable de la mística marxista.

-Vano empeño, profesor. Por lo que yo pueda saber y con perdón de vosotros que indudablemente tenéis la información más controlada y segura, el pueblo soviético está muy lejos de haber renunciado a sus duendes.

-Y estás completamente en lo cierto, Jaime, aunque tu convicción es más bien intuitiva que probada. Y es que la renuncia de las prácticas de hechicería, con cualesquiera fines que éstas persigan y por muy bajos que se consideren, es un asunto de madurez mental espontánea. No se puede exorcisar por ningún medio, masivamente y de la noche a la mañana, ni aún a través de una vigilante educación, a las sencillas y bárbaras o semibárbaras multitudes de las bases sociales. Sólo la superioridad intelectual que se da en la sazón mental de individuos aislados conduce por sí misma a la liberación. La cultura superior abre la trocha de acceso pero no la pavimenta ni da el coche motorizado. En tu mundo ha habido y hay innumerables intelectuales de gran categoría pero íntegramente comprometidos con sus duendes, compromiso que sale a la publicidad dramáticamente y con frecuencia en los trances de sufrimiento sobre todo y ante la inminencia de la muerte. Tu dirás si no es así.

-Lo reconozco en pleno. Y es precisamente el probado duendismo de los líderes el que explotan con gran provecho las grandes organizaciones de hechiceros en el seno de las iglesias para fortalecer la fe de los dubitantes.

-Empero habría todavía que ver algo en esto (dijo Olivia). La iglesia cristiana es, en opinión del marxismo, un instrumento de la explotación capitalista y pervive a la sombra de esta explotación. Ahora bien ¿y si la iglesia cristiana, temerosa de que el mundo se haga socialista mayoritariamente o totalmente, se pone al servicio de la revolución catastrófica, qué pasa?

-Veo, en primer lugar, que el marxismo, o por lo menos algunos de sus más importantes planteamientos en torno a este problema, se vienen abajo. Tal actitud de la iglesia cristiana, al ponerse militantemente del lado del explotado con el pensamiento, a mayor abundamiento, de que tampoco a Jesucristo le eran simpáticos los ricos, le espetaría un redondo mentís al profeta de Tréveris. Empero, mirada la cosa con más calma, no se trataría de un cambio de frente o, mejor dicho, de una defección a las filas enemigas o acusadoras, es decir, de un vuelco obediente y contrito hacia la supuesta voz de las bases...

.¿Si no de qué?

-Se trataría de que iglesia cristiana habríase percatado de que aquella voz no es, de ningún modo, la voz de las bases, en lo que a privilegios y ventajas sociales se refiere, sino la cortina de humo de las minorías elevadas al poder por la explosión socialista, minorías que defienden frenéticamente sus situaciones de mando y que no pueden hacerlo en nombre de otra cosa que no sea la revolución socialista.

-Pero el pueblo ha ganado, de todos modos (dijo Koroni)... , ha ganado en ventajas materiales colectivas y mayoritariamente. Come, viste y vive mejor.

-Sí... , cierto (replicó Pitio)... come, viste y vive mejor... siempre que no piense mejor, o simplemente que nunca piense con razonamiento propio y libre. El ideal de hombre del mundo socialista es un obrero gordo pero radicalmente servil, un ciudadano que, remontando cuatrocientos años de historia, ha hecho suyo sin atenuantes el principio supremo de la Contrareforma del siglo XVI tan desnuda y cínicamente formulada por Ignacio de Loyola...

-¿Cuál, profesor?

-La conocida fórmula del ultramontanismo más radical, Loyola decía esto: “bien que tus ojos digan que una cosa es blanca, si tu superior afirma que es negra, debes pensar que tus ojos yerran antes que tu superior, y convencerte de que la cosa es negra”. Ahora bien, esto puede ser deseable eventualmente frente a situaciones colectivas de violento y cruel despotismo, puede serlo como transición y crisis hacia un mundo mejor, pero de ningún modo como la imagen de una sociedad definitivamente perfecta, sociedad, por lo demás, imposible y absurda dado que de un individuo al otro, en la totalidad de la familia humana, hay profundas diferencias de nivel y caracterización físicas, intelectuales y morales. La asociación de seres inteligentes será invariable e inevitablemente, toda vez que ella se muestre multitudinaria, una pirámide gobernada y dominada por una minoría privilegiada.

-Convengo (dijo Jaime), pero me gustaría oír de sus labios, profesor Pitio, cuándo es multitudinaria una sociedad.

-Bien, he destacado esa condición porque en los cuadros de una agrupación pequeña, por ejemplo, una organización religiosa, una asociación de magos numéricamente limitada, un club, en fin, con unos pocos cientos de asociados, o algunas decenas, es posible la selección y el encuentro de místicos coincidentes y por lo mismo muy capaces de construir una comunidad con organización, conducta y fines totalmente desusados y aún abiertamente opuestos a cuanto se pueda llamar normalidad y realismo, razón cabal, criterio sano, etc. comunidades chicas en las que incluso puede violentarse las leyes naturales de la relación yo-tú, o las biológicas de la intimidad estrictamente personal.

-¿Lo que ocurre con los llamados santos y santones?

-Exactamente. Con los místicos realmente tales, en general. Pero ya en una comunidad que sobrepase el orden de las centenas y haya que operar con millares y peor aún con millones de individuos, semejante coincidencia es absolutamente imposible. De ahí por

qué la sociedad igualitaria es un puro delirio, o, en el mejor de los casos, un esquema abstracto que como tal quedará para la historia.

-Sin embargo (dijo Nasolio, quien por fin habló), ese tipo de esquemas alimenta con frecuencia movimientos sociales y transformaciones constructivos. Son, claro está, un puro ideal que justamente por serlo no puede materializarse en aquello que esencialmente se le opone, la realidad, pero que sirve de modelo deseable y trazador de los perfiles de la historia.

-Así ha debido ver este problema tan fundamental el profeta del siglo XIX, dijo Kris a tiempo que se levantaba para retirarse, provocando una protesta general.

## VI

Cuando Kris se alejó dejando a Jaime con sus amigos, habló Porcia:

-Yo iría todavía un poco más lejos que el profesor Koroni (dijo) en aquello de que el pueblo come, viste y vive mejor con la revolución socialista triunfante...

-Diga, profesora.

-La mecánica propia de toda transformación social consiste siempre en el aprovechamiento de las tensiones verticales por parte de los cazadores del poder con posibilidades de liderizar.

-¿Y esas tensiones? (Preguntó Koroni).

-Actúan siempre en dirección ascendente, puesto que se trata de los de abajo tratando de substituir a los de arriba o arrebatarles una parte de los beneficios del poder social. Por consiguiente, los cazadores del poder tienen que adular al proletariado y, en general, a los estratos inferiores de la pirámide, a la gran masa de descontentos, prometiéndoles contentarlos. Si triunfan, tienen que cumplir siquiera parcialmente lo prometido. En consecuencia, los de abajo generalmente ganan, generándose un movimiento de cambios de guardia cumbre que en milenios de historia se acerca cada vez más a una razonable igualdad de beneficios o, si se prefiere, el concepto adverso, a una tolerable y conscientemente razonada y aceptada desigualdad que se justifica por la medida de la capacidad personal y el rendimiento explícitamente reconocidos cuando la comunidad ha madurado.

-Pero volviendo al tema del duendismo, si vosotros me lo permitís, señores profesores, me gustaría escuchar de vuestros labios algo relacionado con las técnicas de la psicoterapia kristiniana de exorcisamiento.

-Sí ¿por qué no?, dijo Nasolio. Mas considero que no se puede hablar de "exorcisamiento" o expulsión de los duendes mentales benignos y malignos inducidos por la educación mágico religiosa terrícola. El kristiniano llegó a este planeta con la herencia cultural

del círculo sideral de Molne más o menos intacta, de modo que nunca tuvo duendes que exorcizar, ni dioses ni demonios.

-¿Acaso la educación kristiniana no acude a la vocación, tanto infantil como juvenil, por lo maravilloso, por lo extraordinario y desusado, por lo sobrehumano y lo heroico para estimular su formación intelectual y moral?

-Lo hacemos, sí, pero sin deformación de una realidad que acabe de confundirse con ésta.

-¿Y la poesía, profesores?... ¿No creéis vosotros que la emotividad y la creatividad poéticas sufren un gran quebranto al privarlas de esa inmensa veta o venero de sugerencias a cuál más pintorescas, variadas y a menudo bellísimas que ofrece al terrícola la cultura mágico-religiosa? ¿Qué fuente de inspiración más prolífica y exuberante, por ejemplo, que la mitología griega?... Y, si venimos a los días del Renacimiento y la Reforma, en los siglos XIV al XVII ¿habrían sido posibles un Dante, un Giotto, un Donatello, un Leonardo, un Miguel Angel, un Velázquez, un Rubens sin el mito cristiano sentido como verdad de fe?... Porque en Kristina hay poesía. La he sentido y adivinado no sólo en muchos de vuestros giros de lenguaje, sino en vuestros monumentos y en varios de vuestros usos sociales institucionalizados.

-Sin duda que hay poesía, Jaime, y abundantemente. Pero la hay como tal, no como construcción de pretendidas verdades metafísicas. La poesía kristiniana de todas sus creaciones en la literatura y las artes plásticas nos permite visitar gozosamente y a menudo el mundo de maravilla de la antimateria, de la dulce irrealidad hecha a veces de inexorables e intolerantes perfecciones, pero conservamos toda la lucidez necesaria para saber que nos encontramos ahí, en ese mundo de la poesía pura, sin hipóstasis ni substitución. En cambio, el poeta terrícola de la vida mágico-religiosa resbaló por el embudo de la antimateria y ya no puede volver a la realidad. La actitud poética se ha convertido en distorsión neurótica.

-Es así (dijo Mera). ¿Qué pensarías, Jaime del aeda que, habiendo cantado a su amada como un fresco pimpollo de rosa, la contemplase real y efectivamente convertida en el pimpollo?

-Supongo que buscaría un machete y le cortaría la cabeza para ponerla en el tiesto de su ventana.

-Eso es exactamente lo que hace el creyente. Su pasión, que pudo haber sido conscientemente poética en el momento inicial, ha transformado la fantasía regocijante, o aterradora, según sea el caso, en realidad realísima.

-¿Es decir que el poeta se ha enajenado en el arrebató de pasión creadora?

-Eso es, redondamente.

-Sin embargo (concluyó Olivia), nosotros explotamos vastamente el mundo de una rica fantasía imprecisamente "real" cuando se trata de la formación primaria en el jardín de infantes y el ciclo básico. Nos interesa que el niño pequeño viva y se agite en un universo de

gratas y estimulantes fantasías que cuidamos de no mostrarlas como tales. Vuestro “pato Donald” o vuestro “perro Pluto” del genio del terrícola Disney serían personajes completamente reales entre nuestros niños sin que nadie se preocupase por desnudarlos mostrándoselos como puras invenciones de un señor extravagante. No, muy al contrario: nos complacemos en crearles ese tipo de mundo con el fin de que más tarde puedan aspirar a ser rebeldes creadores, no específicamente en la poesía o el arte, sino también en el vasto campo de las actividades tecnológicas, o en la construcción de sistemas especulativos. Pero tan pronto como nuestros niños pasan al ciclo de generalidades (lo que vosotros soléis llamar “humanidades”), comenzamos a separarles cuidadosamente el grano de la paja hasta que aprenden a discriminar clara e inequívocamente dónde y cuándo se trata de fantasía poética y dónde y cuándo de verdades racionales. De este modo, nuestros niños egresados de Generalidades alcanzan este egreso completamente limpios de duendismo. Sus valores morales son simplemente los que rigen en la comunidad tradicionalmente, valores que captan en la conducta de las gentes mayores de su medio y que imitan y fijan en su corazón espontáneamente.

***Parte Undécima***  
***“La Torre Violada”***

I

-Kris amada (le decía Jaime aquella mañana al despertarse ambos preparándose para una excursión por los escaparates comerciales de la ciudad), tengo algo que desde hace mucho anhelo pedirte a la vez que consultarte respecto a su viabilidad dentro de los usos y costumbres propios de Kristina...

-Muy largo el prólogo, querido. Desembucha de una vez.

-Bueno, pues... está muy próxima la llegada de nuestro primer niño y... pienso que deberíamos formalizar nuestra unión con todas las formalidades del caso antes del arribo del primogénito... ¿Qué dices a esto?

-¿Lo deseas profundamente, cariño?

-Sin dudarlo. Es más, con verdadera impaciencia.

-Entonces, bésame.

Se besaron con un largo beso que Jaime no se atrevió a prolongar hasta el coito por el temor de lastimar el delicadísimo fruto de sus amores.

-Sí (continuó Kris), esperaba este pedido de tu parte y lo deseaba espontáneo. Por ello es que no te he hablado del asunto a pesar de que algunas amigas me andaban ya preguntando cuándo se celebraría formalmente nuestra boda. Yo te propongo celebrarla en los primeros días de agosto, coincidiendo, poco más o menos, con tu visita a la Torre Negra.

¿Puedo preguntarte a qué se debería tu elección de esos días?

-He pensado que esa visita tuya es, por una parte, tu última jornada universitaria como iniciado, y, por otra, esa jornada te brindará la oportunidad de conocer de cerca nuestra liturgia con relación a los tres grandes momentos generacionales del Kristiano: el nacimiento, el matrimonio y la muerte.

II

Espinelas opacas en rosa oscuro y amatista y corindones dominaban en la impresionante fachada de la Torre violada dándole este nombre y color. Numerosas ménsulas, en sus largos balcones, habían reproducido la imagen de un centenar de escritores y artistas kristinianos especialmente famosos, todos salidos de aquel recinto que era el santuario del esteta, pues la Torre violada acogía y formaba a los valores personales del mundo de las bellas letras y el Arte en general. Sus actividades formativas se desenvolvían pues en el estimulante y proteico mundo de la eucalosofía o saber de lo afortunado y bello.

Cuando Jaime y Kris se presentaron buscando hacer contactos inquietantes con los creadores y aficionados de este agitado mundo singular en el que se asociaban novelistas y poetas con pintores, escultores y músicos, preciosistas del vidrio, la madera y los metales, de la ornamentación floral y el tejido, etc. etc. habíanse agrupado más de trescientos postulantes en el gran patio anterior de la Casa.

Un grupo de jóvenes se acercó a ellos a tiempo que ambos contemplaban la insuperable escultura de Konsolo que quería explicar, y lo conseguía adorablemente, la misión y sentido de la Torre: darse en el verbo del Arte y la poesía, expresarse en el gesto de una boca entreabierta que dice su alucinante embriaguez. El monumento representaba, en efecto, esencialmente, una boca entreabierta entre masas y líneas de ambiguas alusiones al acto creador de lo inédito, al lenguaje de lo rebelde absoluto.

Rompió el aire de la Plaza del Heptágono una limpia clarinada en aquel momento y la muchachada se agolpó atropelladamente ante los portales de la mansión que presidía Pireto, el rector de la Casa. Una bellísima joven heraldo, desnuda según lo usual de esta ceremonia, de pie sobre el elevado saledizo que coronaba aquellos portales, anunció el solemne diálogo del Credo violado, luego de lo cual, la muchacha delegada de los postulantes se aproximó a los labrados aldabones de la Casa de la Eucalofía y llamó con cuatro golpes profundos que, al apagarse ondulantes, iniciaron el religioso diálogo así:

- ¿Quién ha empuñado las amatistas de mis aldabones?
- Un pretendiente audaz.
- ¿Y qué pretende?
- Desnudar su verdad íntima para el ojo despierto a la belleza.
- ¿Dónde se desnuda la verdad?
- En el crepúsculo del verbo.
- ¿Dónde más?
- En la mano presta y locuaz.
- ¿Dónde más?
- En el ademán y el gesto.
- ¿Y por dónde habla el verbo?
- Por la boca diligente.
- ¿Dónde es bello lo bello?
- En la séptima cuerda de los violines del sol.
- ¿Cómo es bello lo bello?

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Tejiendo, más allá de lo tejido, con los hilos de la rueca del ensueño.

-¿De qué color es pues la ciencia de las lenguas y de las bellas artes?

-Como el zumo de la mora en la química de la vida.

-¿Y la forma que canta?

-Como la llama del potasio y la piel de la berenjena.

-Entra, forastero amigo, y acomódate como te plazca, que halagado serás en esta Casa.

Se abrieron pesada y lentamente los elevados batientes del espléndido portalón, acto seguido por el atropellamiento de la juventud que invadía la Torre. Los novicios o “sardinas” fueron recibidos, como era habitual en la Casa, con toda clase de bromas, a veces contundentes y nada gentiles, por parte de los estudiantes veteranos de adentro.

En este momento se acercó a Jaime un botones para poner en sus manos una esquila de profesores de la Torre violada. La esquila, que Jaime desplegó enseguida, decía lo siguiente: “Los profesores de la Torre Violada que firman abajo envían su más afectuoso saludo a la dichosa pareja Jaime-Kris y los invitan a una cocacharla especial el Club de los Evadidos, reunión de homenaje en la que cada uno de los concurrentes deberá ofrecer su personal EVASIÓN, dentro del programa previsto, como contribución ineludible a las actividades del Club. El acto se realizará esta tarde, a horas 18, en la sala 99 de la Torre. Gracias por anticipado”. En la segunda página de la esquila se leía el programa de la cocacharla preparado así:

Programa de las Evasiones de esta fecha

Igor                    LAS AVISPAS MILITARES

Parina                CONFLAGRACIÓN

Kalemia            LA FIERA

Ankista             EL ESQUELETO

Landa                .....

-Tienes que explicarme esto un poco, cariño (dijo Jaime a Kris), aunque puedo columbrar de qué se trata.

-El club de los Evadidos reúne a la mayoría de los profesores de la Torre Violada, así como a unos pocos estudiantes de último curso y a otros escritores y artistas independientes. Es una peña de Arte y Letras que ha bautizado sus sesiones con el nombre de “cocacharlas” puesto que...

-Se charla bebiendo infusiones de coca, supongo, pero yo que aparezco en el programa ¿qué debo hacer?

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Pues llevarte un cuento, un poema, un capítulo de novela inédito o muy poco conocido, o una escultura, un cuadro, etc.

-¿Algo precisamente original y propio?

-Con preferencia; pero puede presentarse un trabajo o creación ajenos siempre que se trate de algo novedoso.

-Bueno, pues yo ya tengo algo que en este momento se me ocurre.

-¿Tuyo?

-Hasta cierto punto.

-¿De qué se trata?

-De una encantadora leyenda indígena en torno a las montañas y las aguas que tanto conozco pero que tú también has visitado mucho, según creo, en los alrededores de Punkurani.

-Ya...¿Qué te anoto en el programa?

-Escribe PILKOMAYU como título de la evasión que me corresponde.

-Veo que has captado de inmediato la intención contenida en el concepto de evasión de estos amigos de la Torre Violada.

-Me parece que sí. Considero que refugiarse en el mundo de la fantasía, se perdiese o no los controles al hacerlo, es una huida de la realidad, huida agradable muchas veces cuando no reconfortante. En el arte y la poesía nos rebelamos frente a la muchas veces insulsa cotidianidad; colgamos una escalera de cuerdas ideal a los muros de nuestra cárcel común cuya mampostería, perfectamente lógica e inflexible, acaba por lastimarnos los ojos y el corazón, y nos evadimos. Todo cuanto se da en el mundo de la pura fantasía y, por tanto también, en el mundo de la religión y la magia, es una auténtica evasión mental y metodológica... Y, bueno, así es como entiendo el espíritu del Club de los Evadidos.

-Tu interpretación es certera, querido, y será muy del agrado de la próxima cocacharla si hallas oportunidad de repetir esos conceptos.

### III

En la sala 99 de la Torre violada había como un centenar de personas, lo más granado y admirado del mundo de las Letras y del Arte. Jaime y Kris fueron cariñosamente recibidos por el propio Pireto, escultor y pintor extraordinario a la vez que jefe máximo de la Torre.

Invitados luego a tomar asiento ante una mesa doble de forma circular (pues había otra, más pequeña, al centro, con el buffet de la tarde, sándwiches y pastelillos salados y dulces y una media docena de jarrones de coca en infusión), tomó la palabra el presidente del Club, Ornimt, para presentar a Jaime a toda la sala en conjunto.

Ornimt era un célebre compositor y director de orquesta cuya caudalosa inspiración había salido más de una vez al mundo terrícola a través de muchas sintomoscas familiarizadas con los venerables cráneos de los más famosos maestros europeos y norteamericanos. La “Tocata y Fuga” de Bach así como la “Novena Sinfonía” de Bethoven, entre otras obras maestras, eran, en realidad, sus creaciones... , creaciones a cuya autoría personal había renunciado desde luego, por amor y reconocimiento a los propietarios indígenas del hogar planetario en que la dulce Molne se perpetuaba.

Luego de Ornimt habló el exquisito poeta Aleno para a su vez destacar la presencia y saludar “al compañero Igor” cuyo curriculum vitae subrayó y ensalzó con atinadas expresiones y alguno que otro aunque discreto pinchazo a su habitual encuevamiento. Al concluir invitó a Igor a que tomase la palabra para ofrecer a la sala el primer número del programa anunciado, número al que él había rotulado como LAS AVISPAS MILITARES.

-Sí (dijo Igor), deseaba recordar en compañía de vosotros una penosa aventura en la que me vi inesperadamente envuelto hace cosa de un año en el Pacífico meridional...

-¿En el Pacífico meridional? (exclamó alguien).

-¿Pero... , has estado alguna vez por allá? (Preguntó Ornimt).

-Por supuesto que sí. ¿Cómo de otro modo pudo haberme ocurrido lo que voy a relatarles?

-El caso es que, aprovechando una prolongada vacación de hace algunos años, me había propuesto llevar imaginariamente a todos mis familiares a un escondido y delicioso recinto insular de pastos naturales y ondulantes, palmeras abundantemente regadas por arroyos y fuentes adorables puestas allí para solaz y encanto de los míos; un refugio, en fin, tentador para evadidos que quisiesen desbridarse a capricho en su alucinante soñar.

-Organicé pues mentalmente el viaje, invitando, a la vez, a un grupo de varios amigos, los más amables, tolerantes y divertidos, y los embarqué en uno de nuestros platos voladores medianos donde cabíamos confortablemente todos. Hasta los había contado. Éramos 17 en total.

-Jamás se me hubiera ocurrido que aquél acariciado ensueño habría de acabar por clavarse en mi cerebro obsesivamente hasta tomar, por obra de lo imprevisible, la figura inequívoca de una empresa realista y en marcha auspiciosa compartida con otros.

-El islote, al que yo le puse el nombre de “Igoria”, puesto que había tomado mentalmente posesión formal de él y me consideraba su descubridor, era algo realmente subyugante. Desde luego que no aparecía en mapa terrícola alguno, pues tenía apenas cinco años de vida, cuatro meses y dos días y estaba además alejado de las rutas frecuentadas por los barcos que hacen la travesía del Pacífico con rumbo a la Polinesia o Australia... ¡Cinco años, cuatro meses y dos días! Me decía, todavía incrédulo, a mí mismo- desde aquél de su volcánico surgimiento a la luz del sol-

-Me objetaréis vosotros los aquí presentes cómo es que no se tuvo noticia en Kristina sobre la aparición de este islote siendo así que los kristianos gustamos tanto de navegar pescar por esos mares, y yo, la verdad sea dicha, no podría daros una respuesta satisfactoria. Supongo que fue algo casual el que Igoria hubiese pasado desapercibida, pero, si hacéis un esfuerzo de memoria, acaso recordaréis que, justo hace cinco años, cuatro meses y dos días, se produjo un movimiento sísmico de consideración por aquellos lugares. Nadie, por suerte mía y de mis colaboradores ingenieros nucleares, geólogos y buzos, puso mayor atención al hecho del sismo que, por lo demás, era relativamente frecuente por esta zona del mundo.

Igor se bebió de un trago su pocillo de coca.

-Pero el sismo aquél (continuó), insignes compañeros evadidos, fue concebido, planeado y ejecutado por mí y mis buenos amigos de aquella aventura.

-¡No es posible! (Gritaron dos o tres).

-Pues sí que lo fue. Vosotros sabéis que disponemos en Kristina, si bien en manos de organismos militares supersecretos, de algunos equipos completos con amplia capacidad para provocar espasmos tecnológicos de cualquier intensidad y en cualquier punto de la Tierra.

-No... No sabíamos. (Exclamaron varias voces)

-Bien, sabedlo ahora.

Todos abrieron tamaños ojos al escuchar aquella revelación.

-Un día que anduve explorando las profundidades del Pacífico Sud (seguía Igor) descubrí una formación maravillosa de enormes masas de obsidiana y cuarzos dorados donde pulpos gigantes, medusas y peces ciegos circulaban y se devoraban muy a su gusto y capricho entre campos de lirios bentónicos y hermosísimas esponjas. Aquella formación se parecía en cierto modo a esta mesa en que estamos sentados, pues el bloque central, de unos ocho kilómetros de eje mayor, perforado en cien lugares por una abrumadora ostentación de cuevas y pasadizos naturales entre fantásticas columnas negras y locas fantasías de la roca natural, se mostraba anillado por una especie de muro más bajo, todo él de pulida obsidiana también, a no más de trescientos metros de los bordes del gran bloque central.

-Aquella era, en fin, una creación arquitectónica tan deslumbrante y turbadora en su original espontaneidad, que concebí la idea criminal de apoderarme de alguno de los equipos sismogeneradores de Kristina.

-A mi retorno, y obsesionado por aquella idea, busqué contactos con dos ingenieros militares especializados en sismografía, cuatro geólogos y una media docena de buzos, amigos de confianza todos ellos, y les conté lo que había visto, invitándolos luego a visitar el lugar.

-Quedaron todos tanto o más impresionados que yo, y nos reunimos una tarde, a invitación mía, para comentar aquello y cambiar impresiones, tarde que aproveché para

proponerles un plan, muy confidencial por cierto, destinado a proyectar, con todos los requisitos y cálculos del caso, el alzamiento de aquella formación submarina con el fin de convertirla en un islote naturalmente fortificado e inexpugnable desde el mar, islote que transformaríamos rápidamente en un adorable paraíso de plantas, pastos, flores y animales.

-Apasionante la idea (convinieron varios de ellos) pero...¿cómo operaremos sin que se nos descubra?... Las ondas sísmicas que provocásemos al levantar aquella enorme estructura de obsidiana serían inmediatamente registradas en Kristina, para no hablar del mundo exterior...

-He pensado en ello. ¿No consideráis vosotros que la captación de las ondulaciones sísmicas no es suficiente para inducir que ha nacido una isla?... ¿No pasaría aquel episodio como uno más de la kinesis del suelo profundo sin mayor interés especial?...

-Bien (dijeron nuestros geólogos), preguntamos a nuestros cerebros electrónicos cuáles serían las posibilidades y riesgos de la empresa y hasta qué punto la inducción nuclear y la presencia de...

-De Igoria (interrumpí oportunamente para poner en claro mis eventuales derechos al padrínazgo de la roca emergente).

-Bueno, hasta qué punto la presencia de Igoria y la inducción nuclear podrían ocurrir sin mayor publicidad.

-Perfecto (dije). Reunámonos dentro de tres días.

-Y así fue. Nos reunimos una vez más y decidimos acometer la empresa. Al fin y al cabo, me dije y les dije, Igoria puede ser siempre un bello obsequio nuestro a la colonia Kristina en el exterior terrícola puesto que será y pasará por ser un conglomerado de inaccesibles rocas sin mayor utilidad comercial para nadie, ni de aquí ni de fuera.

-¿Qué pasó entonces?...

-¿Qué pasó?... (indagaron ansiosos varios de los presentes).

-Pues nada, que..., abreviando incidentes menores del estudio y preparación con todos los requisitos y cálculos exigidos por la mejor tecnología, llegó el día de la operación "Igoria"... Ya todos convinieron conmigo en que así se llamaría.

-¿Y?... ¿Y?... ¿Y?...

-Y saltó a la clara luz de la azul superficie marina, en un tumulto de gigantescas olas y un diluvio de espumas, fuego y pedruscos, la gloriosa Igoria. El parte sísmico oficial se limitó a dar noticia de un violento remezón marino a cuatro mil kilómetros de la costa del Pacífico hacia el oeste. No se supo de víctimas en el suelo de islas que pudieron haber recibido el impacto, por cierto muy disminuido, del geológico y sin duda terrible parto de Igoria. Pero mis amigos y yo nos movilizamos a las pocas horas, cruzamos apresuradamente las compuertas de la Tula y nos dirigimos, en vuelo forzado y bajo, al lugar de la catástrofe.

-El espectáculo era indescriptible. Allí estaba Igoria... La Igoria horas antes submarina, la inmensa mole de obsidiana, como una grandiosa escultura volcánica en cono truncado, de unos trescientos metros de altura, que descendía en sucesivas terrazas hasta el nivel de las aguas. Pero allí estaba también el alto anillo de clausura que habíamos explorado bajo las aguas, y este anillo, rodeando todo el islote a manera de muralla artificial, era una formación invulnerable de negras rocas reluciente y lisas, casi perfectamente verticales cuando no inclinadas hacia fuera, hasta una altura que calculamos en cincuenta metros en las partes más altas y en unos treinta en las más bajas.

Dimos dos vueltas completas en torno del islote y comprobamos, con verdadero placer en realidad, que no había modo alguno de abordarlo desde las aguas que se rompían en iracundo despliegue de explosiones de espumas contra las innumerables agujas y lomos alzados por aquí y por allá. Esto era lo que yo especialmente anhelaba como resultado de mis exploraciones en el fondo submarino. Lo que deseábamos era un ingreso subacuático que probablemente hallaríamos, o que, en último caso, abriríamos con el instrumental adecuado.

Nos sumergimos después de la segunda vuelta y encontramos, al fin, una perforación de pocos metros de ancho que tardamos algunos días en ampliar, acondicionar y tapar con una plancha movable a la acción de nuestro mecanismo electrónico. El ingreso, único que habíamos hallado y preparado, se habría a cuarenta metros de profundidad formando una preciosa oquedad natural muy difícil de descubrir por parte de eventuales intrusos terrícolas y aún kristinianos. Por aquella grieta había entrado el mar colmando una hermosa laguna anular interior de unos trescientos metros de ancho según los lugares, pues en otros se reducía a no más de veinte.

En suma, Igoria era un sueño insular para el ansioso de aislamiento y meditación en un paisaje de luz dorada y loca fantasía plutoniana. Mas lo que a partir de aquel momento debíamos hacer era colaborar activamente con los vientos y las lluvias, con los peces y los insectos y gérmenes que ellos traerían, induciendo un rápido proceso de poblamiento vegetal del islote. Queríamos tener allí un jardín sin parangón en parte alguna de la Tierra y... bueno, lo conseguimos al cabo de tres años.

-Pero todo esto que nos cuenta usted es sorprendente, profesor (dijo alguien), sencillamente maravilloso.

-Sé que lo es.

-¿Podremos conocer Igoria algún día? (Dijo otro).

-Quizás... quizás (respondió Igor con aire suficiente y misterioso)... Ya entraremos en oportunos acuerdos al respecto. Todo depende de mis amigos como de mí mismo, y de vosotros, llegado el momento.

-Igor (terció a esta altura del relato el rector de la Casa), pero ¿dónde están las avispas militares del tema de tu disertación?

-Escuchadme. No he terminado el relato.

-Transportamos a Igoria, en sucesivos viajes, tres o cuatro parejas de elegantes gacelas, algunos pavoreales blancos y azules, papagayos, palomas, abejas melíferas, determinadas especies de coleópteros y, por cierto, gran cantidad de semillas y gajos, bulbos y raíces de toda suerte de plantas ornamentales seleccionadas de entre lo mejor de las semillerías y florerías kristianas, todo con la cooperación de un ecólogo amigo a quien le planteamos nuestras necesidades como programa de una acción posible en alguna remota isla conocida. En el cuenco del macizo más alto de Igoria había llovido abundantemente y se formó una encantadora laguna de agua dulce, donde llevamos peces de variadas formas y colores. Transportamos, en fin, hasta semillas de frutales de clima tropical y húmedo, etc.

-Pero ocurrió poco después que nuestras ausencias despertaron algunas sospechas entre nuestros familiares mismos y otra gente menos amiga, y acordamos, los trece de la aventura sísmica y la ornamentación verde del islote, olvidarlo por completo durante un tiempo no menor de un año, lo que efectivamente hicimos.

-Transcurrido aquel año y presas de gran ansiedad por ver cómo andaban las cosas en nuestra secreta isla de encantamiento, embarcamos en nuestro conocido plato volador y nos dirigimos precipitadamente a ella, alcanzamos la plancha subacuática electrónica y entramos en Igoria, mas, cuál no sería nuestra sorpresa y espanto al descubrir que Igoria estaba ocupada. No menos de un millar de indígenas chinomalayos se había apoderado del islote, y sus chozas de hojas de palmera se levantaban por doquier afeando miserablemente nuestra hermosa isla. Por cierto que no había ni rastro de nuestros lindos animales de ornamentación, nuestras vistosas trepadoras y nuestros macizos de flores.

-Más ¿cómo consiguieron ingresar los indígenas en el inexpugnable islote?

-Quizás por el aire... en helicópteros... Nunca lo supimos ni lo sabremos. El caso es que allí estaban para nuestro fracaso y desconsuelo.

-¿Qué hicisteis? Preguntó alguien angustiado.

-Pudimos deslizarnos sin ser vistos de nadie, en las sombras de la noche, hasta una de las grandes cavernas del macizo de obsidiana que solía servirnos de alcoba arrullada por el canto de una discreta cascada de aguas cristalinas donde antes habíamos gozado de una deliciosa ducha frecuente al par que natural y fresca. Y entonces ocurrió que uno de los amigos del grupo nos propuso poner en libertad, después de protegernos nosotros adecuadamente, una colonia de abejas especialmente irritables que había traído consigo para poblar Igoria; mas lo que este amigo (cuyo nombre por cierto no mencionaré)... lo que este amigo ignoraba tanto como nosotros es que, al tomar a la colonia de abejas en Kristina, robándola de un depósito militar supersecreto, había traído consigo, no las conocidas abejas de picadura más o menos soportable después de algunas horas de fiebre y unos pocos edemas transitorios, sino una nueva avispa experimental de la que nadie podía tener noticia alguna, con excepción de muy determinados jefes y dirigentes. Era una avispa cuyo mortífero

aguijón paralizaba instantáneamente el corazón de sus víctimas pero que sólo hería con eficacia al hombre, pues el aguijón de este insecto militar supersecreto sólo podía penetrar una piel blanda y sin protecciones.

-Pues bien, convinimos en que se libertaría a las que creíamos tolerables pero incómodas abejas, procurando hacerlo de modo que se encaminasen a las chozas de los chinomalayos y los obligasen a huir mar adentro. Y así lo hicimos protegidos por la obscuridad. Mas, al despertarnos al día siguiente, ya bastante alto el sol, y al investigar medrosamente lo que ocurría afuera, nos sorprendió un extraño silencio. No había voces, ni humo en las chozas, ni rastro de movimiento alguno de gentes. Fuimos acercándonos muy poco a poco hasta que la catástrofe se nos hizo patente. La totalidad de los intrusos –contamos mil cuatro cadáveres de ambos sexos y toda edad- habían muerto instantáneamente aquella noche.

-Pero, y... ¿Vosotros? Preguntó alguno vivamente.

-Cayeron sobre nosotros, a los pocos minutos, las terribles avispas...

-¿Y?

-A todos nos mataron, sin excepción alguna.

Igor calló ante el estupor general y... no hubo más en las mesas de la sala 99 de la Torre Violada... No hubo más por espacio de siquiera cinco minutos, después de los cuales soltaron muchos a la vez una ruidosa carcajada mientras Igor saboreaba, con ojos traviosos y a pequeños sorbitos, su pocillo de coca.

Después de aquella explosión de risas que había provocado el último improntu del poeta y novelista Igor toda la sala se agitó de voces que comentaban la increíble aventura y, sobre todo, la ocurrencia final del protagonista y relator. Se llenaron de nuevo los pocillos de café y se puso sitio a Igor para exigirle más detalles cuando no la promesa de una visita a Igoria, aún a pesar de las avispas homicidas que allí habían quedado vigilantes y que estarían multiplicándose a su gusto y sabor.

-Eres incorregible (dijo por fin Aleno el novelista), pero todos reconocemos que has ejecutado tu evasión magistralmente,

-Compañeros evadidos (interrumpió el presidente alzando la voz después de algunos minutos de pausa abierta a la conversación y el comentario generales): Nuestra insigne Parina nos tiene anunciada su evasión de esta noche bajo el rótulo de CONFLAGRACIÓN. Todos la conocéis no sólo como escritora sino también como destacadísima cultora del arte de Akrón y Malato entre nosotros, o de Leonardo y Goya entre los terrícolas. Escuchémosla pues.

Se hizo el silencio y todos pusieron los ojos en la delicada Parina de oscuro cabello rojizo y ojos azulvioleta.

-Era la madrugada de aquel día de noviembre en la estancia (comenzó ella) cuando sonó un doble estampido de escopeta detrás de las tapias de piedra seca que encuadraban los

campos de alfalfa, y tres hermosas palomas torcaces caían heridas con un apagado ruido de blando paquete inerte. El cazador, un muchachote rubicundo y macizo, se lanzó a grandes zancadas a través del huerto y metió en un sucio morral de lona las tres palomas. Las demás, unas veinte afortunadas en esta ocasión, habían volado atemorizadas hasta desaparecer en las colinas próximas.

-Por el cielo cruzó una bulliciosa bandada de loros de pechera blanca: ¡Jay, jay! ¡Jay, jay! ¡Jay, jay! Chillaban en coro revuelto y anárquico mientras el cazador de las palomas y, sobre todo, el dueño de la estancia los miraba con amenazante rencor.

-Apenas a dos o tres días, o, más bien dicho, noches de aquel triple colombicidio y al abrigo de una completa oscuridad se deslizaba silencioso un puma con todos los músculos en tensión ascendiendo, calzado de sedas, la mole de yeso de Alqomayu. Y era que en la parte más inaccesible del grisazulado peñasco habitaba una familia de vizcachas cavadoras, desayuno no siempre fácil para el astuto depredador. No tardaría en salir el sol, de modo que muy probablemente se harían ver, en cosa de pocos minutos más, los delicados y ariscos roedores con ánimo de mordisquear algunos yerbajos de las vecindades y luego mojar la lengua en la esmirriada fuente de la torrentera habitualmente seca.

-Y así fue. Los padres y tres pequeñuelos fueron surgiendo del negro y estrecho agujero que les servía de hogar para caer en las inmisericordes garras del felino tan pronto como se aproximaron al vertedero de agua del fondo de la encañada.

-Y no muchos días después un zorrito, que a nosotros nos habría parecido muy simpático con su peluda y hermosa cola ceremonial, un zorrito aurirrojo escarbaba, al ocultarse el sol, el áspero muro de otro risco, el Onqón, situado a unos cuarenta kilómetros de Alqomayu en dirección este. Se habían apagado ya los últimos y penetrantes “Jay, jay” de la poblada lorera, de modo que el astuto cánido de la montaña podía escarbar sin mayor disturbio hasta llegar al tibio recinto de la pareja de verdes loros que en aquel sitio habían desaparecido.

-Y llegó, en efecto, y se manducó el par de infelices loros que, acorralados en su propia madriguera de muy escasa profundidad, apenas si dejaron escuchar un débil quejido cuando los trituraban los afilados colmillos del hambriento cánido montañés. Cuando la colonia verde despertó a los primeros rayos aurorales con la habitual algarabía, los más curiosos y audaces de los loros vecinos pudieron ver que en el cuenco de la pareja desaparecida sólo había un pedazo de pechera blanca salpicada de sangre.

-Reunidas poco después en una abandonada era de las tierras altas unas trescientas palomas torcaces, tórtolas y zuritas deliberaron, por fin, considerando la situación como definitivamente intolerable, y, puesto que estaban informadas de la viva agitación que reinaba en las colonias de vizcachas de varios peñascos así como en las de los verdes loros amigos que con aquéllas solían convivir, resolvieron enviar sendas delegaciones de cuatro y seis palomas a los recintos de las vizcachas y a los nidos de los loros con el fin de tomar contactos constructivos y consejo.

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Como resultado favorable de aquellos primeros sondeos, muy poco después y en una alta cima nunca visitada por pies humanos y raramente por zorros y gatos menores, se congregó una asamblea en la que, con un total de asistentes que sobrepasaba los dos mil quinientos anunciados, tomaron sucesivamente la palabra el loro delegado, la vizcacha reconocida como reina de su especie y la paloma más combativa, si tal podía llamarse a la que se había atrevido a inflar el buche ante un gato asaltante que la acorraló y que, si no se la comió en el acto, fue sólo porque un enorme búho había acertado a pasar por allí, justo en aquel momento, empavoreciendo al felino glotón.

-Habló el loro delegado, que era el más impaciente por hacerlo, y dijo poco más o menos esto:

-¡Jay, jay, jay!

¿Quiénes hay?

¡Jay, jay, jay!

¿Cuántos hay?

¡Jay, jay, jay!

Ninguno con armas hay.

Habló la paloma valiente y dijo:

-Nube: te amo.

Trigo: te amo.

Río: te amo.

¡Amo, llamo, clamo, exclamo!

Río, Nube, Trigo: ¡os amo!

-Habló la vizcacha. Mejor dicho: se propuso hablar la vizcacha, pero de la tierna cruz de su húmedo hociquillo sólo salió una serie de suaves silbidos de reclamo:

-Juizzz... Juizzz... Juizzz... Juizzz...

Nadie tiene mi nariz

Juizzz... Juizzz... Juizzz... Juizzz...

Quién cocina la perdiz?

De semejantes “disertaciones” no podía por cierto salir nada coherente y constructivo en el sentido de una resistencia combinada, o cualquier otro acuerdo de batalla o retirada. Mas, para fortuna de aquel cabildo abierto de loros, palomas y vizcachas instintivamente coincidentes pero nada inteligentes, se hallaba presente, aunque escondido en el fondo de

una oscura grieta de las rocas dominantes, un viejo búho que se apiadó de los assembleístas y se resolvió a salir en su ayuda.

-Dulces palomas (les dijo), medrosas vizcachas y loros parlanchines: Por el camino que seguís en este intercambio de pronunciamientos tan inconsistentes y ajenos a lo que pretendéis no vais a llegar a nada, y vuestros enemigos os destruirán irremisiblemente.

-¡Jay, jay, jay!

-Juizzz... Juizzz... Juizzz...

-Amo... Llamo... Clamo... Exclamo...

-¡Silencio! Escuchadme.

-Hay una especie de tácita si bien indiscutible alianza entre gatos, zorros y hombres, todos ellos tan carnívoros como brutos, y lo que corresponde hacer con los últimos de estos animales, poseedores de instrumentos mortíferos de largo alcance, no es lo aconsejable para zorros y gatos.

-¡Jay! ¡Juizzz! ¡Clamo!

Vamos, vamos,

Te escuchamos.

-Bien. Yo os propongo lo siguiente:

Los hombres habitan en casas de tierra adobada ¿no es cierto?

-¡Jay! ¡Juizzz! ¡Clamo!

-Bueno, supongo que eso quiere decir: "Sí".

-Los hombres siembran campos de trigo y maíz con cuyos granos, molidos y cocidos, hacen pan y viven... ¿No es así?

-¡Jay! ¡Juizzz! ¡Clamo!

-Perfecto. Pues bien, vosotras las vizcachas sois expertas excavadoras. ¿Qué os parece si destináis brigadas de diez, veinte o treinta de vosotras con la misión de abrir un centenar de agujeros en las paredes de las casas de los hombres, aparte de levantar y destrozar las tejas de sus techos, y esto, no una, sino dos, y tres, y cinco, y veinte veces hasta que los hombres vean que ya no pueden reparar sus viviendas y tengan que marcharse para no volver?...¿Qué os parece?

¡Jay! ¡Juizzz! ¡Clamo!

Tú eres el jefe y el amo.

-Pero eso no basta: A partir de este momento os concentraréis en nutridas bandadas, vosotras las palomas y vosotros los loros, y devoraréis y destruiréis los sembrados de trigo y maíz del hombre a fin de aniquilarlo por hambre. Sólo así triunfaréis.

¡Jay! ¡Juizzz! ¡Clamo!

Tú eres el jefe y el amo.

-Perfecto. Yo asumo la jefatura de vuestros ejércitos y comenzaréis por preparar un plano que registre, hasta el último detalle, el emplazamiento, forma y tamaño de las viviendas del hombre y sus sembrados.

Y ahora, en cuanto a gatos y zorros prestadme todavía atención:

Nunca habrá sólo palomas en árboles o sembrados, de modo que, cuando vosotras las dulces e indefensas colombinas estéis por allí para alimentaros o para destruir, habrá siempre por lo menos un par de loros vigías, y ellos lanzarán al aire su estridente jay jay tan pronto como aparezcan o se dejen sentir hombres, zorros o gatos en las proximidades, y vosotras, amigas palomas, podréis huir oportunamente.

¡Jay! ¡Juizzz! ¡Clamo!

Tú eres el jefe y el amo.

-Y en cuanto a vosotras las vizcachas que no formen en las brigadas de asalto a las casas del hombre, colaboraréis mutuamente con los loros en vuestros peñascos comunes. Vosotras las vizcachas cavaréis numerosos agujeros angostos y profundos para vuestros amigos los loros, y vosotros los voceadores loros os protegeréis allí y protegeréis a las vizcachas, igual que a las palomas, con un listo y clamoroso jay jay tan pronto como sintáis la vecindad de vuestros enemigos tanto zorros y gatos de cualquier tamaño como hombres.

¡Jay! ¡Juizzz! ¡Clamo!

Tú eres el jefe y el amo.

-Entró en ejecución (continuó Parina) el plan del viejo y sabio búho, con la máxima eficacia y una disciplina ejemplar que el emplumado comandante en jefe no habría esperado especialmente de parte de los presuntuosos psitácidos verdes, de modo que, por breve que hubiera sido el tiempo que los estancieros de la región abandonaran sus casas de campo para visitar la ciudad o concurrir a un festival de campesinos, a su retorno se encontraban con sus viviendas convertidas en harneros e inundadas de ratones. Si se quedaban a reparar la casa, indignados por lo ocurrido en su ausencia, las sementeras quedaban descuidadas y allí estaban centenares de palomas y loros para dar cuenta con cuanto tallo verde se alzase a su vista. Si el muchachote de marras, o su padre, acudían al huerto en busca de palomas para el almuerzo del día, allí estaba los loros vigías con el aborrecible jay jay que desbandaba veloces a las palomas poniéndolas fuera de peligro.

-Para mayor infortunio de la especie humana, se hacía imposible una alianza de contrapartida con zorros y gatos, pues los primeros se creían demasiado para suscribir acuerdos comunes con estos últimos, y estos últimos se odiaban irreconciliablemente entre sí hasta el punto de que donde estaba un cánido no podía estar un felino, y viceversa, y, si la tesonera labor de zapa de las vizcachas había destrozado alguna parte de las vallas o tapiaderas que protegían los recintos de aves de corral del hombre, ahí estaban los zorros para aprovecharse de la situación y servirse un copioso almuerzo de patos y gallinas. Y si el corral había encerrado cabras u ovejas, ahí estaba el gallardo puma para llevar su presa sin mayores angustias ni cuidados.

-El resultado de la campaña era pues ya previsible, triunfó, después de un año de lucha, la alianza propugnada por el búho, y hombres, gatos y zorros tuvieron que emigrar en busca de otras tierras donde les fuera posible una depredación debidamente sostenida hasta el suicidio, pues éste, el suicidio colectivo, tenía que ser a la postre, el fruto de la depredación incontrolada y abusiva.

-En la cima de la asamblea iniciadora de esta feliz campaña un par de loros escultores había tallado amorosamente en madera la efigie del comandante en jefe, muerto de viejo, o quizás de contento, poco antes de la victoria final. Debajo del hermoso búho de madera, protegido en la propia cueva de roca arenisca que el sabio búho había habitado, se leía claramente este sentido y bello homenaje:

“¡Jay! ¡Juizz! ¡Clamo!

Tu fuiste el jefe y el amo”

Parina hizo una graciosa inclinación de cabeza dando por terminada su contribución a la evasión de la sala, saludo que fue respondido con una interminable y nutrida explosión de aplausos. Kris se levantó y selló la ovación con un cálido abrazo y un beso entusiasmado a la autora del exquisito relato.

## IV

-Compañeros evadidos: Kalemia, nuestra nunca bastante ponderada Kalemia, con vosotros. Escuchémosla. Su evasión se intitula LA FIERA, algo que parece inconciliable con ella.

La espléndida Kalemia de la abundosa cabellera endrina concitó la atención general. Miró a todos sonriente y complacida para luego empezar así:

-Compañeros y amigos: Lo que traigo para vosotros y lo que también Ankista os trae no son evasiones originales nuestras, al menos esta vez. Os traemos, en cambio, dos bellos donativos de alguien a quien vosotros conocéis mucho: Euros Anti, el grande e impagable amigo de Kristina y los kristinianos tanto como de los terrícolas con quienes convive. Hace un par de días que Ankista y yo hicimos una escapada al exterior terrícola con ánimo de visitar a

Euros Anti en su huerto de fresas y duraznos, y allí, charlando y departiendo amablemente, le pedimos nos obsequiase algo suyo con destino expreso a su lectura en esta cocacharla y, bueno, depositó en nuestras manos los originales de los dos cuentos a que vamos a dar lectura, pidiéndonos, a la vez, muy gentilmente, que los leyésemos como contribuciones suyas a esta reunión de los amigos. Y así lo hacemos.

-El delicioso cuento que yo he tomado se intitula la FIERA, y dice así:

-Tiene una personalidad sin duda interesante y... no es un ser humano; es un león, el más terrible león de la jungla americana, a pesar de su tamaño con mucho, menor que sus rivales del Africa o de la selva indostánica. Todos nosotros acostumbrábamos observar sus actitudes, y gozábamos y reíamos al poner en descubierto la astucia de sus comportamientos. Pero... ¿Quién o qué era este divertido ser?... Era, y es, el todavía joven "Tin"... Tin, una muy importante persona entre los miembros de la familia; sin duda, la persona más admirada cuanto la más mimada de todos nosotros, pero, al mismo tiempo, la más sucia y más negligente en nuestro cuidado hogar.

-Puesto que nuestro único hijo varón ama la caza y la pesca apasionadamente, se le ha obsequiado, en distintas oportunidades escolares, dos o tres armas de fuego y un juego completo de materiales explosivos y otros accesorios, y es aquí algo de ver como Tin escapa aterrorizado cuando Javecho o yo tomamos una escopeta y disparamos a un blanco en la pared, o a una cajita de fósforos con ánimo de probar nuestra puntería. Tin tiembla de las patas a las orejas y desaparece bajo las camas o la silla más próximas, o si le es posible, trepa, tan rápido como puede, a las rodillas de las personas mayores que piensa pueden ofrecerle protección contra el peligro. Y, sin embargo, Tin es el más terrible y peligroso león de las selvas de América.

-En cierta ocasión mi esposa tuvo el antojo de criar palomas, y compramos un par. ¿Tú has visto alguna vez, Kalemia, cómo se aproxima el macho a su amada compañera? ¿Cómo infla el buche y arrastra las alas tratado de hablar un mundo de tiernos halagos que nosotros no podemos traducir?... ¿Has oído alguna vez el ruido que le sale del buche y que es así como si un ser humano llorase ruidosamente bajo el agua?... Que yo sepa. Sólo mi madre entendía ese lenguaje y sabía como traducirlo. Aún recuerdo la versión de sus labios, que decía así:

Gorgorito, gorgoró

Tan chiquito como yo...

¿Para que te quiero yo?...

¿Para que te quiero yo?...

-Y la hembra era inevitablemente conquistada.

-Bien, pero... qué hay de Tin en relación con las palomas?... Oh, esto es importante. Tin acostumbraba contemplarlas horas de horas, pero a prudente distancia, y, cuando el palomo se aproximaba a él parlotando su “gorgorito, gorgoró...” o inflando pretenciosamente el buche, Tin se perdía en el vértigo del miedo y escapaba del sonoro cuanto inocuo reclamo musical como si se tratase de los tambores del guerra de un hambriento caníbal.

-Pero Tin es todavía el más terrible león de la selva americana.

-Cuánto nos divertimos un día en que a Tin le fue presentado un renegrado y gordo moscardón que se regocijaba volando en círculos cada vez más pequeños en torno a sus tiasas y lanudas orejas... Aquello fue todo un acontecimiento. Conjeturo que Tin tuvo horribles pesadillas durante un mes al menos, y pienso esto porque durante ese tiempo, y muchas veces, lo vi despertarse repentinamente y tornar la cabeza en todas direcciones buscando algo para nosotros inexistente en el vacío contorno.

-Pero Tin, “mister” Tin, es todavía y aunque tú Kalemia, quieras rehusarle todo crédito, el más terrible león de la jungla americana.

-Sí, Kalemia. Por supuesto que tú ya conoces más o menos, o adivinas qué clase de persona es mister Tin.

-Mister Tin o, brevemente, Tin es un blanco, lanudo y descuidado pero muy juguetón y cariñoso perrito. Es una persona real, por cierto, aunque tú no puedas aceptar semejante y tan humano título a favor de animales.

-Posiblemente estás ansiosa de una explicación respecto del desusado nombre con que lo bautizamos en casa. Bien, la historia fue así:

-Puesto que Bolivia es un país de minas y mineros, aún los doctores en leyes, los maestros y escritores son solo mitad por mitad lo que profesionalmente son, pues por la otra mitad siguen siendo mineros. La alta montaña andina así lo quiere. Todos ellos son mineros, o, al menos, “gamblers” del arriesgado juego de las minas. Por tanto, yo también. Obedeciendo a la voz de la montaña, soy mitad escritor y mitad minero, de modo que un día me fui haraganeado por los fríos y elevados cerros vecinos al pueblo de Ravelo y me traje algunos guijarros que se me antojaron piezas de mineral de estaño –“tin”, en lengua inglesa, Kalemia- Esto ocurrió ocho o nueve años ha. No recuerdo la fecha, pero el mismo día de mi retorno al hogar una de nuestras hijas, Nydia, se presentó en la casa con un encantador montoncillo de blanquísimas lanas. Era el regalo de un amigo; un perrito que apenas contaba seis días de nacido, y toda la familia lo acogió tiernamente. Pero... ¿Cuál debía ser el nombre más adecuado para el adorable y pequeño visitante?... Pregunté a mi esposa y a los muchachos y, después de un largo intercambio de razones y argumentos, arribamos a la solución, el mejor nombre para el perrillo debía ser TIN. Por descontado que fue mi esposa quien decidió aquello, y todos los hallamos adecuado y auspicioso. De tal modo recordaríamos en el futuro y

por siempre, el día en que por puro azar habríamos encontrado riqueza y abundancia vendiendo, en lo venidero, las enormes cantidades de rico mineral de estaño.

-Pero... ¿Cómo y por qué era y es todavía mister Tin el más terrible león de la jungla americana?... Me parece que tú sigues pensando que en todo eso hay algo incoherente o, al menos, no explicado.

-Tienes razón, y aquí está la respuesta.

-Tín vive su propia vida como un ser humano. Ama y odia. Conoce perfectamente sus deberes y obligaciones, especialmente esta: presta un permanente y muy atento cuidado de la seguridad de la casa frente a posibles intrusos animales y humanos. Él puede parlotear, en lenguaje de ojos, lanas y singulares ladridos, acerca de sopas, huesos y otras cosas de tragar y masticar no menos que de sentimientos y problemas psíquicos. Y en esto: Tin es una persona muy orgullosa. En toda circunstancia se ocupa de mantener incólume su propio prestigio ante las gentes ajenas a la casa. Pero... como sabe al mismo tiempo de sus propias debilidades, de sus miedos incontenibles, de sus terrores ante toda cosa que se mueva o suene desusadamente, él ha decidido, de manera muy consciente y reflexiva, tener y, ante todo, mostrar a los visitantes de la casa la apariencia de una encolerizada y peligrosa bestia, y, así, cuando se presenta en la casa algún extraño, se prepara para un asalto tempestuoso y convincente, aplicando sus propios métodos de este modo.

-Cuando el visitante llega, Tin no se agita mayormente; muy al contrario, se echa a dormir, aunque con un ojo vigilante a la espera del momento de la partida, pero entonces, y cuando el no avisado intruso se ha despedido y está a punto de alcanzar la calle, Tin corre como una flecha en su calculada persecución, ladrando clamorosamente y golpeando con su cuerpo una y otra vez la ya cerrada puerta de ingreso.

-Por supuesto que el huésped se lleva la impresión de que se salvó de un pelo y de que mister Tin es un terrorífico guardián de la casa, el verdadero y más temible león de las selvas del África.

-Y para concluir, Kalemia: ¿Puedes tú admitir que un insignificante perro asuma la condición de PERSONA?... No conozco tus opiniones al respecto. No sé si tú reconoces una personalidad perruna, pero yo ciertamente sí, de modo que Tin sigue siendo una persona importante en nuestra familia, y, lo que es más, la más interesante persona que he conocido.

## V

La lectura de LA FIERA iluminó los semblantes de los presentes, y no hay para qué decir que fue premiado con un nutrido y general aplauso seguido de un cuarto intermedio de nuevos pocillos de coca y animado comentario hasta que sonó la campanilla del presidente para anunciar a Ankista en la lectura de EL ESQUELETO.

## VI

La armoniosa, rica y flexible voz de Ankista cultora del canto y el teatro, dio a este segundo relato de Euros Anti una desusada intensidad de matices. He aquí su lectura.

-Niní –así le decíamos a nuestra segunda hija Nydia- deformando cariñosamente su verdadero nombre tendría por entonces unos tres o cuatro años, y como todos los pequeños y pequeñas, se resistía mucho a comer los platos diarios y habituales en las horas de almuerzo y cena. Ella habría querido, a no dudarlo, bombones de chocolate, pastelillos dulces, o turrónes. Los niños -lo sabemos todos los papás- se sientan a la mesa generalmente interesados en el postre y muy poco en las sopas y caldos.

-Era una chiquilla deliciosa y, puesto que había llegado al mundo la segunda en turno, a los dos años de casados los papás, yo la adoraba tanto como a su hermanita mayor, Sarola.

-Menos aguda quizás que nuestra Sarah o Sarola, mi “pajarito”; Niní era, para su papá. “la hormiguita”. Sí... la hormiguita. Yo la llamaba también con el nombre de “hormiguita” que a ella le gustaba. Mientras Sarola solía quedar frecuentemente pensativa, Niní andaba siempre en alguna tarea de investigación y destrucción concreta.

-Bueno, pues... Niní se resistía a servirse nuestra sopa habitual, el “chupe” chuquisaqueño que es un hervido de papas corrientes y heladas –el “ch’uñu”-, zanahorias, arvejas, arroz y unas veinte cosas más, todo en un caldo teñido de rojo de pimienta o ají.

-Debes servirte el chupe, hormiguita (le decía yo aquella vez). De lo contrario te vas a volver tan delgada y quebradiza como un esqueleto...

-¿Qué es un esqueleto, papá?

-¿Nunca has visto un esqueleto, ni en figura?

-No.

-Y Niní se retiró de la mesa, e intentó hacerlo en espera del postre, pues se proponía destrozarse algunas flores del jardín para hacerles un camino de pétalos a las multitudes de hormigas que entraban por el desfiladero de una grieta en la puerta del comedor, ansiosas de recoger migas de pan.

-Recordé entonces haber visto un esqueleto en un aula generalmente abierta de la Facultad de Ciencias Médicas.

-De modo, Niní (le dije)¿Que no sabes como es de feo y pobre un esqueleto?

-No.

-Y... ¿Quieres que te lo muestre?

-Sí, sí ¿dónde está?

## KRISTINA Y LOS PROFETAS

-Ven conmigo. Vamos a salir, y vas a saber por ti misma cómo es aquello en que corres el riesgo de convertirte si no comes lo que se te sirve en la mesa.

-¡Mamá, cámbiame! Voy saliendo con mi papito a ver el esqueleto.

Niní recibió la noticia, o, más bien, mi orden de salida con verdadero alborozo.

-Salimos, pues. La llevé hasta la Facultad de Ciencias Médicas, a unas seis cuerdas de nuestra casa, en el viejo y hermoso edificio colonial de la Universidad. A los quince minutos estuvimos allí. Subimos a la planta alta, caminamos por el extenso corredor que la encuadra y llegamos al aula de mi recuerdo.

-Estaba, en efecto, con la puerta sin llave: un amplio salón embaldosado o de mosaicos multicolores, rojo, según creo; unas cincuenta butacas o sillas de los estudiantes, una pequeña mesa al fondo y junto a la mesa, el esqueleto.

-El magro y triste esqueleto colgaba de un palo percha con ese gesto de helada náusea existencialista con que miran todos los esqueletos; pero sus tibias y sus tarsos, apenas apoyados en la base del palo, daban la sensación de prepararse a una danza un poco ridícula ante el grave silencio de un auditorio ausente.

-¿Qué es eso, papito?

-Bueno, pues... eso... Eso es un esqueleto.

-¿Cómo ha venido aquí?

-Lo han traído.

-¿Y para qué lo han traído?... ¿Qué hace aquí tan solito?

-Estábamos Niní y yo junto al esqueleto, y yo lo miraba preguntándome quién sería, cuando vivió, este pobre ser cuyos huesos de fría cal colaboraban ahora en las tareas del hacer académico, mil veces manoseadas y muchas sin duda irrespetuosamente por las manos de centenares de muchachotes audaces e irreverentes.

-Mira, hijita (le dije), este esqueleto es lo que queda del cuerpo de una viejecita que no quería almorzar.

-Pero... ¿Qué hace aquí?

-Aquí vive ahora, dedicada a enseñar a los jóvenes mayorcitos y a algunos maduros cómo es el cuerpo humano, qué tenemos adentro de nosotros, tú, yo, todos...

-Y, antes de que pudiera evitarlo, mi "hormiguita" había tomado una de las huesudas manos del feo esqueleto y... se la besaba con afectuoso reconocimiento.

¿Mi lección había fracasado?... bueno, pues, mi lección de obsecuente comer para no enfermar de avitaminosis... sin duda que había fracasado. Pero yo había recibido otra,

inesperada, de mi pequeña hija: la de su puro amor ingenuo y sencillo tanto como valeroso y totalmente libre de prejuicios y terrores místicos frente a la muerte... Qué podía saber ella de la muerte, además?... Para ella el esqueleto no era más ni era menos que una viejecita aterida de frío y de hambre, enseñando a diario, infatigable, las cosas que los mayores aprenden. La vida naciente y bulliciosa, la vida adorable acogía en su corazón a la muerte estereotipada, repugnante y vilipendiada.

## VII

EL ESQUELETO fue acogido con unánime entusiasmo y expresa gratitud para el afortunado Euros Anti a través de sus bellas emisarias Kalemia y Ankista.

-¡Qué adorable la niña! Comentó la eximia florista Almanuma.

-¡Y qué cabecita tan limpia de duendes! (dijo otro, el pintor Klempo) Tengo muy buenas ganas de llevar a alguno de mis lienzos este episodio... Y he de hacerlo para alguna otra oportunidad en que podamos estar aquí mismo con Euros Anti.

-Bien, amigos míos (interrumpió el presidente) hasta aquí hemos escuchado los cuatro primeros relatos de evasiones del programa de esta cocacharla, y los cuatro han arrancado calurosas ovaciones por demás merecidas. Nos queda por escuchar a nuestro invitado especial de esta inolvidable jornada Jaime Landa. Nuestra amada Kris me hace llegar en este momento un mensaje escrito que contiene el nombre o título de la evasión de Jaime. Se llamará EL PILKOMAYUY. Con vosotros nuestro gran amigo terrícola

Toda la sala aplaudió la presencia de Jaime, estimulándolo a ofrecer su evasión con aplomo y confianza.

-La evasión que os voy a ofrecer -dijo- no es otra cosa que la versión indígena, en una hermosa leyenda muy antigua, de cómo se formaron las montañas y riscos de esta zona de los Andes y el largo y tumultuoso río Pilkomayu que lleva sus aguas hasta el Paraguay.

## VIII

-Juruma era muy bella (comenzó Jaime), la más bella de todas las mujeres, y prometía ser la más amante y prolífica. La conocían como a la futura "Madre de Ocho Pezones" –Pusaj-Ñuñu-Mama", en quechua, pues ocho sonrosados y duros pezones emergían en efecto de su fuerte y elástico busto.

-Pero su femineidad debía ser fuente y origen de un gran drama.

-De Juruma se enamoró locamente el serio y silencioso Pilko y la pidió en matrimonio a Pachamama, la madre universal que de todo y de todos disponía. Pachamama juzgó favorablemente el carácter y altas virtudes de Pilko para el amor y el trabajo, y se la dio.

-Así las cosas, iban naciendo año por año los hijos y las hijas de Pilko y Juruma, las Chajras inferiores, en gran número, bulliciosas y ansiosas de llegar a los remotos e imprecisables confines del sudeste.

-Pero Pilko amaba profundamente a dos camaradas de la infancia con quienes había contemplado, vivido y sufrido los primeros cataclismos en que se había complacido (de esto hacía muchos millones de años) la egregia Pachamama. El amable Tilapakes y el gigante Aqalea, rudo y torpe pero altivo y leal como el que más, eran los dos camaradas aquellos.

-El gigante Aqalea gozaba de un privilegio excepcional, Pachamama le había confiado el gobierno de los Phuyus, las nubes del cielo entregándole, en solemne acto que fuera proclamado por todas las montañas y todos los abismos, el centelleante látigo de Illap'a, el rayo, poderoso y definitivo, de modo que en manos de Aqalea estaban virtualmente y por delegación de la Gran Madre: lluvias y vientos, Parakuna y Wayrakuna.

-Naturalmente el gentil Tilapakes, impulsivo y apasionado, y el sobrio y casi sombrío Aqalea eran los más asiduos y más deseados visitantes del hogar de Pilko y su intensa Juruma.

-Y ocurrió que Tilapakes vino muy poco a poco y casi como un hábito que después de cobrar profundidad salta a los labios, y a los ojos, y a los pies, y a las manos... ocurrió que Tilapakes se prendó de Juruma y la deseó con vehemencia, y la acechó tanto y tan profusamente que al cabo la rindió.

-Y Juruma dio a Tulapakes dos hijos de la traición, que pretendía hacer pasar por hijos de Pilko: la rubicunda y cálida Talula y el chato y áspero Tirina. Empero, su aspecto era tan delator del adulterio, que Pilko entró en sospechas de aquello que Aqalea había ya confirmado y callado con amargura.

-Pilko, entonces, emplazó a Tilapakes ante el tribunal de Pachamama para localizar el trono de la verdad mediante el uso de la Honda Sagrada. Cada uno debía lanzar tres hondazos a dos águilas que, en vuelo bajo, descendían sobre ellos enviados por Pachamama para servirles de blanco a la vez que de testimonio de veracidad y honestidad.

-La Gran Madre Pachamama había dispuesto que, si el anka, el águila, era alcanzada por la piedra sucia, caería a tierra convertida en sapo; mas, si el guijarro limpio la alcanzase, descendería, convertida en paloma, a los hombros del hombre limpio.

-Y ocurrió que, cuando Pilko alcanzó en el segundo hondazo al águila más veloz, ésta se trastrocó en bella paloma de alas azulosas que vino a posarse arrullando mimosa en los hombros de Pilko.

-Y cuando Tilapakes disparó, nervioso pero desafiante, falló el primer hondazo. Ensayó el segundo, y su guijarro se perdió también zumbando a varios metros del águila volandera, y

entonces la Gran Madre ordenó al águila de Tilapakes que se posara en un árbol desnudo de las proximidades, y entonces Tilapakes disparó su último proyectil, esta vez a un blanco inmóvil y cercano. Su guijarro le dio en el pecho con gran revolear de plumas al viento mientras el cuerpo descendía pesadamente y se desnudaba de más plumas hasta por último convertirse en feo sapo de ojos penitentes y desorbitados.

-Y así fue como Pilko descubrió al desleal y comprendió la mentira, y lloró mucho en las manos del gigante Aqalea, quien, indignado, descargó las furias sísmicas para abrir un gran tajo que separase para siempre a Tilapakes y a la pecadora Juruna. Talula se fue con él, pero el chato Tirina quedó prendido a las faldas de la madre.

-Desde entonces, hasta hoy, aquel sísmico tajo se conoce como “ el angosto de Talula”.

-Luego Aqalea descargó otro golpe sísmico en el costado norte de la opulenta Juruna para no tener contacto ni tentación de contacto con ella, y abrió así el llamado “angosto de Saire”; pero quedó allí vigilante e impuso a la Madre de los Ocho Pezones, Juruna, la obligación eterna de amamantar a las Chajras inferiores, hijas de Pilko, por los siglos de los siglos.

-Por eso, seis meses al año, de noviembre a abril, Juruna exprime sus ocho rosados limones y envía con gran ruido otros tantos torrentes de leche a las Chajras inferiores.

-... ¿Y Pilko?...

-Pilko se marchó para siempre a las cumbres del noroeste y se entregó al cruel olvido del alcohol, y cuenta la leyenda que en su primera ausencia se bebió mil millones de cántaros de chicha que sigue meando todavía en una turbia y agresiva corriente que, profundizando los dos tajos de Aqalea, lame continuamente los pies de Juruna y visita a sus Chajras camino del sudeste.

-Pero hay quienes dicen que tomó la forma y apariencia de un pajarillo de alzado copete muy rojo y que retoza en las llanuras orientales multiplicándose en grandes bandadas que de allá en cuando se dejan ver cerca de Juruna.

-Tilapakes, separado de Juruna bajo los vigilantes ojos de Aqalea, la contempla agobiado y resentido desde el valle de Kilakila.

***Parte Duodécima***  
***“La Torre Negra”***

Cogidos de las manos Jaime y Kris llegaban aquella dulce mañana a la gran Plaza del Heptágono. Se la habían pasado discutiendo, desde la madrugada, una lista de algo como doscientos amigos a quienes se proponían invitar con motivo de la celebración de sus bodas. El vientre de Kris estaba ya muy hinchado y se había resuelto, en consulta con el ginecólogo visitado por ambos, que el niño naciera a los ocho días de aquella visita.

Jaime conocía mucho, por cierto, aquella magnífica plaza central de Kristina con sus cinco enormes y retorcidas heveas de abundante follaje verde mostaza y sus cinco también intercaladas ánforas de casi cinco metros de altura, preciosamente esculpidas en bronce y bellos ónices, heveas y ánforas que formaban un círculo equidistante entre el heptágono y las bocacalles de las avenidas radiales de Kristina. Estas diez avenidas de la estrella kristiniana partían justamente a la altura radial de aquellos ceremoniales árboles y esculturas con rumbo a los anillos exteriores de la ciudad.

- Pero estas hermosas heveas (explicaba Kris) no son exclusivamente un detalle ornamental, o, si prefieres, Jaime, lo son sólo secundariamente, y lo mismo ocurre con las ánforas, ya se trate del Ánfora de Nilda, o de la de Nutobio, las de Pradia, Ostino o Emarto. Los árboles que exultan esta plaza son nuestras Heveas natales y se ven muy bellos en las noches, cuando la iluminación de la plaza se reduce a los miles de lucecitas que de ellos cuelgan, lucecitas en las que todos los kristinianos vemos a la generación de nuestros más tiernos infantes.

¿Por qué?

Los nacimientos de Kristina se registran y celebran tradicionalmente en una ceremonia encantadora que preside alguna de las cinco Nativeras de la Coaquinaria a cuyo cuidado se encuentran estos espléndidos árboles... Pero aquí llega Pina la Nativera con un grupo de gentes y el niño cuyo nacimiento se celebra y registra enseguida. Acerquémonos.

Kris y Jaime se aproximaron a la frondosa hevea a cuya sombra esperaba un par de muchachuelos en blanco y limpio uniforme. De las ramas de la hevea colgaban quizá unas quinientas lamparitas, o algo así, y las había de dos formas y colores: las unas eran rojas y esféricas; las otras, espigadas y blancas.

-¿Encierra aquello alguna simbología? (Había preguntado Jaime).

- Claro que sí (le dijo un vecino oficioso). Las bombillas espigadas y en blanco son de uso exclusivo de los recién nacidos varones; y las esferitas rosadas celebran al encenderse el nacimiento de una niña. Los chicuelos de Pina se encargarán de trepar al árbol y de atornillar la lamparita blanca de este niño.

Jaime prestó especial atención a la ceremonia en busca de concomitancias mágicas. Mas no las halló.

Los que posiblemente apadrinaban la ceremonia, si acaso no eran los propios padres del niño, habían visitado a Pina en su retiro de la Torre Áurea, oficina o despacho de control demográfico para fines de registro civil y estadístico que se abría hacia la Plaza del Heptágono, debajo del gran patio anterior de esa Torre. Había otras cuatro oficinas semejantes ante las otras tantas heveas Natales, cada una atendida por alguna de las jóvenes Nativas en traje blanco ligero. Allí se registró el niño que había llegado y una copia de la papeleta respectiva fue entregada al presentante junto con una bombilla blanca provista de un anillo especial numerado donde había de guardarse dicha copia. Con el grupo que llegó a la hevea avanzó Pina, entregó su largo Bastón del Huevo a uno de los chicuelos trepadores, tomó al niño en brazos de la madre o madrina y, luego de cerrar en el anillo de la lamparita la papeleta de registro, lo depositó por unos minutos bajo la copa del árbol con estas rituales palabras: “- Es voluntad de tus padres que te llames Karo, y este nombre lo llevarás hasta el fin de tus días. Que sea el de un buen ciudadano de Kristina y un diligente servidor de su pueblo” – Dicho esto ante el respetuoso silencio de los concurrentes, Pina entregó la lamparita al otro chico sirviente del árbol, el que con gran agilidad y pericia trepó bastante alto y la atornilló en alguno de los centenares de roscas con que contaban los cordones conductores de corriente eléctrica mimetizados y poco visibles entre el follaje de la solemne hevea.

-¿Y qué pasa si el árbol se llena? (Había preguntado Jaime).

- Hay aquellos otros cuatro atendidos por sus respectivas nativas y su par de chiquillos trepadores. Pero, además, la noche del 31 de diciembre se retira la totalidad de las lamparitas de las cinco heveas y se trasladan a los tableros de la Torre Negra para hacer los cómputos anuales y exhibirlas unos días en una nueva disposición mensual y uniforme que comunica a quien quiera saber la natalidad del año vencido por meses y sexos.

## II

Descíbeme, querida, la liturgia de nuestra boda (rogó Jaime a Kris). No deseo cometer errores que pudieran ser tomados por descortesías, y estamos a horas apenas de nuestra unión formal y pública.

Te daré primero a elegir, querido mío, el Ánfora Nupcial que te guste. Para mí es tan bella como las otra cualquiera de las cinco.

Creo que para mí también.

Pero no pensarás lo mismo de las sacerdotisas nupciarias ¿verdad?

No me atrevería a hacer discriminaciones odiosas, cariño. Pero, si de las ánforas se trata, a mí me tiene comprado la escultura de Nilda...¿Qué te parece?

Perfecto. No tengo reparo alguno.

Si, ese abrazo de amor iluminado por cuatro niños juguetones de la composición del pilote y las bases en una armoniosa composición de curvas, masas y colores, me entusiasma. Mas ¿Qué es lo que hay que hacer?

Ven conmigo.

Se acercaron ambos al retiro de Ariza la Nupciaria del ánfora de Nilda, retiro cuyas puertas se abrían bajo la terraza de la Torre Gris. Ariza, esbelta y bella joven de unos 18 años, los atendió gentilísima.

¿Vendréis sin duda (les dijo) en busca de vuestras medias nueces?...

Sí.

¿Vuestros papeles de filiación?

Aquí los tengo (le respondió Kris), y se los pasó.

Ariza preparó enseguida los pequeños formularios plegables correspondientes a cada uno de ambos, tomó nota de los mismos, los acomodó en dos mitades de una cápsula de material plástico de color castaño claro que imitaba la forma y aspecto de una nuez y entregó a cada uno su respectiva mitad después de convenir que al día siguiente, a horas 11, se presentarían ante el ánfora de Nilda para la ceremonia del caso.

Al día siguiente, pues, y a la hora convenida Jaime y Kris, radiantes de felicidad, llegaban a la Plaza del Heptágono donde no menos de cuatrocientas personas – invitados, amigos y conocidos- se habían ya reunido y los esperaban. Su aparición provocó una bulliciosa acogida. Amigos y amigas portaban consigo sendos cartuchos de papel acartonado y estampado de pétalos de rosas y claveles.

Cuando la pareja se encaminó en busca de Ariza, convidados y curiosos formaron calle desde el retiro de aquella hasta el ánfora de Nilda, trayecto sobre el que los chiquillos de uniforme rosa sirvientes de la Nupciaria habían extendido un gran rollo de alfombra.

Minutos después se presentó Ariza tomando de las manos a los contrayentes, Jaime a su izquierda y Kris a su derecha con un liviano sacón suelto que amortiguase las curvas de su inminente maternidad. Los tres avanzaron orgullosamente por la calle que se les abrió bajo una lluvia de pétalos hasta llegar al ánfora Nupcial. Allí se detuvieron.

Jaime Landa (dijo la Nupciaria): ¿Amas a Kris y la quieres a tu lado como tu esposa y madre de tus hijos?

Si, la quiero.

Entrégame el testimonio permanente de tu voluntad y palabra.

Kris le alcanzó la otra media nuez que contenía, junto con un rizo de Jaime, sus propios votos, datos de identificación personal, luego de lo cual Ariza atornillo ambas mitades cerrando así la Nuez Futuraria.

Que el Ánfora de Nilda guarde (dijo la sacerdotisa) esta simbólica semilla de vuestros amores y que ellos se confundan y fructifiquen en un hogar feliz y duradero.

Finalmente, lanzó Ariza la Nuez Futuraria a los alto del ánfora donde desapareció confundida con cientos de otras nueces semejantes, testimonio de otras bodas anteriores. Entonces se atropelló la concurrencia en reclamo de los brazos y mejillas de los flamantes esposos para luego acompañarlos a la casa de éstos donde se celebró el gran acontecimiento hasta bien avanzada la noche. Vale la pena destacar que entre los amigos de Jaime y Kris estuvieron presentes, no menos de un par de horas, Zenobio y Clito el filósofo, los diarcas de la ciudad.

Supongo (preguntó Jaime) que con las nueces hacéis cosa parecida a la que practicáis con las bombilla natales ¿no es así?.

Si (le respondió Palezzo. El ya harto conocido amigo de la casa). También la noche del 31 de diciembre se vacían las cinco Ánforas Nupciales con el fin de que el Departamento Demográfico de la Torre Negra prepare sus exposiciones informativas...

Y, por supuesto, para abrir el nuevo año de las nuevas bodas en cuencos libres para nuevos amantes (interrumpió Jaime). Pero se me ocurre preguntaros esto: ¿No hay divorcios en Kristina?

Si, los hay (le respondió alguien) por acuerdo mutuo de ambos contrayentes y aun por voluntad unilateral en muy determinados casos.

¿Y qué pasa con la Nuez Futuraria?

La Nupciaria del ánfora respectiva la recoge y es llevada a su retiro, donde el o los interesados la sopan en un esmalte negro, después de lo cual vuelve al ánfora para fines de registro ulterior. Y con esta ceremonia se consuma la disolución del vínculo conyugal.

### III

Era impresionante la sombría mole de la Torre Negra aquella noche de la recepción de los nuevos postulantes a los estudios de la bleposofía o saber de las ciencias instrumentales que permiten ver con los ojos de la inteligencia o aprehender adecuadamente los objetos del conocimiento. Revestida de mármoles gris oscuro y negro brillante, se destacaba por su severo aspecto entre las otras torres de la Universidad. Allí se estudiaba filosofía, ciencias puras y matemáticas, así como psicología y otras materias muy conexas. Un enorme búho, tallado en ónices de matices predominantemente marfilinos veteados de gris y café sierra, se alzaba en medio de la gran terraza o patio anterior abriendo unos redondos ojos fosforescentes que no dejaban de conmover a cualesquiera visitantes. El búho era el símbolo de la Casa, como lo es de la sabiduría más honda en el mundo terrícola.

Jaime contó hasta 148 postulantes mientras la joven heraldo rompía el silencio general con la trompeta iniciadora del acto de recepción.

El inquietante y solemne diálogo del Credo de la Torre Negra que siguió a los aldabonazos del representante de los muchachos aspirantes a la ciencia del búho se desarrolló así entre los altavoces de la Casa y los novicios:

¿Quién eres?

Un caminante perdido en su propio cubículo.

¿A qué has venido?

A ver si puedo hallarme.

Dime antes, ¿Dónde está el origen de todo cuanto existe?

No sé si hay un origen.

¿De dónde venimos?

No sé si hay un “de dónde”.

¿A dónde vamos?

Sólo sé que vamos.

¿Dónde se da la excelencia de lo supremo?

Para la mariposa, en sus antenas; para el león, en sus garras; para el hombre, en su inteligencia.

¿Qué está pues en la substancia y la fuente de todo cuanto existe?

La energía en vibración y el eléctrico impulso.

¿De qué color es, entonces, la filosofía?

Como el hollín de la estufa vieja y como el pozo hondo; como la hora del búho.

¿Y la vida nerviosa y mental?

Como el carbón de la madera, que puede arder en oro, azul y sangre.

¿Y las ciencias del número?

Del color de la ausencia de todos los colores.

Entra, temerario espeleólogo, y acomódate como te antoje, que halagado serás en esta Casa.

## IV

Esta vez no hubo bullicio ni alborotada recepción por parte de los estudiantes veteranos. Muy al contrario: se abrieron lenta y perezosamente los altos batientes del portalón de la Torre y los jóvenes avanzaron hacia el atrio interior vacío de gente alguna, salvo la hierática figura de la Coquinaria, de pie ante el muro del fondo, una elevada plancha rectangular muy negra y brillante pero surcada de arriba abajo por una figura en zigzag arborescente fundida en oro verdiblanco. Era, a no dudarlo la representación del rayo y así se lo dijo a Kris refiriéndose a él como el Rayo de Oro Lívido. Debajo de la plancha del rayo y en alto escaño o altar se alcanzaba a ver algunos vasos en forma de huso y circulares, vasos de aceite en los que oscilaban lucecitas rojazules. El escenario era sobrecogedor, pero en medio de él se alzaba un grupo delicadamente tallado en mármol rosa. Era un bellissimo desnudo de la pareja humana en abrazo de amor y un niño con ella delicioso.

Bonnie la Coquinaria lucía un largo traje de terciopelo negro sin ornamentación alguna, traje que realzaba su hermosa cabeza pálida y su caudalosa cabellera endrina.

La Coquinaria espera a alguien (dijo Kris).

Y, en efecto, un minuto después cruzó el gran portalón de la Torre un grupo de gentes que en silenciosa procesión conducía un féretro, al mismo tiempo que Bonnie se volvía hacia la plancha del Rayo de Oro Lívido, hincaba una rodilla en tierra y apoyaba ambas manos sobre el altar de las lámparas de aceite, movimiento al que siguió un ruido de aguas burbujeantes junto con un girar automático de la gran loza de mármol sobre la que se levantaba el grupo escultórico. Quedó entonces al descubierto una excavación rectangular de unos dos metros de eje mayor, excavación tapada a pocos centímetros más abajo por una segunda plancha que era en realidad un ascensor. Al mismo tiempo fue elevándose gradualmente una grave sinfonía a través de altavoces escondidos, honda y bella música que arrastraba a la meditación y al retraimiento. El ataúd fue depositado allí en el ascensor al tiempo que Bonnie se acercaba lentamente para luego sentarse en él en medio de un silencio general y desaparecer por el hoyo con la plataforma y el ataúd en descenso hacia lo desconocido. Cada uno de los familiares del difunto y algunos amigos habían dejado caer lirios morados en las faldas de Bonnie antes de que desapareciera totalmente cuando el grupo escultórico retornó a su posición anterior cubriendo el pozo.

La Coquinaria es pues el Ángel de la Muerte, pero...¿Qué ocurre ahora? (Preguntó Jaime a Kris).

En los sótanos de la Torre Negra funciona una planta o factoría destinada a la transformación inmediata de los restos humanos. El ruido de burbujas que has escuchado es el de un caldero de aguas termales sulfurosas en permanente ebullición, y esas aguas han sido conducidas hasta aquí con el propósito de cocer restos humanos a alta temperatura. La asepsia es completa y el cadáver es desintegrado en no más de media hora y reducido a la

pequeña forma manual de una lámpara de perfumado aceite. Los vasos que ves en la mesa del Rayo de Oro Lívido son cadáveres de las inhumaciones practicadas hoy.

Jaime quedó perplejo al ver aquello. Efectivamente había como unos diez o doce elegantes vasos aceiteros de forma oblonga y base cónica. Estaban llenos de un aceite sólido que desprendía grato aroma, sobre todo en aquellos cuya mecha o pabilo había sido encendida y alumbraba con temblorosa llama.

¿Quieres decirme algo más sobre esto, Kris?

Si, ¿Por qué no? Con la cal de los huesos y otros ingredientes de sustentación y fijación la maquinaria de los sótanos prepara una composición que adquiere, en los colores que se desea, la contextura y dureza del cemento. Con ese cemento se vacían y moldean las lámparas votivas que ves en el escaño del Rayo de Oro Lívido. Y la misma maquinaria aprovecha las grasas del cadáver para fabricar el aceite de su lámpara funeraria, lámpara que los familiares que lo desean pueden llevarse consigo al día siguiente. Por último, en cada vaso se fija una cinta metálica de oro o plata con el nombre del difunto y la fecha de su muerte. Todo el sistema es eléctrico y automático, de modo que la Coquinaria, -ahora comprendes por qué la llamamos así- no hace otra cosa que conducir los restos del difunto hasta el gran caldero de la muerte y traer de retronó, subiendo el mismo pozo que has visto abrirse, la nueva forma de la persona ida, la lámpara votiva de sus huesos y su sangre que deposita bajo el rugiente Rayo en que se da la energía creadora y motriz de cuanto se agita en el universo.

¿No te parece cruel y despiadada esta institución?

...Vaso de ensueños nacimos y en vaso de memorias nos convertimos... No, Jaime, en absoluto no. En Kristina no hay ni ha habido nunca los tristes cementerios terrícolas donde vuestros familiares muertos son entregados a la horrible y repulsiva obra de los gusanos y las tanatomoscas fétidas y altamente peligrosas para la salud de las ciudades. Nosotros guardamos con nosotros los restos amados de nuestros familiares muertos y encendemos religiosamente sus lucecitas azules cuando deseamos recordarlos especialmente, cosas éstas, que vosotros no podéis hacer.

## V

Tengo la impresión de que me has derrotado en este delicado asunto, cariño, pero, pasando a otra cosa, quería decirte que la contemplación de este recinto y, sobre todo la imagen del pozo, me ha recordado a la bella Azura a quien me presentaste el día de nuestra llegada...¿Recuerdas?

Sí ¡Cómo no! Azura estaba entre los personajes que se hicieron presentes durante la recepción.

En aquella oportunidad me contaste tú, creo, o algún otro amigo, algo que hallé muy vago en torno al drama de sus amores...

Te refieres, supongo, a la muerte de Anibio, el magnífico atleta que la amaba.

Sí. ¿Cómo fue aquello?

Pues... que el pozo de las termas estaba en reparación y le habían retirado la escultura y la plataforma de descenso, de modo que, sentado uno en la boca del pozo, podía recibir directamente las calientes emanaciones sulfurosas de la fuente subterránea a unos catorce metros verticales de la boca. Azura, en el ejercicio entonces de su reinado y en lo más esplendoroso de su natural belleza, arreglaba el altar del Rayo de Oro Lívido cuando irrumpió en este atrio su amante Anibio en compañía de algunos amigos. Anibio saludó a Azura desde la puerta y desde allí, en tono de cortés reproche o reclamo, le dijo, alzando la voz, que sus amigos no querían creerle que él había sido finalmente el elegido de ella, a lo que Azura respondió que podía, si lo deseaba, demostrárselos besándola en su presencia.

¿Me dejarás gentilmente hacerlo?

Te corresponderé con entusiasmo.

Fue todo oír esa respuesta y, tomándose impulso (él, que había saltado mil veces sobre siete metros de salto largo), fue todo oír y correr en derecha para salvar los apenas 2,20 metros del pozo. Infelizmente, alguien había dejado una astilla de jabón en los bordes, astilla en la que Anibio resbaló cayendo de cabeza al sagrado caldero. Por cierto que su muerte fue instantánea ante el horro de los presentes que nada en absoluto pudieron hacer por salvarlo.

Eso es morir heroicamente por un beso... Digna muerte para un gran atleta.

Cariño (preguntó Kris mimosa) ¿Lo harías por un beso mío?

Cien veces, amada, pero antes observaría bien, siempre naturalmente que tú me lo permitieras, si no hay jaboncillos en los bordes (respondió Jaime picarescamente).

¡Querido! Estamos hablando necedades. Bésame pronto, que aquí viene un grupo de profesores de la Torre a saludarnos.

## VI

Kris los fue presentando.

Clito, el Gran Conductor, es ya tu amigo, Jaime, Pero no conoces a Erindia, eminente lingüista... A Katino, el psicólogo más temible de Kristina... A Onarko, señor de las matemáticas puras... Y a Robidio, el inquietante antimateriólogo...

Se intercambiaron los solemnes besos de bienvenida habituales, luego de lo cual la pareja fue invitada a departir unos minutos en el despacho del Gran Conductor, donde, una vez sentados confortablemente, fueron convidados a servirse un delicioso refresco de pálido color marfilino cuyo sabor le pareció familiar a Jaime.

¿Qué es? (había preguntado).

Hay un arbusto o yerba en las orillas de lago altiplánico, la jupa de los indígenas aimaras o quinua de los quechuas que se cultiva en muchos lugares. Nosotros hemos industrializado las farináceas semillas de sus inflorescencias terminales y obtenemos de su cocimiento esta agradable bebida.

Pues sí que me gusta (dijo Jaime). Tendréis que enseñarme la fórmula de fabricación.

Mejor que eso (terció Onarko). Te enviaremos la bebida cuando gustes y en cualquier cantidad, ahorrándote el aprendizaje y el trabajo de producción que es lento y prolijo.

Tanto mejor. Mil gracias.

¿Llegasteis a tiempo para asistir a la recepción de los nuevos aspirantes a la Torre? (Preguntó Clito).

Naturalmente que sí (respondió Jaime), y, con tal motivo, asistiremos también a la ceremonia de inhumación de un kristiniano fallecido.

¿Cuál fue tu impresión al respecto? (indagó Erindia)... En el exterior terrícola tienen otras costumbres...

Sí, pero también se acostumbra la cremación... en la India, por ejemplo, donde el cadáver es incinerado sobre una pila de leños.

Lo malo es que los restos carbonizados, a veces quizá sólo en parte, son echados al Ganges, el gran río sagrado donde el ganado abreva y la gente se baña.

Es verdad, y puedo decirlo a vosotros que, por lo que a mí toca, encuentro que la inhumación kristiniana, embellecida por el aparato del recinto, la presencia exultante de la Coquinaria y la transfiguración del cadáver en una manual lámpara votiva, suavemente aromatizada y grata a los ojos es una institución muy inteligentemente concebida dentro de la veneración o el respeto que merecen nuestros restos mortales...

Que así, además, se immortalizan (agregó Robidio) con la permanencia de la roca dura, a voluntad de las generaciones por venir.

¿Te gustó el Credo de la Torre Negra, Jaime? (Preguntó Kaltino).

Es un poema hondo y turbador, pero, sin su contexto a la vista, no me atrevería a hacer ningún comentario.

¿Qué eres... qué somos, Jaime, sino caminantes perdidos en una cueva sin ventanas ni salidas? (terció Clito).

Sin embargo, la cueva de que habla usted, Conductor, no es ya tan pequeña ni tan angosta para el hombre terrícola que visitó la luna... y menos aún para vosotros que habéis conquistado un dominio de la realidad psíquica y natural tan vasto.

Aún así, el espacio físico que hemos conquistado a lo largo de nuestros veintidós milenios terrícolas es apenas la gotícula de la espuma de alguna cualquiera de las olas del océano del tiempo y la materia, como lo dice el Credo de la Torre Azul.

Pero en lo intelectual, además (agregó Rubidio) ¿Quién es capaz de decir que posee toda la verdad, todos los secretos del ser y del acontecer? El caminante veraz y dramáticamente perdido sabe que de un millón de hojas de coca que su montaña le ofrece, sólo ha mascado una...

¿Y las demás? Interrogó Kris.

Se las llevó el viento de lo desconocido y las desparramó en lo más inaccesible de los más remotos horizontes.

El “caminante perdido”, finalmente, perdido está por sus dioses y para sus dioses (siguió Clito). Liberado del duendísimo deísta, se descubre solo, absolutamente solo y huérfano en la encrucijada de su destino. Cuando abre los ojos a la insondable noche de lo desconocido, ya no hay un duende amable y protector que lo abrigue y lo lleve a su casa... alguna casa invadida de luz y consuelo, esa casa que en la neurótica simbología de las religiones no es, a la postre, otra que el hogar paterno, puesto que los dioses son la representación del padre cariñoso al par que exigente en los años de la feliz infancia personal.

Comprendo. Así pues, el postulante de la Torre Negra viene a ella tratando de hallarse... ¿no es así?

Sí.

Pero... y éste es el punto clavo: ¿Se halla?

Si se hallase, la Torre Negra dejaría de ser negra y el postulante volvería a la antimateria del mundo de sus duendes salvadores. Es por ello que ignora si hay un origen de las cosas. La posibilidad de saber esto lo pondría en las puertas de la omnisciencia...

Pero ahí se da una insalvable paradoja (interrumpió Kaltino): la curiosidad es algo profundamente connatural a la vida de la inteligencia, de modo que la conquista de la omnisciencia es la última meta irrenunciable de toda vida intelectual normal; pero, si hipotéticamente la inteligencia humana alcanzase aquella ensoñada meta, a tiempo de llegar a ella, remanso inmóvil donde se apagaría totalmente la dimensión de lo vital humano como tensión hacia el conocimiento, la inteligencia humana se destruiría a sí misma. Por tanto, conocer, como vivir, es morir un poquito, y, así como la plenitud de vivir desemboca en la muerte, en la muerte confluye la plenitud de saber.

¡Bravo! Aplaudieron Onarko, Erindia y Kris.

En consonancia con la confesión de nuestra radical ignorancia respecto de si hay un origen (prosiguió Clito) la vieja pregunta “¿De dónde venimos?” no halla otra respuesta coherente, en los labios juveniles, que la nihilista “no sé si hay un de dónde”. Y es que saberlo importaría la afirmación de que hay un origen...

O la convicción contrapuesta de que no la hay en absoluto (agregó Onarko).

Pero esto o lo otro suponen la posesión de la verdad total hasta donde ella pueda desenvolverse, y tal afirmación importaría, en el primer caso, haber visto, o siquiera entrevisto un tal origen, pues que el “de dónde” no es sino otra fórmula verbal del concepto de origen; y, a su vez, la negación radical de un origen da por sentado que se la tiene probada y comprobable.

Que “a dónde vamos” (agregó Onarko) nuestros novicios responden que tampoco lo saben, que sólo saben que van...¿Por qué? Dirás tú Jaime...

Quien no conoce su primer origen tampoco puede prever su destino (respondió éste)... su último destino, mucho más si en todos los horizontes hacia donde pueda mirar el hombre para dar rumbo a su quehacer viajero, se alza lo imprevisible, lo variable, lo inopinado, lo sorpresivo surgiendo del océano de lo desconocido en medio de cuyas tenebrosas aguas lo bien sabido es un pequeño islote de vacilante luz... ¿Es eso, Onarko?

Lo has dicho insuperablemente, Jaime, y no tengo nada que agregar a tus palabras.

Gracias, pero, señores profesores, permitidme deciros que a continuación de aquello he columbrado, en el contexto del diálogo ceremonial, una forzada equiparación de la inteligencia humana con las garras del león y las antenas de la mariposa... Queréis aclararme dónde está el paralelismo de cosas tan destacadamente dispares?

No es difícil (terció Robidio). El instinto de conservación, instinto común a toda la vida animal, adquiere en el hombre la forma de un narcisismo intelectualmente muy elaborado, y el hombre se hace la vana ilusión de que su inteligencia es algo inmensa y radicalmente distinto de los instrumentos aprehensores con que cuentan los irracionales. Pero si personificásemos lo cósmico y le otorgásemos un ojo observador, este ojo no podría ver en la inteligencia del animal hombre otra cosa que el instrumento aprehensor característico de este animal.

Muy bien (replicó Jaime). Estoy conforme, pero ese “instrumento de aprehensión” ha otorgado al hombre, y nada más que al hombre, el dominio incontrovertible de su planeta y le otorgará en el futuro, casi seguramente, el de los espacios extraterrestres en los que vosotros mismos, los molnianos, reináis, o habéis reinado.

Bueno, pero ello (prosiguió Clito) no tiene por qué conducir a esa especie de angelización o autodivinización de los humanos cuyo trasunto se da en las formas modernas de la hechicería organizada en las grandes iglesias. Simplemente que el hombre se sacó el gordo de la lotería en el automático despliegue cósmico de las posibilidades inherentes a la

vida. Así como en una gran pila de guijarros a alguno le tocó ser el más grande, o el más pesado, y en un bosque de árboles a alguno le tocó ser el más alto, en la evolución de las especies al hombre le tocó ser el más fuerte, le tocó en suerte, pura suerte, hallar las condiciones personales y ambientales favorables para desarrollar su inteligencia, esa inteligencia que las demás especies animales también poseen en distinto grado, pero contenida en su primer atisbo o germen y sin capacidad de prefiguración y de imaginación.

La pregunta por aquello que está en la substancia y la fuente de todo cuanto existe (intervino Kaltino) es acaso la más comprometedor de la Torre Negra. Nuestros novicios responden categóricamente que lo saben, que es la energía en vibración y el eléctrico impulso...

Ahora veo claro (interrumpió Jaime) por qué es el Rayo de Oro Lívido la imagen que preside el escenario de la muerte.

Sí, así es Jaime. Nuestro "dios" –para emplear la jerga terrícola de estas cosas y meditaciones- viene a ser no otra cosa, finalmente, que la energía..., la energía en vibraciones tomando la forma y figura de todo cuanto existe. ¿No es el universo en su totalidad un puro temblor molecular, como Euros Anti lo expresaba, un agigantarse protones y electrones y neutrones, un entrechocar eterno de los unos con los otros, un fusionarse y escindirse y transferirse, una cadena sin fin de estallidos eventuales, de explosiones e implosiones en que la energía cósmica se complace y se da a los ojos de sus partes pensantes y semiautónomas como severo orden preestablecido, una veces, y otras como desorden loco y desatado? ¿Hay ser o realidad alguna que no se dé como energía?...

Perfecto, profesor Kalino. Lo entiendo, pero advierto, a la vez, una flagrante contradicción...

Tú dirás.

¿No cree usted que quien conoce la fuente y la substancia de todo cuanto existe tiene todas las respuestas idóneas para el "de dónde venimos" y para el "a dónde vamos"?... Yo respondería que venimos del seno de la materia cósmica y que a ella vamos.

Muy bien, Jaime, pero ¿te has puesto a pensar que la voz "energía" es simplemente un símbolo representativo de algo por sí mismo inasible; de algo que en sus mil formas de dársenos hiere con sus efectos pero se nos escapa como substancia o como cosa en sí? ¿De algo para lo cual hemos inventado otras cadenas de símbolos, los conceptos de "protón", de "electrón", etc. Brillantemente correlacionados en una teoría útil pero sin imagen concreta y patente en la realidad exterior? Podrías responderte a la pregunta de por qué determinado quantum de energía ha tomado la forma de una roca y no la de un árbol, de un insecto o un hombre?... Nosotros los herederos de Molne reconocemos y honramos en la energía algo parecido a lo que vosotros llamáis "dios", pero no le transferimos la figura o las capacidades del hombre. Todo lo más, la representamos en solemne copia del impulso explosivo con que se nos muestra como latigazo eléctrico tonante. Es el Rayo de Oro Lívido que has visto en el

atrio de la Torre, y es, en frecuencias e intensidad variables, la fuerza que manipulamos a capricho en toda suerte de máquinas y de servicios, pero su naturaleza íntima está muy lejos de haberse hecho patente, no obstante de que es ella misma la que conforma nuestros cuerpos, y nos inunda y nos anima, nos modifica y nos destruye, y ella misma es toda nuestra vida nerviosa y a la postre posiblemente todo cuanto llamamos “inteligencia”. El Rayo de Oro Lívido se crea y se re-crea a sí mismo en todas las formas, las figuras y los procesos de la vida mental como de la vida menos eficaz e instintiva, menos invasora que la inteligente y, por supuesto, ya se trate de un grano de arena, o de una montaña, o de una estrella, o de sus correlativas formas líquidas y gaseosas.

Después de esto, Jaime, si lo has captado y admitido (dijo Clito), convendrán con nosotros en aquello de que la filosofía es del color del hollín de la estufa vieja, y el pozo hondo, y la hora del búho...

Plenamente, Conductor.

Dejadme agregar ahora, amigos míos (dijo Kris), que, con la filosofía, toda nuestra vida nerviosa y mental se agita velada de insondables misterios y es por ello tan negra como el carbón de la madera, pero se agita ardiendo de ansiedades y tensiones, llameante en el oro de sus triunfos y goces, o de sus iracundias y de sus desafíos, cuando no azul en sus acariciadoras esperanzas, o roja de sangre en las derrotas, las decepciones, las frustraciones y las heridas, en fin, de los combates perdidos y las demandas rechazadas, de los agravios y hostilidades connaturales a lo azaroso de la vida.

No quisiera (intervino Jaime) que dejases trunca tan atinada exégesis, amada Kris. Danos la clave de la última pregunta. ¿Por qué las matemáticas fueron tan oscuras como la filosofía y la vida mental? ¿No se trata más bien de una ciencia perfectamente coherente que hace culto de la más exigente claridad y que la ha ganado?

Es así, Jaime querido, pero el “color de la ausencia de todos los colores” es, si bien también el negro profundo en cuanto a realidad óptico-física, es en el caso de las matemáticas el color de la neutralidad radical frente a cualesquiera juicios de valor. El número no asume, por sí mismo, coloración afectiva alguna, moviéndose en el frío y muchas veces cruel mundo de lo meramente cuantitativo.

¡Bravísimo, querida! Ahora sí veo que podíamos avanzar al interior del tiempo y departir aquí con vosotros, ilustres profesores amigos. Yo también me confieso un humanista agnóstico plenamente identificado con vosotros.

## VII

Pocos días después de aquella inolvidable visita a la Torre Negra, Jaime era invitado especialmente por el Gran Conductor para comunicarle una noticia por demás halagadora. Se había reunido el claustro de los diez rectores y otros delegados profesores de las diez Torres a

petición de varios de ellos y se había resuelto hacerle llegar el mejor testimonio de la gran simpatía, popularidad y autoridad que había ganado entre los kristinianos. La Universidad los recibía en su seno como catedrático titular dentro del cuadro docente de la Torre Negra.

Clito felicitó efusivamente a Jaime y Kris, anunciando que el primero disponía de cinco días para preparar una disertación de fondo a la que daría lectura en el solemne acto de su posesión.

Estoy orgulloso y emocionado muy de veras (le había dicho Jaime) y prepararé para esta Universidad, que es también la mía ahora, un ensayo cuyo contenido vengo rumiando hace bastante tiempo. Ésta es mi oportunidad más estimulante para llevar al papel impreso mis ideas al respecto.

## VIII

En el aula magna de la Torre negra se habían congregado virtualmente todos los profesores de la Universidad kristiniana y los estudiantes que hallaron cabida para recibir y escuchar a Jaime Landa.

Entrañables amigos míos (comenzó Jaime tan pronto como fue invitado por el Gran Conductor para dar lectura a su disertación de ingreso):

Mi hasta aquí breve permanencia entre vosotros a la dulce sombra de mi amada Kris me ha permitido conocer la suerte real de todos los grandes profetas y fundadores de religiones en el exterior terrícola y, sobre todo, el sentido y la eficacia de vuestras providenciales intervenciones con la ayuda de una tecnología que marcha muchos milenios por delante de la semibarbarie terrícola... esa semibarbarie que yo prefiero llamar "infancia"... infancia colectiva aproximándose a la primera adolescencia.

Ahora bien, de la obra, el ejemplo y las lecciones de todos aquellos profetas y líderes que han desfilado alucinantes ante mis asombrados ojos en mis ahora inolvidables visitas a vuestras diez ilustres Torres del saber, de esa obra – digo - ese ejemplo y esas lecciones he acabado por arribar a una final conclusión: que todos ellos coinciden plena y totalmente en el culto apasionado y heroico a estos tres conceptos éticos supremos: el amor, el ensueño y el trabajo.

Por tanto, la tesis de mi presentación ante la egregia Universidad de Kristina, cuyo cuerpo de catedráticos me otorga la singular distinción de contarme entre ellos con la misma categoría, aunque mis merecimientos están muy lejos de justificarlo, la tesis de mi presentación será un desarrollo de aquella definitiva trinidad normante que alumbró a la familia humana de la Tierra desde los días del inquieto y venerable Toradán pecador y su valerosa Lieva, pasando por el príncipe Gautama y el nobilísimo hijo de Kredíos, hasta los días actuales.

Hablaré ´pues del amar, el soñar y el construir como de una sagrada trinidad ética estrechamente connatural al hombre terrícola y como el cauce dominante de su historia en el más alto plano de los ideales permanentes.

Amor... Amar...

Sobre el amor:

¡Tanto se ha dicho y escrito sobre el amor!... La palabra AMOR está continuamente en los labios de quien nos recuerda la ternura inagotable de una madre, que es la más grande y pura encarnación de los amores con que ella acaricia a su niño, aún antes de nacer, contemplando emocionada su vientre hinchado y, después, arropándolo en la cuna, meciéndolo y cantándole, y, después guiándolo, protegiéndolo hasta el último sacrificio.

Cuando el hijo o la hija hayan madurado sexualmente la palabra AMOR cobrará un nuevo sentido poblado de inquietudes, ambigüedades, ansiedades y misterios, atracciones irresistibles y airadas repulsiones. Por la pendiente del amor dirigido al ser amado para la intimidad de la alcoba discurrirán casi todas las biografías personales hasta el punto de no decir que se exagera si se afirma que la historia de la humanidad se edifica sobre los cimientos del amor de mujer allí donde el varón decide las cosas de la historia.

El sacerdote cristiano nos hablará continuamente del amor, como los sacerdotes de otras iglesias, y Jesús fundará su casa mística en este vehemente llamado a la fraternidad: - Amaos los unos a los otros.

Y, así, la palabra del amor se escuchará y el impulso del amor peleará su batalla en todos los hogares que le quepa visitar. Si la intimidad compartida sólo se traduce en términos de amor, en iguales términos se da toda la idea de fraternidad como toda idea de colaboración o cooperación. Cuando el hombre paleolítico se tropieza con una roca que necesita mover, y no puede hacerlo solo, pedirá y hallará –esto es lo que importa- la ayuda de los suyos, miembros del clan o de la tribu.

Pero el propio clan y la propia tribu, como la futura aldea, y la ciudad, y la nación son posibles solamente en la medida en que la fuerza cohesionante y constructiva del amor sobrepase las posibilidades de su contraparte el odio.

El amor está en el mundo de las relaciones económicas como actitud consciente, que comprende y coopera, como empresa de varios, como gremio, como sindicato. En las relaciones políticas, como actitud que funda y sostiene todo tipo de sociedades y asociaciones, en el mundo de las ciencias y las letras, fundando academias e instituciones en el mundo del deporte, organizando equipos y preparando atletas a través de programas de acción conjunta y coordinada, fundando clubes de todo tipo.

Todo programa y toda acción educativos salen al mundo por las puertas del amor, que quiere formar, conformar y atraer al otro o a los otros hacia una tarea solidaria y común, o al

círculo que ilumina la idea que se quiere compartir. Y ya “compartir” es amar, como es amar desear hacerlo.

Pero... ¿Y el odio? Me dirá alguno de vosotros.

El odio es el gesto intolerante y agrio del propio amor que defiende sus derechos y levanta un cerco de espinas en torno a la cuna de sus esperanzas.

Se ha dicho desde Hobbes, si no antes, que el hombre es lobo para el hombre, y un proverbio español afirma que “no hay hombre con hombre” oponiéndose a aquel otro que observa intuitivamente que “no hay hombre SIN hombre”. El marxismo funda la historia en el odio de clases, de modo que la realidad política resultaría un engendro del odio masivo. Mas, preguntémosnos qué quiere, a la postre, el marxismo... Cualquier iletrado agitador de esta hora del mundo terrícola nos dirá, poco más o menos, esto: quiere una sociedad sin privilegios, esto es, una inmensa fraternidad mundial en la que todos sean y se sientan auténticamente hermanos. El odio de clases sería hijo transitorio, e indeseable y espurio, de un mundo que dominan minorías explotadoras. Y esto es, a todas luces, AMOR, solidaridad sentida y compartida. La empresa marxista, si bien reñida definitivamente con la dura realidad de todos los tiempos, se propone justamente acorrallar al odio secando sus fuentes. Los privilegios capitalistas. En este sentido, el propio Marx, fundador indiscutible de la religión del odio, viene a sentarse a la vera de Jesucristo como el último de los profetas. El mismo se formó, desde la cuna, en un mundo alumbrado por los ideales y los valores cristianos, y escuchó y compartió finalmente, con desasosiego revolucionario, el mensaje del gran judío: Ama a tu prójimo como a ti mismo.

Pero ya Aristóteles había subrayado, cuatrocientos años antes y en un mundo dividido y agitado por los sistemas esclavistas y las campañas de Alejandro, que “el hombre es un animal político”, y no hay sociólogo o antropólogo, hoy día, que no coincida en afirmar que el hombre es un animal gregario. Ahora bien, el animal “político” es el animal que organiza sociedades y en ellas se integra; y el animal “gregario” es el que no puede resistir al llamado de sus semejantes para con ellos reunirse. Reunirse y organizarse sería del todo imposible bajo el reinado del odio, pues que para hacerlo hay que acercarse y comprenderse y tolerarse y cooperar y creer en valores comunes, en propósitos comunes, en empresas comunes, en dioses comunes, en fin y en personalidades individuales acatadas colectivamente como representativas de la unidad social que se sustenta y en que se cree.

Amor u odio son la versión espiritual de lo que en términos de física se llama “atracción” y “repulsión”. Protones y electrones son la realidad última del mundo cósmico y cada elemento material se sostiene y perdura sólo en la medida en que dominan las atracciones triunfantes sobre las repulsiones disociadoras. El “tercer mundo” físico, el mundo de los neutrones, es un mundo herido de inestabilidad y perplejidad. El mundo de las neutralidades es un mundo envenenado de cadaverina porque sólo la muerte consigue, si volvemos los ojos al mundo humano del espíritu, una auténtica neutralidad. La vida del espíritu es siempre y forzosamente MILITANTE y lo es en el sentido original y primario del

amor frente al que su contrapartida, el odio, es meramente incidental, subsidiario, sirviente y esclavo del amor.

Si aquella relación se invirtiese, la humanidad desaparecería del planeta. Si la humanidad pervive hasta hoy pese a todas las traiciones, las deslealtades, los despotismos, las crueldades y las explotaciones del hombre por el hombre, es porque el amor ha triunfado siempre, a la postre. Las guerras de la historia, las rebeliones de todos los matices han sido siempre transiciones precarias impuestas por una vehemente necesidad de reajuste. El odio es sólo el perro que cuida y protege la casa patricia, la casa del amor. El amor puede soltarle sus cadenas y lo hace con alguna frecuencia pero siempre bajo el entendido de que la bestia está mejor y debe estar en su propio lugar, como el perro malo de la casa; nunca como su amo y señor. Y toda vez que el perro ha sufrido un ataque de cólera desenfundada la Casa del Hombre ha vivido mortales días de angustia, pero, a la postre, y comparativamente en la curva del tiempo total, se ha tratado de incidentes esporádicos o momentos limitados, incidentes y momentos que no han derribado ni derribarán jamás la suprema ley de la supervivencia en que el amor dice su genuina y última palabra. Sólo se es fuerte y capaz frente a todas las adversidades y tropiezos en el amor que une y coordina y acrecienta y multiplica acumulando poder en una clara conciencia de que la unión es la fuerza y a través de ella, la permanencia.

Kalemina nos leía, lo recordaréis aquellos de vosotros que tuvisteis la suerte de asistir a la última cocacharla del Club de los Evadidos... nos leía un gracioso relato de Euros Anti en el que este nuestro grande y común amigo nos cuenta que tenía un perrito muy mimado que ocupaba su justo lugar en la casa del amor... Porque la casa del amor necesita cuidarse de muchas asechanzas, entonces, hace falta una adecuada y medida voz del odio, el miedo y la alarma que pueda escucharse con fruto.

Este perrito, que se me antoja un perrito lanudo y pequeño, de brillantes ojos negros que atisbarían entre unas lanas no siempre muy limpias (Karl Marx era también lanudo y desgreñado), era todo un campeón, nos cuenta Euros Anti, en la teatralización del odio. En cuanto sentía la presencia de algún intruso armaba tal escándalo de carreras y ladridos, que todo visitante le tenía terror, algunas veces declarado, pero las más discretamente incofeso. Y, sin embargo, el perrito nunca había ido más allá de un superficial arañazo en las pantorrillas, ni tampoco se proponía hacer más.

Pues bien, esto es lo que debiera ser el odio en las relaciones humanas; pero por fortuna, no es sólo lo que debiera ser, sino lo que de hecho ES habitualmente. He ahí lo alentador, lo consolador. Muchos habrán podido morir y morirán por obra del odio, pero el amor levantará siempre un millar de nuevos luchadores por cada uno de los sacrificados por el odio.

Y así el hombre, gracias al amor, será eterno en su planeta hasta donde la química de sus entrañas lo permita.

Jaime Landa hizo aquí una pausa que aprovechó para beber unos tragos de coca.

Profesores y amigos, continuó luego:

Os he propuesto veáis en el SOÑAR la segunda de las tres vías paralelas que corren por el cauce de la historia con rumbo hacia la felicidad colectiva y personal. Hablaré pues del ensueño y el soñar.

...¡Soñar!... Todos soñamos, pese a haber muchos que solemos reaccionar frente a la opinión que de nosotros pudiera abrigarse, diciendo poco más o menos esto: -No, yo NO soy un soñador. ¡De ningún modo! Yo soy un hombre práctico, o una mujer muy realista y objetiva. Quizás haya soñado cuando hacía versos, pero eso ocurría en mis años de adolescente y crédulo, o crédula... Vivir soñando es cosa de gente ingenua, o muy proclive a la estéril pereza...

Sin embargo, nadie hay en el mundo, absolutamente nadie que no viva del ensueño en alguna de sus múltiples o disfrazadas metáforas.

Desde luego, el soñador declarado es el artista, como el poeta. Es el espíritu que, rebelándose frente a su propia realidad o su circunstancia presentes, huye de ellas en la ejecución de imágenes de otro mundo que no encaja en la odiosa cotidianidad, de un mundo más o menos inédito y personalísimo donde el impulso creativo busca un remanso ensimismamiento placentero. El soñador, poeta o artista, es el inconforme por excelencia que crea su propio mundo representativo con absoluto desinterés, salvo el comunicarse o expresarse al desnudo; salvo el puro darse como un inconforme diosecillo creador.

Cuando alguien dice, cuando yo digo ¡SOÑEMOS! No estamos pues formulando un imperativo categórico del mundo de la ética o de la ideología. Más bien dicho: No lo estamos haciendo solamente con la actitud del predicador o el evangelista que se siente pastor de rebaños humanos. Ciertamente que en ese grito va implícita una intención normativa, siquiera como amigable consejo, pero esa intención normativa no es pura y simplemente una empresa aleccionadora. Si, por un lado, la invitación a vivir soñando toma un cierto matiz normativo más o menos cargado de carga afectiva y opcional, por el otro recoge la realidad humana sustancial o esencial tal como ella se muestra en este DA – UND – WIE – SEIN – IN – DER – WELT cuya óptica coyuntura forzosa y única es un hombre en perpetua tensión emocional hacia un futuro previsto y precondicionado.

La dimensión humana en que se funda, como acatamiento del ser, nuestra invitación a soñar, junto a la de amar, es lisa y llanamente aquella que nos permite reconocer en el hombre a un ser esencialmente TELEOLÓGICO, a un ser finalista por excelencia, esto es, a un ser que, por razón de su privilegiada capacidad de representarse, de prefigurarse, de imaginar, de ver con los ojos de la inteligencia, de pre-ver – más bien - el futuro posible o deseable, elige una meta, acomoda sus bártulos y decide la ruta que le llevará a ella.

Eso no hace sino el hombre, en el mundo de la vida animal. Los irracionales aceptan su circunstancia tal y como ella se da. Todo lo más, se desplazan y acortan distancias, o crean una madriguera sujeta a un esquema definitivamente estereotipado; pero no crean, también,

instrumentos que amplían su capacidad de dominio sobre la naturaleza; no pueden pretender modificarla. El hombre, el HOMO FABER, sí. Tan pronto como alcanza un cierto margen de conocimiento de su propia realidad y penetra en los secretos de los mecanismos naturales, concibe la idea, que pronto se hace creadora, de transformar la realidad circundante.

Sin una inteligencia prefigurativa en esquemas mentales o imágenes de realidades posibles y diferentes NO hay finalismo. Con la posesión, en cambio, de una tal inteligencia siempre hay finalismo, rebelión modificante, debe ser de lo que pudiera no ser o se resiste a ser.

Y así, quien prepara un programa de acción, en cualquier campo de actividades, está prefigurando un futuro posible, o, por lo menos, deseado, está soñando. Quien “planifica” un proceso social está soñando en el sentido de que pre-ve como posible un cierto estado de cosas distinto del presente, se lo imagina y acondiciona los caminos y métodos idóneos.

Toda tesis política supone, en cualquier grado una actitud crítica en la que lo negado o repudiado es un trozo del presente; pero esta negación tiene siempre que ir acompañada de alguna idea preconcebida, implícita o explícita, sobre cómo estarían mejor las cosas, y esta idea es un ensueño político. No importa que se trate de algo meramente lúcido o del todo irrealizable; no importa que se trate de una utopía, o de una posibilidad en marcha segura y controlable en términos matemáticos y mecanismos de computación. Lo que define al soñador es simplemente su preocupación por el futuro y la presencia de alguna imagen de éste, por ambigua que ella sea.

El hombre contemporáneo, en su dimensión de soñador inveterado y nunca desanimado, ha inventado o está inventando toda una ciencia a la que ya ha puesto un nombre: futurología. Sus instrumentos más capaces son las computadoras electrónicas.

Todo lo que asume la calidad de profecía y de pronóstico se mueve en la epistemología de la futurología y se propone PRE-FABRICAR el porvenir.

Pero en la vida diaria de todos y cada uno de nosotros se ofrece siempre alguna forma mental, amada o temida, de lo que sucederá o acontecerá, o de aquello que quisiéramos que suceda o acontezca. El muchacho que estudia ciencias médicas se propone ser algún día médico; si es posible, un buen médico; si es posible, el mejor y el más requerido de los médicos. La mujer que vende frutas en la calle, o cebollas, o canastas se ve a sí misma acumulando amorosamente monedas que podrían convertirse en mejores meriendas para el marido o los niños, o en renovados vestidos de bonitas telas; quizás en una casita propia... La cocinera en la cocina ve el medio día desde las 6 de la mañana. La madre ve a su niño recién nacido a la cabeza de un taller, o en la universidad, o arando una tierra húmeda y prolífica con un par de bueyes jóvenes, los más envidiados de la comarca; o acaso pagando al contado un equipo de tractores...

¡Todos soñamos!...

Hay incontables soñadores en el mundo tan íntimamente convencidos de la absoluta racionalidad y objetividad de sus juicios, que rechazarían indignados el mote de “soñadores”. Y sin embargo lo son... Lo son no sólo en cuanto viven su presente en el espejo de un futuro previsible, sino en la medida en que este futuro no puede ser descrito por computadora alguna.

Pensemos, a propósito, en la actitud religiosa, que es común a la inmensa mayoría de los hombres (el agnóstico pertinaz y el ateo sincero son aisladas excepciones en el mundo terrícola). Ahora bien ¿En qué consiste la actitud religiosa?... En imaginar que detrás de todas las cosas, y en el comienzo de todas las cosas, y en un mundo que trasciende la vida para alzarse diáfano y pleno en el minuto mismo de la muerte, esto es, en un mundo del todo inaprehensible, pura imaginación y ensueño puro, hay un ser infinitamente misericordioso y generoso, o un maravilloso poder inteligente, y un paraíso, o un edén, o una honda y absoluta serenidad liberadora...

Y eso es soñar desenfrenadamente. Pero consoladoramente. Porque el hombre, es ansiedad perpetua en perpetua tensión hacia la felicidad, el hombre sufre. El hombre sufre, sufrimos, mil frustraciones y mil desesperanzas y mil derrotas cada día. Y el ánimo flaquea. Y, entonces, hace falta una tregua contemplativa que nos anticipe o que nos dé por ganada la captura del éxito. Esa tregua contemplativa está repleta de todo lo más exquisito. Nosotros mismo la colmamos así. Nostálgicos del padre que condujo nuestra infancia; o con los ojos humedecidos de gratitud y amor para la mujer que nos dio su regazo; nostálgicos del hijo que perdimos o que pudiéramos tener; o del hermano fuerte y perfecto que pudimos o pudiéramos amar, poblamos esa tregua contemplativa con los dioses de todos los Olimpos entre quienes discurren, inmortales y todopoderosos, solemnes ancianos titulares de todo el poder posible; adorables mujeres de insuperable belleza y bondad; hermanos, amigos y amigas diligentes y solícitos; intermediarios y parientes invariablemente útiles y oportunos; niños prodigiosos, como el Niño Jesús; hadas y genios bienhechores, espíritus vigilantes... Y por cierto entre ellos nos vemos nosotros... nosotros... me veo yo, de quien se pretende estúpidamente que moriré; me veo yo mismo, reconocido por la verdad, alumbrado por la verdad, esa verdad que hoy me es vilmente negada; me veo yo mismo, compensado en plenitud y para siempre. Me veo inmortal, pues la muerte es la más odiosa de las mentiras...

De este modo, todas las iglesias son portadoras de un gran ensueño institucionalizado, ensueño que el creyente necesita acariciar tan frecuentemente como sean frecuentes sus frustraciones y sus decepciones. La creencia, la firme creencia en un trasmundo ilimitadamente feliz es siempre un gran paliativo y un positivo consuelo; ayuda muy eficazmente al hombre masivo en su diaria lucha con el medio hostil y sostiene su apronte, le da la última y definitiva razón de vivir. Y esto sin óbice alguno para que las iglesias tomen a su cargo otras tareas sociales y de fomento de la cultura, tareas que van en procura de otros justificativos adicionales de su presencia en la Historia.

Finalmente, amigos míos kristinianos, vuestro maravilloso Club de los Evadidos es, como harto bien lo sabéis todos vosotros, es el ensoñar institucionalizado también aunque no en los oscuros dominios de la antimateria.

Así pues, todos, absolutamente todos soñamos y necesitamos soñar alguna imagen del futuro deseado y prefigurado en las creaciones del arte, la literatura de ficción y la poesía; en los programas de todas clases y propósitos; en las planificaciones, proyectos, anteproyectos y premoniciones; en las teologías y las teodiceas, y en las liturgias y las hechicerías; en las invitaciones y las invocaciones; en el prepararse, en fin, para mañana.

Si el hombre es télesis, si el hombre es un ser finalista, su esencial finalismo se expresa, dramáticamente a menudo, en la invocación de aquello que no siendo ahora, puede serlo, tendrá que serlo o deberá serlo en los siempre huidizos horizontes del futuro.

Y todo eso, y no menos que eso, es soñar.

A esta altura de la disertación y en tanto que Jaime Landa se refrescaba por segunda vez los labios, todos los estudiantes presentes estallaron en un ¡pro! ¡pro! ¡pro! Entusiasta, Jaime agradeció con una sonrisa y un movimiento de cabeza y extendió luego las manos invitando al silencio, para enseguida continuar.

En esta tercera y última parte de mi disertación, amigos míos kristinianos, hablaré del trabajo, del CONSTRUIR como una vía más en esta luminosa carrera del complicado, quebrado y montañoso paisaje del espíritu.

Sobre el construir:

Cuanta cosa se da en la aterradora inmensidad del universo cósmico de da agitándose y modificándose en cualquier sentido, y, al modificarse, se reconstruye a sí misma en nuevas formas. Como no existe la inmovilidad absoluta, puesto que ella se esfumaría en la nada del no-ser; como el universo, en su totalidad, es por doquiera puro temblor molecular, energía en actividad traduciéndose quinéticamente el ser cósmico y todas las figuras y maneras de ser que se cobijan dentro de él a través de lo vital, lo psíquico, todas las figuras y maneras de ser que se cobijan dentro de él a través de lo vital, lo psíquico, lo espiritual y lo intelectual, es, en último término, movimiento, desplazamiento, cambio de relaciones espaciales que con frecuencia se transforman en modificaciones estructurales.

La misión permanente del universo como totalidad, y de sus partes, grandes o chicas, dentro de él es construirse a sí mismo destruyéndose y reconstruyéndose y reconstruyéndose indefinidamente, eternamente. El universo es por doquier actividad, hornalla en pleno ardimiento.

En ese tan general sentido del construir, el destruir es también una modalidad suya, pues que supone modificar la realidad destruida, aunque ello sea bajo la figura de sus escombros. Todo derrumbamiento es una re-creación, y a menudo una bella re-creación. ¿No hay acaso ruinas subyugadoramente hermosas?... Pero aunque no lo fueran: como lo bello es

un valor espiritual y el valor vale en un espacio y un tiempo, lo feo de ayer puede ser bello mañana y lo hermoso de aquí puede ofrecerse como feo allí.

Así pues el simplísimo mover o moverse ya es modificar o modificarse respectivamente; y el modificarse es inicialmente construir o construirse correlativamente.

Pero echemos una mirada a algo menos total o totalizado; reduzcamos nuestro horizonte a algo que, con ser prodigiosamente menos en términos de espacio y tiempo, es, sin embargo, de una vastedad y complejidad impresionantes: la vida, el mundo de los seres vivos.

Si el ser en su totalidad es movimiento que construye, destruye y reconstruye, la vida lo es subrayadamente, destacadamente. La vida y lo vital aparecen, así, como el enorme ojo del ciclón quinético universal, como el vértigo de toda quinesis. La vida se define como vida porque es ACTIVIDAD, desplazamiento, modificación, transformación perpetua, tanto dentro de los mismos modelos aparentemente estereotipados como en la evolución hacia nuevas y siempre distintas formas vitales. Y así, desfilan como en una cinta de fantasía cinematográfica, superlenta para el tiempo del hombre, todas las especies vivas, desde los elementales seres unicelulares hasta los grandes mamíferos, y los antropoides, y el hombre mismo.

Todo es creación y re-creación perpetuas, trabajo sin pausa en todos los ámbitos y en todos los momentos del ser.

Esta versátil agitación del proceso creativo de lo vital no puede dejar de proyectarse en el hombre, en el hombre como ente espiritual y ser inteligente que prefigurándose su realidad podría hipotéticamente tomar el camino de los irracionales y entregarse a su instintividad biológica, esto es, conformarse plenamente con las exigencias y determinaciones de su hábitat acomodándose obedientemente a ellas. Pero esto le importaría renunciar justamente a su dimensión humana, puesto que el hombre es hombre sólo en la medida en que se da como espíritu. Aquellas renuncia lo “biologizaría” más allá de lo que el espíritu y la inteligencia prefigurativa pueden conceder a la bestia sobre la que el espíritu enraíza, o, mejor aún, en la que cabalga su marcha por el devenir histórico.

El espíritu es rebeldía. El espíritu es siempre inconformidad, crítica negadora, reformadora y revolucionaria frente al estatus natural de la bestia cabalgada.

Pero la rebeldía, a su vez, no puede ser, sin contradicción, una rebeldía puramente contemplativa y encerrada en la interioridad de la conciencia; tiene que darse en alguna forma de acción, de actividad militante que, dentro de lo social, construyendo resistencias destruye y destruyendo estructuras obsoletas construye; y, en la naturaleza, creando nuevos instrumentos modifica, manipula, subordina y domina en vez de conservar un antropoide pasivo, modificado, manipulado por las fuerzas naturales, subordinado por ellas y dominado, como le ocurre a la cabalgadura sin jinete y a cualquier otro irracional del universo.

Es así como el TRABAJO se erige, en todos los tiempos de la historia del hombre, como la máxima y permanente necesidad individual y social. La ociosidad, la pereza, el descuido son anatematizados por todas las iglesias y condenados por todos los líderes sociales con alguna

impaciencia por la superación y la obra nueva. Constancia y perseverancia son virtudes explícitamente incorporadas al ideario ético de la iglesia cristiana, y es justamente frente a la necesidad de esfuerzo y a la pena del trabajo sostenido donde cobran subrayado sentido perseverancia y constancia. El pensamiento ético del Incario, en el viejo Perú indígena cuya herencia pervive, se expresa en el tríptico normativo AMA LLULLA, AMA SÚA, AMA QHELLA: “No seas mentiroso. No seas ladrón. No seas PEREZOSO”. Y es que la pereza, contraparte de la actividad, clausura toda posibilidad constructiva.

En el mundo moderno, alumbrado por la idea suprema del éxito económico en calidad de necesidad primordial, fundante y dominante; en este mundo nuestro que concibe la vida como goce en la riqueza, la urgencia de trabajo constructivo hacia una sociedad desarrollada y abundante de bienes de consumo se destaca más aún. Por eso el sentido protestante de la huelga como institución jurídico-laboral. El descontento colectivo se expresa como huelga y ociosidad intencionales porque es tan perentoria la necesidad de trabajo creador que, si ésta no se ejecuta, la empresa interesada, cuando no toda la sociedad nacional, se siente más o menos gravemente herida y, entonces, la huelga se convierte en un poderoso instrumento de presión para servicio de las demandas planteadas.

La filosofía marxista, por su parte, descubre en el trabajo la suprema razón de la vida. “Quien no trabaja, no come” dirá, desde el poder, a la sociedad que domina. Pero aún más, la sociedad ideal es, para esa filosofía, la que se organiza como república de los trabajadores, concibiendo el poder político como la dictadura del proletariado ya que el trabajo creador de bienes de consumo aparece ingenuamente aprehensible como trabajo manual de multitudes basales y asalariadas.

Sin embargo, el ocio, se dirá, es una necesidad psicobiológica... Y lo es. Pero se trata del ocio CONSTRUCTIVO. Y constructivo en doble proyección: en proyección individual se trata de ocio como descanso exigido por la economía orgánica. Cuando se han quemado todas las energías disponibles, o una parte apreciable de ellas, el descanso se impone a sí mismo con el fin de permitir a la economía orgánica rehacerse, pues hay que recargar el acumulador energético. Y así. Este ocio exigido y exigible construye reconstruyendo para la nueva jornada de trabajo. En proyección social, se trata del ocio que permite el vuelo libre de la imaginación y la vida mental, sobre todo en el nivel cumbre de la pirámide social, y, entonces, es eminentemente creativo. En este caso el gran ocio intelectual, que lo es sólo con relación a las manualidades, es destacadamente UN CONSTRUCTOR. No olvidemos que lo psíquico y mental jamás descansa. En el hombre profundamente dormido Psiquis vela siempre atenta a la protección del durmiente, elaborando a menudo complicados cuadros oníricos y reaprovisionando de símbolos, imágenes y estímulos las bases subyacentes y ocultas de la conciencia.

En las bajas vertientes y en las bases de la pirámide social el ocio se justifica sólo como descanso dosificado, puesto que en ellas la creación de bienes de consumo es resultado de una actividad predominantemente física. Ahí el trabajo es trabajo manual, si bien no menos

indispensable que el ejercicio de los poderes de mando, dirección y planificación, control y gobierno.

El camino más seguro de todos los éxitos ha sido en todo tiempo el trabajo, lo es, y lo seguirá siendo. En él fincan y justifican plenamente su dominio las gentes y los pueblos reconocidos como laboriosos y tenaces.

Así pues ¡Trabajemos incansablemente! Toda forma de trabajo es noble, tan noble como la más elevada y preparada de los niveles cumbreños. El gran teórico de las ciencias que construye una nueva o genial visión del mundo debe maravillarnos, pero la humilde mujer del pueblo que recoge la basura de las calles urbanas merece y debe merecer junto con nuestra admiración por su generosidad, nuestra gratitud por el hermoso obsequio de la calle limpia que cruzaremos alguna o muchas veces cotidianamente. El aparentemente ocioso artista que nos deleitará con su música o su canto, o su lienzo de colores, o su trozo de piedra o de madera tendrá siempre nuestra simpatía, al margen de cualquier implicación política o religiosa, pues su misión de trabajo ha hallado espontáneamente en el Arte la auténtica significación de su vida. Pero, así mismo, el campesino escasamente cultivado que nos trae a la ciudad el fruto de sus horas de campo sudoroso a sol abierto es el hermano de cuyo esfuerzo se alimentan el filósofo, el teórico, el artista y el burócrata.

¿No somos, al cabo, todos los hombres el Hombre único protagonista de la historia en un complejo creativo universal cuyos bienes, cualesquiera que sean, aprovechamos todos?

Y con ello termino. Gracias mil por vuestra generosa atención.

## IX

Un ruidoso y unánime aplauso que duró varios minutos premió la disertación de Jaime, y, cuando se hizo la calma a pedido del Gran Conductor, éste tomó la palabra para hacerle la entrega oficial del despacho o título que lo acreditaba como catedrático titular de la Torre Negra después de una breve biografía que subrayaba sus bien ganados méritos y justificaba la confianza y simpatía de la ciudad escondida por el terrícola esposo de Kris.

Al darse por terminado el acto, Jaime fue objeto de innumerables abrazos y congratulaciones de todo el cuerpo docente y los estudiantes que habían asistido, luego de lo cual Clito y un grupo de profesores llamaron aparte a Jaime, pues deseaban conducirlo a una sala especial de la Torre Negra, sala consagrada a los profetas de la historia terrícola.

A Jaime le encantó, de entrada, la magnífica y suntuosa Sala de los Profetas, toda de mármoles preciosos. Era un amplio recinto en dodecágono de unos veinticinco metros de diámetro, y allí, delante de cada uno de los doce muros, se alzaban, en bellas esculturas de bronce, ágatas y oro, las efigies de los grandes líderes magos o brujos que habían presidido la historia de las religiones terrícolas desde los días de Gautama hasta John Wesley el padre del

metodismo protestante y Joseph Smith el de la iglesia conocida como de los “mormones”, y, por supuesto, Karl Marx como el último profeta.

Pero en el centro mismo de la gran sala se levantaba lo que debía ser probablemente otra escultura, si bien se hallaba íntegramente cubierta por un paño que descendía hasta el suelo por sus costados.

Jaime y sus ahora colegas de la Torre negra fueron visitando sucesivamente cada una de las bellas esculturas conmemorativas detrás de las cuales y en el muro correspondiente se leía un breve resumen biográfico del personaje representado. Eran obras maestras todas las esculturas y un íntimo goce contemplarlas, más cuando dieron la vuelta completa, Jaime se quedó mirando el bulto central con irresistible curiosidad hasta que Clito habló:

Jaime, hemos esperado este momento para mostrarte algo que quizá no es oportuno veas pues ello vale tanto como una muy arriesgada profecía vinculada a la futura memoria de ti mismo y nuestra amada Kris, pero puesto que los procesos históricos comprometidos contigo están ya en marcha y no te será dado modificarlos apreciablemente, yo te autorizo a retirar el manto que cubre la escultura del centro.

Jaime miró sorprendido al Gran Conductor, pero se dirigió al monumento y, con un rápido movimiento, retiró el cobertor para quedar enseguida inmóvil y estupefacto. La escultura era su propia e inconfundible imagen tomando de la cintura a Kris su amada esposa kristiniana, y en el plano o base leía sin creerlo esta leyenda. “Jaime Landa el deicida, y nuestra bienamada Kris”.

¡No puede ser, profesores! Exclamó Jaime, pero en ese momento llegaba apresuradamente Azura en su busca.

¡Jaime, apúrese! Kris lo llama premiosamente. Acaba de nacer el niño. Es varoncito.

Jaime salió disparado sin acordarse más de los profetas y sin apenas despedirse de sus amigos de la Torre Negra a quienes Azura les explicaba la radiante premura del “deicida”.

**FIN**



**Rafael García Rosquellas**, abogado y escritor, nació en Sucre el 14 de febrero de 1907 y falleció en la misma ciudad en 15 de agosto de 1973.

Fue docente de la Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca en las asignaturas de Filosofía del Derecho, Estadística, Introducción al Derecho y Filosofía Jurídica, y profesor invitado de la Universidad de Oklahoma en los E.E.U.U. Asimismo, fue encargado de Bibliotecas y Secretario General de la Universidad de San Francisco Xavier y Director de su Instituto de Sociología Boliviana. Fue igualmente Diputado Nacional.

En vida publicó una veintena de libros, tanto científicos y académicos como literarios. Póstumamente fue editado "Los Doce Crepúsculos" (1996), que reúne su obra completa en poesía, que suscribió bajo el seudónimo de "Euros Anti". En este género obtuvo varios premios, entre ellos el Primer Premio en los Juegos Florales Nacionales convocados por la Universidad de San Francisco Xavier en 1939 y 1949.

Premio "Simón I. Patiño" a la Cultura con el trabajo "Misión de la Universidad Boliviana en el desarrollo y formación de la Nacionalidad" en 1964, recibió también el Premio a la Cultura de Radio "Loyola" de Sucre en el año 1970. Asimismo participó en diferentes entidades culturales, habiendo sido Presidente del Instituto Boliviano-Alemán de Sucre